

ROBERT
BLOCH

HABLAME DE

HORROR

...NO ME DIGAS MAS COSAS TIERNAS

se

Lectulandia

«Su fantasía y desmesura son tales, que nos da la impresión de que pertenece a otra raza de hombres, generadora de demencias, con enfoques absolutamente insospechados» ha dicho la crítica de Robert Bloch.

La selección, que ofrecemos en el presente volumen, es plenamente representativa de este brillante autor y constituye una obra digna de figurar entre los clásicos de la narrativa de horror y misterio.

Lectulandia

Robert Bloch

Háblame de horror

... no me digas más cosas tiernas

ePub r1.0

Karras 01.03.18

Título original: *Parlez-moi d'horreur... ne dites pas des choses tendres!*

Robert Bloch, 1975

Traducción: Baldomero Porta Gou

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CONVENIO DIABÓLICO

Black Bargain (1942)

Las cuatro de la madrugada.

Apago los neones antes de bruñir los grifos. En los de zumos de frutas, es coser y cantar. Pero el chocolate es viscoso y despiden un vapor lleno de grasa.

En el momento de iniciar la limpieza, siempre me pongo nervioso. De pie hasta las cinco de la madrugada todas las noches, y ¿qué gano con tanta fatiga? Varices. Varices y un surtido de un millar de rostros embrutecidos. Eso, eso; las varices no son nada al lado de un tal surtido. Y es que son de abrigo, mis clientes. Me los sé todos de memoria.

A primera hora de la tarde vienen las «Cocas». Las diviso a un kilómetro. Percibo sus cacareos de colegialas, sus grandes cascadas de cabellos castaños que no han visto un peine desde hace mucho tiempo, sus uñas mal cuidadas y esmaltadas con un color pasado de moda y unos espantosos calcetines que se salen de sus zapatones. «Cocas», todas ellas. Durante tres cuartos de hora esa tropa monopoliza la sala y te ensucia las mesitas con ceniza de cigarrillos, puntas de servilletas pringadas de rouge y salpicaduras por todas partes. Cada vez que una estudiante se acerca, pongo la mano, automáticamente, sobre la bomba de cola.

Al anochecer, tengo a los «ración doble». Los de camisa de deporte y brazos peludos. Son los «filtro». Los de ropa de trabajo y brazos tatuados, son los «sin filtro».

De vez en cuando cae un tío gordo. Es siempre un «cigarro puro». Si lleva gafas, es un «dos por treinta y cinco centavos». Si es un sin gafas, me basta con poner la caja sobre el mostrador. Diez centavos cada uno. Son unos habanos claros, largos y bien enrollados.

Resulta monótono. Los «decididos», que se van, indefectiblemente, con tabletas, bastones de caramelo o mantecado helado. Los «librería general», adolescentes altos y desgarrados que hojean las revistas de los estantes sin comprar nunca nada. Los «aguas minerales» con los pantalones fatigados por el diván de la casa. Las «bigudíes», que no se cansan de mirar por el rabillo del ojo el cochecito de niño dejado fuera. Después, a eso de las diez, las «perfecto con niña», unas damas gordas que juegan al «bingo», seguidas de cerca por los «chocolate con soda» a la salida de los cines. Pandillas que regresan de la feria, muchachas chillonas y mozalbetes coloradotes y despechugados a la última moda.

Esa turba entra y sale todo el santo día. Los que necesitan el «teléfono» a toda prisa; los viejos lelos y sus «sellos de a cinco», los celibatarios «dentífrico» y «hoja de afeitar».

Los retrato a todos al primer golpe de vista. Noche tras noche desfilan ante el

mostrador. Ni siquiera sé por qué se toman la molestia de pedir lo que quieren. Me basta con mirarlos para conocer hasta sus menores deseos. Podría darles lo que necesitan sin ni siquiera preguntárselo.

O, mejor dicho, creo que no podría..., porque lo que necesita la mayoría de ellos es —por lo que a mí me consta— un buen ponche de arsénico.

¡Arsénico! Por Dios, ¡hace mucho tiempo que nadie me ha pedido que le preparase una recetita! Ninguno de esos cretinos es capaz de pedir algo en la farmacia de un *drugstore*. ¡A fe que vale la pena haber estudiado farmacia! Me habrían bastado quince días de aprendizaje en el arte de verter chocolate derretido sobre los mantecados helados y un curso de un mes sobre la manera de colocar siluetas de cartón en un escaparate de forma que resalten bien sus lozanos bustos. En fin...

Y en este instante entró él.

Oigo sus pasos, pero no me tomo la molestia de levantar la cabeza. Por diversión, trato de adivinar antes de mirarle. ¿Un «ración doble»? ¿un «dentífrico»?... ¡Bah, que se vaya al diablo! Cierro y me voy.

Los pasos se acercan al mostrador y yo sigo sin levantar la cabeza. Ahora se han detenido, tímidos. Yo sigo aparentando no haber oído nada. Luego ha venido esa tos insegura. Con ella ha bastado.

Tengo ante mí a un hombre de mediana edad, bajito y magro, con cabello de estopa y unas gafas sin aros cabalgando sobre una nariz chata. Los pliegues de su boca de rana subrayan la desesperación que manifiesta el rostro.

Lleva un traje ajado, de los de treinta y seis dólares y medio, una camisa avergonzada de haber sido blanca, y una corbata famélica; pero el verdadero ropaje que le cubre es la humildad. Esto, esa aura de resignación, lo envuelve por completo.

—Usted perdone... ¿Tendría tintura de acónito, por favor?

Vaya, de vez en cuando se produce un milagro. He ahí, por fin, la ocasión de preparar una fórmula. Sí, pero... Cuando un desesperado viene a pedir acónito, eso significa un suicidio.

—¿Acónito? —respondo levantando los hombros—. No sé...

El hombre sonríe dulcemente; o, mejor dicho, sus arrugas se combinan en una leve imitación de sonrisa. Aunque, en su cara, esa sonrisa no tiene un aire mucho más alegre que un ataque de tétanos.

—Ya sé lo que se figura —balbucea—. Pero se equivoca. Yo soy... soy químico. Hago algunos experimentos y necesitaría ciento treinta gramos de acónito enseguida. Y belladona, y... sí... ¿me permite?

Y en este instante saca el libro del bolsillo.

Yo inclino la cabeza... y debo confesar que ha valido la pena echar un vistazo. Es un libro con tapas de metal oxidado; un libro muy antiguo, por supuesto. Cuando las gruesas y amarillentas hojas desfilan bajo el pulgar tembloroso, unas partículas de

polvo se escapan de la encuadernación. Al observar, veo que los imponentes caracteres negros son góticos, pero a esta distancia no puedo leer nada.

—Veamos, veamos... acónito, belladona... sí. Y luego, ya lo tengo... El gato, claro está... una noche sin luna... Hum... ¡Ah, sí, necesitaré fósforo, naturalmente! ¿Tiene usted greda azul...? Bien... creo que no hay más.

Empiezo a comprender. Pero ¿qué puede importarme eso? Una excentricidad más o menos no cambiará mucho mi existencia. Lo que importa por el momento es salir pronto de aquí y darme un buen pediluvio.

Me apresuro a ir en busca de las sustancias que me pide. Le miro de hito en hito desde detrás de la taquilla de preparados, pero él no se mueve de donde está... Se limita a seguir hojeando el libro negro con refuerzos metálicos, moviendo los labios. Envuelvo los géneros y le pregunto:

—¿Nada más, señor?

—Oh, sí..., ¿podría darme una docena de velas? De las grandes.

Abro un cajón y las busco entre el polvo.

—... Tendré que derretirlas para mezclarlas con la grasa...

—¿Dice usted...?

—Nada. Meditaba.

¡Claro! Es la clase de meditaciones que le vienen a uno mientras se pasea arriba y abajo encerrado en una celda. Pero, en fin de cuentas, no es asunto mío. Así pues, le doy el paquete, sin reflexionar.

—Gracias. Es usted muy amable. Debo pedirle que extreme un poco más todavía su gentileza... y me cargue esto en cuenta.

¡Eso es el colmo!

—Es que, mire usted, de momento estoy sin blanca. Pero puedo asegurarle que muy pronto, dentro de tres días exactamente, se lo pagaré todo, seguro.

Una promesa muy persuasiva, a fe mía. Miren, el tipejo no me habría impulsado a ofrecerle ni siquiera una taza de café (es lo que piden generalmente, en lugar de acónito y velas), pero si por una parte sus palabras no me hacen ningún efecto, por otra sus ojos me conmueven. ¡Están tan solos detrás de esos lentes! Tan desesperadamente solos... Dos copitos de esperanza en el desierto desesperado de su semblante.

Muy bien. Que sueñe. Que se lleve a casa el viejo libro de sueños con tapas metálicas y que lleve a cabo sus locuras. Que encienda los cirios, que dibuje el círculo fosforescente, que recite las fórmulas, y que haga todo lo que le haya venido en gana.

No, no le habría invitado a café; pero sí podrá satisfacer su sueño.

—No importa, amigo. A todo el mundo le sucede alguna vez, eso de encontrarse en un mal paso.

No era el tono. No hubiera debido hablarle tan por encima del hombro. El caballero se pone tieso al instante; la boca se le crispa en uña mueca burlona... de

superioridad, pueden creerlo ustedes.

—Yo no le pido limosna. No tema, buen hombre; recibirá su dinero. Dentro de tres días; fíjese bien en lo que le digo. Y ahora, buenas tardes. Tengo trabajo.

Y sale con el «buen hombre» en los labios... Yo no replico nada. Pero lo cierto es que no logro dominar la curiosidad.

Esta noche, al regresar a casa, miro las calles sombrías con un nuevo interés. Las negras fachadas levantan una barricada detrás de la cual se urden misterios insondables. Mole contra mole, ya no son casas, sino tenebrosas ciudadelas de sueños. ¿En cuál de ellas se refugia aquel desconocido? ¿A qué extraños dioses invoca, y en qué buhardilla?

Vuelvo a percibir otra vez, por todas partes, la presencia de lo invisible, el lento reptar de lo innombrable detrás de la fachada de un *drugstore* y de una civilización notablemente industrializada. La gente sigue leyendo libros negros; hombres desconocidos, con los ojos saliéndoseles de las órbitas, andan hablando para sí mismos; hay cirios ardiendo en la noche; desaparece un gato de tejados, quizá rubricando un sacrificio de rito especial... Pero los pies me duelen, y entro en casa.

Siempre las mismas harinas lacteadas, las mismas bebidas dulces, vaselina, esparadrapo, redecillas para el cabello, gorros de baño, cigarrillos... ¿Y qué se saca de todo ello? Yo, una fuerte jaqueca.

Cuatro días después me encuentro, como de costumbre, detrás de mis grifos de soda. Poco importa que me esfuerce toda la noche en repetirme que no le espero; la verdad es que ardo de impaciencia. Lo percibo en el momento mismo en que se oye el tintín de la puerta. Casi la misma hora; no puede ser otro más que él... Los pies arrastrarán lentamente sus zapatos de Tom McCann...

No. Es el pisar vivo de un par de Oxford. Unos Oxford *made in England*, de esos que cuestan cuarenta dólares. Levanto la cabeza esta vez muy vivamente.

Es mi desconocido.

Por fin está ahí, vistiendo un traje azul de gran lujo, luciendo una camisa blanca que se completa con una bufanda de seda. Va afeitado, con sombrero y le han hecho la manicura; no cabe duda, le ha tocado la lotería.

—¡Salud ahí dentro!

Nada que desentone en esa voz... Nada que desentone de aquellas que se oyen desde hace muchos años por los pasillos de los hoteles, llenas de energía, de seguridad y de autoridad.

—Vaya, vaya...

Es todo lo que consigo decir.

Él cacarea. En su boca ya no aparece ni la menor arruga. Es una trompeta de mando. Una boca hecha para dar órdenes e instrucciones, y no para murmurar excusas. Una boca para pedir buenos menús, escoger vinos extrafinos y buenos habanos; una boca para que taxistas y mozos de hotel acudan enseguida.

—Sorpresa de verme, ¿no es cierto? Y, no obstante, ya le advertí que el cambio sólo requeriría tres días. Vengo a pagarle lo que le debo y a darle las gracias por su amabilidad.

Es bonito. No las frases de agradecimiento, sino el dinero. A mí me gusta el dinero. La idea de metértelo en el bolsillo cuando lo dabas por perdido te pone de un humor jovial.

—Entonces, sus oraciones han sido escuchadas, ¿eh? —le digo.

Su mirada se ensombrece.

—¿Oraciones?, ¿qué oraciones?

—Pues, ea, yo pensaba que...

—No le entiendo —corta seco, a pesar de que me ha comprendido perfectamente—. ¿Creía que lo que le compré el otro día era para algo maligno? Pues eran productos químicos de primera necesidad... sólo para llevar a buen término el experimento que le dije. Las velas, debo confesárselo, eran para alumbrar mi cuarto. El día anterior me habían cortado la electricidad.

En fin de cuentas, la explicación resulta lógica.

—Puedo decirle sin reparos que el experimento fue un éxito total. Sí, señor. Me fui sin rodeos a la casa Newsom con los resultados obtenidos y me contrataron inmediatamente como director adjunto de investigaciones. ¡Imagínese qué cambio!

Newsom es la mayor casa de productos químicos de esta parte del país. ¡Y llega él con sus andrajos y le contratan como director adjunto de investigaciones! Hay que verlo para creerlo.

—Bien, ahí está el dinero. Eran cinco dólares con treinta y nueve centavos, ¿no es verdad? ¿Tiene cambio de cincuenta?

—No, no lo tengo.

—Está bien así; quédese con todo.

Me niego; no sé por qué. No obstante, otra vez me tienta la curiosidad.

—Bien, entonces, le diré lo que haremos. Usted se disponía a cerrar, ¿no? ¿Por qué no bajamos hasta el bar de más abajo a beber una copa? Allí tendrán cambio. Hala, venga conmigo; tengo ganas de celebrarlo.

Y de este modo, cinco minutos después yo iba calle abajo en compañía de míster Fritz Gulther.

Elegimos una mesa y pedimos inmediatamente nuestras bebidas. No nos sentimos a gusto; ni él ni yo. Como si nos separase un secreto inconfesable, como si sospechara que mi compañero está en posesión de una ciencia monstruosa... y yo fuese la única persona del mundo en saber que detrás de aquella fachada de triunfo tapizada de inocencia se esconde el espectro de unos restos de naufragio que vinieron a parar aquí tres días atrás. Un espectro que me debe cinco dólares treinta y nueve centavos.

Ambos bebemos aprisa. El espectro se difumina un poco. Tomamos otro vaso... Yo me obstino en pagar la tercera ronda.

—Es un acontecimiento —arguyo.

El hombre ríe.

—Sin duda. Y permita que le diga que esto no para aquí. A partir de ahora me encumbraré tan aprisa que usted sentirá vértigo. Antes de seis meses seré el director de la empresa. El Gobierno nos hará los pedidos a montones, y tendremos que ampliar.

—Espere un poco —corto bruscamente, abandonando toda reserva—. Usted corre mucho. Si yo estuviera en su lugar, todavía me sentiría trastornado por lo vivido durante estos tres días últimos.

Fritz Gulther sonrío.

—¡Ah, eso! No podía fallar. Lo esperaba. ¿No se lo dije en la tienda? Llevaba un año trabajando en ello y sabía muy bien que había que esperar. No ha sido ninguna sorpresa, se lo aseguro. Lo había previsto todo. Estaba dispuesto a morir de hambre para llevar adelante aquellas investigaciones; y poco faltó para ello, se lo aseguro.

—Sin duda. —Es el tercer vaso que bebo, y me siento a mis anchas, perfectamente—. Cuando ha entrado en el establecimiento me he dicho: «¡He ahí un tipo que regresa del infierno!».

—Nada más cierto —responde Gulther—. Regreso del infierno, sí, en verdad. Pero... es una vieja historia, y por fin ha quedado atrás.

—Dígame, entre nosotros..., ¿con qué clase de magia...?

—¿Magia? ¿Magia? Yo no sé nada de magia.

—Claro que sí; usted entiende de magia, Gulther. ¿Y aquel librito negro con refuerzos de hierro que leía murmurando por la tienda?

—Química inorgánica —responde secamente—. Un libro alemán bastante antiguo. Hala, vacíe ese vaso, que ya llega el siguiente.

El siguiente nos lo han dejado sobre la mesa. Gulther empieza a charlar por los codos. De sus dos trajes nuevos, de su nuevo apartamento y del coche que se comprará la semana próxima. De cómo, en lo sucesivo, conseguirá todo lo que anhela. Santo Dios, dejará turulatos a todos esos imbéciles que se han burlado de él todo el tiempo; pagará el dinero de la habitación a todas esas porteras engreídas; dará lo suyo a todos esos tenderos cascarrabias, a todos esos escépticos miserables que le repetían una y otra vez que era preciso tener el cerebro curiosamente reblandecido para estudiar de aquel modo.

Unos momentos después, se suaviza.

—¿Le gustaría trabajar en la Newsohm? Usted es un buen preparador de fórmulas de farmacia; sabe bastante de química y además es un buen chico. Son buenas cualidades..., pero, sobre todo, posee una imaginación terrible. ¿Qué me dice? Será mi secretario. Sí, eso es, mi secretario. Queda contratado desde mañana.

—¡Levanto mi vaso para celebrarlo!

La perspectiva me embriaga. La idea de abandonar aquella maldita tienda, con sus grifos de «coca» y sus «barriletes de sepia», acaba por emborracharme. Y el vaso

siguiente, también, por supuesto.

En esto, empiezo a fijarme en una cosa.

Estamos sentados de espaldas a la pared y en el bar hay poca luz. A nuestro alrededor, unas parejas cuchichean con un acento monótono, formando una especie de silencio. Estamos sentados en la parte oscura, contra la pared. Miro mi sombra, torpe y vacilante de mí mismo, que reposa sobre la mesa. ¡Qué contraste con la silueta de mi compañero, erguida insólitamente!

Entonces, su sombra...

La veo. Él está sentado a la mesa, junto a mí..., pero su sombra está en la pared, ¡de pie!

—No quiero más whisky —digo al camarero, que se acercaba de nuevo.

Sigo fijándome en la sombra de mi cliente. El permanece sentado; pero la sombra está de pie. Es mayor que la mía, y más negra también. Para divertirme, muevo las manos en todos los sentidos, proyectando cabezas y otras sombras chinescas en la pared. Mi compañero no me presta atención y se dirige al camarero con grandes gestos.

Pero su sombra no se mueve. Me quedo helado. La veo, clavo la mirada en ella y pruebo de mirar a otra parte. Mi amigo mueve las manos; pero la silueta negra permanece allí, inmóvil y silenciosa, con las manos colgando. Ahora distingo el perfil de la frente y la nariz de mi cliente. Son su frente y su nariz, no cabe duda.

—Oiga, Gulther, su sombra, ahí en la pared...

Empiezo a tartamudear, se me nubla la vista. Pero a través de las brumas del alcohol advierto que el otro me escudriña la conciencia.

Entonces Fritz Gulther se yergue y vuelve hacia mí un rostro de una palidez mortal. No mira su sombra, es en mí en quien clava la vista; parece como si, a través de mí, la clavase en alguna monstruosidad escondida detrás de mis ojos, en mi pensamiento, en mi cerebro. Se inclina hacia mí como sobre una especie de infierno que él sólo fuera capaz de ver.

—¿Qué sombra? —pregunta—. No hay nada que comentar acerca de mi sombra. Usted se equivoca, ¿sabe? Diga que se equivoca. Por lo demás, si vuelve a mencionarlo, le rompo la cara.

E, inmediatamente, Fritz Gulther se levanta y se va. Le veo cruzar el bar con paso rápido, pero un tanto inseguro. Detrás, lentamente y sin la menor vacilación, una gran sombra negra le sigue a través del local.

Si uno quiere emborrachar a otro para que hable, corre un gran riesgo de emborracharse más él mismo. Eso es lo que me pasa con Gulther. Aquí estoy, dispuesto a aceptar el ofrecimiento de un buen empleo de secretario particular. ¡Pero ahora tengo que arrastrarme con mi cuerpo borracho!

Han pasado dos días, y sigo diciéndome que soy un imbécil: sombras que no siguen los movimientos del cuerpo..., ¡no faltaba más! (¿Qué era la sombra de mi amigo la

otra noche?... No era una sombra; era el whisky que había bebido... ¡Pues claro!).

Heme otra vez en el *drugstore*, recubriendo los helados con avellana picada y maldiciones. Poco ha faltado para que se me cayera todo sobre el mostrador en el momento en que ha entrado Fritz Gulther.

Viene directamente hacia mí, y yo le muestro una sonrisa fatigada.

—¿Puede dedicarme un minuto?

—Sin duda. En cuanto haya servido a esa gente de la sala.

Reparto los mantecados y vuelvo rápidamente. Gulther se ha encaramado a un taburete y se ha quitado el sombrero. Suda copiosamente.

—Mire..., quería pedirle excusas por el arrebato que tuve la otra noche.

—¡Olvídese de ello! No tuvo ninguna importancia, señor Gulther.

—Estaba un poco excitado, claro. El alcohol y el triunfo se me habían subido a la cabeza. No pensaba lo que decía..., quisiera que usted lo comprendiese. Estaba un poco nervioso, eso es todo. Las bromas de usted respecto a mi sombra... se parecían demasiado a las burlas de que me hacían objeto cuando me encerraba en mi cuarto a estudiar. La portera no se cansaba de acusarme de infinidad de barbaridades, chillaba diciendo que yo había disecado un gato, que quemaba incienso, que ensuciaba el suelo con tiza...

Yo no le he pedido que me cuente su vida, y todo eso se me antoja un poco histérico; pero, por el momento, Gulther representa su papel a la perfección. El sudor, la manera de temblarle y contraérsele los labios mientras habla...

—Pero, oiga, el motivo que me ha traído... ha sido ver si usted podría prepararme un calmante... No, no, nada de bromuros ni de aspirina; desde la otra noche estoy tomando potingues de éstos sin parar. El trabajo en la Newsohm me deja literalmente agotado.

—Un momento; miraré de encontrarle algo.

Paso a la trastienda. Mientras preparo la mezcla, dirijo una mirada a Gulther por la puerta entreabierta.

Bueno, si he de decir la verdad, no es a Gulther a quien quiero ver, sino a su sombra.

¿Saben? Cuando un cliente está sentado en un taburete del mostrador, los fluorescentes de la fachada lo iluminan de tal modo que su sombra no es más que una mancha a sus pies.

La sombra de Gulther, en cambio, reproduce la silueta completa de su cuerpo. Es negra, densa, espesa.

Entorno los ojos. No sirve.

Pero lo más raro todavía es que la sombra parece proyectada paralelamente al cuerpo, en lugar de formar ángulo con él. Parece arrancar del pecho y no de los pies. No conozco la refracción, ni las leyes físicas de la luz, ni ninguna de esas cosas de la técnica. Lo único que sé es que Fritz Gulther tiene una gran sombra negra sentada en el suelo, a su lado, y que al verla corren por mi espinazo unos escalofríos tremendos.

No, no, no he bebido. Él, tampoco. Y la sombra, todavía menos. Los tres somos muy reales.

En este instante, Gulther vuelve a ponerse el sombrero.

La sombra, no. Permanece sentada, sencillamente. Agazapada.

Todo esto resulta cosa de locos.

La sombra no es más densa en un sitio que en otro, tiene una negrura uniforme y —descubro además este detalle— su contorno no es ni deshilachado ni difuminado, sino muy preciso.

Miro una y otra vez. Al cabo de unos instantes distingo un montón de cosas en las que no me había fijado. La sombra no lleva vestido alguno. Entonces, claro, ¿cómo habría podido ponerse el sombrero? Va desnuda. Pero es la de Gulther, no cabe duda: lleva gafas. Sí, sí, es su sombra, cierto. Esto más bien me tranquiliza; no quisiera encontrarme yo en su caso.

Ahora Gulther mira al suelo por encima del hombro. Clava la mirada en su sombra. Incluso desde aquí diviso nuevas perlas de sudor que forman un rosario de angustias alrededor de las sienes del hombre.

Entonces, lo sabe.

Salgo.

—Aquí está —digo, procurando no mirarle.

—Gracias. Espero que resulte; tengo necesidad de dormir un rato. A propósito, el ofrecimiento que le hice sigue en pie. ¿Podríamos vernos mañana por la mañana?

Asiento, esforzándome por sonreír.

Gulther me paga y se levanta.

—Hasta la vista, pues.

—Hasta mañana.

¿Y por qué no? Al fin y al cabo, ¿qué mal puede hacerte el trabajar por un jefe que tiene una sombra que se sale de lo corriente? La mayoría de jefes tienen otros defectos, más grandes y de mayor peso. Esa sombra, sea lo que fuere, y por extraño que tenga el aspecto, no me morderá. Sin embargo, Gulther se porta como si fuese a morderle.

En el momento en que se va, me quedo mirando sus espaldas y la larga silueta negra, que se apresura a seguirle. La sombra, en efecto, se levanta y echa a andar tras él. Lo acosa. Sí, lo sigue, cargada de intenciones.

Ante mis ojos sorprendidos, ahora parece mayor que dentro de la taberna. Mayor y más negra todavía.

Pronto la noche sumerge a Gulther y a su compañera inexistente.

Vuelvo a la trastienda y me tomo la otra mitad del calmante preparado para Gulther. Después de haber visto aquella sombra, lo necesito tanto como él.

En el lujoso secretariado, una muchacha me sonrío gentilmente.

—Puede entrar; le espera —me dice, gorjeando.

De modo que es verdad. Gulther es director adjunto de investigaciones, y yo seré su secretario. Paso al interior. Bajo la luz de la mañana, olvido todas esas historias de sombras.

La pieza está amueblada con mucho cuidado; es de vastas dimensiones, y sus paneles de nogal demuestran la categoría del jefe de empresa. Un escritorio de formas estilizadas parece presidir, delante de las persianas bajadas, la asamblea de un buen número de confortables sillones de cuero. Los tubos de neón proporcionan una luz muy suave.

Gulther no aparece. Estará probablemente al otro lado de la puertecita del fondo, hablando con el director.

Tomo asiento, con una sensación ebria, de espera tensa, en la boca del estómago. Miro a mi alrededor, inspeccionando otra vez la habitación detalle por detalle. Mi atención resbala por el cristal que recubre la mesa escritorio. Una mesa desnuda, sin nada. Excepto en un ángulo, sobre el que descansa una cajita de cigarros.

No, esperen, aquello no es una cajita de cigarros; es metálico. Y yo lo he visto ya en alguna parte.

¡Claro!, es el famoso libro con refuerzos metálicos de Gulther... *Química inorgánica alemana*... ¿Cómo dudar de la palabra de mi amigo? Y me asalta, muy naturalmente, la curiosidad de echarle un vistazo antes de que vuelva Gulther.

Abro sus páginas amarillentas.

De vermii mysteriis... Los secretos de la larva.

No es un libro de química inorgánica; es algo completamente distinto. Un libro que le enseña a uno la manera de triturar juntos acónito y belladona, cómo trazar en el suelo los signos fosforescentes cuando los astros se encuentran en conjunción favorable; un libro que describe la manera de derretir velas de sebo con grasa de cadáver, cómo sacrificar un animal...

Un libro que describe las clases de comercio que se pueden tener con criaturas cuya existencia desconoce, y hasta niega, la mayoría de la gente.

Los grandes caracteres fuliginosos que trepan por lo largo de las hojas y el detestable olor que exhala la enmohecida encuadernación componen un telón de fondo sobre el que resalta el horror profundo del texto. No sabría decir si creo o no lo que leo, pero debo reconocer que hallo, en estas frías y estructuradas indicaciones sobre los encuentros de espíritus exteriores, un aire, una potencia de sugestión que me estremecen. Tales pensamientos no caben en un espíritu equilibrado, ni siquiera a título de fantasía... Santo Cielo, si Gulther ha hecho eso, si se ha vendido por cinco dólares treinta y nueve centavos...

«... años de estudios» ¿eh? «experimentos...».

¿Qué habrá querido evocar Gulther? ¿Qué hizo surgir, o qué trato ha cerrado?

El hombre que podría contestarme estas preguntas se acerca oblicuamente desde la puerta del fondo. No es ya, otra vez, el Fritz Gulther lleno de seguridad y confianza. Es mi mendigo del comienzo, con la boca torcida hacia mí por un miedo

abyecto. Se diría que es un hombre que tiene miedo de su propia sombra. Esta misma sombra que parece arrastrarle hacia el marco de la puerta. Tengo la impresión de que durante la noche ha crecido. Levanta ligeramente los brazos, cuando los de Gulther penden a lo largo de los costados. Veo cómo la sombra cruza la puerta mientras el hombre se acerca a mí, y que se desplaza más aprisa que él.

(No hay error. He visto la sombra. Aunque más tarde hablé con personas competentes y me aseguraron que bajo una iluminación fluorescente uniforme no podía haber sombras. Eran personas competentes, de acuerdo; pero yo la vi).

Y Gulther observa que tengo su libro entre mis manos.

—Bien —dice sencillamente—. Ya lo sabe todo. Quizá de igual.

—¿Lo sé todo?

—Sí, que hice un pacto con... alguien. Yo me creía muy listo. Me ha prometido éxito, salud, todo lo que yo deseaba... con una sola condición. Estas malditas condiciones; siempre las leemos y siempre las olvidamos: ¡parecen cosas tan tontas! Me dijo que tendría un solo rival, y que este rival nacería de mí mismo. Y crecería con mis triunfos...

Me quedo mudo. Gulther va lanzado para rato.

—... Estúpido, ¿no es cierto? Claro, yo acepté; y entonces descubrí quién sería, quién era mi rival. Mi propia sombra. Es independiente de mí, usted lo sabe, y no para de crecer. No, no crece en estatura, sino en profundidad, en intensidad. Cada vez es más sólida. Más densa. (Acaso yo esté loco, pero usted también la ve). Como si estuviera hecha de sustancia palpable...

Tuerce la boca, hace una mueca violenta; pero las palabras se precipitan, se entrechocan.

—... Cuanto más progreso, más crece ella. Ayer tarde tomé el calmante que usted me había preparado; pero no me hizo efecto. Ni el más mínimo. Estaba sentado en las tinieblas, mirando a mi sombra.

—¿A oscuras?

—Sí. No necesita luz. Actualmente tiene existencia real. A oscuras es, simplemente, una mancha más negra. Pero se la ve. No duerme. No descansa. Se limita a esperar, nada más.

—Y a usted le da miedo. ¿Por qué?

—No lo sé. No me amenaza. No me hace ningún gesto. No se ocupa de mí. Las sombras que se ocupan... Esto parece una locura, ¿verdad? Pero usted la ha visto lo mismo que yo. Se la ve que espera. Y esto me asusta. ¿Qué es lo que espera?

La sombra se le acerca al hombro. Presta atención.

—A usted no le necesito como secretario, sino como enfermero.

—Y sobre todo necesita un buen descanso.

—¿Dormir? ¿Cómo podría? He salido hace un momento del despacho de Newsohm. No se ha fijado en nada..., de momento. Demasiado bestia, creo. Cuando paso, las chicas de la oficina me miran, y yo me pregunto si han advertido algo.

Newsohm, todavía no. Acaba de nombrarme director de investigaciones. Con plenos poderes.

—¿A los cinco días? ¡Es maravilloso!

—¿Verdad que sí? Salvo por el pacto... Cada vez que me apunto un tanto, mi rival se crece al mismo compás. ¿Cómo? No lo sé. Pero ese hecho reforzará todavía más a mi sombra. Yo espero. Y no puedo conciliar el sueño.

—Yo se lo procuraré. Tiéndase y aguarde. Vuelvo enseguida.

Lo abandono apresuradamente, sentado frente a su escritorio, solo. No, completamente solo, no. Su sombra también está allí.

Antes de salir me invade una tentación loca: pasar la mano por la pared, a través de aquella sombra. A pesar de todo, no me atrevo (¿qué habría ocurrido si mi mano hubiese encontrado algo realmente?).

Bien. Entonces, me voy.

De regreso, media hora más tarde, cojo el brazo de Gulther, lo desnudo y le hundo la aguja.

—Es morfina. Con eso dormiré.

Se duerme enseguida, estirado en el diván de cuero. Sentada a su lado, miro la sombra, que no duerme. Trato de ignorarla, pero es verdaderamente una tercera presencia en el aposento. Está allí, irreal, y lo domina. Apenas vuelvo la espalda, la sombra se pone en movimiento. Empieza a pasearse arriba y abajo. Yo abro la boca reprimiendo un grito.

Suena el teléfono. Respondo maquinalmente, con los ojos clavados en la silueta negra de la pared que va y viene por encima de la forma estirada de Gulther.

—... ¿Sí?... No, no está aquí en este momento. Habla usted con su secretario. ¿Hay un mensaje?... Sí, se lo comunicaré... Sí, sin falta. Gracias.

Una voz de mujer..., una voz bien modulada, rica. Llama para decirle que ha cambiado de idea, que estará encantada de recibirle a comer esta tarde.

¡Un triunfo más de Gulther!

Un triunfo..., dos triunfos de una vez. Esto significa nuevos progresos para la sombra. Pero ¿cómo?

Me vuelvo hacia ella, en la pared, y me llevo una profunda impresión. ¡La sombra es más clara! ¡Más gris, más tenue, menos marcada!

¿Qué sucederá ahora?

Bajo los ojos hacia el rostro dormido de Gulther. Nueva sorpresa. Gulther tiene la cara oscura. No, no bronceada, sino oscura. Negruzca. Tiznada. Incierta.

No puedo reprimir un grito. Un grito leve.

Gulther despierta.

Señalo su cara y le indico el espejo de la pared. Por poco se desmaya.

—Ahora se dispone a mezclarse conmigo —murmura.

Tiene la piel color pizarra. Yo vuelvo la cabeza, incapaz de resistir aquella escena

por más tiempo.

—Hay que hacer algo, y muy pronto.

—Quizá si utilizase otra vez... ese libro... Acaso pudiera usted concertar otro pacto.

Es una idea formidable, pero desesperada. Me vuelvo de nuevo hacia Gulther y veo que sonrío.

—¡Eso es, claro! Si usted pudiera ir a buscarme esos productos inmediatamente... Ya sabe qué necesito. Vaya al *drugstore*..., pero dese prisa, porque...

Yo bajo la cabeza. Gulther se vuelve cada vez más desvaído, difuminado. Lo veo como a través de una niebla.

De pronto le oigo gritar:

—Pero ¡pedazo de imbécil, míreme a mí! Lo que está mirando ahora es mi sombra.

Entonces salgo precipitadamente del aposento, y menos de diez minutos después trato de llenar una redoma de belladona con unas manos que tiemblan como gelatina.

Como loco, atravieso la antesala cargado de paquetitos. Velas, fósforo, acónito, belladona, y —atribuyan el hecho a mi desvarío— el cadáver de un gato de arroyo cogido en el cepo detrás de la tienda.

Debo tener el aire extraviado cuando Gulther me encuentra a la puerta de su oficina.

—Entre ya —me ordena secamente.

Sí, secamente.

Al instante me doy cuenta de que Gulther ha recobrado toda su sangre fría. Esa siniestra transmutación que tanto temimos la ha superado durante mi ausencia. La voz de trompeta ha recobrado toda su autoridad. La mueca de excusa ha cedido el puesto al rictus burlón.

Gulther tiene ahora la piel blanca, normal. Sus gestos son vivos, seguros. Ya no necesita ninguno de aquellos hechizos extravagantes... A menos que...

De pronto tengo la impresión de haber sido juguete de mi propia fantasía. Al fin y al cabo, la gente no concluye pactos con los diablos, y tampoco trueca el puesto con su propia sombra.

En el instante en que Gulther cierra la puerta, sus palabras vienen a confirmar esta impresión.

—Bien, salí del aprieto. Resulta un poco loco todo eso, ¿verdad?

Sonríe, seguro.

—Creo que no necesitaremos ya esa farmacopea. Apenas ha salido usted, empecé a sentirme mejor. Vamos, siéntese; póngase cómodo.

Yo me relajo. Gulther se ha sentado en la mesa y columpia las piernas despreocupadamente.

—El nerviosismo, la tensión, han desaparecido. Pero antes de olvidarlo quisiera pedirle excusas por haberle contado aquella historia de brujerías y obsesión. A decir

verdad, me sentiría mucho más a gusto si usted olvidase todo eso para siempre.

Yo asiento.

Gulther sonríe de nuevo.

—Bien. Ahora ya podemos entregarnos al trabajo. Se lo digo, es un verdadero placer el imaginar cómo progresaremos. Ya soy jefe de investigaciones, y si muevo mis fichas con tiento, creo que dentro de tres meses estar  al frente de la empresa. No me han pasado por alto algunos detalles de lo que Newsohm me ha dicho hoy. Sencillamente, quédese usted a mi lado y haremos mucho camino. Un largo camino. Y puedo prometerle una cosa: jamás volver  a sufrir crisis de este tipo.

Entonces,  de dónde proviene esa repentina sensación que me sube por el espinazo?

Durante unos momentos no puedo localizar su origen; luego, de repente, lo comprendo.

Gulther est  sentado en la mesa escritorio, delante de la pared. Pero ahora ya no proyecta ninguna sombra.

 D nde se habrá metido?... Ninguna sombra. Ninguna, en absoluto. Cuando yo salía, la sombra intentaba tomar posesión del cuerpo de Fritz Gulther. Ahora, la sombra ha desaparecido.

No hay más que un solo sitio donde haya podido meterse... y all  debe de estar. Pero entonces...,  d nde est  Fritz Gulther?

El lee todos estos pensamientos en mi mirada.

Lo comprendo por su gesto rápido.

Gulther hunde su mano en el bolsillo y vuelve a sacarla. Me levanto y corro hacia él. Desvío el revólver y fijo la mirada en su faz convulsa, en sus ojos. Detrás de las lentes, detrás de aquellas pupilas de hombre, no hay más que negrura. La fría, la sardónica negrura de una sombra.

 l gime y lucha por disponer del arma y apuntar. Tiene el cuerpo frío, singularmente desprovisto de peso, pero lleno de una fuerza misteriosa. Siento que voy a ceder bajo esas tenazas heladas que me oprimen, pero a la vista de estos dos sombríos lagos de odio que son sus ojos, el miedo y la energía de la desesperación vienen en mi ayuda.

Un simple gesto y desvío el ca n. Suena el disparo; Gulther se desploma sobre el suelo.

Todos están aquí. En el despacho, mirando al suelo. Todos miramos fijamente el cuerpo tendido.

 El cuerpo? Lleva los zapatos de Fritz Gulther, su camisa, su corbata, su lujoso vestido azul. Las puntas de los zapatos apuntan hacia arriba, la camisa y la corbata se mantienen abombadas como si hubiera algo dentro.

Pero en el suelo no reposa cuerpo alguno. No hay más que una sombra. Una sombra densa, negra, revestida con las ropas de Fritz Gulther.

Durante largo rato nadie despega los labios. Luego, una chica murmura:

—Miren, no es más que una sombra.

Me agacho rápidamente y sacudo las ropas. En este instante, la sombra parece moverse entre mis dedos; moverse y disolverse.

En un segundo se diluye en el interior del traje. Se produce una especie de relámpago, o más bien como una impresión final de negrura. La sombra se ha ido. El traje se desploma en el suelo como una tripa vacía.

Me levanto y los miro a todos de hito en hito. Mi voz no es fuerte, pero puedo decir con un sentimiento de liberación, de profunda liberación:

—No —digo—, no. Se equivoca. Aquí no hay ninguna sombra. No hay nada en absoluto... de verdad, nada en absoluto.

LAS BESTIAS DE BARSAC

The Beasts of Barsac (1944)

El doctor Jerome llegó a la vista del castillo del ogro a boca de noche. Andaba por un decorado de cuento de hadas salido directamente de un libro ilustrado para niños. Un reino poblado de picos escarpados, caminos abruptos que trepaban hasta alturas prohibidas, nubes fabulosas, barbudos espectros anclados allí para vigilar su avance desde lo alto.

El castillo, aquella imponente mole gris, con sus almenas agrietadas que parecían arañar el cielo huraño, manchado de sangre, parecía estar construido con materiales de sueños. Un viento glacial murmuraba una inquietante bienvenida al doctor, que avanzaba hacia la masa sombría aferrada a la cima de la montaña. Una luna de noviembre, colgada sobre la fortaleza, espiaba simultáneamente hombre y castillo. Surgiendo de unos baluartes desmantelados, una nube negra huía hacia el cielo soltando unos chillidos estridentes. Eran murciélagos. Naturalmente..., el último toque fantástico.

Con un levantamiento de hombros, el doctor Jerome cruzó el patio de armas del castillo, cuyo enlosado habían invadido las malas hierbas, hasta el gran portalón de roble.

Levantar el picaporte de hierro... La puerta se abriría lentamente, haciendo gemir los goznes... La silueta aparecería... «Bien venido, forastero. Soy el conde Drácula».

El doctor Jerome sonrió, murmurando:

—Al diablo.

Toda esta quimera se desvaneció al pensar en Sebastián Barsac. El castillo quizá hubiera podido pertenecer a un ogro; pero Barsac no tenía nada de devorador de tiernas criaturas.

Nueve años atrás, en la Sorbona, Jerome había trabado amistad con Sebastián Barsac, un obeso bajito bastante huraño. Después, sus caminos se separaron, pero Jerome no conseguía imaginarse a su amigo reinando sobre un castillo embrujado. No se trataba de que Barsac no tuviera ideas raras; había sido siempre un poco excéntrico, y sus teorías sobre la investigación biológica se alejaban bastante de la ortodoxia pura, pero Jerome estaba seguro de una cosa: Barsac era demasiado gordete para vampiro y demasiado torpote para hombre lobo.

No obstante, había algo raro en aquella invitación llegada después de tres años de no cruzarse ninguna correspondencia: una simple nota garabateada proponiéndole que fuese un mes o dos a presenciar ciertos experimentos... Pero cuadraba perfectamente con el estilo de Barsac.

En tiempo normal habría despreciado un ofrecimiento tan burdo; pero en el instante que lo recibió había resultado providencial. El doctor Jerome estaba en un

aprieto. En la Fundación le habían despedido, debía tres meses de alquiler y no sabía adonde ir. Empeñando sus enseres, había reunido lo suficiente para cruzar el canal de la Mancha y llegar al castillo Barsac. Un mes en un castillo con un antiguo amigo podía resolver muchos problemas. Por consiguiente, Jerome había cogido la ocasión por los pelos.

El picaporte había caído. Jerome vio cómo se abría la puerta del castillo. Una puerta que sólo rechinó un poco; un poquitín; pero ¡aun así...!

Unos pasos..., una sombra... y luego...

—¡Qué placer volver a verte!

Sebastián Barsac estrechaba al amigo entre sus brazos, expresando ruidosamente el entusiasmo que le poseía.

—Bien venido al castillo Barsac —dijo el regordete—. Debes estar fatigado después del largo trote desde la estación hasta aquí, ¿verdad? Ven, te enseñaré tu habitación. Perdóname, pero no consigo conservar los criados por mucho tiempo... Después de una buena ducha, hablaremos de nuevo. ¿De acuerdo?

Equipaje en mano, el doctor Jerome trepaba por la alta escalera de caracol bajo un diluvio de palabras sin importancia. Después de una rápida inspección de su cuarto, con artesonado de roble viejo, y una breve iniciación en los arcanos del antiguo sistema de ducha, se quedó solo para dedicarse a su aseo personal.

No tenía tiempo para poner sus ideas en orden. Hasta más tarde, luego de una comida que no esperaba encontrar excelente, Jerome no pudo examinar a su amigo a plena satisfacción. Se habían retirado a un saloncito de la planta baja a fumar un cigarro, sentados cara a la gran chimenea en la que un fuego amable se esforzaba por rechazar las sombras de la habitación. La fatiga había desaparecido, Jerome se sentía en plena forma.

Barsac se puso a hablar de sus últimos trabajos, y Jerome lo aprovechó para analizar minuciosamente a su amigo. El pequeño Barsac había envejecido, sin duda alguna. Estaba obeso, aunque más bien fofo que lleno de carnes. Los negros cabellos se habían batido en retirada en su frente prominente, y aquellos ojos de miope estaban instalados actualmente tras unas gafas de vidrios más gruesos. A pesar de su ardor verbal, el pequeño señor del castillo de Barsac se movía con unos gestos singularmente blandos. Aunque, por sus palabras, el doctor Jerome había de reconocer que su espíritu era el mismo de siempre.

La zarabanda de palabras empezaba a tomar cuerpo en la cabeza de Jerome; pero era una imagen cuyo significado no sabía penetrar.

—... y con esto tienes una vaga idea de lo que hice estos años últimos. Desde que salí de la Sorbona, toda mi existencia se ha consagrado a este único objetivo: encontrar la relación entre el hombre y el animal mediante el análisis de la estructura celular del cerebro y de su modificación. Es un proceso de evolución que se produce en el transcurso de la existencia de cualquier animal. Me fundo en una hipótesis muy simple, que descansa en la aceptación de un hecho: el alma humana es divisible.

—¿Qué significa todo eso? —interrumpió Jerome—. No veo bien adonde quieres ir a parar, Barsac. ¿Qué papel representan la biología y la alteración de las estructuras celulares cerebrales en tu evolución? ¿Y qué relación tienen con un alma humana que se expende a tajadas?

—Probaré de explicártelo a grosso modo. ¿Ves, amigo mío? Yo creo que las características humanas se pueden transmitir a los animales mediante un sistema de hipnosis. Creo que se pueden transmitir a un animal partículas de esencia humana, de psique, si lo prefieres, permitiendo así que el animal *empiece* a ascender en la escala de la evolución. En una palabra, el animal empezará a manifestar conductas humanas.

El doctor Jerome frunció las cejas.

—Durante los nueve años que has consagrado a estas chapuzas tuyas, de un romanticismo pseudocientífico, en este refugio señorial que posees, se ha inventado una palabra nueva para designar a tu especie, mi querido Barsac. La palabra es «retorcido». Y es lo que pienso de ti y de tu teoría.

—¿Mi teoría? —sonrió Barsac—. ¡Es mucho más que una teoría!

—Eso es insostenible —atajó Jerome—. Empezando; por tu pretensión de que el alma humana pueda dividirse. Me gustaría verte aislando la esencia humana y cortándola a rodajas.

—No puedo hacerlo, lo reconozco.

—Y luego ese cuento de la hipnosis automática. No me lo has explicado.

—Es que no sabría explicártelo.

—¿Y en qué consisten los comportamientos humanos de tus animales? ¿En qué te fundas para evaluarlos?

—No lo sé.

—¿Y esperas que yo comprenda tus ideas?

Sebastián Barsac se irguió; estaba muy pálido, a pesar del fulgor rojizo de la lumbre.

—Escucha, yo no puedo enseñarte un alma humana —murmuró—, pero sí puedo enseñarte en qué se convierten los animales a los que he transferido un poquito de ella. No puedo explicarte la hipnosis automática, pero podrás ver el aparato que utilizo para hipnotizarme, al mismo tiempo que hipnotizo a los animales y les transmito una parte de mi esencia vital. No puedo medir las características humanas de mis cobayas, pero puedo enseñarte qué parecido tienen, y dejar que juzgues por ti mismo. Incluso después de todo eso es posible que no comprendas mis ideas, pero verás su resultado.

En este instante, Jerome se había levantado también.

—¿Quieres decirme que has transferido parte de tu alma al cuerpo de un animal?

Sebastián Barsac levantó los hombros.

—He transferido una parte de lo que yo llamo mi alma a los cuerpos de un número más que regular de animales —corrigió.

—No puedes... Es imposible. ¡Eso desafía todas las leyes de la naturaleza!

Detrás de los gruesos lentes, los ojos de Barsac brillaban con un fulgor extraño.

—¿Qué es la naturaleza, y quién dicta sus leyes? —Interrogó, con acento sarcástico—. Ven a ver con tus propios ojos el resultado de mis experimentos.

Cruzó el aposento, bajó al vestíbulo y luego empezó a subir por la gran escalera circular. Al llegar al segundo piso —donde estaba la habitación de Jerome— buscó un interruptor del cuadro mural e iluminó el tramo siguiente. Reanudaron la ascensión.

Barsac no había parado de hablar en todo el rato.

—Tú conoces los dioses del Egipto antiguo, esas estatuas con cuerpo de hombre y cabeza de animal. Has escuchado las leyendas que hablan de hombres lobos, de esos seres humemos que se transforman en bestias feroces y viceversa. ¡Paparruchas! ¡Todo eso no son más que paparruchas! Y, sin embargo, detrás de toda leyenda se esconde un fondo de verdad. Pues bien, esa verdad ya no tiene nada de misteriosa; yo la he descubierto: la sede de la evolución reside en eso que yo llamo el alma humana y en su medio de expresión, el cerebro. Si se injertan tejidos celulares de un cuerpo en otro cuerpo, ¿por qué no se podría injertar porciones de un alma en otra alma? El instrumento para esta transferencia es la hipnosis. Todo esto lo he descubierto después de semanas de reflexión, de meses de experimentos. Nueve años me he pasado entregado a perfeccionar la metodología y las técnicas. He sufrido un sinfín de fracasos. De los centenares de animales que he llevado a mi laboratorio, la mayoría murieron. Me procuré otros, trabajando sin descanso para un solo fin. He pagado el tributo muriendo yo mismo de mil muertes ante el fracaso de mis tentativas; incluso pagué un tributo físico cuando un mono me hizo perder un dedo.

Barsac se interrumpió y levantó la mano izquierda con gesto teatral, para exhibir un muñón en el lugar donde antes tuviera el pulgar izquierdo.

—Bien, pero, al fin y al cabo, tú no has venido a ver las secuelas de la batalla, sino los frutos de la victoria. Sígueme.

Llegados a la cima de la torre, Jerome echó un vistazo a la espiral vertiginosa de la escalera por la que acababan de trepar. Barsac descorrió el cerrojo de la puerta del laboratorio y le invitó a entrar. El clic del interruptor anunció la llegada de la luz, y Jerome permaneció un momento cegado en la entrada.

La torre del viejo castillo albergaba una pieza de dimensiones generosas, con las paredes recubiertas con baldosines blancos y de aspecto decididamente moderno. Se hallaba en una especie de antecámara espaciosa, abarrotada de instrumentos eléctricos. Todo el aparato necesario para la práctica de la microbiología aparecía sabiamente ordenado en unos estantes y dentro de vitrinas.

—Vamos, Jerome, ¿te gusta? —inquirió Barsac—. ¿Sabes? No ha sido moco de pavo el reunir todo eso. Las *baldosas*, por ejemplo, hubo que transportarlas por el sendero de la montaña. La expedición de cada pieza de este equipo me ha costado una fortuna. Pero mira el resultado... ¿No es un laboratorio ideal?

Jerome aprobó, con aire ausente. En el fondo de sí mismo sentía brotar un

sentimiento de celos. Barsac dilapidaba su inteligencia y su salud en caprichos de niño mimado, en medio de un derroche de aparatos científicos, mientras él, el doctor Jerome, sabio competente, de visión sana, no tenía nada. Ni trabajo, ni porvenir, ni laboratorio. Aquello no era normal, no era justo, y no obstante...

—¡Hasta un grupo electrógeno! —exclamaba Barsac—. Ya ves, aquí nos fabricamos la energía nosotros mismos. Mira todo eso, ¡lo mejor de lo mejor! Pero acaso quieras ver ya lo que te he prometido...

Jerome asintió una vez más. No podía soportar la vista de aquel laboratorio immaculado, ni los celos que despertaba en él. Deseaba terminar, quería salir de allí.

Barsac abrió otra puerta, más lejos. La segunda estancia era casi tan grande como la primera, pero sin los baldosines en las paredes. Las viejas piedras del castillo formaban un vivo contraste con la grande y reluciente caja que ocupaba el centro de la estancia.

—No he tenido valor para transformar esta sala. Es aquí donde, según la tradición, mi bisabuelo realizaba sus experimentos químicos. Le tenían por un poco brujo.

—Como su bisnieto —rezongó Jerome.

—¿Quieres que hablemos de la máquina?

Barsac dio un paso y abrió una puerta metálica del costado de la caja. En el espacio que quedó al descubierto había un sillón provisto de correas del que partían unos tubos en espiral y unas válvulas de acero conectadas a su vez a un cuadro de mandos en el que se alineaba una serie imponente de cuadrantes y manecillas.

El asiento se hallaba delante de un prisma de cristal, una especie de lente gigante, como una ventana en el arca. Delante del prisma, una especie de rueda metálica con unos radios tan finos que uno los habría creído transparentes. Del sillón partían diferentes tubos que iban a parar a los extremos de dichos radios en varios lugares alrededor de la rueda.

—No se trata de magia —explicaba Barsac—, es ciencia. Tienes ante tus ojos el aparato de hipnosis automática que he logrado que sea absolutamente perfecto. El sujeto se sienta en el sillón. Así. Asegura los cintos después de haber calculado la duración de las operaciones y acciona el cierre de la puerta. La corriente se pone en marcha automáticamente y no se apaga hasta el final del programa. El sujeto mira fijamente al prisma. Los radios situados delante se ponen a girar, y en su superficie nacen unos arcos eléctricos. Ello provoca una especie de hipnosis que, por medio del circuito eléctrico, libera una parte de la esencia vital, del alma del sujeto. Concentrada por el prisma, esta fuerza vital choca con los animales colocados delante del armario en el campo de acción del aparato. Se lleva a cabo la transmisión y hay una transfusión de «trocitos» de humanidad dentro de los cobayas, provocando... las mutaciones. Si se modifica la distancia focal, entonces se puede trabajar con media docena de animales a la vez. Evidentemente, cada experimento absorbe una parte de mi energía y mi resistencia sufre una prueba muy dura.

—Sobre todo, lo que se somete a dura prueba es mi credulidad —exclamó el doctor Jerome.

—Muy bien. Podría explicarte detalladamente cómo funcionan mis aparatos, pero veo que exiges pruebas tangibles de lo que te adelanto.

Barsac abrió una tercera puerta e introdujo a Jerome en el último aposento.

Hacía calor; una acre vaharada hirió el olfato del visitante. Un penetrante olor animal saturaba el cuarto en el que se alineaban las jaulas. Docenas de jaulas. En unas había ratas; en otras, ratones blancos; más lejos, unas hileras de frascos de cristal encerraban conejillos de Indias. Todo aquel mundillo gritaba, arañaba, gruñía.

—Mis animales —comentó Barsac—. Desdichadamente, la reserva se me agota continuamente. Trabajo sobre lotes de veinte animales a la vez. Tú lo comprendes, no todos responden al tratamiento. Digamos que de cada lote podía prometerme unas... unas dos o tres respuestas. Pero esto era antes. Luego observé que casi todos los sujetos manifestaban cambios.

Barsac se dirigió hacia la cuarta pared. Allí no había jaulas, sino solamente unos estantes repletos de frascos de cristal. Tarros de conservas, decidió Jerome.

Avanzó un paso para echar otro vistazo, pero Barsac se lo impidió apoyando la mano izquierda sobre su hombro. Jerome no sabía apartar la vista del muñón tembloroso que había sido un pulgar.

—Sólo te dejo ver los últimos resultados. Podría enseñarte perros con piernas, ratones sin cola y con cráneo humano, monos sin pelo y con cara de hombre; pero te burlarías de mí. Dirías que son monstruos, híbridos. Dirías que he producido tales horrores sometiéndelos a los infrarrojos, o a rayos gamma. Te enseñaré únicamente mis últimos experimentos. Los que no sólo demuestran la posibilidad de transferir características humanas a los animales, sino que, además, en ellos se reconocen perfectamente mis propias características. Evidentemente, la transferencia de mis facultades mentales no se puede medir; pero podrás apreciar los resultados físicos. Acaso mis últimas criaturas no resulten muy extraordinarias; no son tan grotescas como las anteriores; pero la reproducción exacta de una sola característica me satisface mucho más que el aire vagamente humanoide de mis sujetos anteriores. Eso me indica, por fin, que voy por el buen camino. En la fase siguiente, me dedicaré a producir animales que no serán transformados y luego reducidos al estado de cadáveres, sino que continuarán viviendo. Yo...

—Enséñamelos —exigió el doctor Jerome.

—Ah, no te impresionarán mucho —insistió Barsac—. No hay más que ratas, y acaso no te fijas...

—¡Enséñamelos!

—Como quieras.

Barsac se hizo a un lado, dejando los frascos a la vista. Una veintena de ratas notaban en alcohol. Jerome las miró. Ratas, simples ratas...; sus cadáveres no tenían nada de anormal. Barsac estaba loco, completamente loco.

Luego, el doctor Jerome se fijó. Estaba examinando una rata y su mirada se detuvo en la pata anterior izquierda. Pero aquello no era una pata..., ¡era una manita!

Miró las otras ratas de los distintos frascos y vio que todas tenían la pata anterior izquierda igual. En lugar de pata, todas tenían una especie de manita..., como la mano izquierda de Sebastián Barsac. ¡Sin pulgar!

Afuera, por la pared del castillo, algo trepaba por entre la hiedra. Algo miraba a través de los cristales, algo espiaba con unos ojillos circundados de rojo en los que danzaban inquietantes destellos de alegría socarrona. Algo reía por lo bajo, al saltar por la ventana abierta sobre el suelo del dormitorio, con un leve ruidito de patitas cortas; unas patitas armadas de zarpas que avanzaban a un trotecito lento hacia la enorme cama.

Jerome notó que algo trepaba por la colcha. Se volvió con gesto nervioso y levantó el brazo con aire amenazador. Pero la criatura continuaba subiendo a la vez que soltaba unos leves chillidos que no eran sino una caricatura superaguda de una carcajada humana.

En el campo visual del doctor se presentó una cabeza y éste vio un ser velludo, con un cuerpo simiesco y cabeza de gárgola. Un demonio familiar... De pronto reconoció aquel ser monstruoso. Era un animal, ciertamente, ¡pero con la cabeza de Barsac!

Jerome lanzó un grito y advirtió instintivamente que aquella criatura no estaba sola. Eran tantas que llenaban el cuarto. Trepaban por los rincones oscuros, se arrastraban por el revestimiento de madera de las paredes, se atropellaban por la puerta y se escurrían por los agujeros del techo carcomido.

Ahora lo rodeaban y soltaban unos grititos al mismo tiempo que trepaban hacia él.

Luego, del pasillo, vinieron los mayores. Cuerpos velludos, ojos llameantes, labios de carroña... Exhalaban el asqueroso hedor propio del hombre lobo. Detrás de los hocicos peludos se adivinaba la carne y los rasgos de Barsac. En los ojos enfebrecidos asomaba la mirada burlona de Barsac. Jerome los reconoció y volvió a gritar.

Pero sus gritos no los detenían. Nada interrumpía el avance de las gárgolas y la horda de lobos que subían con un ruido de pieles hacia su cuerpo crispado dentro de las sábanas. El abominable contacto de sus patitas ya estaba cerca. Jerome se puso rígido en espera de sus garras, de sus dientes.

Jerome se levantó de un salto y quedó mudo de terror.

La luna mandaba tranquilamente sus rayos a la criba de los cristales, que trazaban su pacífica geometría sobre el suelo desnudo y las paredes sin sombra del dormitorio.

Las bestias se habían marchado. No habían existido nunca, salvo en los desgarrados sueños de Jerome.

No obstante, en su semisueño, le pareció que la puerta del cuarto se entreabría...

Barsac había entrado y sonreía enigmáticamente acercándose a la cama. Traía un conejo blanco entre los brazos. Su mirada vino a posarse sobre Jerome, y sus ojos empezaron a brillar con un fulgor irresistible. Aquella mirada encerraba una orden callada y una promesa terrible. Jerome no podía zafarse de ella. Toda la energía de Barsac parecía haberse concentrado en sus ojos, y cuando Jerome lo miró sintió que todo su ser corría al encuentro de aquella mirada espantosa.

Se sentía fundir, flotar, ir a la deriva... De pronto comprendió que no miraba a Barsac, sino al conejo. Al conejo blanco que le robaba el ser con la misteriosa potencia de la mirada.

Jerome experimentó una sensación de debilidad, de vértigo. La cabeza se le vaciaba y la silueta del conejo la veía como a través de una niebla confusa. El conejo empezaba a crecer. Su cuerpo sedoso se hinchaba. Huyó de las manos de Barsac y saltó al suelo, donde no cesaba de aumentar de volumen y de estatura.

Las largas orejas blancas se retraían y su cabeza cambiaba de aspecto. El hocico rosa se fundía con el resto de la cara. Los ojos se separaban y, sobre el mentón, que empezaba a dibujarse, se abría una boca.

La faz de aquella criatura tenía algo terriblemente familiar. Jerome se esforzó en sacudirse la repulsión que le inspiraba para tratar de identificarlo. Aquella cabeza la había visto ya anteriormente. Debía recordar dónde.

Luego, llevado por una oleada de horror supremo, reconoció el semblante del conejo blanco.

Era el suyo...

El doctor Jerome no habló con Barsac de sus pesadillas; de seguro que éste se había fijado en su palidez, así como en sus profundas ojeras, y había sacado sus propias conclusiones.

—Mucho me temo que la hospitalidad que te brindo no sea la mejor —dijo por encima de la mesa del desayuno—. Confío que podrás habituarte pronto a la vida sencilla. Cuando hayamos empezado a trabajar juntos, las cosas se arreglarán por sí mismas, no cabe duda, pienso yo.

—¿Eso piensas? —replicó el doctor Jerome—. En primer lugar, ¿qué te hace creer que trabajaré aquí contigo?

—Confío que querrás —respondió Barsac—. Por esto te pedí que vinieras. Porque aprecio la claridad de tus juicios, y tu talento me hace muchísima falta aquí, viejo amigo. Te aguardé para iniciar mis últimos experimentos. De este modo podremos correr juntos la última etapa. Ya sé, lo que viste anoche debió impresionarte; pero estoy seguro de que no permitirás que los sentimientos sofoquen tu razón. Juntos podremos llevar estos experimentos a su consecuencia última. Al principio no conseguía sino monstruosidades...; luego conseguí reproducir mis propias características en un grupo de animales. Creo que puedo llegar más lejos todavía. He proyectado nuevos perfeccionamientos técnicos... Utilizando animales

que no sean ratas, espero provocar las mismas transformaciones al mismo tiempo que conservo los sujetos con vida. A partir de ahí podré determinar si la porción de alma transmitida actúa como agente modificador de aquel cuerpo en que imprime mis características. ¿Comprendes lo que esto representa?

El doctor Jerome no tenía aire de haber visto nada en absoluto, como no fuera una perspectiva extraordinariamente desagradable. Y movió lentamente la cabeza.

—Yo... yo no puedo —murmuró.

—¡Espera, no me has comprendido! No te pido que te dejes hipnotizar, si no tienes ganas. Correré los riesgos yo solo. Lo único que te pido es que te quedes aquí para ayudarme a supervisar el trabajo, tomar notas, ser el observador imparcial que corroborará mis descubrimientos.

—No vale la pena, Barsac. (El doctor Jerome ni siquiera procuraba disimular el desagrado que se traslucía en su semblante). No puedo hacerme a esa idea... No volveré a poner los pies en tu laboratorio.

Barsac se mostró comprensivo.

—Pronto vencerás esa aprensión, me figuro. Por otra parte, estoy a punto de proceder a los experimentos verdaderamente finales. Si dan buen resultado..., y sé que lo darán, te convencerás. Y si logro convencerte, después continuarás solo.

—¿Continuar? ¿Solo?

Barsac bajó la cabeza. Hablaba a las paredes, más que a su compañero de mesa.

—Sí. A mí no me queda mucho tiempo en esta tierra. Es el corazón, me dicen. Es la tensión de los largos experimentos, que reclama su tributo. El próximo acaso me agote las fuerzas para continuar, o incluso me quite la fuerza de vivir. No, Jerome, un hombre no puede distribuir su alma y mantener la vida mucho tiempo.

El doctor Jerome fijó la mirada en el rostro profundamente grave de Barsac. Éste evitó el encuentro de sus ojos, y prosiguió:

—Por eso te invité; por eso te he pedido trabajar conmigo. Deseo que, cuando yo haya muerto, tú prosigas mis investigaciones. En nombre de nuestra amistad y del gran aprecio en que tengo tu talento y tu genio. No tengas miedo de nada, tanto si decides entrar en el laboratorio como si no. Yo he reunido y comprobado todas las notas, todas las instrucciones que necesitarás para continuar mi obra.

—Ah, otra cosa todavía. —La voz de Barsac se había apagado casi—. He tomado otras disposiciones, además. He visitado a mi notario y redactado mi testamento. Cuando fallezca, tú lo heredarás todo; heredarás mis bienes, enteros, para continuar este trabajo.

Jerome se levantó.

—No te esfuerces —dijo—. No entraré en el laboratorio contigo.

—Muy bien. Lo comprendo. Entonces sólo te pido una cosa: te lo ruego, quédate aquí conmigo los dos próximos días. Realizaré inmediatamente los experimentos que tengo pensados. Confío estar en situación de ofrecerte una prueba del triunfo total... Unos animales que no sólo tendrán un parecido físico conmigo, sino que, además,

habrán heredado mis procesos mentales.

Jerome sufrió un leve escalofrío.

—Por favor —continuó Barsac—. No me abandones estos dos días siguientes. Si tú cuidas de la cocina, yo podré quedarme en el laboratorio. Compréndelo, no consigo criados que se queden aquí conmigo. Son gente ignorante, supersticiosos imbéciles... que se aterrorizan por nada. Y tengo necesidad de alguien con quien pueda contar. ¿Te quedarás?

Jerome estuvo callado largo rato. Luego asintió.

—Sí —murmuró—. Me quedaré.

Barsac le estrechó la mano. El doctor Jerome sintió el contacto de los dedos fríos y blandos, y retiró la mano involuntariamente. Para él, el brillo de gratitud de los ojos de Barsac recordaba demasiado la mirada que había turbado sus sueños.

—No tardaré mucho tiempo —prometió el dueño del castillo—. Voy a prepararlo todo enseguida. Estaré en el laboratorio. Tú no tendrás que hacer otra cosa que dejar los platos de las comidas delante de la puerta. Espero poder anunciarte mi triunfo dentro de cuarenta y ocho horas. Hasta entonces, tienes carta blanca para divertirte como quieras.

Y le volvió la espalda.

—Ahora te dejo. Muy agradecido, Jerome.

Barsac salió de la habitación.

El doctor Jerome sonrió forzosamente al levantar la vista hacia el techo de piedra.

—Figúrate las ganas que tendré de divertirme... —murmuró.

Acabó de fumarse el cigarro puro, se levantó y descendió al vestíbulo, dispuesto a todo. Sus pisadas sonaban de un modo raro por los pasillos desiertos. Al doblar uno, Jerome divisó repentinamente una silueta de pie en la sombra de la pared. Hizo ademán de retroceder, pero luego reconoció los detalles de una armadura.

Claro, al castillo de Barsac le correspondía poseer armaduras. Y todo lo demás, claro. Quizá se distraería un rato si se dedicaba a explorarlo.

El doctor Jerome preparó su empresa con un rigor perfectamente científico. Recorrió metódicamente la planta baja y entró en una serie de cuartos y de salas polvorientos, teniendo buen cuidado, cada vez, en encender las luces antes de aventurarse por una habitación desconocida.

Acabó por encontrar mucho interés y placer en el juego. Mobiliario Regencia imponente, tapices muy interesantes, galería llena de cuadros: los retratos de la línea de los Barsac, un árbol genealógico austero velando en una larga habitación de la parte trasera del castillo. Jerome probó de identificar al bisabuelo aquel, tan inclinado a la brujería.

Todos los objetos, uno tras otro, eran prenda de antigüedad y testimonio de riquezas inmensas. Si el castillo estaba embrujado, lo estaba únicamente por el pasado. Jerome recordó de nuevo la atmósfera de cuento ilustrado que le sorprendió al venir al castillo. No faltaba más que la cripta subterránea.

¿Un panteón subterráneo familiar? ¿Por qué no?

Jerome continuó su exploración. Por fin halló las escaleras que conducían a los sótanos, y allí descubrió las catacumbas.

Eran catacumbas, sí, hablando con toda propiedad. Los sepulcros de piedra de los Barsac reposaban sobre losas de mármol. Fila tras fila, reposaban aquí abajo, en el sueño eterno. Actualmente sólo quedaba Sebastián de Barsac, último de este nombre, que pronto se uniría en las filas de los muertos... El último Barsac, y estaba loco. Loco y al borde de la tumba. Muy cerquita del borde...

Y en las catacumbas, húmedas y silenciosas, le surgió la idea.

Barsac había de morir muy pronto...

En el fondo, era verdad, podría morir enseguida, de muerte dulce.

Entonces ya no habría castillo de Barsac. El dueño del castillo, del laboratorio, del dinero, sería el doctor Jerome. Sí, ¿por qué no? Barsac estaba loco y vivía solo. Los médicos habían dicho que podía morir cualquier día... A eso difícilmente podría llamarse un asesinato. Quizá bastara con una emoción fuerte...

Sí, una impresión tremenda. Barsac se había debilitado de tal modo en el transcurso de sus locos experimentos, que sería fácil provocar un choque, una conmoción. Bastaría con asustarle.

Jerome había tomado una decisión. Lo único que faltaba era ponerla en obra. Barsac, el loco, descansaría aquí, sobre la última losa libre, y el asunto habría terminado.

El doctor Jerome volvió a subir las escaleras, muy despacio. Salió y se fue a la montaña hasta el crepúsculo. Había luchado contra la tentación y había logrado rechazarla. No pensó siquiera en mezclar veneno a los alimentos que subió arriba para la comida. Dejó la bandeja delante de la puerta, antes de llamar, y bajó rápidamente sin esperar siquiera a que Barsac abriese. Él comió sin compañía, abajo, en la espaciosa cocina del castillo.

Ahora estaba resignado a esperar. En fin de cuentas, Barsac podía morir dentro de unas semanas, de muerte natural. Hasta entonces, que continuase su trabajo. Acaso obtuviera algún resultado.

Jerome escuchó las vibraciones del laboratorio sobre su cabeza. Un runruneo sostenido, acompañado de una pulsación acompasada. En aquel momento, Barsac debía de estar dentro de la caja, regulando el prisma, para hipnotizarse junto con sus bestezuelas. Jerome se preguntó qué clase de animal utilizaba ahora para sus experimentos perfeccionados.

Al parecer, no le iba demasiado mal. Las vibraciones empezaron a cansar los nervios de Jerome, que decidió acostarse temprano. Veinticuatro horas más y aquello habría terminado. Con sólo que pudiera descansar a gusto una noche, los pensamientos morbosos se disolverían.

Jerome cruzó el vestíbulo, apagó la luz y subió a acostarse. Se desnudó, se puso el pijama, sumió el dormitorio en la oscuridad y probó de entregarse al sueño.

Y el sueño vino.

Barsac apareció. Acababa de abrir la gran caja metálica y, una vez más, sus ojos vivos captaron y retuvieron la mirada estupefacta de Jerome. De Jerome, que sintió que la voluntad le abandonaba y vio cómo él precisamente entraba en el arca. Estaba atado al asiento como un prisionero a la silla eléctrica. Como un condenado, Jerome comprendió que estaba a punto de sufrir la aplicación de una sentencia de muerte. Le había abandonado todo vestigio de voluntad y ahora, que Barsac manipulaba los cuadrantes, sentía el alma prisionera a su vez.

Vio ante sí el gran prisma de cristal. La fascinación de aquella lente gigante era tan poderosa que Jerome no podía apartar la vista de ella. La lente exigía la atención de su retina, la atraía irresistiblemente para hacerle mirar al exterior, al espacio, tremendamente dilatado, del campo visual. Jerome esperaba ver animales, pero no vio ninguno.

No vio sino a Barsac. Una cara inmensa apareció de súbito en la ventana practicada en la caja... Una cara monstruosa, que tenía los ojos globulosos de Barsac y su misma frente prominente.

Barsac hizo una mueca, que puso al descubierto los amarillos dientes; pero el doctor Jerome no veía más que sus ojos. Los ojos que se clavaban en los suyos propios, hechizándolos, al mismo tiempo que hechizaban su razón. A través del prisma, sorbían todo su ser.

Cuando el runruneo de la máquina adquirió una loca intensidad, el doctor Jerome se sintió aspirado hacia el exterior. Tenía el cuerpo sujeto al asiento, pero su alma rugía a través del prisma diabólico para perderse en los ojos de Barsac, en los ojos dementes de Sebastian Barsac...

El doctor Jerome se despertó. Vio que ya era de día; pero no tuvo energías suficientes para levantarse y mirar al firmamento. Se sentía débil, vacío.

Vacío.

Una sospecha terrible se formó en su espíritu. Sabía que había soñado..., pero no sabía *qué* no había soñado...

¿Era posible que aquella pesadilla fuese alegórica y escondiera una verdad? ¿Le habría mentido Barsac? ¿Acaso su máquina podía captar realmente partículas vitales de espíritu humano? ¿Y acaso le había pedido que le ayudase en sus trabajos para quitarle un pedazo de su alma, y no para transferirla a los animales, sino a sí mismo, al propio Barsac? ¡Vampirismo hipnótico, científico!

¿Había venido realmente Barsac a su cuarto, anoche, cuando él dormía y luchaba con sus sueños? ¿Le había hipnotizado mientras dormía, para quitarle el alma, como en un cepo?

Algo había pasado; Jerome se sentía débil.

Pero ahora era fuerte... Fuerte gracias a una decisión repentina. ¿Le habían vuelto

las ideas de ayer, y habían vuelto con la seguridad de una firme decisión?

Hoy mataría a Barsac.

Lo mataría antes de morir él. Mataría a Barsac porque estaba loco, porque sus experimentos eran una blasfemia, porque merecía la muerte.

Mataría a Barsac por la salvación de la ciencia.

Eso es. Por la salvación de la ciencia.

Se levantó, se vistió, preparó el desayuno, subió la bandeja de Barsac, volvió a las salas de abajo y se puso a ordenar su plan.

Loco o genio, Barsac iba a morir. Había de morir.

¿Y si estaba a punto de realizar de veras lo que había anunciado? ¿Y si hubiera conseguido realmente crear animales dotados de los atributos físicos del hombre, dotados de espíritu humano? Espíritus como el del mismo Barsac...

¿No sería el colmo del horror? Esa abominación, ¿no podría evitarse?

He ahí; esto es. Él, el doctor Jerome, salvaría a la humanidad de aquel ultraje monstruoso a las leyes de la vida. Actuaría tal como había decidido antes, por sorpresa. Aquella misma noche.

Sí, aquella noche. Dejaría sin luz el castillo, iría al laboratorio, a oscuras, y daría un susto de muerte a Barsac.

Nada de levantar la mano contra él... Un plan muy simple y que tendría éxito. Que había de tenerlo.

Jerome comprendió que tenía que aplicarlo mediada la tarde, cuando arriba se reanudasen aquellas vibraciones. Comprendió que no podría esperar mucho más. No podía soportar aquellas vibraciones, ni las visiones de pesadilla que le provocaban: Barsac vaciando su alma en los cuerpos de una horda de animales... Imposible resistir a esta idea.

¿Qué animales, en realidad? Ratas ya no, había dicho. Jerome se acordó de las ratas. Barsac se había negado a enseñarle los otros monstruos. No le había dejado ver más que las ratas de patas deformes. Unas manos en las que faltaba un dedo, una garra.

Jerome preparó la cena y se puso a reír. Recordando sus sueños perdía los temores.

¡Las patas! ¡Pues claro, naturalmente! ¡Qué tonto había sido dejándose influir por la inepticia de Barsac y la morbosa atmósfera del castillo! Esto, combinado con unos sueños de pesadilla, había bastado para hacerle tragar los delirios grotescos de un individuo visiblemente loco.

Cierto que había allí una máquina; pero cualquier recién llegado, con dinero y unas cuantas nociones elementales de electromecánica, podía construir una máquina imponente. Lo cual no quería decir que la tal máquina funcionase de verdad de la manera que pretendía Barsac.

Jerome se dijo que tampoco había otras monstruosidades que esconder... porque, sencillamente, no habían existido nunca. Todas las referencias a experimentos

anteriores no eran más que un mero camuflaje.

Sí, estaban las ratas, era cierto. ¿Y luego? Barsac había sido un tío astuto. Había cogido veinte ratas, las había matado y les había arrancado un dedo de la mano izquierda.

El caso era muy sencillo. Barsac estaba loco, y no había nada que temer. El doctor Jerome soltó otra carcajada. Se sentía más confiado. Mataría al loco y recogería la herencia. Se terminaron los temores, las pesadillas.

El trueno se mezcló a sus risas.

Se estaba desatando una tempestad, que estalló en un retumbar colérico encima del castillo. El rumor del trueno apagaba el runruneo y las vibraciones del laboratorio. Jerome vio por la ventana cómo se iluminaban las rocas de enfrente bajo la claridad cegadora del relámpago siguiente.

El trueno estalló más fuerte.

Jerome retrocedió para preparar la bandeja de Barsac, pero se detuvo al momento.

—¿Por qué darle vueltas? —murmuró.

Sí, ¿por qué darle vueltas? ¿Por qué esperar más? No tenía que hacer otra cosa sino subir ahora, apagar todas las luces y llamar a la puerta del laboratorio. Barsac abriría creyendo encontrar la comida; y lo que encontraría, en cambio, sería la muerte.

Sí. Había que subir ahora; ahora que había tomado la decisión.

El trueno seguía retumbando cuando Jerome subió las escaleras para llevar a cabo su siniestro plan.

Un relámpago lo acogió en lo alto del segundo descansillo. Jerome se acercó al cuadro de interruptores de la pared. Hubo un nuevo relámpago cegador, seguido inmediatamente de un rodar formidable de truenos, y las luces se apagaron.

Había caído un rayo sobre el castillo. Era una señal del destino. Jerome exultó.

Ahora subía la escalera espiral que conducía a la cima de la fortaleza donde estaba instalado el laboratorio. Buscaba el camino despacio, a tientas, en la oscuridad total, concentrándose en el momento en que alcanzaría la puerta de roble y llamaría.

Luego escuchó, a través de los aullidos de la tormenta, las vibraciones de detrás de la puerta.

Al caer el rayo, habían cesado bruscamente.

Jerome llegó a lo alto de las escaleras. Se acercó a la puerta. Ahora...

La puerta se abrió mansamente.

—¡Jerome! —llamaba Barsac.

La voz era débil, pero sonaba con acento de triunfo.

—Jerome, ¿dónde estás? ¡Lo he conseguido, Jerome! ¡Lo he conseguido y he superado todo lo que esperaba!

A Jerome le beneficiaba que Barsac le hubiera llamado; esto le permitiría localizar mejor el cuerpo en el seno de las tinieblas.

Avanzó despacio y levantó las frías manos hacia el cuello de Barsac. Un golpe

repentino, un terror súbito...

Pero Barsac no aullaba de miedo, gritaba de cólera.

—¡Eres tú, Jerome, eres tú!

De modo que lo sabía. Sabía que Jerome quería matarle. Y el saberlo le condenaba a morir. Las manos que se habían levantado sólo para darle miedo se cerraban ahora para estrangular. Aquellas manos afianzaron su argolla alrededor de la garganta de Barsac, que se esforzaba en vano por libertarse, y no lograba situar a su adversario. Los gestos de la víctima se hacían lamentablemente débiles; de su garganta ya no salía ningún grito. Sólo emitió una especie de gargarismos sofocados cuando Jerome oprimió la tráquea y luego lo arrastró al pasillo. Lo arrastró lentamente hacia el extremo, hacia el final del viaje, hacia el comienzo de la escalera.

Cuando Jerome tentó con el pie el primer peldaño, empujó a Barsac adelante. No se oyó sino un grito leve y Sebastián Barsac rodó por las tinieblas seguido de una espantosa sucesión de golpecitos blandos que sonaban por la espiral negra de la escalera.

El trueno estalló de nuevo para ensordecer a Jerome allí en lo alto. Cuando su fragor se apagó a lo lejos, los golpes sordos habían cesado.

Barsac estaba al pie de las escaleras.

El doctor Jerome descendía el primer tramo, con gran prudencia, tanteando con los pies el escalón siguiente, tanteando el encuentro del cuerpo de Barsac. Lo halló al final. Allí sus zapatos toparon con la masa fofa del investigador.

Jerome se arrodilló y paseó las manos por la carne muelle. Estaba completamente fría. Fría como la muerte.

De modo que ¡asunto terminado! Barsac había muerto. ¡Larga vida al nuevo señor del castillo Barsac!

El doctor Jerome se enderezó, con una risa burlona. Había resultado fácil, después de todo. «Señores, un accidente estúpido... Sebastián Barsac, mi amigo, trabajaba en su laboratorio cuando la luz se averió. Salió con la intención, probablemente, de bajar al vestíbulo. Dio un paso en falso, en la oscuridad, y se precipitó por las escaleras». Murmuraba estas palabras en voz alta, tal como las repetiría en la investigación judicial. Y escuchaba sus ecos repetidos que morían a lo lejos.

Después oyó el otro ruido.

Venía de allá arriba, de un cuarto de arriba de las escaleras. De lo alto de las escaleras..., ¡un ruido que venía del laboratorio!

Jerome subió a toda prisa.

Los animales se habrían escapado, seguramente. Convenía cerrar la puerta del laboratorio enseguida.

Al llegar al segundo descansillo, cuando se disponía a subir el último tramo de la fortaleza, oyó un grito agudo. Se paró y escuchó una especie de ruido prolongado en el piso de arriba..., como un caminar y un trotar de cuerpecitos que descendían hacia el vestíbulo. ¡Ya habían salido del laboratorio!

Jerome advirtió por primera vez el acento amedrentador de aquellos grititos. Unos gritos llenos de cólera que resonaban en lo alto de las escaleras. Una cólera idéntica a la de Barsac, cuando éste había perecido ya... ¡Barsac que había salido gritando con acento de triunfo que sus experimentos habían dado un resultado superior a las esperanzas más locas que hubiera puesto en ellos!

El éxito había coronado los experimentos del muerto.

«Voy a transferir mis atributos físicos y hasta los mentales».

Y entonces Jerome supo qué era el miedo.

Las bestias de Barsac estaban libres. Unas bestias cuyo cuerpo había sido transformado. Cuyo espíritu se había convertido en una parte del de Barsac. Estaban enteradas, y eran libres. Libres... ¡y venían hacia él en busca de venganza!

Jerome las oía bajar las escaleras. Iban por él. Sabían que estaba allí..., ¡le veían en la oscuridad! Con pánico ciego, corrió hacia el pasillo. Se escondería en su cuarto. Esto es, en su cuarto. Tropezó por el pasillo, desesperadamente oscuro, y las oyó que le pisaban los talones.

Las bestias avanzaban rápidamente. Jerome llegó a la puerta y palpó en busca de la llave. Se revolvió los bolsillos, soltando maldiciones. La llave no estaba en el llavero. Y la puerta se hallaba cerrada.

¿Habría perdido la llave en aquel momento? ¿La habría perdido al tropezar? Se agachó para palpar a su alrededor.

Y sus manos encontraron el calor de la carne. Una carne sedosa, con el pelo ralo. Una carne tibia que se revolvía entre sus dedos. Unos dientecitos empezaron a mordisquearle el pulgar.

¡Las bestias estaban allí!

El doctor Jerome se levantó de un salto y disparó un puntapié. Pero otro cuerpo frotó contra su otro tobillo... ¡Le rodeaban!

Sus gritos se elevaban de todas partes. Uno de aquellos pequeños monstruos le subía por la pierna. Sintió el contacto de los deditos minúsculos que se cogían a su cuerpo.

Jerome gritó y supo que Barsac le había dicho la verdad. Las criaturas que había engendrado poseían su espíritu. Y ahora iban a matarle para vengar la muerte de Sebastián Barsac. No tenía escapatoria.

Los gritos llenaban el pasillo, y los cuerpos le cerraban el paso por completo. Las bestias bullían en torno al doctor Jerome como ratas hambrientas; pero no eran ratas. Jerome sabía que si pudiera verlas se volvería loco. Pero no las veía, y ellas iban a trepar por su cuerpo, le acariciarían el rostro con sus deditos horribles y le clavarían en la garganta sus dientes minúsculos.

Jerome dio media vuelta y se lanzó nuevamente hacia el pasillo. Aquellas falanges de pesadilla se apartaron por un momento, y él pudo atravesar el pasillo del castillo embrujado, con las bestias de Barsac pisándole otra vez los talones. Jugaba al gana-pierde con la muerte en un laberinto a oscuras y la muerte galopaba tras él sobre

unas patas decididas.

La muerte gritaba y cuchicheaba. Jerome huía. Tenía que salir antes de que aquellas criaturas se hubieran encaramado en él, antes de que le tocaran, antes de que se apoderasen de su ser. Era preciso.

Falto ya de aliento, llegó al extremo del pasillo. Sabía que la horda ganaba terreno. Se volvió y corrió todavía más. No se le ocurrió pensar en las escaleras.

Los gritos redoblaron y resonaron en sus oídos. El doctor Jerome cayó por las escaleras y aterrizó en el vestíbulo con un sonido quebrado y desolador que sus oídos no percibieron ya. Su cabeza formó un ángulo grotesco con el resto del cuerpo. Resbaló hasta el cuerpo de Sebastián Barsac; como él, había muerto. Muerto, inexorablemente; no se podía estar más muerto.

Por una curiosa ironía de la suerte, las luces del castillo eligieron este preciso momento para encenderse de nuevo.

Y no descubrieron otra cosa que los dos cuerpos extravagantemente retorcidos al pie de las escaleras.

Barsac, el loco, estaba muerto; lo mismo que Jerome, el alucinado.

En el descansillo del primer tramo, veinte conejillos de Indias, muy blancos, abrían y cerraban los párpados; abrían y cerraban veinte pares de ojuelos rojizos, estúpidos, atontados.

O:

En el descansillo del primer tramo, veinte conejillos de Indias, muy blancos, abrían y cerraban estúpidamente los párpados, atontados.

COMO SE QUIERA.

LA CHICA DE MARTE

Girl from Mars (1950)

—¡Entren, entren a ver al antropófago capturado en Borneo! Ocupen sus asientos, saquen sus entradas...

Con los codos en el borde del estrado, Ace Clawson escuchaba a Lou, su pregonero. Se necesitaba que alguien atrajese al público; y con aquella maldita llovizna no había por allí alma ninguna. La lluvia había cesado al atardecer, pero los chaparrones de primeras horas de la tarde habían transformado el Midway en un auténtico lodazal. Ace se rascó el mentón. Se había de acordar de afeitarse. Luego las luces se encendieron sobre las lonas flácidas y la indiana goteante del Palacio de los Fenómenos. Clawson se estremeció. ¡Tiempo asqueroso! No es de extrañar que esa puerca de Georgia haya cogido la malaria.

Si le da la gana, pronto dejará de llover. Quizá se puedan hacer unos cuartos después de la cena. Convendría de veras. Sólo quedaban dos días aquí y aún no había cubierto los gastos. Bah, esto pasa alguna que otra vez; tienes la negra.

Ace volvió a rascarse el mentón. Se había de acordar de afeitarse. ¡Bah!, ¡a la porra con todo! ¡Y a la porra tú también, Lou; no vale la pena partirse el alma por una miseria! Miró él al cazador de espectadores, aburrido sobre el podio, e hizo una mueca. No, no estaba en forma, ese gandul; la primera sesión se había ido al cuerno, y a él le faltaban tablas. Ace levantó la cabeza y gritó:

—¡Eh, Lou!

—¿Qué?

—Cierra el pico.

Lou lo cerró y bajó. Luego levantó la cabeza bruscamente, sacudiéndose el agua del pelo, pero Ace esquivó las gotas.

—¿De qué te sirve bramar cuando no hay nadie? Déjalo. Ve a buscar a la tropa y llévala a picotear al Sweeney. Por aquí no veremos ni una rata antes de la hora.

—Bien, Ace.

Lou se coló al interior y reunió a su gente. Salieron en fila india: la gruesa Phillis, que meneaba las posaderas con el capitán Atom; Hassan, el tragafuego, hediendo dentro de sus babuchas rancias; Joe, el caimán, y su impermeable; Eddie, dentro de su disfraz de salvaje perfecto.

Ace permanecía detrás de la caja. No tenía ganas de hablarles. Habrían querido hablarle de Mitzie y el Rajá. ¡Estaba hasta la coronilla de esa historia!

Los vio marchar en procesión por el lodo rojizo de Midway, luego se volvió hacia los carteles del podio. Todas aquellas extrañas criaturas seguían mirándolo a través de sus caras pintadas allí: Phillis, el capitán Atom, el hombre más pequeño del mundo, Hassan el terrible, el hombre, cocodrilo, el antropófago de Borneo, Rajá el mago, y la

muchacha de Marte.

Rajá el mago, con smoking y turbante, partía a una mujer en dos. La chica de Marte desplegaba sus alas de murciélago hacia el cielo. Ace les soltó una salva de injurias. Se habían propuesto hundirlo, ¿eh? ¡Era preciso que se juntasen los dos en la tarea! Esto es lo que le dolía. Habían hecho las maletas juntos. Rajá y Mitzie. La idea había sido de ella, sin duda; ella había pensado en fugarse. Participación de pérdidas y ganancias. ¡Cómo debían mofarse de él! Tiempo cochino, entradas flacas y, para remate, la fuga de esos dos.

Ace se mordisqueó el labio inferior. A guisa de cena. Con esto le bastaría..., esto y un vaso. Se sentó en lo alto del estrado y tiró de la botella, casi llena. Hizo saltar el tapón y lo envió lejos. Ya no lo necesitaría más.

Echando la cabeza atrás, se llenó el gaznate. Un buen trago en honor a la lluvia. Y un buen trago por esa puerca de Georgia, y otro por Rajá, y por Mitzie. Y otro más para en honor a lo que le haría a esa ratoncita si alguna vez lograba cazarla.

Por el rabillo del ojo advirtió que la lluvia había cesado. Y fue entonces cuando divisó a la muchacha.

Bajaba por el Midway, andando muy despacio. Llevaba un raro vestido gris, pero, incluso a aquella distancia, se podía afirmar que era una chica con sólo ver cómo jugueteaba la luz en sus cabellos rubios.

Rubios..., no, no; eran platino. Cuando estuvo más cerca advirtió que tenía los cabellos casi blancos. Y las cejas también. Igual que los... (¡vaya!, ¿cómo les llaman a ésos?), como los albinos. Sólo que los ojos de ella no eran encarnados. También parecían de platino. Una mirada fija. Unas pupilas inmensas que pasaban revista a todo lo que había en torno de las barracas.

Ace la miraba venir; no tenía nada mejor que hacer, y, por otra parte, valía la pena. ¡Qué chasis! Las piernas largas y unos parachoques como sandías. Una pollita de primera.

Ace se alisó, los cabellos. Cuando la muchacha pasase por delante de la tienda, él bajaría con un esbozo de sonrisa y...

Ace se halló en un aprieto. La muchacha no pasaba por delante de la tienda, sino que estaba andando por el podio, y ahí se paró. Levantó la cabeza y se puso a leer los carteles, moviendo los labios. Tenía un aire raro, bamboleándose blandamente, como si la hubiera pescado gorda. Podía ser esto, al fin y al cabo. La chica giró sobre sus talones y continuó su examen. Fijó la atención en un cartel y murmuró algo para sí misma.

Ace volvió la cabeza. La muchacha estaba mirando a la marciana. Sí, era esto mismo lo que repetía; Ace podía oírla.

—La muchacha de Marte —leyó otra vez.

Tenía un acento claramente extranjero; sueco, acaso, o de por allá.

—¿Puedo servirla en algo?

Ace se volvió y fue tras ella. La chica se columpiaba sobre un pie.

—*Tecker*...

Sueca. Pero ¡qué chasis! Ni sombra de maquillaje; no lo necesitaba. Ace le sonrió.

—Me llamo Ace Clawson. Soy el propietario de estas atracciones. ¿En qué puedo serle útil, chiquilla?

Ella lo miró fijamente; luego volvió a clavar la vista en el cartel.

—La marciana —dijo—. ¿Es cierto?

—¿Cierto?

—¿Hay una? ¿Ahí dentro?

—Oh, no. Ahora no. Se ha largado.

—¿*Kep*? —La muchacha se recobró prestamente—. Quiero decir..., ¿qué decía usted?

—La chica se fue, mire. Usted no habla el inglés demasiado bien, ¿eh?

—¿Inglés? Ah, el idioma. Sí, hablo.

Se expresaba despacio, con un esfuerzo de concentración. Fruncía marcadamente el ceño, pero la frente continuaba sin arrugas. Tenía la piel gris, lo mismo que la combinación. Un vestido ajustado y sin botones. Y tampoco llevaba bolso; era extranjera.

—¿No tiene... alas, la chica?

Ace lo tomó a risa.

—No, es trampa.

La joven reanudó los fruncimientos de ceño. Ace se repitió que habría bebido, sin duda.

—¿Lo dices de guasa, paloma? No hay tal marciana.

—Pues yo sí soy de *Rekk*.

—¿Qué?

—Yo vengo de *Re...*, de Marte.

¡Borracha como una sopa! Ace prosiguió:

—Ah, sí, ya veo. De modo que usted viene de Marte, ¿eh?

—Hoy he llegado.

—Bien, bien. De modo que la cosa está así, ¿eh? ¿Turismo o negocios?

—¿*Kep*?

—Déjelo. En fin, quise decir, ¿qué desea usted?

—Hambre.

No, borracha no. Sin blanca. Pero ¡qué chasis!

Y cuando Ace la cogió por el hombro, ella no retrocedió. Era un hombro tibio. La chica despedía fuego. Dinamita. Y tenía hambre...

Ace volvió la cabeza atrás, mirando a la tienda. Tenía una idea. Se le había ocurrido al coger a la muchacha por el hombro. ¡Al diablo Mitzie! Esto de ahora era justo lo que el médico le había recetado. Y el Midway estaba desierto. La banda no regresaría del Sweeney antes de tres cuartos de hora.

—Hambre —repitió la chica.

—De acuerdo. Encontraremos algo que comer. Pero primero hablaremos. Pasa adentro.

Y Ace volvió a cogerla por el hombro. Tibio. Suave. De tres estrellas.

En el interior, las lámparas alumbraban sin demasiado brillo. Antes de salir, Lou había encendido solamente las pequeñas. Las cortinas de los distintos estrados estaban medio descorridas. Ace la condujo hacia el cubil de la marciana. Dentro había una litera, y se podía bajar la cortina. Pero antes de nada, ejercicio de manos.

Ella dio unos pasos caminando sobre los talones, hasta que él la retuvo y la hizo sentar en las gradas, al lado del podio. Al tocarla se mareaba. No obstante, sabía muy bien que había de conservar la serenidad. La proximidad de la muchacha le encendía la sangre; aparte de que andaba achispado ya por el alcohol.

—De modo que venimos de Marte —dijo, con la voz algo ronca, inclinándose sobre la muchacha sin arriar la sonrisa de sus labios—. ¿Y cómo has llegado aquí?

—Ertells, el... el aparato. Hydron, muy aprisa. Hasta el aterrizaje. Luego aquello; no lo esperábamos. En el aire. Eléctrico.

—¿La tormenta? ¿Los relámpagos?

Ella opinó, impasible:

—Usted comprende. El *kor*..., la máquina, se estropeó. Perdida. Todo *flerk*. Todo, excepto yo. Yo he caído. Y ahora, no sé. No recibí consignas. *Pre* ha muerto. ¿Comprende?

Ace bajó la cabeza. La muchacha tenía un cuerpo tibio. ¡Muy tibio, santo Dios! ¡Y qué chasis! Ace retrocedió, siempre asintiendo. Hay que dejarla terminar. Quizá se calme un poco.

—Entonces he andado. Nada. Nadie. Oscuridad. Luego he visto luz. Este paraje. Y los nombres. Y a usted. He leído los nombres.

—Y aquí estás. —Había que dejarla hablar. A una mocita con dos copas de más y a un borracho no se les contradice nunca—. ¿Cómo es que sabes inglés?

—Fue *Pre*. La instrucción. Porque, él... había previsto que vendríamos. Hay muchas cosas que no entiendo. Pero las aprenderé. De momento, tengo hambre.

Su cara permanecía impasible. La curda siempre arruga un poco el semblante. La muchacha titubeaba; sólo andaba sobre los talones, eso era todo. Ni siquiera olía a alcohol. Entonces..., ¿es que no iba bebida?

Ace abrió bien los ojos. Examinó aquella cara sin expresión, los cabellos platinados y las cejas. Se fijó en el calzado que llevaba, en el vestido plateado, sin bolsillos, sin ningún botón. Sin botones. Era curioso. La muchacha no llevaba ni un solo botón.

Claro, no cabe duda, está chalada. Ha llegado este mediodía, claro. Se ha escapado de su celda aprovechando la tormenta. No es de extrañar que no lleve bolso. Acaba de darse una carrera después de haber rajado la camisa de fuerza.

¿No sería aquello el golpe de suerte que esperaba? Una chalada extraviada sin

nada en el estómago ni tampoco en la cabeza. Justo lo que necesitaba...

¿Y por qué no?

Ace proyectaba a todo gas. Quizá media hora. El tiempo preciso. Justo para dejarla en la calle otra vez. ¿Quién lo sabría? Sería una cochinateda, bueno, pero ¡al cuerno! Vaya racha de mala suerte venía aguantando: la lluvia, sin parroquianos y, para colmo, esa puerca de Mitzie que se larga... Había que cambiar el aire. Por otra parte, a ella tampoco la perjudicaría; hasta era posible que le hiciera un bien. Nadie sabría nada, y, al fin y al cabo, era una lela. Ni sabía lo que andaba chamullando. ¿Por qué no?

—Un segundo, pollita; se me ocurre un juego genial. Ven por acá, así.

La hizo levantar y subir la escalera, luego corrió la cortina. En el podio, detrás de la lona, quedaron a oscuras. Ace buscó el colchón, a tuestas, y lo encontró.

—Siéntate ahí —dijo, con voz que hubiera querido fuese dulce.

La muchacha se arrimaba contra él, sin retroceder; y cuando la tumbó, cuando oprimió aquella cosa dulce y tibia, ella se abandonó sin ruido.

Ace procuraba no precipitarse. Sobre todo, no dejar de hablar.

—Sí, sí, tengo una idea genial. Al fin y al cabo, tú vienes de Marte, ¿no es cierto?

—Sí, de *Rekk*.

—Claro. Y mi marciana se ha dado el bote. Entonces, yo me digo: ¿por qué no podrías representar tú el espectáculo? Estarías en las mismas condiciones que ella: tres verdes por semana, y la pitanza. Y, por añadidura, uno ve mundo. Nadie que te diga: haz eso o haz aquello. Eres el capitán de tu barco. Libre. ¿Entiendes?... Libre como el aire.

Quería que la proposición tuviera un aire bonito. No era tonta la artimaña, hablar de libertad. Aun estando majareta, había de quedarle bastante seso para saber que no podía continuar allí. No es que él tuviera ganas de embarcarla en el espectáculo, no; sólo se trataba de un cebo. Sólo tenía ganas de gozarla. Después, ya vería.

—Pero eso no es lo que usted decía. Hambre...

Ya volvía a lo mismo; con una lela no se podía perder el tiempo. Además, a oscuras, no tenía nada de boba. Era una real moza, rubia, alta, cálida; más que Mitzie —¡ah, ahora, al cuerno Mitzie!—, y estaba... estaba allí, y él la sentía, sentía el calor que emanaba su cuerpo.

Ace le puso las manos en los hombros.

—Hambre, ¿eh? No te apures, pollita. Yo me ocuparé de tu hambre. No has de hacer otra cosa que confiar en mí.

¡Jobar! Ahora se oía un parloteo. La tropa regresaba, entraba en la barraca, subía a los estrados y arrastraba los taburetes. Ya no tendría tiempo.

Bah, después de todo, ellos estaban detrás de la cortina, a oscuras; bastaba con quedarse allí y hacerla callar; después podrían escabullirse. La verdad es que la tenía entre sus brazos. La estrechaba contra sí, percibía sus redondeces. Llenas. Y en lugar de apartarse, ella se amoldaba. No era una loca, sabía qué estaba haciendo. Tanto

mejor.

En la barraca alguien encendió los fluorescentes y un rayo pálido se filtró por entre la cortina. Ace sonrió a la cara que se le ofrecía. La muchacha abría unos ojos enormes, brillantes. Las manos del hombre le recorrieron la espalda. Era una chica sólida, compacta.

—No pienses más en el hambre, pequeña —murmuró Ace—. Yo me encargo.

Cuando ella le estrechó, se sintió inundado de calor. Incluyó la cabeza para besarla. Ella abrió los labios, dilatados; y en la penumbra Ace le vio los dientes. También de platino.

En aquel instante le entraron ganas de irse, pero el extraño calor que irradiaba la muchacha le daba vértigo. Unos momentos después le estrechaba muy fuerte, y no paraba de murmurar: «Hambre» una y otra vez... y ahora era ella la que le tumbaba sobre el colchón. Y él veía aproximarse aquellos dientes. Largos y puntiagudos. No podía moverse, ella le sujetaba; los ojos de la chica brillaban con una intensidad que hacía sufrir, y sus dientes, largos y puntiagudos, se acercaban más, y más, y más...

Ace casi no sintió nada. Todo se sumió en un torbellino y desapareció. Un poco más allá, en algún punto, una voz empezaba a desgranar sus letanías. Era Lou, en el exterior, plantado bajo el cartel de la hija de Marte, que iniciaba su pregón. Fue lo último que escuchó Ace Clawson. Las letanías, el pregonero.

—¡Entren a ver el antropófago capturado en Borneo! Saquen las entradas, ocupen sus asientos...

¡LA TRAMA ES LO QUE VALE!

The Plot Is the Thing (1966)

Cuando forzaron la puerta del apartamento la encontraron sentada ante la televisión, mirando una película antigua.

Peggy no comprendía por qué sacaban tanta salsa de aquella cuestión. A ella le gustaba mucho ver películas antiguas: el programa de noche, el programa de medianoche y hasta el programa de toda la noche. Éste era el mejor, porque a menudo daban películas de miedo. De todas formas, Peggy había tratado de explicárselo; pero ellos no cesaban de fisgar por el apartamento, observando el polvo que cubría los muebles, los platos sucios y la cama sin hacer. Alguien explicó que la vajilla del fregadero estaba cubierta de un musgo verdoso. Era cierto; no se había preocupado de fregarla desde hacía bastante tiempo; pero el caso era que también llevaba varios días sin comer.

Y no es que no tuviese dinero... Se lo había dicho a esos hombres, al hablar de su cuenta corriente. Pero las compras, la cocina, la casa, eran demasiadas cosas a la vez, y, por otra parte, no tenía ganas de salir a ver a la gente. Al fin y al cabo, si quería mirar la televisión era asunto suyo, ¿no?

Ellos intercambiaron unas miradas resignadas. Inclinaciones de cabeza y llamadas telefónicas. Luego llegó la ambulancia y la ayudaron a vestirse. ¿Ayudarla? Forzarla, fue lo que hicieron prácticamente, ¡sí!

Aquello no presagiaba nada bueno; pero cuando se dio cuenta de adónde la llevaban era demasiado tarde.

Al principio, en el hospital, estuvieron muy amables con ella, aunque no se cansaban de hacerle preguntas idiotas. Por ejemplo, cuando respondió que no tenía familia ni amigos no querían creerla. Lo comprobaron y vieron que era la pura verdad; pero el hecho no mejoró la situación. Entonces Peggy se enfadó, dijo que se volvería a casa, y todo terminó con una intravenosa.

Después de esta aventura vinieron muchísimas más, entrecortadas por visitas del doctor Crane. El doctor Crane era uno de los jefes del servicio, y al principio Peggy lo encontraba simpático; pero ya no cuando empezó a dirigirle preguntas.

Ella había tratado de hacerle comprender que siempre había sido amiga de aislarse, incluso antes de que murieran sus padres. También le dijo que no había motivo alguno para que fuese a trabajar, ella, teniendo su dinero. Insensiblemente, él le hizo explicar que había adquirido la costumbre de ir al cine al menos una vez al día, que sólo le gustaban las películas de miedo, pero que, por desgracia, no había tantas como a ella le hubiera gustado; así, al cabo de un tiempo, se había contentado con ver la televisión. Era más fácil, y no había calles oscuras que cruzar para volver a casa, después de haber visto aquellas escenas espantosas. En casa, una puede

encerrarse bien, y mientras la televisión funciona, una no se siente sola. Dan programas toda la noche; cosa muy práctica si se padece de insomnio. A veces las películas antiguas eran singularmente macabras, y esto la ponía nerviosa; pero se ponía más nerviosa aún si no las miraba.

En las películas, poco importa lo horrible de la situación en que se encuentre la heroína: al final, siempre la salvan. Y esto es mejor que como sucede en la vida, ¿no?

El doctor Crane no lo creía así. Y tampoco le dio permiso para tener una televisión en su cuarto. No se cansaba de hablar a Peggy de que es necesario mirar la realidad cara a cara y de los peligros que encierra el retirarse a un universo extraño e identificarse con heroínas aterrorizadas. Según la manera de expresarse el médico, se habría dicho que a Peggy le gustaba que la amenazasen, o la matasen, o la violasen.

Y cuando empezó a hablarle de enfermedades nerviosas y de programa de tratamiento, Peggy supo que tenía que huir. Sólo que no se le presentó ninguna ocasión. Antes de que pudiera darse cuenta, todo estaba dispuesto para la lobectomía. Por supuesto, Peggy sabía qué era una lobectomía. Y la perspectiva le daba miedo. Sabía que aquello quería decir manosear el cerebro. Recordaba a un médico loco (Lionel Atwill..., ¿o acaso era George Zucco?) que decía que, modificando los repliegues del cerebro, se podía cambiar la realidad. «¡Hay cosas que no podemos comprender!», murmuraba ese médico. Aunque, claro, eso era en el cine. En cambio, el doctor Crane no estaba loco. Era ella la loca, ¿no? A menos que... Al fin y al cabo, él tenía el aire un poco desgarrado. Peggy trató de liberarse, pero la habían atado fuertemente y el médico ya se acercaba a ella. Recordaba bien que todo parecía despedir un brillo extraño. Los ojos del médico y la larga aguja. La larga aguja que se acercaba a su cerebro para cambiar la realidad...

Fue curioso: cuando se despertó, Peggy se sintió muy bien.

—Tengo la sensación de ser otra persona, doctor.

Y era cierto. Se habían terminado las convulsiones; estaba perfectamente tranquila. Había recobrado el apetito y olvidado los insomnios; se vestía sola, hablaba con las enfermeras y hasta gastaba bromas. Y lo más pasmoso era que ahora le daba exactamente igual el ver o no ver la televisión. Apenas se acordaba de aquellas películas antiguas que la habían inquietado tanto. Ahora Peggy estaba serena. Hasta el mismo doctor Crane lo notaba.

Al cabo de la segunda semana estaba dispuesto a dejarla volver a casa. Tuvieron una conversacioncita en la que él la felicitó por su buena salud y le preguntó qué pensaba hacer luego. Peggy se dio cuenta de que ni siquiera se le había ocurrido pensarlo, y el médico le sugirió que hiciera un viaje. Ella prometió meditarlo.

Mas lo cierto es que no se decidió hasta que llegó a su casa. El piso estaba patas arriba. Ya desde la puerta, Peggy comprendió que no lo podría resistir. Tanto destrozo, tanta porquería, tanta miseria..., aquello parecía, en verdad, un decorado de película. La ropa blanca tirada por cualquier rincón, y la vajilla en el fregadero...

Entonces Peggy decidió emprender el viaje. Alrededor del mundo, acaso. ¿Por qué no? Disponía de dinero. Además, sería interesante ver en realidad todo aquello que durante tantos años había visto en la pantalla.

Peggy desapareció en una agencia de viajes, apareció aquí de allá entre compras y maletas, y desapareció de nuevo en dirección a Londres.

Es curioso: al principio no se había dado cuenta; pero ahora, al reflexionar, empezaba a tener conciencia de cómo se producían los hechos. Tomaba una decisión —la de ir aquí o allá— y, de golpe, se encontraba en aquel lugar, algo así como en un filme, que se salta de una escena a otra. Cuando lo advirtió por primera vez se inquietó un poco. ¿Sufría acaso vacíos de memoria? ¡Al fin y al cabo, le habían revuelto el cerebro! Aunque aquello, aquellas ausencias momentáneas, no tenían nada de alarmante. En cierto modo, hasta resultaba práctico, lo mismo que en las películas. En verdad, a uno no le interesa perder el tiempo viendo cómo la heroína se cepilla los dientes, recoge su ropa o se empolva la nariz. Lo que cuenta es la trama. Es esto la realidad. Ahora todo era muy real. Ni una sola duda. Peggy reconocía que antes de la operación había momentos en que no estaba segura de las cosas. Lo que veía en la pantalla era, a veces, más convincente que la gris realidad de la vida cotidiana.

Pero ahora esto había terminado. Fuese como fuere, la aguja había conseguido diluir la niebla. Todo era claro, preciso, luminoso, en negro y blanco de calidad profesional. Ella se sentía más a gusto, más segura de sí misma. Bien vestida, bien peinada, seductora de nuevo. Las extras andaban por las calles en un conjunto bien ordenado y no la molestaban. Los figurantes recitaban sus papeles con un poquitín de miedo, representaban su papel y desaparecían de la escena. Era curioso que ella los viera así. En realidad no eran comparsas, sino mozos, camareros, *maîtres* de hotel, porteros y chicas de su casa. Daba la sensación de que aparecían y desaparecían en el momento que a uno le convenía. Todo sonrisas, como en un buen filme de horror, en el que «al principio, todo el mundo parece muy guapo y muy gentil».

Pero en París las cosas empezaron a estropearse. El guía —una especie de Eduardo Cianelli, o más bien un doble de Eduardo Cianelli joven— le hizo visitar la Opera. Incidentalmente habló de las catacumbas, y esto hundió el barco.

Erik... ése era su nombre. Erik, el fantasma de la Opera. Había vivido en las catacumbas, debajo de la Opera. Claro, se trataba solamente de una película; pero ella pensó que quizá el guía lo hubiese oído comentar, y mencionó el nombre de Erik como de paso.

El guía se puso muy pálido y empezó a temblar. Luego huyó. La dejó plantada.

Entonces Peggy comprendió que había algo que no funcionaba. El decorado pareció disolverse —lo cual no la trastornó demasiado; era sencillamente uno de sus vacíos de memoria— y cuando recobró el sentido se encontró en una librería preguntando al librero por Gaston Leroux.

Esto empezaba a inquietarla: ella recordaba que Gaston Leroux había escrito *El fantasma de la Opera*, y el librero repetía y volvía a repetir que no había ningún escritor con ese nombre.

Por lo demás, cuando telefoneó a la biblioteca se lo confirmaron. No había ningún escritor que llevase este nombre, y tampoco ningún libro con este título... Peggy abrió la boca; pero la escena desaparecía ya.

Había alquilado un vehículo en Alemania y el paisaje era verdaderamente extraordinario, con un molino viejo que ya no rodaba y un castillo algo más allá. Peggy creía saber dónde se encontraba, naturalmente, pero aquello no era posible... Fue preciso salir del coche, avanzar hasta el imponente portal y leer, a la luz mortecina del crepúsculo, la inscripción grabada en la piedra: *Frankenstein*.

Un ruido leve detrás de la puerta, un ruido de pasos apagados, que se arrastraban, que se acercaban...

Peggy huyó chillando.

Ahora no sabía adónde escapar. Sin duda se hallaría a salvo detrás de la verja de hierro. Pero allí había otro castillo, y oyó el aullido de un lobo, a lo lejos. Un murciélago emergió de las sombras en el momento en que Peggy desaparecía.

En una librería inglesa de Praga, Peggy repasaba febrilmente los volúmenes de historia de la literatura. Ni mención de Mary W. Shelley, ni rastro de Bram Stoker...

En el fondo era lógico. No podían existir, si nos encontrábamos en el mundo de las películas. Cuando los personajes son reales, los autores no tienen razón de existir.

Peggy se acordó de cómo Larry Talbot se había transformado bajo su mirada, se había trocado en lobo aullador, y el tono insidioso del conde al declarar: «Yo no bebo... vino». Le invadieron unos escalofríos y sintió necesidad de encontrarse lejos de aquellos campesinos supersticiosos que al atardecer colgaban acónito delante de sus ventanas.

Necesitaba el ambiente tranquilizador de un país de habla inglesa. Era preciso regresar inmediatamente a Londres, a que la visitara un médico.

Pero al momento se dio cuenta de quiénes la esperarían en Londres: otro hombre lobo, míster Hyde y Jack el Destripador...

Tinieblas. La escena vuelve a iluminarse con Peggy en París. Ha encontrado el nombre de un psiquiatra y ha pedido hora.

Estaba dispuesta a mirar sus problemas cara a cara, a enfrentarse con la realidad. Pero no esperaba encontrarse frente a un hombrecito calvo, de ojos de rana. Le conocía... el doctor Gogol, de *Mad Love*. De nada le servía saber que Peter Lorre había muerto ya y que *Mad Love* no era sino una película producida el año que ella nació... Todo ocurría en otro mundo... y además, a la joven la habían matado.

Sí, la joven había muerto, y Peggy seguía viviendo. «Soy extranjera, y tengo miedo en un mundo que no había soñado nunca». ¿O puede que sí que lo había imaginado? No lo sabía. Lo único que sabía era que tenía que huir.

Mas ¿adónde? A Egipto, no; ahí era donde había... La imagen horrible, apergaminada de la momia apareció unos instantes en superposición. Quizá el Oriente... pero ¿y Fu Manchú?

¿Regresar a América? La casa está allá donde el corazón suspira... Pero hay un cuchillo esperando a este corazón. Detrás de las cortinas de la ducha, que se separan brutalmente sobre la criatura ululante de *Psicosis*...

Al fin se acordó de un lugar tranquilo, en un género de películas muy distinto. Los mares del Sur... Dorothy Lamour, John Hall y los salvajes buenos de los paraísos tropicales. El auténtico refugio.

Peggy embarcó en Marsella. Era un viejo mercante, pero los camarotes, o más bien el personal, era de una discreción tranquilizadora. Peggy empezó a pasar lo más claro de su tiempo apelonada en la litera. Cosa curiosa, aquello empezaba a parecerse a los viejos tiempos. Antes de la operación, antes de que la aguja le hurgara el cerebro, lo transformara y descompusiera el universo. «Modificando la realidad», como había dicho Lionel Atwill... Atwill, Zucco, Basil Rathbone, Edward van Sloan, John Carradine; hubiera debido escucharles. Acaso habían sido un poco excéntricos, pero eran médicos buenos, sabios reconocidos. Sabían lo que se decían. «Hay cosas que no podemos comprender».

Se acercaban a la zona de los trópicos y Peggy se sentía francamente mejor. Había recobrado el apetito, se distraía por el puente, iba a las cocinas a bromear con el jefe chino. La tripulación parecía distante, pero la trataban con gran deferencia. Peggy empezaba a decirse que había hecho exactamente lo que había que hacer, que había encontrado un rincón tranquilo. Los cálidos olores de la noche tropical la hechizaban. Aquélla sería su vida a partir de hoy. ¡Ah!, surcar mares desconocidos, anclar en caletas sin nombre... ¡Se terminó el papel de heroína cubierta de fantasmas y su cortejo de pesadillas!

¿Cómo se había dejado aterrorizar de aquel modo? En este mundo no había espectros, ni hombres lobo. Quizá ya no tuviera necesidad de médicos; afrontaba la realidad por sí misma, y era muy agradable. Aquí no había películas, y tampoco televisión. Había olvidado sus temores hacía mucho tiempo, como un mal sueño.

Un día, después de comer, Peggy regresaba a su camarote. Algo la atormentaba. El capitán había hecho una de sus raras apariciones durante la cena y no había dejado de clavarle la mirada mientras duró la colación. Su manera de escudriñarla con la vista tenía un algo que trastornaba. Sus ojuelos porcinos le recordaban a alguien, ¿pero a quién? ¿A Noah Beery? ¿A Stanley Field?

Trató de recordar y empezó a tener sueño. Se adormilaba con suma facilidad. ¿Le habrían envenenado los alimentos?

Peggy probó de sentarse. Por la abierta puerta veía bailotear una tierra a lo lejos; pero todo se puso a dar vueltas; era demasiado tarde...

Cuando recobró el conocimiento, Peggy estaba ya en la isla y unos salvajes velludos, rizados, la sacaban de la choza aullando y blandiendo las lanzas.

Después de haberla atado, la abandonaron. Fue entonces cuando oyó la salmodia. Levantó los ojos y vio la sombra inmensa. Y entonces supo dónde estaba y comprendió quién estaba con ella. Y chilló.

Mas, por encima de los gritos de su garganta, oía la salmodia de los indígenas. Una sola palabra que se repetía incesantemente. Parece que decían: «Kong».

LA BELLA O LA BESTIA

Beauty's Beast (1941)

Peg y yo somos como los Smith Brothers. Mejorándolos, porque ni Peg ni yo llevamos barba. Vivimos en un desacuerdo tan perfecto que formamos un dúo irresistible. Entiéndase bien, Peg permite que yo sea quien mande, con tal de que haga siempre todo lo que ella dice. Así pues, cuando me invitó a comer en casa de Leonard Merrill (a quien no puedo sufrir) yo, naturalmente, discutí... Y acepté.

Y henos ahí deambulando por las calles, porque Peg se sentía en forma y yo quería coger un taxi. Yo andaba a buen paso, mientras que Peg se paraba por nada. De este modo, fue ella la primera en fijarse en el establecimiento.

—¡Oh! ¿No has visto qué perrito tan hermoso? —exclamó.

Yo pasé revista rápidamente a los faroles cercanos.

—¡No, hombre, no! Aquí, en el escaparate.

Peg me arrastró hasta una tienda cuyo rótulo hablaba de un tal míster Mardu. Había allí los acostumbrados perritos negros y blancos chapoteando por la porquería sobre sus patitas vacilantes. Peg empezó a emitir esos ruiditos desagradables que profieren invariablemente las mujeres cuando se encuentran delante de perritos, niños mofletudos, o de Tony Bennett.

Debo decir que a mí no me gustan los perros. Y me expreso con moderación. Si hubiera de verme atrapado en un glaciar de los Alpes, al borde de la agonía, y llegara un san bernardo al trote corto con su barrilito de brandy atado al cuello, creo que sería capaz de abrazarlo..., pero estoy seguro de que el animal me mordería la pierna.

En fin, sea lo que fuere, nadie me persuadirá nunca de que el perro sea el mejor amigo del hombre. Por lo demás, conozco a tres o cuatro personas a las que tengo más afecto que a todos los perros del mundo.

Cuando Peg cesó en sus cacareos ante aquel perrillo atontado —de raza dudosa, como me apresuré a hacerle notar—, me acordé de que si no acabábamos con aquello llegaríamos tarde a la fiesta.

—Ah, te lo ruego; entremos a ver. Un momento nada más.

Tía Peg nunca te contraría por una insignificancia.

—Esos mamíferos no me interesan en absoluto. No tengo intención de poner el pie en esa zahúrda maloliente para ver a tus king-kong en traje de baño. Me da un comino de tus osos hormigueros, dingos, casuarios, pandas, oricteropos, búfalos asiáticos, búfalos, ñús, ornitorrincos, manatíes y otros leones.

—Mi tío también está en el Lion's —comentó Peg.

—Y tú, querida mía, tú eres una fresca —murmuré yo, entrando tras ella en el establecimiento, en respuesta a la fascinadora y repentina tracción ejercida sobre mi manga y que me soltó un botón.

—Necesito ese perrito —parloteó ella—. Es demasiado bonito. Le compraré una capita roja, con su nombre bordado, y podrás pasearlo todas las tardes alrededor de la manzana...

Sí, y hasta podría reventar, ¿verdad, amor mío?, si no fuera porque es malo para la salud...

Y henos aquí dentro del arca de Noé del profesor Mardu. Si he de decir la verdad desnuda, aquello olía bastante mal.

—Vamos, Peg, ven. No tenemos demasiado tiempo —digo yo, mirando a mi entorno las paredes descoloridas y las jaulas alineadas, víctima de un ataque repentino y conjugado de claustro y de zoofobia.

—¿En qué puedo servirle, señor?

El alto pendón que se inclinaba sobre el mostrador no era un caucasiano, se veía a las claras. Tenía el semblante oscuro y puntiagudo de un hindú y en su voz se percibía cierta gangosidad nasal. Con toda franqueza, debo reconocer que, de momento, no me causó ninguna impresión. Sólo después, al reflexionar, me di cuenta de que tenía los movimientos de una pantera, de que dentro de su puesto de chuchitos la fiera era él. Paciente, vivo, esbelto, me clavaba sus ojos de ámbar salvaje.

—El perrito aquel del escaparate... —empezó Peggy.

La pértiga morena le disparó una sola mirada. Yo no sé qué habría dentro de aquellos ojos, pero Peg calló. Será preciso que me acuerde de venir a verle un día, a solas, para que me enseñe el truco.

Luego la faz pálida se volvió hacia mí.

—¿No les gustaría darse una vuelta por el establecimiento primero? Tengo aquí muchos animales, muy domésticos, y pienso que la señora podría encontrar otro que le gustase más. ¿No les parece?

Puedo decirles qué clase de mirada me dirigió; era una mirada que no admitía negativas. No sabría explicarlo, la sonrisa que esgrimía aquel hombre, con aire de mando, no era una sonrisa comercial, precisamente.

—¿Tendría la bondad de guiarnos? —oí que pedía mi propia voz.

—Por aquí, si me hacen el favor.

Di un codazo a Peg para invitarla a seguir al moreno propietario de la casa de animales. Pensé en mi economía: no era cosa de que Peg comprase el perrito de marras. Yo no tenía ninguna intención de vestirle su grotesco paletó rojo todas las tardes para dar la vuelta a la manzana. Si mi mujer se decidía a llevarse un loro, o un pez encarnado, o hasta un gorila de teta, le otorgaría mi bendición. Pero no tenía el propósito de pasarme los atardeceres saludando los árboles del barrio. Entonces, ¿qué podía importarme que el buen hombre tratase de embaucarla?

Pasábamos entre las filas de jaulas. Yo miraba con cierta curiosidad. Había perros, montones y montones de perros. Chow-chows, lulús, pequineses, criaturitas exóticas con grandes ojos inmóviles. Era curioso. Ni uno solo de los productos occidentales acostumbrados.

—¿Importación? —pregunté.

—Sí, señor. Todo es importado. Los he traído de Oriente. De buena raza, señor. Entre los mejores.

Jaulas de pájaros. Jaulas ornamentales, con los barrotes dorados y curiosamente labrados. Sobre los palos de ébano con cinceladuras orientales, se distribuían como notas musicales vivientes: canarios alimonados, pinzones y ruiseñores, colibríes escarlata de cresta doradilla, y en jaulas mayores calaos rinocerontes de extraño pico rojo, cacatúas blancas, loros de cresta gruesa y ojos parpadeantes.

—Caramba, es casi un zoo.

—De todos los rincones del mundo, señor —dijo dulcemente el hindú—. Vienen de todos los rincones del mundo.

Pero no dijo más. No propuso enseñarnos nada en concreto. Dejamos atrás un mostrador de acuarios en el que se agitaban millares de seres exóticos de ojos alucinados. Súbitamente, Peg me cogió el brazo en la oscuridad y sentí que su cuerpo se estremecía contra el mío.

—¡Serpientes! —susurró con voz trémula de aversión.

En sus agujeros, las víboras se columpiaban, las cobras se ondulaban con la belleza maligna de su majestad envenenada. Vivos como los del diablo, sus ojos escudriñaban las tinieblas. El aire se llenaba de roces perezosos que me helaban la médula en largos chorros de horror.

—Son espléndidas, ¿verdad? —cuchicheó nuestro guía—. En mi país se les rinde verdadero culto. Me cuesta mucho procurármelas.

—¿Va a buscarlas usted personalmente? —pregunté, sobre todo para escuchar el sonido de mi propia voz.

—He comprado personalmente todo lo que puedan ver en el establecimiento.

Peg soltó una risita nerviosa cuando yo pasé el brazo alrededor del suyo y terminamos la inspección. Un segundo después me cogía de nuevo con un agudo vagido.

—Despacio, cariño, no te muestres tan afectuosa. No es el mejor sitio para...

—¡Eh! ¡Ratas! ¡Échalas fuera!

—Ratones blancos solamente —rectificó la voz dulce a mi lado—. De Thailandia. Son sagrados, en los templos; ¿comprenden? Miren, como aquel pavo real de allá abajo. —E hizo un ademán en las tinieblas—. En realidad puedo afirmar que todos los animales de esta tienda son sagrados para una u otra de las religiones orientales. Las serpientes, no cabe duda; y los Chow-chows en China. A los peces los veneran en Java y las Célebes. Y a los pájaros, en Borneo y Malasia. Pero yo iba a enseñarles los micos.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que la señora quedará más satisfecha con un mico. Como éste.

Se paró delante de una serie de jaulas del fondo del almacén y rozó los barrotes de una sumergida en la oscuridad.

—Hanuman —llamó—. Hanuman.

—¿Qué?

—Se llama Hanuman. Como el dios-mico venerado en la India. Es igualmente un mico sagrado. Está amaestrado, es inteligente y muy difícil de adquirir.

Yo empezaba a preguntarme si aquel mister Mardu, como pretendía su rótulo, no era sino una especie de charlatán. ¡Animales sagrados! Me había fijado en una tortuga y un gato siamés; casi esperaba ver por allí un cocodrilo y un elefante blanco.

—Hanuman —llamó el hindú—. Ven acá.

Yo estaba inmóvil en la oscuridad, Peg a mi lado. Y de súbito algo me llamó la atención. Había una calma demasiado absoluta. Un silencio total. Cuando uno entra en una tienda de animales, los perros ladran, los loros parlotean, los pájaros pían y los micos cuchichean. Aquí todo estaba en calma. Los animales nos miraban pasar, y no hacían el menor ruido. Habíamos cruzado filas y filas de miradas inmóviles, en medio de las tinieblas, sin oír el menor grito. Eso escondía alguna anormalidad.

—Pero, vamos, ¿qué pasa? —pregunté—. ¿Es la hora de, acostarse en este parque?

—No —respondió el dueño—. Pero mis animales están muy bien enseñados. Se lo puedo garantizar, señor. Los animales que viven en los templos son muy inteligentes; crecen, diría yo, casi en ósmosis con el medio humano que los rodea. Yo me he ocupado personalmente del amaestramiento de cada uno de éstos. Y sé que ustedes quedarán muy satisfechos de... de Hanuman. Muéstrate a la dama; por aquí. Podría tener ganas de comprarte, amiguito.

El mico apareció de pronto, apretando la cabeza contra los barrotes. Peg se inclinó y miró al mico a los ojos. El animal estaba singularmente sosegado y sus pupilitas brillantes parecían saturadas de modestia, aunque se posaron largamente en la cara de Peg como en una súplica callada. Magnetismo animal, o lo que ustedes quieran, pero, por extraño que parezca, la bestezuela tenía esa clase de mirar confiado suplicando simpatía que me da náuseas. Y es lo que acabó de convencer a Peg.

—Eso es —murmuró el hindú—. Demuestra que quieres a la señora, que tienes confianza en ella. La dama desea comprarte. Te desea. ¿No es cierto, señora?

El runruneo de su voz en las tinieblas tenía un deje fascinante, mientras Peg continuaba siempre con la mirada clavada en aquellos ojitos redondos. Autosugestión.

—Lo quiero.

Peg se enderezó. (No había sido eso de: «¿Verdad que es adorable?» o «¡Qué criaturita más deliciosa!»). Había sido: «Lo quiero»).

—En cuanto la he visto, he pensado que le gustaría. Sí, que le convendría perfectamente. Concuerdan por completo.

—¿Cuánto? —ladré yo.

—¿Para la dama? Diez dólares. Una suma bien mezquina; pero concuerdan de tal modo, son tan espléndidamente complementarios que...

—No tiene intención de casarse con el mico —repliqué yo—. Y acabemos. Denos el mico y vayámonos.

El hindú se agachó y abrió la puerta de la jaula. El mico se había acurrucado. Mardu lo recogió con una mano fina, en forma de almendra, y lo sostuvo un momento delante de la cara. Sus largos dedos acariciaban al animal con movimiento suave, fascinador. Al mismo tiempo, sus labios murmuraban en voz baja, inaudible, empleando una lengua extranjera. El mico tenía el aire de aprobar lo que oía. La escena me causó una impresión tan rara que no pude contener un bufido. Como respuesta, Peg me dio un puntapié en la espinilla.

—Ah, tómenlo. Trate bien a Hanuman. Le he hablado mucho de usted. Y no olviden al viejo Mardu.

Peg se puso el mico sobre el hombro y cruzamos el almacén con el hindú pisándonos los talones y sonriendo.

—No olviden que...

Peg sonrió y el mico repitió aquella especie de ridículo gesto de aprobación. En la acera, yo solté la carcajada.

—¡Estupendo, Peg! ¿Dónde podremos comprar la jaula?

—Es maravilloso. Me lo llevo a la fiesta.

—¿Qué? ¿A casa de los Merrill?

—¿Por qué no?

—Oh, debo reconocer que no desentona de la media de los invitados de Leonard, pero ¿no crees que...?

Íbamos andando por la calle. El mico se arrimaba a Peg y sus ojillos no se apartaban de la cara de su dueña.

—¿No es el establecimiento más raro...?

—Es lo que iba a decirme yo.

—Y ese Mardu, ¡qué aire tenía!

—Como su tienda, precisamente. ¡Al cuerno!

—No digas esas cosas, te lo ruego. Sinceramente, apostaría a que es un buen hombre. Su manera de tratar a los animales... Como uno de aquellos viejos sacerdotes brahmanes, o no sé qué. Por otra parte, ¿no son los hindúes los que opinan que los animales tienen un alma humana? La reencarnación, ¿no es eso?

—No lo sé. Para mí, ni flores ni coronas. Date prisa y llévate a ese dichoso babuino a la cena, si te da por ahí.

Lo que Peg había dicho me daba que pensar. Era un lugar verdaderamente raro el que habíamos visitado, y el hindú, un tipo que se salía de lo corriente. Decidí que volvería allá y le haría unas cuantas preguntas. A veces, detrás de esas cosas, se esconde una historia interesante. No sería nada malo saber cuál. Mardu podía ser un sacerdote que hubiera colgado sus hábitos y que se pasaba los días coleccionando animales sagrados para venderlos a personas que considerase en armonía con el carácter de sus bestezuelas... Aunque esto era sólo una hipótesis. No obstante, a Peg

le había hecho olvidar el perrito y prácticamente la había hipnotizado para hacerle comprar el mico. Yo me preguntaba qué habría elegido para mí. Esperaba que hubiese escogido un pollo. Y asado; me moría de hambre.

—Ahí estamos, Peg. Y ahora, arriba a toda prisa, si no quieres que meta a Hanuman entre dos rebanadas de pan de centeno y lo devore por las escaleras.

—¡Malo! —Peg me miró—. Pero gracias por haberme comprado el mico, brutote.

Me rodeó con sus brazos y, al besarnos, me transportó al borde de la eternidad. Ah, en ocasiones, Peg sabía ser así de agradable, tan dulce y acariciante que hasta me hacía olvidar que se pintaba las uñas de rojo. En un instante había transformado mi corazón en un flan. Cuando nos separamos advertí que el mico me miraba con unos ojuelos brillantes. El animalito se cogía a Peg, dándole tironcitos al cuello.

—Vaya, se diría que tiene celos —rió ella, nerviosamente—. Tienes un nuevo rival.

—Primero tendría que afeitarse —refunfuñé.

Pero había notado que Peg ya no me miraba; clavaba la mirada en el mico, mientras subíamos las escaleras y llamamos a la puerta de los Merrill.

En el interior, sucedió lo mismo, la gente sólo tenía ojos para el mico.

Lo estuvieron mirando toda la comida, y Peg contó su historia. Yo me contentaba comiendo. El animalito se había acurrucado muy cueradamente sobre sus rodillas, y la miraba fijamente cada vez que ella concedía demasiada atención a un invitado. Le tiraba de la manga con un gesto irresistiblemente humano de niño pequeño. No hubo de pasar mucho tiempo para que todos se dieran cuenta y empezaran a gastar bromitas sobre los celos y a hacer comentarios subidos de color que me habrían hecho estallar si no hubieran sido condenadamente agudos y muy de circunstancias.

—¿Cómo lo llamaréis? —preguntó Leonard Merrill al pasar al salón.

—No lo sé —murmuró Peg.

—Míster X, sencillamente. No estaría mal —refunfuñé yo—. Sigue siendo la mejor manera de referirse a la tercera persona del triángulo clásico.

—Vale por míster X, entonces.

—La bella y la bestia —dijo Merrill—. ¿Dónde dijiste que lo habéis comprado, Peg?

—En una tienda llamada Mardu, al final de Flynn Street. Te hablé de ese pícaro de hindú que cuida de ella...

—¿Mardu? —Era la señora Merrill la que interrumpía—. ¡Eh! ¡Si es ahí donde Liliane compró a *Toby*!

—¿Quién es *Toby*?

—Su... su serpiente —respondió la señora Merrill con un estremecimiento—. ¡Ah, qué preciosa hermanita es mi Liliane! No logro entenderla. Ella, que siempre tuvo horror a los reptiles, he ahí que la semana pasada llega a casa con una cobrita horrorosa que guarda en una jaula y que alimenta con ratones vivos... ¡Eeecs!

—¿De veras?

—La pura verdad. Y ahora que habláis del caso, la compró en la tienda de ese Mardu. Me dijo que pasaba por allí y se fijó en un perrito del escaparate; pero el tipo que dirige el establecimiento se puso a convencerla y...

Dejé de escuchar; el final ya me lo sabía. De modo que entró para comprar un perrito y salió con una serpiente. Es como el tipo que va a las carreras, se funda en informes falsos y apuesta por el caballo peor. Otra vez presta oídos al mismo confidente y apuesta de nuevo por el caballo malo, y sigue así hasta que no le queda dinero. Entonces decide comprar cacahuetes; pero por consejo del mismo desconocido los sustituye por palomitas de maíz.

El perrito del escaparate no es más que un anzuelo, y el tal Mardu vende a los clientes lo que cree más conveniente. Concedido... Pero ¿por qué?

—Y ya sabéis que Liliane está loca de remate por aquel bicho horrible —cacareaba la señora Merrill, en plena forma—. De modo que los niños empiezan a quejarse de que los tiene abandonados y consagra todo su tiempo a ese monstruo espantoso. Todos los días va a ver a Mardu. Parece que él le enseña la sabiduría india. ¡Se diría que ese tipo la ha hipnotizado!

Aquí dirigí una mirada a Peg y la sorprendí mirando al simio. Entonces, en aquel preciso instante, fue cuando nacieron mis sospechas, unas sospechas que: me helaron la columna vertebral.

—Vayámonos —murmuré—. Llévate a míster X y salgamos de aquí.

Mientras yo presentaba excusas, Peg se encogió de hombros y se levantó. Partimos. No quería que escuchara nada más sobre Liliane y su bicho. Era una idiotez. La primera cosa que habría hecho Peg (yo lo sabía) habría sido correr a casa del hindú a estudiar aquella especie de «filosofía». Y estaba muy decidido: no quería que tal hecho se produjera.

Volvimos a casa tranquilamente. Yo estaba callado, atormentado por algo que no sabía definir claramente. Peg, por su parte, canturreaba una nana para el mico. El animal se arrimaba, se pegaba a ella. Yo me preguntaba si la soltaría, cuando ella quisiera acostarse. Le hundía las manitas en los hombros; se aferraba a su cuerpo como una sanguijuela negra, como un ícubo.

Los ojos del simio brillaban bajo la claridad lunar. ¿Qué pudo haberle dicho Mardu al sacarlo de la jaula?

Oh, ¿acaso deliro?

Aunque no deliraba poco ni mucho cuando Peg me ignoró en favor de aquella criatura. Y tampoco fue un delirio el sentir, al dar las buenas noches a mi mujer, que las patitas aquellas me tiraban de los cabellos para apartar mi rostro del de Peg. ¡No, aquello no era un sueño!

Me acosté con la inquebrantable decisión de ir a ver al tal Mardu a la mañana siguiente. Había ciertas cosas que quería saber. No valía la pena dejar vagabundear la imaginación, pero tenía el propósito de hablar con nuestro amigo hindú y sacar las cosas en claro.

Me desperté el día siguiente por la mañana cuando sonó el teléfono. Era Sullivan, mi empresario, bramando órdenes en tono perentorio. Una hora después, estaba en el tren. Durante una semana estuve demasiado absorbido por mi trabajo para pensar en hindúes, amaestramiento de animales y en micos adorados afectados de complejo de Edipo.

Acababa de regresar y todavía no me había puesto las zapatillas cuando la campanilla del teléfono se puso a sonar y la voz de Peg vibró en mi oído. Pero esta vez su voz no era un tintineo. Tenía un acento grave.

—¡Hola! ¿Acabas de llegar?

Nada de «querido», ni de «¿cómo estás?», o de «¿cuándo puedo verte?». Peg tenía un acento muy trastornado.

—¿Qué sucede, Peg?

—Liliane ha muerto.

—¿Qué?

—Liliane, la hermana de la señora Merrill. Te acordarás, la que había comprado una serpiente en la tienda de Mardu.

—Allá voy.

Colgué, rompí un cordón al cambiarme de calzado tan precipitadamente y eché a correr.

No sabía de qué iba a enterarme al llegar junto a Peg, ni qué verían mis ojos. Quizá a Peg tendida, estrangulada por el mico y estrujando en la mano un papel en el que me explicaba que Liliane había fallecido mordida por la serpiente, que Mardu era un maestro del crimen y que a sus clientes les vendía animales asesinos. Mi corazón galopaba al pensar que algo de eso pudiera ser verdad, cuando llegué al rellano y llamé a la puerta.

Peg estaba allí, fresca y bien dispuesta. De modo que todo marchaba bien. Pero el simio estaba encaramado en su hombro... Los ojitos del animal me disparaban relámpagos; pero yo no tenía ojos sino para Peg.

—Cuéntamelo todo —dije—. Suéltalo ya.

—A mí todo me va muy bien. Se trata de Liliane. Además, ya me siento mejor que hace unos momentos. Creo que estaba un poco trastornada cuando te llamé. ¡Ha ocurrido tan bruscamente! Lo he sabido esta mañana.

Nos dejamos caer, uno junto al otro, en el diván; y el maldito simio haciendo muecas sobre su hombro, sin perderse una sílaba. Peg parecía no prestarle la menor atención, ni darse cuenta siquiera de su presencia. Pero, en diversas ocasiones, su mano se levantó inconscientemente para acariciar el animalito. Lo acariciaba exactamente igual que Mardu, y con ello los ojos del simio brillaban más.

—¡El caso tenía un aire tan extraño, querido mío! Leonard me ha telefoneado. Sucedió anoche. Una crisis cardíaca, o algo por el estilo. Estaba en casa jugando con Toby.

—¿Con *Toby*?

—Pues sí, la serpiente que compró. Mardu le había dado un reclamo de plata, una especie de flauta como la de los encantadores de serpientes. Liliane la estaba tocando cuando ha dado el gran salto. —Peggy se interrumpió un momento—. Es todo lo que ha pasado; Leonard se hallaba presente. Cuando llegó el médico, éste confirmó la muerte.

—Continúa.

—¿Con qué? Esto es todo.

—Oh, no, no es todo. No trates de engañarme, Peg. Ya me has engañado bastante. Peg se mordió el labio, luego añadió precipitadamente:

—Oh, nada de gran importancia, ¡sólo el incidente raro que se ha producido esta mañana! Mardu ha ido a casa de los Merrill y se ha llevado la serpiente.

—¿Qué?

—Esta mañana. Ha llamado y ha pedido que le dieran la serpiente. Ha dicho que si la señora había muerto ya no la necesitaría, y que deseaba volver a comprar el animal.

—¿Y lo ha recuperado?

—Merril casi se lo ha tirado a la cara. Y él se ha ido enseguida.

Peg se había quedado con la mirada fija, acariciando con la mano el simio que tenía sobre el hombro.

—Y ha sido esto lo que me ha trastornado más aún. Mardu no ha preguntado si la hermana de la señora Merrill había muerto. Antes de ir allá ya sabía que había fallecido.

—Peg...

—Di.

—¿Has vuelto a la tienda de Mardu después de aquella noche?... Mírame. ¿Has vuelto?

—Yo...

—¡Me lo figuraba! Pero ¿qué sucede aquí? ¿Por qué has ido?

—Era preciso.

—¿Así, sencillamente, «era preciso»?

—Para probar de entender los sueños. Te lo dije, ¿no?, que había soñado con Hanuman.

—Yo creía que el mico se llamaba míster X.

—No. Se llama Hanuman. Así me lo explicó Mardu. Hay que llamarle Hanuman.

Su mirada, el aire ausente que veía en ella y que no le había observado nunca me hacían perder la sangre fría. Le sacudí los hombros. Y no con demasiada dulzura.

—¡Hala, cuenta, pues! ¡Esos sueños!

—Muy bien. Empezaron la primera noche. Había colocado a Hanuman en la cocina y me había ido a la cama. No me había dado cuenta de que me durmiera, y lo primero que supe fue que Hanuman se encontraba en el cuarto, al lado de la cama. El

animalito saltó sobre la almohada y se apelotonó contra mí. Luego se puso a hablar. No a balbucear, no, a hablar. Primero no fue sino un runruneo confuso; luego empecé a distinguir palabras, y, por fin, reconocí la voz. Igual que la de Mardu, dulce y rumorosa. Me contaba cosas; cosas que yo intuía más bien que comprendía. Habló largo rato; pero no sentía miedo. Luego tuve la impresión de despertarme. Todo había parecido tan real que casi esperaba encontrar al mico acostado a mi lado; pero no. Entonces comprendí que había soñado. De todos modos, era curioso que no pudiera acordarme de aquellas cosas importantes de que me había hablado Hanuman. Fui a la cocina. Hanuman estaba allí. Podrá parecerle una locura, pero estaba tan trastornada y fuera de mí que me puse a decirle cosas al mico. Entiéndase bien, él se contentaba con mover los párpados. Así pues, me acosté de nuevo. Al día siguiente, tú saliste de viaje y yo fui a casa de Mardu.

—Continúa.

—Se lo conté. Él se limitó a sonreír y me preguntó si me acordaba de lo que Hanuman me había contado. Al responderle que no, se puso a reír y me pidió que me sentara. Me senté. Él me explicó que debía de haber sido hipnotizada, inconscientemente. Era muy curioso, porque, ¿sabes?, yo había pensado lo mismo. Sí, la noche que compramos a Hanuman, casi a oscuras. La voz de Mardu ejerció una rara influencia en mí. Por asociación (Mardu y el simio) esto se había fijado en mi subconsciente, durante el sueño. Es pasmoso, ¿no?

—Mucho —convine secamente.

—Pues bien, ese Mardu es todo un tío, de veras. Se ha fijado en que me interesa la psicología y ha empezado a explicarme lo que han descubierto los hindúes sobre la cuestión; cómo los sacerdotes brahmanes saben controlar sus fuerzas mentales e influenciar a otras personas. En otro tiempo, él estudió en un templo. Creo que me dijo que fue en un templo de Yama. Lo que aprendió, especialmente sobre los animales, le ha servido de mucho en su trabajo. También me contó cómo los trampistas logran hipnotizar a los animales, cómo se encanta a las serpientes y cómo, en ciertos templos, los sacerdotes enseñan en ocasiones a los animales a hipnotizar a los humanos.

—¿Y eso qué es?

—Oh, es una especie de leyenda oriental. Creen que las serpientes hipnotizan a su presa y que, a veces, los animales pueden aprender este poder. Me contó todo esto entremezclado con un sinfín de otras cosas relativas a la metempsicosis. Tú sabes que yo dije algo del asunto la primera vez que le vimos. Que podía ocuparse de la reencarnación. Es curioso que realmente se ocupe. Cree firmemente que los hombres pasan por toda suerte de reencarnaciones sobre la tierra, empezando por los insectos más miserables, y luego, vida tras vida, evolucionan poco a poco hacia la forma humana. Si una vida ha sido buena, se recompensa al alma haciéndola ascender, a una existencia superior, en su vida siguiente; pero si ha sido mala, el alma desciende a una esfera animal inferior.

—Mardu me contó como las religiones antiguas creían que en otro tiempo los dioses vivieron sobre la tierra bajo la apariencia de animales. Esas creencias las tuvieron los egipcios, los griegos y, naturalmente, los hindúes. Me habló de la licantrópía, esa antigua creencia arraigada por todo el mundo. ¡Oh, sí, montones de cosas! Es hombre de una erudición notable.

—Y bien, al final me tranquilizó por completo. Me dijo que no diera importancia a lo ocurrido, y me entregó esto.

Peg sacó de la blusa un silbato de plata, con una espiral grabada en el metal.

—Me dijo que todas las noches, antes de acostarme, le tocara el silbato a Hanuman, que ello obraría el efecto de manifestar mi autoridad sobre el animal, de tranquilizar asimismo mi subconsciente y no dejarme soñar. Yo hice lo que me recomendó.

—Y hoy supe lo de Liliane.

Yo le dirigí una larga mirada. Lo que veía no me satisfacía en absoluto.

—He dicho «todo». Vamos, pues, ¡«todo»! ¿Verdad que volviste otra vez a ver a Mardu? Y los sueños no terminaron, ¿no es verdad? Y antes de morir Liliane tú fuiste a verla y te explicó...

—Que Mardu era un brujo y que la flautita de plata era un signo de su poder, y que la serpiente se le acercaba en sueños y murmuraba, y que ella tenía miedo...

Peg había dejado escapar torpemente su secreto y ahora ya no podía pararse. Fue el simio el que la detuvo. Se acercó súbitamente a su boca y le cerró los labios con las patitas vellosas. Peg se desvaneció.

Quise coger al pequeño monstruo; pero Hanuman saltó al suelo chillando. Yo frotaba las muñecas de Peg al mismo tiempo que iba murmurando su nombre, y con un beso borré el hilillo de sangre que brillaba sobre sus labios. Ella se levantó y se acurrucó estremecida, contra mí durante largo rato, antes de recobrar la calma.

—No ver nada, no oír nada, no decir nada —murmuró con una voz por la que pasaba la sombra de una sonrisa—. Los tres signos. Ah, sí, seguro.

—¿Dónde está ese maldito silbato? —pregunté—. Quiero destruirlo. Y después iré a ver a Mardu.

—Llueve —dijo Peg.

Miraba por la ventana. Las gotas hacían un ruido fuerte.

—¿El silbato? ¿Para qué? Lo tiene Hanuman.

Encaramado en la chimenea, el mico apretaba contra el pecho el silbato de plata.

Probé de alcanzar al animalito del diablo, probé de darle caza durante media hora, mientras fuera se desataba la tormenta de lluvia más furiosa que haya visto en mi vida. Las luces se apagaron y avancé tropezando en busca de la bestia, que se me escapaba en la oscuridad. Peg tuvo miedo y se puso a llorar. Yo corrí a consolarla. Luchar en la oscuridad absoluta contra una inteligencia animal no es una sinecura, y prefiero no hablar de ello. Pero el arte con que aquél mico me sorteaba era, de veras, diabólico. Después de media hora de semejante ejercicio, estaba tan fuera de mí como

Peg, y completamente dispuesto a dar crédito a la historia que me había contado. Mardu no me había hipnotizado, pero yo había comprendido qué pasaba.

Allí, en las tinieblas chorreantes de lluvia, yo sabía el secreto, y al coger a Peg entre mis brazos comprendía sus murmullos.

—Ahora ya sabes qué era lo que le daba miedo a Liliane, ¿verdad? Y por qué Mardu estaba enterado de su defunción y venía a recobrar la serpiente... Sabes por qué colecciona animales amaestrados, por qué están tan quietos y callados y por qué sólo da ciertos animales a ciertas personas. Comprendes qué quiere decir cuando habla de la reencarnación y de animales capaces de hipnotizar, como la música. Como los silbatitos de plata. Comprendes qué significan los sueños y por qué ganan en intensidad noche tras noche, y como Mardu me llama y me atrae hacia...

—Pero ¿por qué? Si todo eso es un cepto para... lo que tú insinúas, Mardu ha de tener un propósito escondido detrás. O acaso no lo tenga. Entonces tu idea sería absurda.

Sólo que dentro de mi cabeza no parecía tan absurda. Me lo imaginaba muy bien. Peg había dicho que era sacerdote de Yama, el dios de la muerte y los infiernos. Mardu era una especie de equivalente hindú de los adoradores del Maligno. Y los secuaces de Satán tienen un objetivo: ultrajar a Dios y sus obras, y llevar a Satán las almas de los demás. Un hindú adorador de Yama y entregado al servicio de las fuerzas del mal trataría de envilecer al prójimo. Si creía en la encarnación, probaría de degradar a los otros, de hacerles degradar, de rebajarlos, obligando a su alma humana a encarnarse en...

¡Pero no; estamos en el siglo xx! Ni las serpientes ni los micos, aunque sean sagrados, pueden hipnotizar a los humanos, no pueden cuchichear en sueños, no pueden transfundir un alma humana adentro de sus cuerpos y... Oh, no; estamos en el siglo xx...

O bien en un mundo agonizante que se hunde con un estrépito de truenos, relámpagos y trombas de agua. Fui hasta la ventana. Las calles quedaban inundadas por las aguas furiosas. Esa agua subía del río. El nivel debía de haber alcanzado la cota de alarma, el río empezaba a salir de madre.

Peg susurró detrás de mí en voz baja.

—He vuelto allá esta mañana. Quería ver por unos momentos a la serpiente que Mardu había vendido a Liliane. Él ha probado de escondérmela, pero la he visto, estirada en una caja. Cuando se ha dado cuenta, ha levantado los párpados, y yo lo he comprendido todo. He huido gritando antes de que Mardu pudiera detenerme. Lo he comprendido todo.

—Voy inmediatamente a casa de Mardu.

—¿Con esta tormenta? El río puede...

—Correré el riesgo. Es preciso. Tú te quedas aquí. Ocúpate del mico, debe de estar escondido en alguna parte. Hazle volar el cráneo. ¡Sí, mávalo! Luego espérame. Volveré.

Ella se apretó contra mí en la oscuridad. Yo escuchaba el chocar de la lluvia sobre las losas y el corazón de Peg galopando contra el mío... y, sobre este sonido de fondo, los roces ligeros, furtivos de la criatura invisible que rondaba por allí con una risita siniestra.

Cerré la puerta de golpe y corrí por las calles inundadas. En algunos lugares el agua me llegaba por encima de los tobillos, mas, a pesar de todo, llegué a mi apartamento. Corrí adentro, abrí el escritorio y cogí el revólver.

El teléfono sonó. Sabía de antemano quién era. Peg. Quería disuadirme. Bueno, que me...

—¡Diga...!

El teléfono se contentaba zumbando. Me acerqué más el auricular. Brrr... Luego un parloteo. Un parloteo de mico.

No me tomé el trabajo de volver a colgar. Un instante después volvía a encontrarme en la calle, inundada bajo las ráfagas de lluvia, corriendo como un loco, con el revólver en la mano. Llamé con fuerza a la puerta de Peg, luego la forcé arremetiéndole con el hombro.

Oscuridad en el interior. Pero yo tenía cerillas. Peg yacía allí, en el suelo, con el silbatito de plata en la mano. No se había desvanecido.

Debía de haberle sobrevenido de repente en la oscuridad: se había amodorrado. Luego habría venido el runruneo del mico y la voz de Mardu ordenándole jugar. Y mientras ella jugaba se habría establecido un lazo hipnótico.

¡Bah, no; aquello era demencia furiosa! Había sufrido una conmoción, una crisis cardíaca. La culpa la tenía aquel mico del demonio. ¿Dónde estaba?

El mico me tiraba de la pernera del pantalón. Miré al suelo y encendí otra cerilla. Hanuman estaba a mi lado. El mico a quien siempre detesté. Tiraba de mi pierna y gemía. Me miraba con una mirada tan subyugadora que mi corazón se saltó un latido.

—¡Maldita criatura! —gruñí, largándole un puntapié.

El mico lo esquivó, pero no puso semblante de apartarse. Se contentaba con mirarme pacientemente. Luego señaló el cuerpo de Peg, primero, y luego su propio pecho. Y se puso a tirar otra vez de mi pierna. Me condujo al teléfono y me enseñó el auricular con micro.

Evidentemente. Peg había sufrido una crisis cardíaca, había probado de llamarme por teléfono, ¡y apenas había logrado gangosear como un mico!

Sí, había de haber ocurrido de este modo. En verdad, la otra hipótesis era demasiado fuerte.

Y entretanto el simio que no dejaba de gimotear. Al fin pude cogerlo. Él me sacudió los hombros, señalando la puerta.

Muy bien, yo estaba en marcha. Iba a dejarme guiar por un mico. Iba a lanzarme por las calles tenebrosas y las olas revueltas hacia el río desbordado. ¡Y todo ello por los bellos ojos de un mico de salón!

Bajé la vista hacia el pálido cuerpo de Peg, tendido en el suelo, y tomé la

decisión.

—Ven —dije.

A partir de aquel instante dejé de pensar. El agua me llegaba casi hasta las rodillas. Entre un estrépito de trueno y bajo un cielo desgarrado por relámpagos furiosos, yo avanzaba penosamente con el simio montado en mi hombro y que no cesaba de parlotear. Cada vez más en aquellas tinieblas que ascendían, cada vez más hacia el río, caminando hacia la sombría tienda de Flynn Street.

La tienda era como una mancha de alquitrán sobre un mar de tinta. Hanuman parloteaba con sonido nasal, chillón, empujándome adelante por los torbellinos de agua. Aporreé la puerta bajo un rodar de truenos; luego saqué el revólver.

El mico saltó de mi hombro gritando. Trepó por la fachada. Su cuerpecito pardo se coló por la celosía y aterrizó en el interior del almacén. Un instante después la puerta se abría y una oleada de agua inundó el suelo cuando yo penetraba en el interior.

Todo estaba en silencio. Las bestias no producían ningún sonido, ni siquiera con el fragor de la tormenta. Pero en la oscuridad brillaban un millar de ojos. El mico trotaba delante de mí, abriendo la marcha.

Centenares de miradas seguían nuestro avance. Centenares... Entre ellas, ¿cuántas seguían siendo animales? Mardu había viajado por todo el mundo, según decía. ¿En cuántas ciudades habría abierto una tienda, vendido sus bestias y las había recuperado después? ¿Cuántos de esos animales sumidos en tan extraño silencio habían vuelto ya a su poder?

Es preciso que venga a Liliane, y a Peg... ¿y a cuántas más?

Estábamos casi en el fondo del almacén cuando el mico se inmovilizó delante de mí. Se arrimó a una especie de caja baja con una reja en la parte delantera. Cuchicheó algo, y en respuesta un silbido cruzó las tinieblas.

Los micos detestan a las serpientes. Pero Liliane tenía una serpiente...

La bestia hurgó por la reja; luego algo se movió, algo reptó delante de mí. Del suelo ascendían rumores y silbidos. Yo avancé de puntillas y seguí hasta la puerta. El mico me miraba con aquellos ojos grandes y brillantes que yo conocía tan bien. Entreabrí la puerta. Una rendija nada más.

Una sola vela ardía en el interior de la pieza. Mardu estaba estirado sobre un camastro en el cuartito sombrío. No sabría decir si dormía o si su actitud era la de un yogui que está meditando. Estaba inmóvil, como en trance. Levanté el arma; pero el mico soltó un grito.

Me quedé detrás de la puerta entreabierta. Las aguas hacían gemir el maderamen mientras la serpiente y el mico se colaban por la rendija y se dirigían hacia el camastro.

Yo era incapaz de moverme; sólo podía mirar. Las aguas roncaron contra la casa, y sentí una oscilación. Era hora de que saliéramos; el río se desbordaba por completo. Pero no podía moverme. No podía hacer otra cosa que seguir con la mirada a la

silueta parda que andaba grotescamente hacia la yacija del hindú.

Con el semblante en reposo, la máscara bronceada de Mardu se animó de pronto. Sus ojos se abrieron. Era como si todo el infierno bostezara hasta desencajarse la mandíbula dentro de sus reflejos descoloridos.

—¿Tú aquí? —murmuró fijando la mirada en el simio, que bamboleaba delante de él—. No era preciso. Es esta noche... Sí, lo había dispuesto. Pero tenía el propósito de pasar a recogerte mañana. No hubieras debido venir por tu propia iniciativa, no.

El simio le miró fijamente. Entonces comprendí. Trataba de ganar tiempo mientras la serpiente trepaba, sin dejarse ver, por el costado del camastro.

El trueno estalló una vez más; las vigas gimieron bajo el empuje furioso de las aguas. Yo seguía mirando por la rendija al hindú, que tenía la vista clavada en el mico, con una máscara de perplejidad en el rostro. De pronto el tono y el lenguaje cambiaron.

—Ah, ¿es posible que haya fracasado? ¿Has fracasado tú, Hanuman? ¿No te he dirigido bien en los sueños? ¿No has podido arrebatarme y llevarte para ti el alma de la mujer... para...?

Yo observaba a la serpiente, que se levantaba ahora detrás del hindú. De un salto, se enderezó bajo un nuevo retumbar de trueno que no consiguió sofocar el grito de terror de Mardu. El hindú se irguió brutalmente, con un verde collar de horror anudado en la garganta. Sus manos trataban de arrancar los anillos sucesivos, los ojos se le hinchaban en las órbitas. El menudo simio se lanzó, profiriendo gritos de triunfo. Sus manitas arañaban el pecho de Mardu, sus dientes se hundían y volvían a hundir hacia el corazón. La serpiente estrechaba su argolla rodeando el moreno cuello del hindú con un mortal collar de jade. Un crujido, el tintineo de vidrio roto y los gritos de terror animal que estallaron de pronto en el almacén. La estancia estaba inundada.

Me arrastré hacia la salida luchando contra el agua que entraba, en medio de quejas sofocadas y jadeos atropellados.

El agua roncaba, llenaba las calles; pero yo seguía adelante. No tenía tiempo de pensar, de sentir la menor emoción.

Jamás he sabido cómo logré regresar al apartamento. La puerta forzada se abría en las tinieblas. Entré.

—¡Peg!

Estaba muellemente tendida en el sofá, bajo la claridad vacilante de una única vela. Mientras yo me acercaba, ella abrió los ojos y los brazos.

—Chatito mío...

Tenía la voz débil, pero segura.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Debí desvanecerme cuando te marchaste. Pero el mico ha desaparecido. ¿Qué ha pasado?

—¿No lo sabes?

—Pues no, claro. ¿Cómo iba a saberlo?

Yo se lo expliqué, susurrando dentro del abrigo de sus brazos. Le conté lo que creía había ocurrido. Ella me sonrió.

Yo la abracé.

Prefería abrazarla antes que verla sonreír. Porque la sonrisa de Peg era la de un mico.

LA MÁQUINA DE LA BUENAVENTURA

Tell Your Fortune (1950)

Mire, amigo, yo no quiero líos. Me he montado un buen negocio, nada de trucos de feria. Se lo repito: aquí ya no hay ninguna báscula. Por lo menos es usted el que hace veinte, esta semana, que me pregunta por ella. Pues ya no hay ninguna. Y si quiere mi opinión, era un buen asunto.

No, no soy el portero; soy el dueño. ¿Me entiende?, el dueño. Si anda buscando a Big Pete Mosko, se marchó. Lo mismo que Tarelli. Sí, y la chica también.

¿Pero no ha leído todo eso en el periódico? Creí que todo el mundo estaría enterado del asunto, después de lo que pasó; pero no, siempre hay algún papanatas que se empeña en volver. Esto estuvo al rojo vivo durante un mes hasta que me decidí a comprar el garito y arreglarlo todo un poco. Todo lo que gano aquí es a base del porcentaje, yo trabajo de igual a igual con el cliente. No como Mosko, con sus ruletas trucadas y sus dados cargados. Vamos, pase, compruébelo: no hay trucos ni enredos. Si quiere ganar dinero fácil no tiene más que probar. Aquí no le damos ya el pego a ningún primo. No voy a echarme a perder por una báscula, después de lo que pasó...

No, hombre, yo no he dicho que sea usted un pelmazo. Claro que acepto esa copa. Y además, tanto da que se lo cuente todo. Como ya le he dicho, todo esto apareció en los periódicos, aunque sólo en parte. Es la historia más increíble que jamás se haya oído. Y, por otra parte, el tipo que quiere aguantar hasta el final siempre necesita una copa, o dos.

Si usted frecuentaba esto por aquella época, debe recordar a Big Pete Mosko. Seis pies y cuarenta pulgadas, trescientas libras, macizo como un roble, el pelo corto y toda la catadura de un boxeador. No me gusta enjabonar a los tipos gordos como él, pero Mosko parecía tener una gracia especial para pegártela sin que te dieras cuenta. Un tipo engreído que mejor hubiera estado con cuatro pies de tierra encima. Pero eso sí, era el rey del truco.

Apareció por aquí hace unos tres años, cuando el cafeticho sólo era una mala bolera.

Un sitio donde reunirse las comadres, el sábado, con permiso para servir cerveza. Pero supo untar a los polis del condado y deshacerse de las pistas de bolos. Arregló el tugurio de abajo y contrató un par de crápulas para dirigir las mesas. Sólo se jugaba a los dados. Un negocio redondo.

Pero, como dije, Mosko tenía buen olfato. Los pichones bajaban aquí y en menos que canta un gallo se habían dejado hasta la camisa. Mosko, mientras, se quedaba en la barra de arriba con su aire de risueño amo del bar. Tenía la costumbre de instalar allí su mole con una sonrisa de diez dólares en medio de aquella jeta. Invitaba a todo el mundo a cuenta de la casa cuando subía después de haberlos desplumado. Permitía

que todo el mundo se cachondease de sus grasas, su pinta y su aire de estúpido. ¿Mosko un estúpido? Vamos, sabía muy bien lo que se hacía.

El tipo trabajaba duro; ni siquiera necesitaba portero. Siempre iba por las buenas, incluso cuando la cosa se ponía al rojo al llegar los fulanos del Country Club los sábados por la tarde. Mosko siempre les tenía el ojo encima. Era la grasa que necesitaba todo el engranaje. Un tipo podía forrarse en una mesa, mientras no se enfrentase con Mosko. Mosko se mantenía siempre por encima preparando sus golpes maestros.

Mire usted si era inteligente. Mosko sabía sacar partido incluso de su gordura. Actuaba de forma que provocaba la burla de todos. Se vestía a propósito con ropas llenas de bolsillos que le dieran un aire aún más ampuloso, y siempre tenía un buen plato de comida en un extremo de la barra, bien al alcance de su mano. Mosko no era lo que se llama un tragón, pero no dejaba de picotear el plato durante toda la noche en cuanto veía que alguien se fijaba en él. Aquello le causaba unas indigestiones de órdago que luego no dejaba de lamentar. Pero había montado un número fenomenal para la clientela. Por esta razón había colocado una báscula en el bar desde el principio. Todo aquello formaba parte de su comedia. Tenía la costumbre de pesarse ante la mirada de aquellos tíos, haciendo siempre pequeñas apuestas —de cinco o diez dólares— sobre lo que podía pesar y Mosko sabía perderlas adrede, para devolver la moral a la clientela.

Pero aquélla era una báscula ordinaria. Y Mosko explotaba un truco también ordinario con ella... hasta que llegó Tarelli.

Parecía que Mosko no tenía suficiente con desplumar a los pichones con sus dados. Si bien la comida no le decía gran cosa, parece que la pasta lo volvía loco. En fin, después de deshacerse de las pistas de bolos de abajo hizo construir allí dos habitaciones pequeñas con una entrada posterior. Dos cuchitriles donde poder vivir.

Desde luego, Mosko vivía arriba, encima del bar. No se trataba, pues, de su alojamiento, sino del de sus buenos amigos.

Tenía un montón de buenos amigos. Los viejos cofrades de División Street de Chicago, los amiguitos de la Hermandad de Joliet. Cualquiera que andase huyendo era un buen amigo de Mosko mientras tuviera a los polis pisándole los talones y la pasta suficiente para pagarse un escondrijo en uno de los cuchitriles de abajo. Mosko hacía un buen negocio escondiendo aquellos amiguitos con prisas. Apostaría a que tenía visitantes de todos los puntos del país, que llegaban allí para pasarse una semana o dos. Jamás se me ocurrió preguntarle nada sobre aquello. Nunca se le hacía preguntas sobre aquello a Mosko. No era bueno para la salud.

De cualquier forma, fue a propósito de una de esas habitaciones por lo que Tarelli llegó desde La Habana, entrando ilegalmente, por supuesto. Pero no era cubano, ni lo parecía. Se trataba de un fulano con el cabello gris, grandes ojos oscuros y que no paraba de sonreír y de charlar. Resultaba divertido ver a un mondadientes como aquél junto a un barril de manteca como Mosko.

Lo vi el día mismo de su llegada. En aquella época trabajaba yo para Big Pete Mosko, encargándome de largar a los clientes o tranquilizarlos. Mosko no hablaba nunca de lo que ocultaba en la parte trasera, y yo me callaba siempre. Cada uno de nosotros hacía lo que podía. Yo cerraba la boca, pero los ojos son para ver, y no paraba de conocer a gente y más gente.

Como estaba diciendo, vi llegar a Tarelli. Bajó del autobús de las cinco en punto, justo en frente del bar, cuando empezaba a oscurecer. Yo había salido a encender el fluorescente cuando él se dirigió hacia mí. Me dio una palmada en el hombro y dijo:

—Perdone, ¿podría usted decirme si es éste el establecimiento del *signor* Mosko?

Yo lo repasé de arriba abajo. Chocante, aquel fulano; llevaba un amuleto en forma de corazón y una ristra de collares colgando del cuello. Arrastraba consigo una gran maleta negra. Por lo tenso que tenía el brazo resultaba fácil adivinar que la traía llena hasta los topes. No llevaba sombrero. Sus cabellos grises estaban pegados a la *cabeza* con una especie de fijapelo de loción queapestaba un poco a DDT y que sin duda sería igualmente mortal.

—Pase, amigo.

—¿Cómo dice?

—Que Mosko está dentro. Espere, yo le acompaño.

Lo arrastré hasta la puerta.

—¡Muchas gracias!

Me sonrió de oreja a oreja, mostrando toda su dentadura y empuñó de nuevo el fardo, andando tras de mí, sin dejar de murmurar.

Me importaba un comino lo que quería de Mosko. No me pagaban para que me ocupase de esas cosas. Me limité a conducirlo hasta el bar y a señalarle a Big Pete. Luego volví a salir.

Evidentemente, no pude dejar de oír algunas frases a través de la mosquitera de la puerta. Mosko tenía una voz capaz de dejar sordo a un topo que estuviera a quinientos pies bajo tierra. Él hablaba y Tarelli respondía con un murmullo. Algo así como:

—Por fin lo conseguiste, ¿eh? ¿Rico te ha hecho pasar?

—Mmm...

—Todo en regla. ¿Dónde está la pasta?

—Mmm...

—O. K. Puedes quedarte tanto como quieras. Rico me ha informado de que podrías hacer algún trabajito para ni menda.

—Mmm...

—Te has traído todo tu arsenal, ¿eh? Magnífico. Ya veremos de lo que eres capaz. Pero métete esto bien en la cocorota, Tarelli: tú te esfumas en cuanto aparezca un cliente. Voy a enseñarte dónde te meterás. Nada de sacar las narices cuando hay público. Te quedas allá abajo y haces lo que se te dice, si quieres que todo marche bien.

Aquello me hizo entender todo lo que quería saber, excepto qué era lo que Tarelli podría hacer en favor de Mosko sin que los polis se diesen cuenta. Pero no tardé mucho en descubrir lo que era el resto.

Unos días después me encontraba abajo colocando la cerveza en el almacén y al volver pasé por el rincón donde estaban las mesas de dados. Lo primero que vi fue un par de ruletas, dos mesas nuevas y al buen amigo Tarelli.

Estaba sentado sobre una caja de color naranja, entre las ruletas, con todos sus bártulos. ¡Cómo se regodeaba! Herramientas e instrumentos por todas partes y un gran montón de ellas en la gran maleta negra. Se dedicaba a trabajar la cara inferior de las mesas, manipulando sus chismes y disfrutando como un enano. Le oí hablando consigo mismo y me dije que lo más educado sería detenerme un momento e intentar arreglar aquel desorden.

No prestó la menor atención, ocupado en sus manejos, sus soldaduras y la colocación de unas pilas pequeñas bajo las ruletas. Estaba risueño, hablando consigo mismo, pero sabiendo lo que se hacía. Aquel tunante era un ingeniero de primera.

Le miré cómo colocaba unos pequeños plomos en los bordes de las ruletas. Resultaba fácil ver que había practicado unos pequeños agujeros donde colocar un electroimán justo bajo el cero y el doble cero, y en aquel momento..., ¡paf!

Algo resuena como un estallido a mis espaldas y oigo gritar a Big Pete Mosko:

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? ¡Lárgate si no quieres que te rompa la cara!

Me bastó lo que oí para comprender y me largué, pero ya me había enterado de algo más. Big Pete Mosko pensaba instalar ruletas trucadas y la cosa empezaba a caldearse.

De forma que menos de una semana después las mesas habían quedado instaladas y a punto para funcionar. Evitaba bajar al sótano tanto como era posible porque Mosko había dado a entender que no quería ver a nadie paseándose por allí o haciendo preguntas. De igual forma evitaba a Tarelli. No valía la pena buscarse disgustos.

Debieron pasar unos diez días antes de que volviese a verlo. Fue inmediatamente después de que las mesas quedaran instaladas. Mosko contrató a dos apaches más para hacerlas funcionar y las puso en marcha por la tarde, dejándome de guardia con el granuja que tenía el servicio de día. Bajé a limpiar y le juro que no tenía ninguna intención de meter las narices donde no me importaba. Fue Tarelli quien empezó. Me había oído andar y él salió de su habitación.

—Perdone, *signor*. Perdone un momento.

—¡Hola! —dije—. ¿Es que hay fuego?

—No, nada de fuego. Se trata solamente de que me siento apenado por haber creado problemas entre usted y el *signor* Mosko.

—¿Se refiere usted cuando me pescó mirándolo? No es nada, Tarelli. Perdió su sangre fría, ya estoy acostumbrado. Creo que no hubiera debido mezclarme en sus

asuntos.

—Son asuntos sucios. Muy sucios.

Yo lo miraba. Sonreía moviendo la cabeza, pero se veía que no bromeaba.

—¡Asquerosos! —Su sonrisa era cada vez mayor—. Siento desprecio de mí mismo por haber hecho todo esto para el *signor* Mosko. Por engañar a toda esta gente. ¡Es asqueroso! Yo, Tarelli, llegar a estos extremos...

—Tranquilo, compañero... Hay que vivir...

—¿Usted le llama vivir a esto? —Se encogió de hombros mirando hacia mí, hacia las mesas, el sótano y el mundo entero—. Yo vine a este país para emprender una nueva vida. Rico me dijo que podría encontrar aquí un buen trabajo. El *signor* Mosko, a quien yo debía pagar, lo arreglaría todo. Pero no es bueno. Ahora me encuentro —como dirían ustedes— sometido. Debo hacer lo que dice el *signor* Mosko. Se ha dado cuenta de que yo era un hombre hábil y ahora me utiliza para hacer un trabajo sucio.

—¿Por qué, entonces, no deja el trabajo? Quiero decir..., no es asunto mío..., pero ¿por qué simplemente no se da el bote esta misma tarde? Aunque Mosko pretenda darle un golpe bajo y vaya con el chivatazo a los de la poli, usted puede salirse de esto y conseguir una habitación en la ciudad, un escondrijo. Nadie le iba a encontrar. Esto está lleno de gente que ha entrado sin papeles. Y se instalan tal como le digo ahora a usted, Tarelli. No pretendo influirle. Si encuentra que este trabajo es deshonesto, mejor valdría largarse y dejarlo todo. ¿No es así?

Tarelli levantó la cabeza hacia mí y sonrió de nuevo. Me apretó el brazo.

—¿Sabe qué? Le aprecio de veras. Usted es un hombre honesto.

La cosa tenía gracia. Pero ¿qué hacía yo discutiendo con un extranjero chalado? Le devolví la sonrisa.

—Mire —dijo—. Venga, voy a enseñarle por qué no me largo de aquí ahora mismo.

Me condujo a su cuarto, un cuarto ordinario con un catre bastante inseguro, una silla recta, un aparador comprado de ocasión y una mísera alfombra en el suelo.

—Vamos, entre —dijo.

Yo entré. Hubiera preferido que me cortasen las piernas. Tarelli fue hasta la alacena y sacó de allí su maleta negra. La abrió y tomó... una pequeña fotografía enmarcada.

—Mire —dijo.

Y yo miré. Hubiera preferido que me arrancasen los ojos.

—Rosa —murmuró—. Es mi hija. Tiene dieciocho años. ¿Le gusta?

Me gustaba y se lo dije. Hubiera preferido que me cortasen la lengua. Pero me movía ya en aquella pequeña habitación y miraba a la chica con sus ojos negros y sus cabellos negros y me decía que era muy hermosa y me senté para mirarla y sonreí y él me abrió su corazón. Totalmente.

Recuerdo hasta la última palabra, de igual forma que recuerdo prácticamente todo

lo que ocurrió a partir de aquella tarde hasta el final.

Sí, acababa de enterarme de un montón de cosas, Demasiadas cosas.

Permítame abreviar un poco... Tarelli no era un tipo perseguido en su país. Era profesor. Puede parecer una estupidez, pero por la forma de explicarme comprendí que intentaba situarse a mi nivel. Era profesor en una de esas grandes instituciones de por allá, una universidad o no sé qué, no sé cómo se llama. Durante la guerra tuvo que largarse y se embarcó hacia Cuba. Allí se mezcló en algún asunto feo. Luego se encontró con Rico, el amigo de Big Pete Mosko. Rico le hizo llegar hasta aquí, pero aquello era lo que él quería, y ahora intentaba despedirse a la inglesa.

—Me encuentro en eso que se llama dificultades económicas —dijo—. Rico, para hacerme llegar hasta aquí, se quedó con todo mi dinero.

Aquello no me costaba demasiado creerlo. Todos los buenos amigos de Mosko eran iguales, unas sanguijuelas.

—Así es como trabajo yo. Mosko emplea al físico, al más eminente metafísico, para trucar —¿es así como se dice?— juegos de azar. ¡Cuánta miseria! Pero soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de ganar el dinero necesario para hacer llegar hasta aquí a Rosa.

Por lo que pude entender, el acuerdo estaba ya firmado. Todo lo que le quedaba por hacer a Tarelli era amasar una buena suma para que Rico enviase a Rosa por avión. Tan sencillo como limpiar el chupete de un niño enjuagándolo en agua.

—Vaya, así que estamos ahorrando, ¿no? —dije, lanzando otra mirada a la foto de Rosa—. ¿Y cuánto le paga Mosko por trucar las máquinas?

—Veinte dólares.

Veinte miserables billetes por un trabajo por el que Mosko hubiera tenido que aflojar dos o tres de los grandes si se lo hubiera confiado a un profesional. Veinte dólares por tres ruletas trucadas que le reportaban uno de los grandes o más por semana. ¡Bonito negocio! Míster Mosko era un individuo de gran corazón. A este paso, Tarelli conseguiría ver a Rosa justo en el momento que le llegase su pensión de jubilado.

Eché otra mirada a la fotografía y decidí que no estaba bien dejar de plantón a aquel abuelo durante tanto tiempo.

No iba a arreglar nada explicando a Tarelli que Mosko le estaba tomando el pelo como si fuese una criatura. Se trataba de encontrar una forma de cambiar las cosas, y pronto. Dejé la fotografía de Rosa.

—Vamos a encontrar algo. Es preciso encontrarlo.

—Gracias —dijo Tarelli.

Resultó divertido que me contestase, porque yo estaba hablando con la foto.

Durante las dos semanas siguientes no tuve demasiado tiempo para hablar con las fotografías. Mosko había puesto a trabajar sus mesas y los ingresos eran buenos. Mi trabajo consistía en calmar a los que gritaban, sacar afuera a los que intentaban

hacerse con un dinero demasiado fácil y escoltar a los fulanos que venían forrados. El par de granujas que Mosko había contratado para hacer funcionar las mesas no podía decirse que hicieran el vago.

Big Pete trabajaba también. Sentado en su mesa, contaba los ingresos. Unas dos o tres semanas después de que las ruletas empezasen a funcionar, pasó cerca de su despacho. Tarelli había entrado para discutir de un asunto. No pude por menos de oír lo que decían, porque el tono era cada vez más alto.

—... pero usted me prometió... Rosa está completamente sola. No es bueno que una chica joven esté completamente sola. Debe venirse aquí.

—Ese es tu problema. Y ahora, largo. Estoy ocupado.

—¿Ocupado en cosas como contar el dinero? ¿El dinero que gana con las ruletas que yo he arreglado?

—¡Eso no te importa! Desaparece antes de que me ponga de mala sangre.

—Los trucos que he preparado para usted funcionan a la perfección; tráigame a Rosa. Yo pagaré lo que deba. Trabajo desde hace mucho tiempo y con ahínco. Hago todo lo que usted dice.

—Largo de aquí.

—Tiene que hacer alguna cosa. Tiene que hacerla —Tarelli estaba casi chillando—. ¿Qué pensaría usted si me decidiese a explicar a alguien el truco de las ruletas?

—¡Mira! Si abres la boca, suelto todo lo que llevo en el buche —dijo Big Pete—. Pregono por ahí que por esas calles hay un fulano que se pasea sin los papeles en regla. ¿Entendido?

—No sería capaz de eso.

—¿Crees que me iba a costar mucho?

Todo pareció tranquilizarse durante un minuto. Tal como veía yo las cosas, todo iba a quedarse tal como estaba. Mosko tenía a Tarelli bien agarrado. Si el pobre tipo no continuaba obedeciendo, Mosko era capaz de entregarlo a los federales. No había mucho que hacer excepto...

—Sólo una cosa más... —añadió Tarelli.

—¡Largo de aquí!

—No. Óigame un momento. ¿Y si le fabricase algo realmente especial?

—¿Qué quiere decir especial?

—Algo, ¿cómo decirlo?, algo que aún no se ha hecho nunca.

—¿Una máquina de fabricar dinero?

—Quizá.

—¿Cuesta mucho dinero hacerla?

—No mucho.

—Algo realmente inédito, ¿eh?

—Digamos especial.

—O. K. Marchando. Luego veremos.

—Y en ese caso, ¿enviaría a buscar a Rosa?

—Ya veremos.

Mosko lo dejó con estas palabras. Yo no me quise arriesgar más, aunque tenía ganas de ver lo que iba a pasar. Y al cabo de quince días lo vi.

Me encontraba presente la mañana en que Tarelli desveló su gran secreto. Era un domingo. Mosko y los cuatro *gangsters* que se encargaban de las ruletas estaban repartiéndose las ganancias del sábado.

Al, el *barman*, y menda, estábamos sentados en el cafeticho, arriba, los dos solos, soplándonos un par de cervezas. No había un alma; nunca había nadie los domingos. Al pareció sorprenderse cuando vio que el camión se detenía fuera.

—Mira, ahí viene gente —dijo.

—¿Gente? Pero, hombre, si es Tarelli.

Y tal como yo había dicho, el pequeño Tarelli saltó de la caja del camión y gesticuló dirigiéndose al truhán que lo había llevado hasta aquí. El chófer también descendió y entre los dos bajaron una báscula de pesar personas. Antes de que pudiera darme cuenta, la habían llevado hasta el interior e instalado en un rincón del bar.

—¡Eh! —saltó Al—. ¿Qué has inventado ahora?

—No he inventado nada. Es una báscula. Para pesar —contestó Tarelli, iniciando una de sus sonrisas.

—¿Y quién ha encargado aquí una báscula?

Al salió dando la vuelta al mostrador y todos nos pusimos en círculo en torno al nuevo chisme.

—He sido yo quien la he encargado —respondió el pequeño italiano—. He prometido al *signor* Mosko que le encontraría algo extraordinario.

—No veo nada extraordinario en una báscula —declaró en un tono que no admitía discusión.

Y no había nada extraordinario que ver. Era un trasto para pesar de lo más ortodoxo, con su esfera redonda de cristal y una aguja que podía llegar a las trescientas libras, según la persona que se encontrase encima, siempre que hubiera tenido la generosidad de colocar la obligada moneda en la rendija. Había sido fabricada por la Universal Scale Company, de Waterville, Indiana, y la plaquita que aparecía detrás decía: *Esta máquina es propiedad de la Acme Coin Machine Distributors.*

Todo esto lo advertí al primer vistazo, sin fijarme demasiado en ello, pero más tarde lo grabé en mi memoria. Después de una comprobación, que hicimos en aquel momento, todo resultó ser normal. Una máquina de pesar ordinaria, fabricada en cadena y alquilada a Mosko por diez billetes al mes más el treinta por ciento de la calderilla recogida.

Ah, algo más. Además de la gran esfera de cristal en la que aparecía el peso, había también un pequeño cristal abombado con un botón que se movía antes de colocar la moneda. Este botón ponía en marcha un juego de veinte fichas con diversas

preguntas. Ya sabe usted, las típicas preguntas que uno se encuentra en las básculas para adivinarte el futuro. Tales como: *¿Me casaré con un tío rico?* Entonces uno mete la moneda y cae una cartulina con una respuesta divertida como: *No se casará con un tío rico, sino con un primo García.* Un chiste bastante malo. Y sobre la parte superior de la máquina podía leerse: «Su futuro, 1 centavo. Peso exacto; no hay sorpresas».

Al y yo mirábamos la báscula. El chófer del camión se marchó. Tarelli continuaba riendo y acabó por preguntar:

—¿Qué les parece?

—¡Bah! —dijo Al—. ¿Pero qué le ha cogido, Tarelli? Tendría que saber que no vale la pena partirse la espalda con una máquina que sólo traga centavos. Atraemos aquí a los tipos para que dejen los fajos de billetes en las mesas, ¿y usted piensa que van a tirar un centavo sólo para saber su peso?

—Sí —continué yo—. ¿Sabe Mosko que usted ha pedido esto?

—No —respondió Tarelli—. Pero lo sabrá muy pronto.

—Y se pondrá furioso más pronto todavía —dije yo.

—No, no se enfurecerá. Ya lo verá.

—No me gustaría demasiado verlo, Tarelli. Cuando Big Pete Mosko vea esta estupidez de horóscopo se va a subir por las paredes. Está esperando verlo llegar a usted con un trasto genial.

—Estupendo. Pues esto es una cosa algo más que extraordinaria. Esperen a que haya acabado.

Tarelli me hizo una seña y bajó. Al y yo volvimos a nuestras cervezas. Al no cesaba de mirar de reojo la gran báscula blanca y fea que había en el rincón. Me neaba la cabeza. Ninguno de los dos nos decidimos a despegar los labios.

Tarelli volvió a subir algo más tarde, trayendo consigo su instrumental y una tela grande y recia. Dejó su maleta junto a la báscula, sacó un martillo y empezó a clavar la tela en aquel rincón. Muy pronto quedaron ocultos la báscula, Tarelli y todas sus actividades.

—¡Eh! ¿Qué está tramando? —gritó Al.

—Nada de preguntas. Estoy arreglando el asunto. No lo pueden ver.

—Escucha, pequeño estúpido de mierda, si tienes intenciones de empezar a dar órdenes aquí... —aulló el *barman*.

Se levantó, pero yo le retuve cogiéndole por el brazo.

—Tranquilo —dije—. Hay que dar una oportunidad a ese caballero. Está trabajando para Mosko. No lo olvides, sin duda tiene alguna idea en la tetera. Mira que ha sido capaz de hacer con las ruletas.

—O. K., pero ¿a qué viene la tela ésta?

—Secreto —gritó Tarelli—. Nadie puede saber nada. Tengo para tres semanas de trabajo con esto. Es un milagro. Ya veréis.

No vimos nada. Tampoco oímos gran cosa. Algún que otro martillazo y algunos nudillos metálicos, pero que no daban idea de lo que pudiera estar haciendo. Tarelli

apañaba la báscula con sus instrumentos especiales que iba sacando de su fardo, pero yo no conseguía imaginarme qué se estaba llevando entre manos. Todo lo que sabía era que el tipo no dejaba de trabajar. Mientras, Al y yo no dejábamos de vaciar nuestros vasos, esperando que Mosko surgiese de improviso y encendiese la traca final.

Pero Mosko parecía demasiado ocupado manoseando billetes. No asomaba por allí y Tarelli continuaba con su chapuza. Al y yo nos revolvíamos los sesos intentando adivinar lo que hacía.

—Ya lo tengo —dijo de repente Al—. Claro como la luz del día. Tarelli ha trucado la ruleta para los peces gordos, ¿no es cierto? Pues bien, esto es para los pececitos pequeños, para el don Nadie que viene a soplarse una copa. Es el viejo truco, ¿recuerdas? Tú tienes un compinche en la barra e induces al primo a discutir su peso con el otro, haciéndole apostar algo. Cinco, diez o veinte billetes. Yo hago de arbitro, ¿me sigues? Luego te lo llevas a la báscula. Don Nadie sabe lo que pesa porque antes de que empiece la función el otro se ha ido a los retretes y yo le he dicho a él: «Rápido, sube a la báscula antes de que vuelva; de esta manera sabremos lo que pesas». El otro vuelve y, en esta ocasión, nuestro don Nadie propone doblar o incluso triplicar la apuesta. El otro le sigue el juego, y ya tenemos a nuestro don Nadie que ha llegado a cincuenta o cien billetes. No puede perder. Luego viene la pesada oficial. Y la báscula indica ciento setenta o ciento setenta y cinco; en fin, indica lo que yo quiera. ¿Me explico? ¡Éxito seguro!

Pero a mí, aquello no me parecía tan seguro. En primer lugar no creía que hubiera ningún don Nadie lo suficientemente estúpido como para morder el anzuelo. Organizaría cualquier follón para recuperar su dinero, y, segundo, Tarelli había prometido a Mosko un trasto realmente sensacional, y yo tenía mis razones para confiar en Tarelli. Sabía que hacía todos los posibles por conseguir que Rosa viniese hasta aquí y que hubiera hecho cualquier cosa por ella. Después de haber visto su foto lo comprendía muy bien.

Estaba convencido de que Tarelli lo conseguiría. Un gran sabio, un físico o cualquier tipo de profesor que fuera en su país podía hacer algo mejor que trucar una simple báscula.

Esperaba, pues, a ver lo que sucedería cuando Tarelli hubiera acabado y sacara de una vez la tela.

Acabó haciéndolo y vi... Exactamente no vi nada de nada. Tarelli había quitado la lona, había bajado todas sus herramientas al sótano y la báscula continuaba allí, exactamente como antes. Lo sabía porque tanto. Al como yo la habíamos examinado a fondo.

Sólo había dos cosas distintas, y era preciso fijarse mucho para darse cuenta de ellas. En primer lugar el botón con el cual podía escogerse la pregunta sobre el futuro estaba fijo. Y, además, el cristalito abombado que tenía encima y por el que se veían las preguntas aparecía vacío. En lugar de las preguntas tales como: *¿Me casaré con*

un tío rico?, había una especie de disco negro detrás del cristal. Parecía que se moviese cuando uno miraba cerca, como si fuera un espejo, pero en negro.

Ya sé que parece todo una idiotez. Y lo era. Pero sólo así me es posible describirlo. Se trataba de un pequeño disco negro que parecía captar el reflejo de uno cuando subía a la báscula, dejando aparte que no es posible, desde luego, tener una imagen reflejada en una cosa negra y mate.

Pero parecía como si la báscula te estuviese mirando.

Me subí encima y busqué una moneda. Cuanto más cerca me encontraba de ella, mayor era la impresión que tenía de que algo o alguien desde el interior de la báscula me miraba con una mirada fría, una mirada de pescado. Sí, y había también, recuerdo que me hizo pensar, un ligero zumbido mientras me mantenía sobre la plataforma. Un zumbido grave, lejano, en el interior de la máquina.

Al dio la vuelta a la máquina y dijo:

—Nuestro amiguito la ha abierto por aquí. Luego ha vuelto a soldarla. Me pregunto qué es lo que hizo. La Compañía de estos trastos seguramente gritará en cuanto lo vea.

Por fin había encontrado mi moneda e iba a introducirla dentro. Podía ver mi reflejo en la gran superficie de cristal donde se encontraba la aguja. Me veía con una especie de sonrisa extraña, que yo creí ocasionada por el hecho de mirar el disco negro de abajo, oír el zumbido y preguntarme cuáles serían las maravillas que Tarelli había realizado.

Levanté la moneda hacia la ranura y...

Big Pete Mosko subía disparado por las escaleras. Tarelli se encontraba justo detrás suyo, y detrás de Tarelli aparecieron los cuatro *gangsters*.

—¿Pero qué es esto? —rugió Mosko—. ¡Bájate de ese trasto y títalo a la calle!

Bajé rápidamente. Si me hubiese detenido un poco, Mosko me hubiera largado un cachetazo.

—Espere —dijo Tarelli precipitadamente—. Espere. Ahora verá... Es como le había prometido, maravilloso.

—¡Una báscula! —Mosko cogió a Tarelli por el cuello y se puso a sacudirlo hasta despeinarlo como un muñeco—. ¿Y qué tengo que hacer yo con una báscula?

—¡Pero es que ésta prevé el futuro!

—¿Qué prevé el futuro? —Mosko sacudió al italiano de forma que parecía que iba a dislocarle todos los huesos—. ¿Y qué tengo yo que hacer con ese futuro de pacotilla?

—No... no es un horóscopo de pacotilla como usted dice. Eso es lo maravilloso. Los horóscopos que da se cumplen.

—¿Cómo?

Mosko continuaba gritando, pero había dejado de sacudirlo. Lo soltó y lo miró fijamente.

Tarelli intentó otra de sus sonrisas.

—Sí, es la verdad. Se sube a la máquina. Se mete una moneda. Sale una tarjeta con su futuro que dice realmente la verdad. Dice cuál va a ser su futuro.

—¡Tonterías!

Uno de los *gangsters*, un tipo llamado Don, se echó a reír. Era una especie de pértiga de un color cercano al rubio con los restos de dentadura a punto de caérsele y cara de besugo. En un dos por tres estuvimos todos desternillándonos de risa. Todos, menos Tarelli.

—Tranquilo, italiano —dijo Don, abriendo su boca y mostrando lo que quedaba de las teclas de un piano.

Dio unos pasos hacia el viejo y se plantó frente a él. Resultaba divertido ver aquella pareja. Tarelli, con sus viejos harapos, y aquel fanfarrón de Don, con una chaqueta y una camisa que hacían juego con el descapotable aparcado enfrente. Resultaba realmente divertido, pero dejaba de serlo al pensar que la burla que Don estaba haciendo ocultaba algo. Yo sabía que preparaba algún truco desagradable.

—Mire, Tarelli —dijo Don, sin dejar de sonreír—. Quizá usted sea un gran sabio en la universidad de Asís o de cualquier otro sitio, pero aquí usted, para mí, no es más que un papanatas. ¿Me capta la onda? Y nunca he oído decir que un sabio haya inventado una máquina capaz de leer realmente el futuro de las personas.

Don se inclinó y golpeó amablemente el hombro de Tarelli.

—Vamos, pues. Como ya sabes, míster Mosko es un hombre muy ocupado. De forma que si tienes alguna otra cosa que decirle vomítala ya. De esta forma no tendré que esperar más para ponerte de patitas en la calle.

—Bien, sí —gruñó Mosko—. No tengo tiempo para estupideces, Don. Eso de que te expliquen por medio de la ciencia lo que te puede suceder...

—No es nada de ciencia.

Tarelli hablaba muy lentamente, mirando fijamente hacia el suelo.

—¿No es ciencia?

—No. Hago todo esto para conseguir tener aquí a Rosa, ya se lo he dicho. ¿Lo recuerda? He hecho algo que la ciencia no puede hacer. He hecho un pacto, una promesa, un trato.

—¿Qué clase de trato? ¿Con quién?

—Ni pensarlo. Eso es cosa mía, ¿no? Pero la cosa funciona. Y de esta forma puedo construir lo que necesito para la máquina. Esto no es cuestión de ciencia. Es magia.

—¿Qué pretendes...?

Mosko empezó a gritar de nuevo, pero la voz suave de Tarelli lo detuvo en seco.

—Magia —repitió—. Magia negra. A mí no me importa quién es usted. Lo que usted es. Usted sube a la báscula. La báscula lee su alma, su pasado. Ella ve cómo es usted en realidad. Meta la moneda, la báscula le dice su futuro. Lee su futuro. Ahí la tiene, pruébela. Ya lo verá.

Don estalló de nuevo con su carcajada de caballo, pero esta vez reía solo. Cuando

por fin cerró su boca, Tarelli se volvió hacia Mosko.

—¿Comprende usted lo que digo? Esta báscula lee el futuro. Dice el futuro a cualquiera. El tenerla aquí representa mucho dinero. Puede hacer grandes negocios con esto. Y ahora, ¿hará venir a Rosa hasta aquí?

—Sí —dijo Mosko—. Voy a traer a Rosa. Si todo funciona. Eh, Tarelli, ¿y por qué no subes tú a la báscula para ver si te dice cuál será el futuro de Rosa? ¡Quizá te diga que está por llegar!

Mosko se burlaba de él. Pero Tarelli no se daba cuenta. Retrocedió palideciendo.

—Oh, no, *signor* Mosko, ¡yo no! Yo no subo a la máquina por nada del mundo. Es magia negra. Lo he hecho sólo por Rosa, pero tengo miedo.

—Entonces, ¿por qué estamos perdiendo nuestro tiempo aquí? —dijo, burlón, Don—. ¡Menudo gallina, este Tarelli! Tiene canguelo de subir a la báscula y que no suceda nada, porque en ese caso lo mandarían inmediatamente a paseo. A mí no se me llenan los pantalones por el miedo. Venga, a ver esa moneda.

Cogió la moneda que tenía yo en la mano, subió a la báscula y la dejó caer. Se oyó un suave zumbido, y cuando desapareció la moneda, el zumbido pareció aumentar de forma imperceptible. El disco negro quedó borroso por espacio de un segundo. La aguja que marcaba el peso subió hasta ciento ochenta y dos. Don se encontraba sobre la báscula, ciento ochenta y dos libras de carne y de trapos, cachondeo incluido.

—¿Y bien? —dijo, encogiéndose de hombros—. ¡Aquí no pasa nada!

Se oyó un chasquido y apareció una tarjetita blanca bajo el disco negro. Don la cogió y la leyó. Sacudió la cabeza y pasó el billete a Mosko y a los demás. Por fin llegó hasta un servidor, de usted.

Era una cartulina muy blanca con una simple frase encima. Pero no eran caracteres regulares, sino más bien como una mimeografla cuya tinta negra estaba húmeda aún. La leí dos veces.

«Cuando el gato negro se cruce en su camino, usted morirá».

Aquello era todo lo que ponía. La antigua superstición que apenas si impresionaba a los chiquillos.

—¡Esto es un truco para los niños! —dijo Don, burlonamente—. Yo les diré lo que pasa. Este sabandija ha andado manoseando la máquina y ha metido un paquete de tarjetas de su cosecha. Está majareta.

—Por favor —dijo—. Usted no me aprecia. Pues bien, yo tampoco le aprecio a usted demasiado. Pero aun así, se lo advierto, cuidado con los gatos negros. La báscula dice que un gato negro le ocasionará la muerte. Tenga cuidado.

Don se encogió de hombros.

—Bueno, esto es asunto tuyo —dijo a Mosko—. No puedo perder más tiempo. Esta tarde tengo demasiadas citas.

Mosko hizo una señal de aprobación con la cabeza.

—Pero procura no presentarte aquí a las quinientas. Esta noche te necesito junto a la mesa.

—Allí estaré —dijo Don desde la puerta—. A menos que un ejército entero de polis de mierda se me eche encima con sus porras.

Durante un segundo nadie dijo nada. Tarelli intentó sonreír, sin conseguirlo. Tironeó de la manga a Mosko, pero éste no le hizo caso. Estaba mirando a Don. Todo el mundo miraba a Don.

Lo vimos subirse a su descapotable y salir del *parking*. Lo vimos salir disparado y lanzarse hacia el centro de la ciudad. Vimos el gato negro que salía de la nada y aterrizaba en medio de la calzada. Vimos cómo Don daba un golpe de volante para evitarlo. Vimos cómo el coche hacía una pirueta dirigiéndose hacia la cuneta. Vimos cómo chocaba contra un puentecillo que salvaba la cuneta: el coche pareció encabritarse, dio la vuelta y continuó resbalando sobre el techo saliéndose de la carretera.

Hubo corridas, gritos, blasfemias, agarrones y empujones hasta que, por fin, encontramos lo que quedaba de aquellas 182 libras embutidas en una flamante chaqueta tras haber pasado un minuto en un descapotable ahora hecho papilla. No volvimos a oír la risa de Don. Tampoco encontramos el gato.

Tarelli blandía la tarjeta, sonriente, y aquella misma tarde Mosko telefoneó a Rico para que trajese a Rosa.

Rosa llegó el sábado por la noche. Rico había ido a buscarla al avión. El orondo Rico, con sus bigotes llenos de brillantina, la cabeza cubierta de fijapelo, aquella boca con dentadura postiza y un traje tipo extra *sport* que revelaban su verdadera forma de ser, como si llevase un anuncio de «Se busca» clavado con un alfiler en el trasero.

Pero no me fijé demasiado en Rico; sólo tenía ojos para Rosa. Ni una imperfección en sus negros cabellos, en su piel blanca y en su boca roja. Nada que objetar a su forma de lanzarse al cuello del viejo y besarle entre gritos de alegría.

Abajo, en los quartuchos, había una gran multitud, y aunque ella no se hubiese dado cuenta cuando me presentaron, yo no sabía dónde meterme.

Me impresionaba el solo hecho de verla sonreír y reír, unos minutos después mientras hablaba con su padre. Al, aquella especie de *barman* y los *croupiers* estaban allí también intercambiando continuamente sonrisas por las que podía adivinar que pensaban lo mismo que un servidor.

Pero Mosko pensaba en otra cosa. Miraba también a Rosa y le echaba su parte de sonrisas. Pero no le sonreía a ella, sino a algo que él estaba pensando. Mosko sentía una nueva sensación, yo mismo lo podía notar, algo así como un ansia de agarrar a Rosa, manosearla, desnudarla y montársele encima.

—Es fabuloso tenerla a usted aquí —dijo—. Vamos a entendernos muy bien.

—Debo agradecerle que haya hecho usted posible todo esto —respondió ella, con su dulce voz.

La chiquilla hablaba en buen inglés, con gramática y todo; era evidente que había ido a la escuela.

—Mi padre y yo le estamos muy agradecidos. No sé cómo se lo podremos pagar.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Big Pete, relamiéndose los labios con aquella lengua asquerosa y frotándose las manos—. Pero ahora tendrán que perdonarme. Se nos prepara una noche muy movida.

Tarelli y Rosa desaparecieron en su habitación para despacharse la comida que Al les había bajado en una bandeja. Mosko enfiló la escalera y fue a vigilar la preparación de las mesas para aquella noche. Rico se paseó un rato bromeando con los *croupiers*. Lo encontré mascullando algo en un rincón y me lo llevé arriba invitándole a una copa.

Allí nos encontró Mosko un poco más tarde. Rico se despidió.

—¿Y la pasta?

—Sí, hombre, sí, un segundo.

Mosko sacó un fajo de billetes de su bolsillo y arrancó una pequeña tajada para Rico. Me fijé bien: cinco billetes de cien dólares. Pasé un mal rato viendo cómo Rico acariciaba el dinero, porque sabía que Mosko no se desprendía de quinientos pavos sin conseguir a cambio algo de más valor.

Y comprendí lo que quería. Quería a Rosa.

—¡Oye! ¿A qué viene el trasto ese? —preguntó Rico, señalando la báscula que había en el rincón.

Yo no dije nada y me preguntaba si Mosko iba a explicarle algo. La báscula se había quedado en un rincón durante toda la semana con un cartel de «No funciona». Mosko había mandado que lo pusiesen al día siguiente de la muerte de Don, y vigilaba que nadie se hiciese decir la buenaventura. No se había vuelto a hablar de la báscula y me preguntaba si Mosko pensaba hacerla desaparecer o si tenía alguna otra idea en la cabeza.

Pero Mosko se dijo que Rico era de la familia, dado que se dedicaba a importar parias extranjeros sin papeles ni nada. Explicó, pues, a Rico todo el asunto. A aquella hora no había demasiada gente en el bar. Los incondicionales del sábado empezaban a presentarse a eso de las diez y Mosko charlaba sin preocuparse de quién le pudiera oír.

—Así que, entérate bien, no se trata de ningún truco. El trasto ese dice exactamente lo que te va a pasar. Por un mísero centavo.

Rico se desternillaba de risa.

—Vamos, ¡a mí me la vas a dar! El cuento ese de Don y el gato es simplemente..., ¿cómo se dice?..., una coincidencia.

—¿Ah, sí? Bueno, pues a mí no me harás subir a esa báscula ni por un millón.

—Quizá. Pero aún no se ha hecho la máquina que me dé miedo a mí —replicó

Rico—. Y si no, mira.

Subió a la báscula y metió una moneda. La aguja marcó 177. El disco negro empezó a brillar. Se oyó un zumbido y un chasquido y apareció la tarjetita blanca. Rico la miró y sonrió. No me preocupé de devolvérsela. Sólo pensaba en Don.

Rico se partió de risa haciendo circular la tarjeta por el corro. Podía leerse en ella:

«Va usted a ganar con el rojo».

—Ya lo entiendo —dijo, pasando la tarjeta bajo las narizotas de Mosko—. Y ahora, si yo fuese un papanatas, bajaba a dejarme mis quinientos del alma en una de tus ruletas trucadas: el rojo y gano. Eso, claro está, si creyese en mi horóscopo.

Mosko se encogió de hombros.

—Haz lo que te dé la gana... Bueno, chicos, tengo trabajo.

Y se largó.

Yo me puse también en movimiento. Los pichones empezaban a llegar y aquella prometía ser una noche movida. No bajé antes de medianoche y fue para ver que Rico, en fin de cuentas, había decidido hacer caso a aquel trocito de cartón.

Estaba jugando a la ruleta. ¡Y jugaba fuerte! Un muchacho nuevo, Spencer, ocupaba el sitio de Don y llevaba la banca en aquella mesa. Había mucha gente alrededor mirando cómo Rico colocaba sus fichas. Tenía un buen montón de ellas y sabía jugarlas con presteza.

Y ganaba.

Haría un cuarto de hora que lo estaba mirando y le vi arramblar con tres de los grandes. Jugaba impar, a una sola cifra, el rojo. Y al negro también. Ganaba casi cada vez.

Mosko también observaba. Le vi hacer una señal a Spencer en el momento en que Rico acababa de poner uno de los grandes, en fichas, sobre el negro. Vi a Spencer guiñar el ojo a Mosko. Pero vi cómo la bola se detenía sobre el negro.

Mosko estaba a punto de estallar, pero no podía hacer nada. Un montón de papanatas seguía de cerca el juego; todo debía tener un aspecto de lo más normal. Tres tiradas más y Rico consiguió reunir seis o siete de los grandes en fichas. Entonces Mosko se acercó e hizo retirarse a Spencer de la mesa.

—Te veré en el despacho —refunfuñó.

Spencer hizo un gesto de asentimiento. Mosko miró a Rico, que sonreía diciéndole, como si tal cosa:

—Perdone, me retiro.

Mosko me lanzó una mirada que quería decir:

—Síguele.

Luego movió la cabeza.

—No lo entiendo —comentó, probando el sistema y encontrándolo todo en orden. Por el rabillo del ojo vi a Rico en la caja, contando la pasta antes de metérsela en

sus bolsillos. Spencer había desaparecido. Rico empezó a subir, caminando con aquellas piernas curvadas. Seguí tras él acariciando en mi bolsillo el quitapenas.

Rico salió, yo hice lo mismo. Oyó mis pasos sobre la grava, a su espalda, y se volvió.

—¡Eh! —le dije—. ¿Llevas el revólver metido en el culo?

Rico se divertía. Me guiñó el ojo. Aquello fue lo último que vi antes de que todo estallara.

Me encontré besando el suelo y me quedé allí un minuto largo. Justo a tiempo de ver cómo el coche se largaba con Rico, que me hacía grandes señas, sin dejar de reírse. El tipo que me había arreado iba al volante. Era Spencer.

—Era un golpe preparado, ¿no? —Big Pete Mosko había vuelto a subir y estaba plantado detrás mío escupiendo trozos de su cigarro—. Si me llego a imaginar lo que ese par de puercos estaban tramando...

—Usted ya lo sabía —le recordé.

—¿Que yo lo sabía?

—Sí. ¿Se acuerda de lo que dijo la báscula? Dijo que Rico iba a ganar con el rojo, ¿no?

—Pero Rico ganaba con los dos colores —dijo Mosko, sin dejar de escupir—. Era ese podrido de Spencer el que le hacía ganar.

—Eso fue lo que dijo la tarjeta. Lo que los dos habíamos olvidado es que el mote de Spencer es precisamente «el Rojo».

Entramos de nuevo en el bar porque era lo mejor que podíamos hacer. No había forma de pescar a Spencer y Rico sin organizar jaleo, y Mosko no podía arriesgarse a eso. Volvió a las mesas y se ocupó del juego durante una hora o dos, pero ya no le causaba ningún placer.

Al día siguiente por la mañana estaba aún de pésimo humor cuando recontaba el dinero. Aquél era probablemente el peor momento para hablarle de cualquier cosa. Y aquél fue el error de Tarelli.

Yo me encontraba abajo cuando llegó con Rosa y dijo:

—Por favor, *signor* Mosko.

—¿Qué es lo que quiere?

Mosko hubiera gritado, a buen seguro, si Rosa no hubiera estado presente, suave y fresca con aquel vestido negro que marcaba su cuerpo...

—Quisiera saber si Rosa y yo nos podemos ir ya.

—¿Irse?

—Sí, irnos de aquí. Irnos a vivir a la ciudad. Para que Rosa encuentre trabajo y pueda ir a algún curso nocturno.

—Usted no se va a ningún sitio, Tarelli.

—Pero usted ya tiene lo que quiere, ¿no? Le he arreglado las máquinas. He construido para usted la báscula maravillosa de la fortuna, le he traído la dicha...

—¿La dicha? —Con Rosa o sin Rosa, Mosko empezaba a berrear. Se levantó y

pegó su cara congestionada contra aquella nariz de Tarelli que más parecía un pomo de puerta—. Conque la dicha, ¿eh? Usted y su maldita máquina... En una semana ha conseguido cargarse a mi mejor *croupier* y limpiarme de más de siete de los grandes en favor de Rico y su mariquita. ¡Esa es la clase de dicha que me ha traído con su magia! Usted se va a quedar aquí, Tarelli, tan cierto como que me está oyendo ahora, si no quiere que le eche encima a toda la bofia.

—Por favor, *signor* Mosko. Deje por lo menos que se vaya Rosa sola.

—Eso, jamás. No voy a permitir que una criatura hermosa como Rosa se vaya a la ciudad sin nadie que la proteja. No debe usted preocuparse por Rosa, Tarelli. Tengo proyectos para ella. Grandes proyectos.

Mosko se volvió hacia la mesa donde tenía el dinero.

—Y ahora, largúense y déjenme solo.

Se marcharon y yo hice lo mismo, porque no estaba dispuesto a perder de vista a Rosa a partir de entonces.

—¿Qué significa todo esto, padre?

Rosa hizo la pregunta con su voz suave, una vez nos hallamos los tres en la habitación de Tarelli. Él me miró y se encogió de hombros.

—Explíquesele —le dije—. Debe hacerlo.

Y Tarelli se puso a explicar su entrada ilegal y lo de las ruletas trucadas.

—Pero eso de la máquina, la báscula que dice el futuro, ¿qué quieres decir con eso?

Tarelli continuaba mirándola. Yo no movía ni una pestaña. Suspiró y miró hacia el suelo. Luego, por fin, se decidió a explicárselo.

Había un montón de cosas que no llegué a comprender. Ideas sobre células fotoeléctricas, espejos y una palanca basculante de su invención. Libros con nombres extraños, círculos trazados con sangre de gallo y de algo que se llamaba evocación, o invocación, o no sé qué. Y algo acerca de un pacto con un tal Mefistófeles, o algo así.

Todo aquello debía referirse a la magia. Lo adiviné por la forma en que Rosa reaccionaba a medida que él hablaba. Se quedó pálida, sus ojos se abrieron desmesuradamente, empezó a respirar de forma extraña y se levantó para coger a Tarelli por los hombros y sacudirle.

—¡No! No has podido hacer eso, no es posible. Eso está mal y tú sabes el precio...

—Nigromancia, eso fue todo lo que pude encontrar para conseguir tenerte a mi lado. Hubiera hecho cualquier cosa por ti. Hubiera pagado cualquier precio...

—Eso está mal —dijo Rosa—. No debería estar permitido. Voy a destruirla.

—Pero la máquina ahora es de Mosko. No puedes hacerlo.

—Él mismo ha dicho que traía la desgracia. Y nunca se enterará. La cambiaré por otra báscula, una báscula normal, del mismo sitio donde conseguiste ésta. Pero tu secreto, el mecanismo para predecir el futuro, debe desaparecer.

—Rosa —intervine—. No puede hacerlo. Es un tipo peligroso. Óigame, ¿por qué

no se largan de aquí usted y su padre hoy mismo? Ya me ocuparé yo de Mosko de una forma u otra. Se enfurecerá, pero ya me encargo yo de él. Pueden esconderse en la ciudad y luego yo me reuniré con ustedes. Por favor, Rosa, escúcheme. Haría cualquier cosa por usted y por eso mismo le pido que se marche. Deje que yo me las arregle con Mosko.

Sonrió y me miró a los ojos. Estaba muy cerca mío y podía oler el perfume de sus cabellos. Estaba casi tocándome. Luego sacudió la cabeza.

—Usted es una persona estupenda. Lo que propone representa mucho valor. Pero no me puedo marchar. No, mientras exista esa máquina infernal. Va a extender el mal por el mundo, porque mi padre cometió una acción maldita cuando pactó con las fuerzas misteriosas para llevarla a cabo. Ha hecho todo esto por mí y yo me siento responsable en cierta forma. Debo destruirla.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

—Esta noche —dijo Rosa—. Mañana encargaremos una nueva báscula, pero debemos hacer desaparecer la que hay esta misma noche.

—Tarelli —dije—. ¿Puede volver a colocar las piezas normales en su sitio, dentro de la máquina, sacando los trastos que usted colocó?

—Sí.

—Entonces, vamos a hacer lo siguiente. Es demasiado peligroso intentar el cambiazo. Se va a limitar a colocar de nuevo el antiguo sistema de horóscopo, quizá pase mucho tiempo antes de que Mosko se dé cuenta. No va a permitir que nadie se acerque a ella durante algunos días, después de lo sucedido.

—Bien —dijo Tarelli—. Nosotros encontraremos el momento.

—Esta noche —repitió Rosa—. Esa máquina no volverá a decir jamás su maldito futuro.

Pero se equivocaba.

Se equivocaba en muchas cosas. Por ejemplo, en lo de que Mosko no iba a utilizar la báscula que predecía el futuro. Había mentido a Tarelli cuando le dijo que aquella máquina no tenía ningún interés para él.

Lo descubrí poco después, aquella misma tarde, cuando Mosko me pescó arriba en el bar. Había pillado una buena para hacerse pasar la rabia por la pasta que le habían birlado.

—Voy a recuperarme —aludió Mosko—. Aquí tengo una mina de oro, la mayor de todo el país. Sólo que nada más lo sabemos tú y yo —rió, haciendo tintinear las botellas del bar—. Si el enano éste lo supiese, se volvía tarumba.

—¿Ya ha encontrado algo para la báscula? —dejé caer.

—Pues sí. Escucha bien esto con tus orejotas. Aquí tenemos verdaderos rebaños ya dispuestos. Un montón de estúpidos haciendo cola. Jugadores que arriesgan la cartera llenos de superstición. Se nos presentan aquí con sus amuletos, sus patas de conejo y sus tréboles de cuatro hojas. Juegan a una cifra determinada, el 7 o el 13, a

la mínima indicación. ¿Y qué crees? Serían capaces de dejarse la piel para saber lo que les va a pasar al día siguiente o al cabo de una hora. Esto es un *boom*. Eso es lo que es. Les puedo sacar fortunas permitiéndoles que la báscula les dé su horóscopo. Voy a decirte lo que haremos. Buscaré un rinconcito mejor para este trasto. Mañana, lo metemos en un cuarto nuevo con entrada posterior. Tengo una ligera idea sobre lo que puede dar este asunto. Colocaremos la báscula mañana. Cerraremos la puerta y nos pondremos a trabajar en serio.

Yo lo escuchaba con aire de aprobación, sin decirle que ese mañana no llegaría. Sólo quedaba aquella noche.

Seguí con mi papel, continué enmonando a Mosko. Después de comer algo se hizo llevar a la ciudad. Los domingos no había demasiada gente y Mosko bajaba al centro para pasar una noche tranquila. —Su forma de entender el descanso consistía en una partidita de dados con los amigotes de la administración. Aquella noche yo estaba bastante en forma como para acompañarle.

Jugamos hasta eso de la una de la madrugada. Intenté entretenerlo tanto tiempo como me fue posible, porque Rosa y Tarelli estaban apañando la máquina en el bar. Pero la cosa no podía durar una eternidad y acabé por volver con Mosko, que no dejaba de hablar, a mi lado, en medio de la noche.

—Esto no es más que el principio, enano —farfulló Mosko—. Vamos a hacernos de oro con esta báscula. Dice tu futuro. Me tocó el gordo cuando Tarelli cayó en mis manos. Un millón de los grandes y la criatura. ¡Eh, cuidado!

Estuve a punto de salirme de la carretera cuando habló de la chica. Y ahora siento de veras no haberlo hecho.

—Tarelli es un tipo con seso —continuó Mosko—. Un papanatas, pero con seso, ¿entiendes lo que te estoy diciendo? Apuesto a que tiene aún en la cocorota algún que otro chollo de primera. ¿Qué te parece? ¿Tú crees en el cuento ese de la magia?, ¿o no es más que una máquina?

—No sé —dije—. No entiendo ni gorda sobre eso de la ciencia ni de la magia. Lo único que sé es que la cosa funciona. Y me pongo nervioso con sólo pensarlo... La báscula parece mirarte, sopesarte de veras y arreglarte las cuentas. Y cada vez ha sido un éxito. Mosko —le solté—, el aparato ese es peligroso. Nos puede crear un montón de problemas. Ya ha visto lo que les pasó a Don y a Rico cuando supieron lo que les iba a pasar. ¿Por qué no nos deshacemos de ella antes de que pase algo? ¿Por qué no dejar a Tarelli y Rosa que se larguen y olvidarlo todo?

—Pero bueno, tú desvarías. —Mosko me sacudió por el hombro y a punto estuve de salirme de nuevo de la carretera—. ¡Dejar un millón y una máquina que dice la verdad sobre el futuro! ¡Eso es para mí, muchacho! Y también necesito a Tarelli. Pero, sobre todo, quiero a Rosa. Y me la voy a zumar. Muy pronto. Quizá... esta misma noche.

Lo que sentía por Mosko me hubiera valido una acusación de asesinato, a buen seguro. Tenía que ganar tiempo para reflexionar, para intentar encontrar otra salida.

Continuaba conduciendo; llegué hasta la entrada oscura de la taberna.

Todo estaba tranquilo, no se veía ninguna luz. Supuse, pues, que Tarelli y Rosa habían terminado su trabajo. Bajamos del coche y Mosko abrió la puerta. Entramos.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Oí un chasquido que venía del rincón de la báscula.

Mosko lo oyó también. Pegó un grito y agarró un bulto en la oscuridad. Oí el ruido de algo que caía y luego a Tarelli soltando blasfemias en italiano. Mosko retrocedió.

—¡No, no puede hacerlo! —gritó.

Tenía un revólver. El revólver tenía una bala. La bala tenía un blanco.

Eso es todo.

Mosko disparó, se oyó un grito y un golpe sordo. Encontré entonces el interruptor y vi la escena.

Vi a Tarelli. De pie, junto a la báscula. Vi sus trastos, esparcidos por todos lados. Vi un curioso conjunto: espejos centelleantes que debía ser el truco secreto de Tarelli. Vi la parte superior de la báscula de nuevo en orden.

Pero no miraba nada de todo aquello. Como tampoco a Mosko. Ni a Tarelli.

Todos mirábamos a Rosa, tendida en el suelo.

Rosa nos miraba también, pero ya sin vernos. Porque tenía un pequeño agujero entre ceja y ceja.

—¡Muerta! —gritó Tarelli—. ¡La ha matado!

Mosko cerró los ojos, sin moverse.

—¿Cómo lo iba a saber? —dijo—. Pensaba que alguien me estaba desvalijando la casa. Pero ¿qué es lo que estaba usted haciendo?

—No hacía nada. La ha matado.

Mosko se había recobrado ya y se rió burlescamente dirigiéndose a Tarelli.

—¡Esta sí que es buena, robagallinas de mierda! Lo he pescado con las manos en la masa..., intentando birlarme la máquina. Eso es lo que estaba usted haciendo. Y ahora, venga, vuelva a colocar el mecanismo en la báscula antes de que le haga saltar la tapa de sesos.

Tarelli miró a Mosko. Luego, a Rosa. Luego, de repente, encogiéndose de hombros, cogió la cajita llena de cristales y discos brillantes. Parecía no ser nada, pero por la forma en que la levantó, podía decirse que pesaba. Cuando la levantó se oyó un zumbido y los espejos empezaron a moverse en todos sentidos de forma que hacía daño a la vista el mirarla.

Tarelli levantó con un esfuerzo aquella caja llena de ciencia, o quizá llena de magia, no lo sé. Una caja llena de secretos, llena de futuro. Luego sonrió a Mosko y separó las manos.

La caja fue a estrellarse al suelo.

Se oyó un ruido tremendo, se levantó una humareda y una luz cegadora. Cuando el humo y la luz desaparecieron sólo quedó el viejo Tarelli de pie rodeado de un

montoncito de hilos retorcidos, cristales y tubos rotos.

Mosko levantó su arma. Tarelli miró de frente al cañón y se echó a reír.

—También me va a matar a mí, ¿eh? Venga, *signor* Mosko. Rosa está muerta, la máquina que predecía el futuro está muerta también, no deseo continuar viviendo. Una mitad de mí mismo ha muerto con Rosa, y el resto... El resto era máquina.

—¿Máquina? —murmuré en un suspiro.

Me había oído.

—Sí. Una parte de mí mismo estaba dentro de la máquina. Lo que ustedes llaman el alma.

Mosko reafirmó su dedo contra el gatillo.

—Me importa un pito. ¡Mierdoso! No va a conseguir meterme miedo con todos esos cuentos de magia.

—No intento darle miedo. Es usted demasiado estúpido para entender. Pero antes de morir voy a decirle una cosa. Voy a decirle su futuro. Y su futuro inmediato es la muerte. Usted también va a morir, *signor* Mosko. ¡También va a morir!

Como un rayo, Tarelli se agachó y cogió la llave inglesa que tenía a sus pies. La blandió en su mano y la arrojó..., y entonces Mosko le hizo morder el polvo. Tres onzas de plomo a quemarropa.

Tarelli se derrumbó junto a Rosa. Yo me adelanté. No sé lo que hice después. Salté sobre Mosko intentando matarle con su propia arma. Había enloquecido.

Mosko se dio la vuelta y gritó:

—Deja de mirar así y ayúdame a limpiar toda esta mierda y hacerlos desaparecer rápidamente. ¿O prefieres que te acusen de complicidad en un «homicidio»?

Aquella palabra, «homicidio», me despejó completamente. Mosko tenía razón. Si descubrían los cuerpos, pringaba yo también.

Rosa estaba muerta, Tarelli también y la báscula y su secreto se habían ido al diablo. Conque ayudé a Mosko. Le ayudé a limpiarlo todo, y le ayudé a cargar los cuerpos en el coche. No me pidió que le acompañase para el paseíto, y fue mejor así.

Porque aquello me daba la posibilidad, en cuanto se hubiera largado, de ir al teléfono y pegar el chivatazo a la poli.

Me permitió explicar todo el asunto al *sheriff* y a sus acólitos, cuando llegaron al local apenas amaneció. Me dio la posibilidad de ver la cara de Big Pete Mosko cuando llegó y se encontró con lo que le esperaba.

Lo pescaron y lo asediaron a preguntas, pero el tipo se hizo el tonto negándolo todo. Tenía que haber escondido muy bien los cuerpos para sentirse tan seguro. Lo negó todo. Mi relato, los asesinatos y las máquinas.

—Pero mírelo —dijo al *sheriff*, señalándome—. Está temblando como una hoja. Ha perdido la chaveta. Todo el mundo sabe que es un trompa perdido. ¡Este tipo ha de estar muy chalado para soltar estupideces de este calibre! ¡Básculas que predican el futuro! ¿Usted ha oído jamás una estupidez así? Eso sólo debiera bastarle para entender que está totalmente tocado del ala.

Y lo que resulta más incomprensible: yo veía que se la estaba dando con queso a todos. El *sheriff* y sus esbirros empezaron a mirarme por el rabillo del ojo.

—Y para empezar —continuó Mosko—, nunca ha existido ese tipo llamado Tarelli, ni su dulce hija. Regístrenlo todo y díganme si hay alguna pista de que ayer hubiera aquí una pelea, sin hablar ya de un doble asesinato. Lo único que hay es la báscula esa. Lo demás es el tipo este chalao quien se lo ha inventado.

—A propósito de esa báscula... —dijo el *sheriff*.

Mosko dio tres pasos y colocó su mano sobre la báscula, junto a la esfera. Sin temblar, desde luego.

—Y bien. ¿Qué pasa con esa báscula? ¡No, hombre, mírela! ¡Una báscula normal! Métale una moneda y dirá su horóscopo. Un trasto normal. Espere, se lo voy a enseñar.

Vimos cómo Mosko subía a la báscula y se hurgaba en los bolsillos buscando una moneda. Vi a los esbirros del *sheriff* acercarse a mí, para ver qué iba a pasar.

Se me hizo un nudo en la garganta, porque sabía que la magia había desaparecido. Tarelli había vuelto a colocar el mecanismo normal en aquel trasto y ahora aquello era una báscula de lo más vulgar. Peso exacto, nada de sorpresas. Mosko le daría a la manecilla y saldría una tarjetita normal.

Habíamos recogido los cristales, limpiado la guarida de Tarelli y habíamos hecho desaparecer su material, sus ropas, sus trastos. No quedaba el menor indicio y nadie volvería a hablar de aquello excepto: menda. Y ¿quién me iba a creer, con ese absurdo cuento de la báscula mágica que predecía el futuro? Me iban a internar en el manicomio sin más problemas, en cuanto Mosko bajase de la báscula con su horóscopo de un centavo.

Oí el chasquido cuando entró la moneda. La aguja señaló 297 libras y Big Pete Mosko se volvió con una risa burlona.

—¿Lo ven? —dijo triunfante.

Y entonces fue cuando pasó todo. Quizá hizo un movimiento en falso, quizá es que había un poco de grasa en la plataforma o quizá un espíritu que lo empujó, no lo sé. Lo único que sé es que Mosko resbaló, se inclinó hacia delante para agarrarse a algún sitio y dio con la cabeza en la esfera de cristal, soltó un grito gutural y se derrumbó con un trozo de cristal hundido en la garganta. Intentó sonreír mientras caía, y con una de sus minúsculas manos regordetas palpó el lado de la báscula hasta coger la tarjeta impresa en la que aparecía el futuro de Big Pete Mosko.

Tuvimos que arrancarle la tarjeta de la mano, forzándole los dedos, para leer el futuro de un hombre muerto.

Quizá, después de todo, no fuese más que una báscula ordinaria. Lo que es seguro es que decía el futuro de Mosko. Puede juzgarlo usted mismo. Todo lo que sé es lo que leí. Lo único que sé es que la báscula de Tarelli decía a Mosko lo que le había pasado.

Aquella gran báscula blanca debía reírse suavemente viendo a aquel tipo tendido

en el suelo y, por un momento, el cristal roto en mil trozos se fue desprendiendo, formando una especie de silueta, y tuve la increíble sensación de ver allí el rostro de Tarelli. Y se reía, la báscula se reía. Nosotros, en cambio, no nos reíamos. Arrancamos simplemente la tarjeta de la garra de Mosko y leímos el futuro que aparecía allí escrito. Sólo había una frase, pero que decía todo lo que había por decir...

UNA IDEA GENIAL

A Good Imagination (1956)

Tengo mis defectos, no cabe duda; pero la falta de imaginación no figura entre ellos.

Fíjense en el caso de Georges Parker, por ejemplo. El desenlace ha tenido lugar hoy mismo, y puedo decir con cierta satisfacción que lo he llevado con mano firme y segura. En esto se reconoce a las personas con inventiva.

Sin el auxilio de mi perspicacia, ni me habría fijado siquiera en Georges. Tampoco habría sido capaz de manipularle debidamente. Pero llegado el caso, he actuado con mano maestra.

Ha aparecido, tal como yo tenía previsto, exactamente después de la comida. Yo preparaba cemento en el sótano cuando ha llamado a la puerta del jardín.

—¿No hay nadie? —ha preguntado.

—Aquí abajo —he respondido yo—. Casi a punto para la marcha definitiva.

Ha cruzado la cocina y bajado las escaleras del sótano con aquel andar pesado que tiene. Georges, el ganapán eterno, que se abre paso en la vida con la delicadeza de una apisonadora. Como una apisonadora, tenía una confianza inquebrantable en su propia fuerza, en su poder por aplastar todo lo que se hallase en su camino.

Aquí en el sótano, tenía que agacharse un poco..., ¡era tan alto! Alto y macizo. Un cuello de toro sobre unos hombros de luchador de *catch*. En fin, el armazón habitual de los hombres que trabajan al aire libre, de los actores de cine y de los gorilas machos adultos. Sí, ya sé, esto no es caritativo. No se puede comparar a Georges Parker con un gorila, y mucho menos pensando en su peinado juvenil y agradable. Esto no habría sido justo con el gorila.

—¿Está solo? —preguntó—. ¿Adónde ha ido la señora Logan?

—¿Louise? Se ha ido a Dalton, a cerrar la cuenta corriente del Banco.

La sonrisa desapareció.

—¡Ah! Yo esperaba poderle desear buen viaje.

¡Y cómo lo esperaba! Debía de quedar anonadado al enterarse de que no volvería a verla, yo lo sabía. Lo sabía muy bien porque había venido a llamar a la puerta con su «¿No hay nadie?» de todos los días. En realidad, la frase quería decir: «¿Está libre el paso, querida?».

¿Cuántas veces había venido a rondar por estos parajes este verano? ¿Cuántas veces la había llamado «querida» todas esas semanas que yo no estaba en casa, mientras me derrengaba en la ciudad y ella estaba allí, solita, en la casa de campo?

Sola con Georges Parker. La apisonadora. El gorila, El cuadrúmano con camisa deportiva.

Cuando llegamos, en junio, me dije que habíamos tenido suerte al encontrar a un tipo como Georges para hacer apaños. La casa necesitaba un sinfín de reparaciones,

pequeños trabajos de carpintero y una nueva capa de pintura. También había que echar una ojeada al césped y a las flores; y como yo sólo iba los fines de semana, me felicitaba de haber encontrado a un tipo tan complaciente como Georges.

Tampoco Louise agotaba los elogios.

—Es una auténtica perla. ¡Qué suerte haberlo encontrado!

Bueno, en verdad que había de ser una perla: en todo el verano Louise no ha dejado de encontrarle cosas que hacer. Trazar un camino hasta la empalizada, arreglar el cercado... los vecinos ya se habían acostumbrado a verle llegar tres o cuatro veces por semana, Yo también, por supuesto. Durante más de dos meses habría podido creerse que yo estaba completamente ciego. Pero me puse a sumar dos y dos. O mejor, uno y uno. Georges y Louise. Juntos allá arriba, día tras día. ¿Y noche tras noche?

Pero ¿cómo saberlo seguro? Necesité mucha imaginación para hacerme a la idea de que una mujer joven pudiera enamorarse de un plantígrado semejante. Oh, después de todo, es probable que haya mujeres a quienes les gusten los monos. ¿Sienten acaso una secreta inclinación por los cuerpos velludos, con gibosidades aplastantes y ardores bestiales? Louise me había asegurado siempre que estas cosas le daban horror, que me apreciaba por mi dulzura, mi comprensión y mi buen arte de vivir... En fin, eso decía ella.

Pero yo me había fijado en su manera de mirar a Georges. Y en cómo la miraba él. Y, por último, en cómo me miraban ambos, a mí, cuando pensaban que yo no lo advertía.

¡Ah, pero yo no me perdía detalle, evidentemente! Cada semana ponía mayor atención.

Al principio pensé en desembarazarme de Georges; pero la cosa se habría visto demasiado clara. Además, echarle a mitad del verano, cuando todavía quedaba un montón de cosas por hacer, habría sido una estupidez. A menos que, hubiese provocado una explicación con Louise.

No era solución. Todo lo que habría conseguido de ella hubiera sido un mentís inundado de lágrimas. Al final del balance, Louise habría trastocado la situación con tal habilidad que hubiera resultado yo el culpable de todo: un verdugo que la desterraba al campo todo el verano, sin dejarle más que los ojos, para llorar. Además, en fin de cuentas, yo no podía probar lo que sospechaba.

Por todo ello me decidí a vender la casa. No resultó demasiado complicado. Fue una buena idea hacer inventario de todo. Esto aumentaba el valor de la propiedad. Me bastó con mandar aviso a la agencia Dalton, y ellos se ocuparon de todo. A fines de agosto, tenía tres candidatos. He aceptado la mejor oferta; me deja un bonito beneficio.

Como preveía, Louise se ha impresionado mucho al saber la noticia. Se encontraba bien aquí; acababa apenas de instalarlo todo, y ya se proponía volver el próximo año; en fin, me había hablado nada menos que de instalar la calefacción para

poder pasar el invierno aquí, ¿no?

¡Ah, no representaba mal, la chica, y ello me divertía mucho! Salvo la idea de pasar aquí todo el año. ¿Alimentaba la calabacina de mi mujer la esperanza de que yo fuese bastante idiota para aceptar semejante proposición...? ¿Que yo fuese a reventarme, solo, en la ciudad, en una abominable oficina, y que me arrastrase por la nieve los fines de semana para venir a recibir sus consuelos? Me decía:

—No, de veras, querido, he echado demasiadas raíces aquí. Si tú supieras lo que he hecho en esta casa... ¡Ah, me dan ganas de pasar en esta casa todo el resto de mi existencia!

Yo tenía necesidad de gritar, de bramarle todos los insultos, de escupir en su rostro todo lo que me oprimía el corazón, de decirle que estaba enterado, y luego cogerla y sacudirla hasta que se le soltasen las orejas. Pero no habría podido. Louise era demasiado delicada para que osara pensar en tratarla de modo parecido... En fin, siempre me había dado esta impresión. Habla que tratarla con dulzura. El dulce Georges, su hermoso gorila.

Así pues, he sido muy gentil con ella. Le he explicado que la venta de la finca era un negocio excelente, que nos permitía embolsar un beneficio considerable y que el año próximo compraríamos otra cosa. En realidad, le había preparado ya una pequeña sorpresa. Pasado el primero de setiembre, cuando volviésemos a la ciudad, pensaba enseñársela, aunque no se encentrara exactamente por aquellos alrededores.

—¿No está por aquí? —Louise me miró fijamente—. ¿Quieres decir que has elegido otro lugar?

—Exactamente.

—¿Dónde? Dime, ¿está lejos?

Yo sonreí.

—Un poco.

—Pero yo... A mí me gustaría tanto quedarme aquí, junto al río...

—Espera antes de decir nada. No hablemos más del asunto, hoy. Creo que necesitas dormir.

—Sí. Creo que me tenderé en el diván, si no te molesto.

No me molestaba. No volvimos a hablar de la cuestión. He puesto los papeles en regla, y Louise ha comenzado a empaquetar. No había mucha tarea; he vendido también los muebles.

Luego he esperado. Esperado y espiado. Louise no sabía que yo espiaba. Y tampoco lo sabía Georges.

Y hoy es el último día, y Georges está conmigo en el sótano, mirando cómo hago la mezcla.

—Vaya, hombre, pues no trabaja tan mal. No le creía tan habilidoso.

—Soy capaz de muchísimas cosas, si pongo el alma en hacerlas.

Y le devolví la sonrisa.

—¿Es éste el agujero que quiere tapar? —ha preguntado, señalando la abertura

bajo las escaleras que suben a la cocina.

Era un orificio negro de unos sesenta centímetros por sesenta, entre el suelo y la parte inferior de los escalones.

—Ése es —he contestado—. Creo que comunica directamente con la cochera. Siempre me ha desagradado verlo y me gustaría cerrárselo a los nuevos propietarios antes de partir.

—Para impedir que entren los ratones, ¿eh?

—Y las ratas —he puntualizado.

—No hay muchas por aquí —ha refunfuñado Georges.

—En esto está equivocado, Georges. —Y le he mirado fijamente—. Las hay por todas partes. Asoman apenas has vuelto la espalda. Te lo mordisquean todo, y si no pones cuidado, se te comerán las alfombras y las paredes. ¡Ah, son muy astutas! Procuran trabajar en silencio. Pero un sujeto listo sabe descubrirlas. Es capaz de distinguir las huellas de su paso. Un tipo listo consigue deshacerse de ellas. No quiero dejarles el menor resquicio, Georges. No me gustaría pensar que los nuevos propietarios están viviendo la misma experiencia que yo.

—Usted no me habló nunca de esas ratas —comentó Georges, mirando la abertura bajo las escaleras—. Y Lou..., la señora Logan, tampoco.

—No estaría enterada, seguramente. Yo hubiera debido advertirla.

—Claro.

—En fin, ahora ya no tiene importancia. El cemento resolverá la cuestión. —Retrocedí un par de pasos—. A propósito, Georges, empleo un material nuevo. No sé si usted lo ha utilizado ya. Lo he encontrado en la ciudad. Es un cemento que cuaja muy aprisa. Quiero decir que se endurece en menos de una hora.

—¿Tiene el modo de empleo?

Georges fijaba la mirada en la masa que se iba endureciendo sobre el suelo.

—No hay instrucciones especiales; se emplea como el cemento normal.

Le pasé la llana y el alisador.

—Ahí tiene; creo que podemos empezar. Yo desmontaré el panel de las armas.

Georges se puso al trabajo y yo fui al otro lado a descolgar los blancos. Luego saqué las pistolas del cajón y las empaqueté. A continuación les tocó el turno a los revólveres, y antes de ponerlos aparte los limpié un poco.

Georges trabajaba aprisa. Tenía el temperamento adecuado para esa clase de empleos: mucha energía, asociada a una falta absoluta de imaginación. A los tipos como Georges nunca les ha dado miedo el trabajo físico, porque mientras mueven los brazos no tienen que quebrarse la cabeza. Viven casi por completo en un universo de sensaciones y responden agresivamente a cada desafío. Enseñadles un agujero en la pared, y lo tapan; enseñadles una mujer, y...

Yo dirigí hacia otra parte mis pensamientos y concentré toda mi atención en el engrasado del último revólver. Un «Colt» macizo, uno de los que no había empleado nunca aquí. Parece raro eso de coleccionar armas y no utilizarlas sino tan de tarde en

tarde; pero me gustaba manipularlas...; sí, tenerlas en la mano pensando en su energía potencial. Vean ustedes, la muerte está agazapada en este agujerito. Del minúsculo orificio sale una fuerza lo bastante grande para volar el cerebro, sea de un idiota lo mismo que de un emperador; para levantar a pedazos el cráneo de un santo al igual que el de un pecador. Con un arma así hasta se puede matar a un gorila a poca distancia.

Yo sostenía el revólver volviendo la vista hacia la espalda de Georges. Él manejaba la llana con pericia, tapando por completo la abertura y empezando a rellenar las juntas.

Cargué el revólver, lo armé y miré otra vez. Tres metros, blanco perfecto, tiro fácil. El idiota no sabría nunca qué le había ocurrido.

He ahí el problema, evidentemente. No sabría nunca qué le había ocurrido. Y yo quería que lo supiera. Hasta en un primate como Georges, en alguna parte, profundamente escondida acaso, debe de existir cierta facultad de pensar, de comprender. La cuestión estaba, por entero, en hallar la manera de poner en funcionamiento su imaginación.

Dejé el revólver y me acerqué a él.

—Bien, me parece que esto está ya terminado.

Él asintió, secándose el sudor de la frente. De sus sobacos ascendía un olor animal.

—En efecto. Este producto da un resultado de primera. Mire, ya está duro. Basta con alisar un poquitín más.

—No vale la pena. —Retrocedí—. En verdad que se ha ganado una cerveza.

Georges me acompañó sonriente hasta el refrigerador portátil instalado en el rincón. Saqué una botella y la destapé. Él engullía, agradecido. La botella estuvo vacía antes de que abriese los ojos de nuevo y comentase:

—¿Y usted no bebe?

Moví la cabeza negativamente.

—Cuando manejo armas de fuego, no, Georges.

Y señalé las cajas de encima de la mesa.

—Oiga, señor Logan, quería preguntarle una cosa. ¿Cómo se explica que un tipo como usted colecciona revólveres?

—Bah, es un pasatiempo relativamente generalizado.

—Pero no le he visto tirar nunca.

Yo fui a coger otra botella, la abrí y se la entregué.

—Quizá no los colecciona para tirar, Georges —le dije—. Quizá los colecciona un tanto como símbolos. Tome este «Colt», por ejemplo. Mi admiración por su cilindro negro no tiene nada que ver con la balística. Cuando lo miro, leo en él un millar de aventuras. Una historia por cada bala que ha disparado. Escenas del violencia y angustia; dramas de alta sociedad y melodramas de baja ralea.

—Excita su imaginación, en cierta manera, ¿no es eso?

—Exactamente. —Y le serví otra cerveza—. Animo, Georges, hay que terminar las existencias. Es el último día que estamos juntos, ya sabe. Eso merece una fiestecita.

Hizo un gesto afirmativo, pero no parecía de humor para festejar nuestra partida. La cerveza helada descendía rápidamente y empezaba a producir su efecto. Cuando hace calor, con unas botellas basta; sobre todo después de haber hecho un trabajo pesado. Yo cuidé de que la siguiente estuviera a punto antes de que Georges hubiese apurado la que tenía. Bebía golosa, ruidosamente. La nuca se le hinchaba; los labios rodeaban el cuello de la botella. Su cara tenía la expresión concentrada del animal que sólo se interesa por la satisfacción inmediata de su deseo.

Volví a coger el «Colt» y me dirigí hacia el lienzo de pared cementado. Con la mano izquierda acaricié la superficie que se iba secando.

—Es un producto formidable —dije—. Ya está duro, y prácticamente seco.

Él gruñó, dejó la botella vacía y cogió la llena, la quinta. Yo esperé que hubiese engullido un buen trago.

—¿Qué es ése ruido?

Georges se enderezó.

—No oigo nada.

—Un ratón... Ahí dentro.

—O una rata, ha dicho usted —adujo, bajando la cabeza.

—No, yo pienso que es un ratoncito. Es un grito demasiado agudo. ¿No lo oye?

—... No oigo nada.

Dio un paso y se detuvo. Su mano acarició el «Colt», y yo lo retiré.

—Sigo sin oír nada.

—Bah, al fin y al cabo, no tiene importancia. El cierre es hermético, ¿verdad?

—Claro.

—Bien. Entonces el ser que esté ahí se asfixiará dentro de unos minutos. —Le sonreí—. Sin duda usted está sordo para los tonos agudos. Yo no he dejado de oír el ruidito ese en todo el rato que usted estuvo tapando el agujero.

—¿Y qué importa? ¿Siente pena por el ratón?

—No muy en especial, Georges.

—Es una bestezuela estúpida.

—Muy cierto, Georges.

—De todas formas, ya no podrá pasar ninguno más. Ahora la pared está completamente dura.

Y le dio un puñetazo.

—Hice un buen trabajo.

—Sí, ciertamente. Y era el último.

Me acerqué al refrigerador.

—Esto me recuerda que es hora de que saldemos las cuentas. Pero bebamos un último vaso antes.

Georges echó, una mirada al reloj.

—Pues no sé, señor Logan. Quizá será mejor que me vaya. Tengo unas cosas que hacer en Dalton...

¡Ya lo creo que tenía cosas que hacer en Dalton! Se moría de ganas de ver a Louise. Quizá todavía tuvieran tiempo de decirse adiós una vez más, como la noche pasada, antes de que yo volviera. Mejor dicho, cuando todavía no sabían que había vuelto. Pero yo les vi perfectamente, y todavía podía imaginármelos.

Me ha costado bastante esfuerzo el cerrar el paso a la riada de imágenes que había provocado yo mismo, pero lo he conseguido. Hasta he logrado dedicar una sonrisa a Georges. Y le he dado la botella diciendo:

—La última, en recuerdo de los buenos viejos tiempos. Y si no le molesta, yo le acompañaré.

Saqué otra botella para mí, la abrí y la levanté. Con la mano izquierda, había vuelto a coger el «Colt». Georges levantó su cerveza y eructó. El ruido resonó en el sótano como un pistoletazo.

—Sería el momento de pronunciar un brindis —dije.

—Adelante.

—¡A la libertad!

Georges ha empezado a beber, después ha apartado la botella de los labios. Yo miraba las arrugas que animaban su sudorosa frente.

—¿La libertad?

Me he encogido de hombros.

—No hay motivo alguno para tener la cosa en secreto. Al fin y al cabo usted es casi de la familia, en cierto sentido.

—No comprendo.

—Todo llegará.

—¿Qué significa esa historia de libertad?

—La señora Logan —respondí.

Él ha dejado la cerveza sobre la mesa.

—¿Qué?

—Nos hemos divorciado.

—Divor...

—Esto es, Georges. —Yo he vuelto la cabeza hacia la pared—. ¿De veras no oye nada ahí detrás?

—No... Pero ¿qué es esa historia de divorcio? ¿Se han enfadado, o qué?

—Nada de eso. Podría decirse que ha sido una cosa completamente inesperada, al menos en lo que respecta a ella. Pero yo he creído que a usted le interesaría saberlo.

—Entonces, ¿ella no está en Dalton?

—Mucho me temo que no.

—¿Quiere decir que se ha marchado ya, hoy mismo?

—En cierto sentido.

—Dígame, Logan, ¿adónde quiere ir a parar? ¿Qué es lo que se esconde ahí detrás...?

Yo volví el oído en dirección a la pared.

—¿Está seguro de que no oye nada, Georges?

—¿Qué debería oír?

—Bueno, yo pensaba que ella habría podido decirle hasta la vista.

—¡Santo Dios, Logan! ¡Usted está de broma!

Yo sonreí.

Los ojos se le dilataron. Vi que su mano se crispaba alrededor del cuello de la botella y levanté el cañón del revólver de modo que él pudiera advertirlo.

—Suelte eso, Georges. Podría hacerle daño. Si he matado a una ratoncita ¿por qué ha de dudar de si eliminaría también la rata macho?

Georges dejó la botella. Apenas soltarla, las manos se le pusieron a temblar.

—Logan, usted no ha podido hacer una cosa así... Usted no es capaz... Eso no es posible...

—Tiene razón, no habría podido. Louise y usted estaban muy convencidos de que no, ¿verdad? Habían decretado que yo no podía hacer nada. No podía sospechar, no podía ver lo que pasaba ante mis propios ojos. Y si hubiese descubierto algo, fuese lo que fuere, no podía hacer nada, porque yo era un pobre imbécil. ¡Pues bien, se equivocó, mi querido Georges! Y Louise también. Me pregunto si me oye en este instante. —Levanté la voz—. ¿Me oyes, Louise?

Georges retrocedió hacia la pared, con una mueca.

—Usted miente. Usted no la ha matado.

—Correcto, no he sido yo quien la ha matado, Georges. Cuando la he dejado estaba perfectamente viva. Me he limitado, nada más, a asegurarme de que tuviera los brazos y las piernas bien atados, para que no pudiese revolverse y la mordaza se mantuviera en su sitio. Luego la he metido en el agujero y he aguardado a que llegase usted.

La cara de Georges estaba más blanca que la pared.

—Ya comprende por qué, ¿verdad, Georges? Hasta un primate tiene el discernimiento suficiente para calibrar la situación. Es una broma divertida, ¿no? Usted tapaba el agujero de la pared, y todo ese rato yo sabía que con ello la estaba matando. Y lo más divertido del caso, entiéndase bien, es que ella también lo sabía. Ella estaba allí, en el hueco, esforzándose por llamarle, y usted la encerraba en su tumba, en su sótano hermético, en unas tinieblas peores que la noche, en la nada de la muerte...

—¡Usted está loco!

Yo vi cómo se le marcaban los músculos, cómo se le endurecía la nuca.

—¡Un paso más y le hago saltar el cerebro!

Georges dio el paso, pero para atrás. Retrocedió hacia la pared y empujó. Pero el cemento resistía bien.

—Inútil —le dije—. Es sólido. Ha hecho un trabajo excelente, mi querido Georges. El último y el mejor, sin duda. Además, ahora ya no vale la pena. El aire no ha podido durar mucho. Louise ya se habrá asfixiado.

Él se volvió, jadeando, y levantó las manos. Las tenía encarnadas.

—¡Está loco! —gritó, ahogándose—. No es que ella le tuviera miedo, que le detestase... Ningún ser humano habría imaginado jamás una cosa jante...

—Pues sí, Georges. ¿No lee nunca ningún libro? ¿No ha oído hablar de Edgar Allan Poe? ¿De *El gato negro* o *La barrica de amantillado*? Creo que no. Usted ha estado siempre demasiado ocupado viviendo, ¿verdad, Georges? Lo mismo que Louise. Ustedes tenían fe en la acción y despreciaban a la gente como nosotros. Nosotros tenemos siempre la nariz colgando sobre los libros, dicen, mientras que ustedes tenían los pies sobre el suelo. Ustedes eran los verdaderos hombres de acción. Se enorgullecen de tomar de la vida lo que les gusta. Y se burlan de nosotros. Apuesto a que Louise y usted se burlaban así de mí. Pero ahora me ha llegado el turno.

—No... ¡No escapará sin castigo!

—¿Y por qué no?

—Hablaré. Le denunciaré al *sheriff*.

—No, Georges, usted no hará eso. Es cómplice, no lo olvide. Es usted quien la ha emparedado. Si va a ver al *sheriff*, yo le contaré a éste una historieta mía particular. Diré que estábamos de acuerdo los dos, que yo le había prometido la mitad de la prima. Y es un seguro gordo, Georges. Contaré al *sheriff* cómo usted la iba emparedando viva mientras ella se revolvía, forcejeaba y trataba de gritar, sabiendo que usted la estaba matando. No yo, Georges. Usted.

Estuvo a punto de arrojarse sobre mí. Yo retrocedí un paso, y él, a la vista del «Colt», se contuvo. Cuando me puse a reír, él se tapó los oídos.

—¡Qué pena que Louise no le hiciera caso, Georges, anoche, cuando usted insistía en que no esperasen mi regreso! Usted quería que ella lo abandonase todo para partir enseguida. A usted le habían ofrecido una plaza de guarda forestal en Montana, ¿no es cierto? Nadie sabría nunca... Sólo, que Louise quiso tener los pies demasiado firmes sobre el suelo. Se quiso quedar para poder retirar hoy el dinero del Banco, ¿verdad?

—¿Usted... nos escuchaba?

—¡Pues claro! Había parado el coche al fondo del camino y vine andando hasta la ventana. Luego volví allá a buscarlo y entré como lo hago siempre. No tuvieron tiempo de decidir cómo se encontrarían para organizar la fuga, ¿verdad que no, Georges? Ni siquiera se pudo despedir a gusto. Ande, inténtelo ahora. Hay, quizá, una probabilidad entre diez mil de que ella le oiga.

Georges tenía los ojos vidriosos. No era por el calor, ni tampoco por la cerveza. Gemía y sollozaba.

—Vamos, Georges. ¡Dése prisa! Diga un último adiós la dama. Diga adiós a la

gentil damita antes que exhale el último suspiro, antes que aspire la última bocanada de aire para sus pulmoncitos, que sienta cómo le inflaman y se le encogen. Va a morir muy pronto, Georges, si no lo está ya. Luego empezará a desecarse. Ah, no, no se pudrirá. ¡Esto es tan seco! No habrá mal olor. Simplemente, se momificará. Los miembros se le pondrán como pergamino; los cabellos se le romperán y caerán. La piel se le descamará. Los ojos se le secarán y se encogerán dentro de las órbitas. Mas, sobre lo que quede de su cara, se podrá leer siempre la misma expresión, la que tenía en el momento de morir..., con su último grito mudo pidiendo misericordia. En este instante le llama a usted. ¿No la oye? Ella grita: «¡Georges, ayúdame! ¡Hazme salir de aquí, Georges! ¡Sácame!...».

Georges emitía un jadeo gutural profundo, cerró los párpados y corrió hacia las escaleras. No hice ni un solo gesto para impedirselo. Oí cómo parecía derrumbar los escalones, dar martillazos al enlosado de la cocina y cerrar de un fuerte portazo.

Después de eso, el sótano quedó en una calma profunda. Guardé el «Colt» en su estuche, después de haberlo descargado y limpiado el cilindro y la culata.

Luego, cogí las botellas vacías y las ordené adecuadamente en el rincón. Apuré la cerveza de Georges y me bebí la mía. A continuación subí arriba.

Ya no tenía que hacer otra cosa sino esperar.

Debí beber dos o tres botellas más en el ínterin. Las había sacado del refrigerador grande de la cocina y las había llevado al salón para tenerlas al alcance de la mano durante la lectura. Cogí mi ejemplar de Poe, y no fue por mera coincidencia. Me preguntaba si su manera de desarrollar la trama resultaba tan melodramática como la mía. Quizá no, pero es que yo tenía mis motivos. Pensándolo bien, lo que había dicho a Georges podía parecer idiota y rebuscado; pero lo había hecho adrede.

En unos instantes, la lectura me absorbió por completo. Digan lo que quieran, lo cierto es que Poe tiene una imaginación notable, y yo aprecio esta clase de cualidades.

Era casi de noche cuando oí llamar a la puerta. Me acordé inmediatamente del cuervo de Poe, y dejé el libro.

—Entra —dije. (No era el cuervo de Poe, comprendan.)—. Buenas noches, Louise. —Y le sonreí—. ¿Has podido hacer todo lo que querías?

—Sí, amor mío.

Se sentó, y yo noté la sombra de una contrariedad en su rostro.

—¿Qué es lo que no marcha bien?

—Oh, nada. Pero al regresar me ha sucedido una cosa rara.

—¿Cómo?

—Pues mira: pasaba por delante de la comisaría cuando un guardia ha frenado a mi lado.

—¿Exceso de velocidad?

—Pues no, tonto; sabes muy bien que nunca paso de los cincuenta. Me ha pedido

el permiso de conducir y luego me ha mandado hacer una cosa extravagante. Me ha pedido que bajara del coche y fuera hasta él al lado de la moto. Y me ha hecho hablar por su interfono.

—Pero ¿por qué diablos...?

—No me lo ha dicho. Todo lo que sé es que he tenido que decirle mi nombre al *sheriff*. Luego él me ha dicho que lamentaba muchísimo haberme molestado, pero que le he ahorrado el tener que venir acá por nada. Y me dejado marchar. Yo le he preguntado qué ocurría. Él ha levantado los hombros y me ha dicho que había habido un malentendido y que aquella casualidad lo había disipado. ¿Lo entiendes, querido?

Yo sonreí.

—Quizá. Pero vale más que lo dejemos para otro día. Por nada del mundo querría estropear la última velada que pasamos aquí.

—Oh, querido, explícate. ¡Por favor!

—Bueno, pues, también aquí ha habido un poco de trastorno. ¿Recuerdas que Georges Parker había de pasar para tapar con cemento aquel agujero?

—Ah, claro.

Había titubeado. Yo la observaba. Me complacía estudiarla, percibir su manera de esperar lo que vendría luego. Si hubiera podido, habría prolongado indefinidamente aquel instante. Por fin, continué:

—Pues bien, ni lo he visto por aquí.

Observé que suspiraba con alivio.

—Entonces, al final, he ido y lo he tapado yo mismo.

—¡Pobrecito mío! ¡Estarás muy fatigado!

—No me entiendes. No es éste el trastorno de que quiero hablar.

—¿Nnn... no?

Otra vez la hice esperar, saboreando el momento. Luego proseguí, sabiendo que pronto se produciría un instante todavía mejor:

—Entonces, a eso de las cuatro, el *sheriff* Taylor me ha llamado para saber dónde estabas tú. Yo se lo he dicho, naturalmente, e imagino que a consecuencia de ello los policías han procurado encontrarte.

—Pero ¿por qué?

—Resulta un poco enojoso explicarlo. Se diría que nuestro amigo Georges Parker ha sido víctima de una especie de depresión nerviosa.

—¿Georges?

—¡Sí, sí! ¿Quién lo habría creído? ¡Tenía siempre un aire tan flemático y desprovisto de imaginación! Tú que lo has visto algo más a menudo que yo, tampoco habrías creído que fuese un tipo dotado de muchísima sensibilidad. ¿Me equivoco?

—Dime lo que ha habido, lo que ha pasado...

—Si te empeñas... Por lo que he podido comprender, Georges ha llegado a la oficina del *sheriff* llorando como un ternero y ha contado una historia de lo más espeluznante. Al principio, han pensado que habría bebido; pero, al parecer, más bien

se encontraba en plena crisis de histeria. Tengo entendido que me ha acusado de haberte asesinado y emparedado en el sótano.

—¡Me dan ganas de echar a correr!

—Es lo que el *sheriff* le ha contestado a Georges en un principio. Hasta que se ha dado cuenta de que el pobre truhán estaba casi loco de terror. Entonces, compréndelo, me ha telefoneado, y yo le he dicho que vieran de encontrarte. Estoy contento de que lo haya conseguido. No me habría gustado verme mezclado en cuentos raros precisamente en el momento de marcharnos de aquí.

No podía verle la cara en la semioscuridad; por ello me he levantado y me he acercado a ella. A Louise le han dado ganas de volverse, pero la he sujetado por el hombro y la he acariciado.

—¡Georges! —La voz ha estado a punto de quebrársele; pero ha logrado recobrase—. ¿Cómo está?

—Según el *sheriff*, completamente postrado —suspiré—. Han llamado al momento al doctor Silbermann. A menos que se les escape, van a internarlo. Es lástima, alguien ha dicho que acababa de encontrar empleo de guardia forestal en Montana.

Louise estaba toda temblorosa; pero su voz continuaba firme.

—¿Ha dicho... alguna otra cosa?

—No. ¿Qué otra cosa habría podido decir?

—¿Por qué ha imaginado que querías matarme?

—No tengo la menor idea. Es curioso, esos tipos callados, cuando se les ha desbocado la imaginación ya no pueden sujetarla más. Se encierran en una idea fija, y luego estallan de repente. Me alegro muchísimo de que no le haya pasado estando aquí contigo. No me atrevo a pensar en lo que habría podido cruzarle por la cabeza. —Y me puse a reír—. Dirás que me lanzo a pescar ideas descabelladas, querida mía, pero habría podido tratar de violarte. ¿Te imaginas entre los brazos de un loco en celo?

Louise tuvo un escalofrío y escondió la cabeza contra mí.

—No llores. Mañana nos vamos, ya sabes. Volvemos a la ciudad. Tú y yo. No habrá que pensar más en Georges. Lo cuidarán bien. No volverás a verlo nunca más. Y luego, lo comprobarás, dentro de un tiempo, todo esto quedará olvidado.

—Ssss... sí.

—Pasaremos momentos felices los dos juntos —murmuré—. Te lo prometo. Ahora todo está preparado.

Sí, ahora todo está preparado, No le he mentado.

Me propongo pasar unos momentos muy buenos con Louise esta noche. Está en el dormitorio, mientras yo escribo esto; duerme. Le he administrado un calmante fuerte.

Pero el efecto de ese calmante se disipará dentro de media hora, poco más o

menos; y Louise volverá a estar completamente despierta. Yo quiero que esté despierta, bien despierta.

Quiero que esté perfectamente despierta cuando la cogeré entre mis brazos.

Quiero que esté perfectamente despierta luego, cuando la tendré entre mis brazos, muy dulcemente, pero también con mucha fuerza, para explicarle lo que ha pasado en realidad. Quiero que sepa lo inteligente, fuerte y prudente que soy yo.

Quiero que sepa que soy fuerte y prudente como Georges no lo ha sido nunca en su vida. Tiene que hacerse una idea de la inteligencia que ha llevado todo este plan a su culminación. Ha de tener la oportunidad de darse cuenta de que, al fin y al cabo, yo soy el mejor de ambos.

Habría sido una idiotez enfrentarlos, a los dos a la vez, con sus errores... ¿Qué habría ganado yo con ello? Habría sido una estupidez colosal por mi parte la de matar a Georges y correr el riesgo de que me descubrieran. Pero dado que los hechos se han sucedido tal y como había previsto que acaecerían, el caso de Georges queda resuelto definitivamente. He hecho que lo encierren por toda la vida detrás de los muros de un asilo psiquiátrico. Toda su vida seguirá creyendo que Louise ha muerto y que ha sido él quien la ha matado.

Mas, por suerte, el *sheriff* y todo el resto del mundo creen otra cosa. Todos saben muy bien que está viva, y que detrás de la pared de cemento no hay nada. Se acordarán de que hablaron con ella, y también conmigo, y de que íbamos a partir los dos. Ni los nuevos propietarios ni persona alguna se entretendrá jamás en demoler esa pared.

Todo esto se lo haré comprender con toda claridad a Louise. Le diré lo que ha pasado exactamente. La verdad es que por esto estoy escribiendo estas páginas.

Le haré leer todo lo que haya escrito.

¿Has llegado ya a este punto Louise?

¿Empiezas a comprender, en este momento? ¿Comprendes lo que he hecho?

¿Y comprendes lo que voy a hacer... dentro de un instante?

Es eso, Louise.

Voy a atarte y amordazarte. Voy a bajarte al sótano, y abriré el agujero otra vez. Te empujaré dentro y dejaré que grites hasta perder el aliento y la razón, mientras yo volveré a cubrir la pared con cemento nuevo. Voy a encerrarte para siempre, hasta que tu cuerpo esté tan podrido como lo está tu corazón.

Cuando llegues aquí, en la lectura, yo estaré detrás de ti; no tendrás ocasión de gritar. No tendrás ocasión de suplicar, de discutir o de ensayar uno de tus condenados trucos femeninos. Nada te servirá de nada. Tampoco vale la pena que me digas que me echarán el guante. Sabes tan bien como yo que no es cierto. Tengo una coartada estupenda, sólida.

Mañana por la mañana marcharé, solo. Tú te quedarás aquí para siempre.

Y esto, Louise, es porque todo ha sido pre-pa-ra-do. Porque, ya ves, yo valgo más que Georges. A decir verdad, el tío ése no es más que una bestia. Y la diferencia entre

bestia y hombre es muy sencilla, ya lo ves.

Consiste en saber poner en marcha la imaginación.

LOS ESPONSALES INENARRABLES

The Unspeakable Betrothal (1949)

Avis sabía muy bien que no estaba tan enferma como decía el doctor Clegg. Simplemente, sólo estaba cansada de la vida. Se trataba, acaso, de una especie de ganas de morir; o simplemente, del aburrimiento profundo que le infundían aquellos jóvenes pícaros que se dirigían a ella empezando con estas palabras: «¡Oh, rara Avis!».

Pero actualmente se sentía mejor. La fiebre había bajado hasta no ser más que un velo blanco que la cubría, una cosa que habría podido apartar de un gesto, si no hubiera sido tan agradable refugiarse debajo, acurrucarse contra su calor reconfortante.

Al darse cuenta de la realidad, Avis sonrió: la monotonía era, en verdad, lo único que no la aburría. Al fin y al cabo, la verdadera, la derrengante rutina era la esterilidad de la agitación. En comparación, esta tranquila sensación de quietud, esta dulce serenidad parecía rica y fértil. Rica y fértil... Creadora... Matriz.

Las palabras se enlazaban. Retorno a la matriz. Cuarto negro, lecho caliente; acostarse como perrillo de fusil en la reparadora, la nutricia letargia de la fiebre...

Eso no era realmente la matriz; no había remontado tan lejos; lo sabía. Pero esto le recordaba los días de aquellos tiempos de su niñez. De cuando era una niña de ojos oscuros devorados por la curiosidad. Una niña que vivía sola en una casona grande y antigua, como una princesa de leyenda en un castillo encantado.

Ah, claro, su tío y su tía también vivían allá, y no era realmente un castillo... ¡y nadie sabía que ella era princesa! Salvo Marvin Mason, hay que decirlo.

Marvin vivía al lado, e iba a veces a jugar con ella. Subían a su cuarto y miraban por el ojo de buey de la claraboya, pequeño párpado que se abría al cielo.

Marvin sabía, seguramente, que era princesa; que su cuarto era una torre de marfil y el ojo de *perra* una ventana encantada. Cuando se subían a una silla para mirar fuera, veían el mundo detrás del firmamento.

A veces ella no estaba segura de si Marvin veía real y sinceramente el mundo de más allá de la ventana; acaso dijera que sí, sencillamente, porque la amaba.

Pero escuchaba con sosiego las historias que ella le contaba de aquel mundo maravilloso. A veces le contaba las que había leído en los libros; otras veces, se las inventaba ella misma. Los sueños no vinieron hasta más tarde; unas historias que también contó a Marvin.

Y he ahí lo que sucedía: empezaba bien, pero de una manera o de otra las palabras acababan enredándose. Y no siempre encontraba las frases precisas para lo que había visto en sueños. Eran unos sueños muy especiales. Sólo le venían las noches en que tía May se había dejado la ventana abierta, y también, además, si no había luna.

Entonces se acostaba en la cama, muy apelonadita, hecha un ovillo y esperaba que el viento llegase a través del ojo de libélula. Vendría suavemente y ella sentiría en la frente y el cuello como la caricia de sus dedos. Unos dedos dulces y frescos que apenas le rozaban la cara, unos dedos apaciguadores que la hacían desenroscarse y abrirse como una flor que las sombras venían a libar.

Ella se adormecía en la espaciosa cama y las sombras entraban en cortejo por la ventana. Una noche que no estaba dormida, vio cómo llegaban las sombras, y supo que eran reales. Entraban traídas por la brisa y se reunían a su entorno. Quizá fuesen las sombras, y no el viento, las que tuvieran aquel dulce frescor. Quizá fuesen también las sombras las que la acariciaban y jugueteaban con su cabello hasta que se dormía.

Y entonces no le faltaba nunca la visita de los sueños. Llegaban siguiendo siempre el mismo camino, igual que el viento y las sombras. Bajaban del cielo por el ojo de *pavo real*. Había voces que ella escuchaba sin poder entenderlas, colores que veía sin poder nombrarlos, formas que entreveía pero que no se parecían a nada de lo que había visto en los libros.

Algunas veces, las mismas voces, los mismos colores y las mismas formas venían repetidamente, y aprendió a reconocerlas, en cierto modo. Una de las voces era grave, rezongante, y parecía salir directamente del interior de su propia cabeza, aunque ella sabía muy bien que procedía en realidad de la especie de pirámide negra y brillante que tenía ojos en las puntas de los brazos. Aquello no parecía ser ni viscoso ni repulsivo; no había motivo para asustarse. Avis no comprendía por qué Marvin Mason la hacía callar, cuando ella empezaba a hablarle de aquellos sueños.

Claro, era un chiquillo nada más; cogía miedo y huía a casa, con su madre. Avis no tenía madre, no tenía sino a tía May; pero a ésta no le habría contado nunca aquellas cosas. Además, ¿por qué habría tenido que contárselas? A ella los sueños no le daban miedo, ¡eran tan claros, tan interesantes!

A veces, en días grises, lluviosos, cuando no había otra cosa que hacer que jugar con la muñeca o recortar imágenes para pegarlas en el álbum, Avis deseaba que la noche se diera prisa en llegar para poder soñar y revivir todas aquellas cosas.

Acabó por gustarle quedarse en cama todo el día y alegar que se había resfriado, para no tener que ir a la escuela. Avis mantenía entonces la vista fija en el ojo de *tórtola* y esperaba la llegada de los sueños. Pero durante el día no venían nunca; sólo venían por la noche.

Con frecuencia se preguntaba cómo sería allá arriba. Los sueños debían venir del cielo, estaba segura. Las voces y las formas vivían allá arriba, en algún lugar al otro lado de la ventana. Tía May pretendía que los sueños los producían los desarreglos intestinales; pero Avis sabía muy bien que no era cierto.

Tía May se inquietaba siempre por los dolores de barriga de Avis y le reprochaba que no saliera a jugar fuera de casa. Decía que si estaba pálida y delicaducha era porque no salía. Pero Avis se encontraba bien, y además, tenía aquellos secretos que

repasar en su mente. Ahora ya casi no veía nunca a Marvin Mason, ni se tomaba la molestia de leer. Por otra parte, aquello de ser princesa ya no la divertía. Los sueños eran muchísimo más reales; podía hablar con aquellas voces y pedirles que, cuando se fueran, se la llevaran con ellas.

Avis llegó a ser casi capaz de entender todo lo que decían; había eso brillante que se contentaba con columpiarse en la abertura de la ventana y aquello otro que tenía el aire de ser mucho más que lo que ella, Avis, podía ver... y esto producía en su cabeza una música familiar. No un estribillo, siempre igual, ¡ah, no! ¡Era más bien una especie de poema! En sus sueños, Avis le pedía que se la llevara de aquí. Montaría sobre sus espaldas y volaría con ella más allá de las estrellas. Era una picardía pedirle que volase, pero Avis sabía que, fuera, tenía alas. Unas alas grandes como el mundo.

Avis argüía y suplicaba, pero las voces le hacían comprender que no podían llevarse consigo a las niñitas pequeñas. O, en fin, algo así. Porque aquello era demasiado frío y estaba demasiado lejos, y habría que la transformarla.

Y Avis contestaba que le importaba poco el cambiar, que quería marcharse. Les dejaría hacer todo lo que quisieran, con tal que se la llevaran. ¡Ah, sería formidable poder hablarles continuamente, bañarse en aquel dulce frescor y soñar eternamente!

Una noche vinieron en mayor número que las veces anteriores. Se columpiaban en la abertura del ojo de *ruiseñor* y por todo el cuarto. Las había tan curiosas que se podía ver a través de ellas, y a veces se montaban unas sobre otras.

Avis se daba cuenta de que, durmiendo, estallaba en carcajaditas nerviosas; pero no podía remediarlo. Después se calmó y las escuchó.

Le dijeron que todo estaba dispuesto. Que iban a llevársela. Sólo que no debía decir nada a nadie, ni tener miedo. Que regresarían pronto. Que no podían llevársela tal como era ahora, y que ella debía querer transformarse.

Avis respondió que sí. Ellas, todas, rumorearon una especie de melodía y se fueron.

La mañana siguiente, Avis estaba enferma de verdad, muy grave, y no tenía ningunas ganas de levantarse. Tenía tanto calor que apenas podía respirar, y cuando tía May le trajo la bandeja, no pudo engullir ni un solo bocado.

Aquella noche no soñó. Le dolía la cabeza y no paraba de revolverse. De todos modos, fuera había luna llena, y los sueños tampoco habrían venido. Sabía que llegarían cuando la luna se hubiera marchado, no había de hacer otra cosa que esperar. Además, estaba tan enferma que no lo lamentaba demasiado. Era preciso que mejorase antes de poder partir, o hacer lo que fuere.

Al día siguiente el doctor Clegg vino a verla. Era un buen amigo de tía May y la visitaba con frecuencia; además, era su médico particular.

El doctor Clegg le cogió la mano, preguntándole qué era lo que no le marchaba bien aquella mañana a la damita. Avis estaba con demasiada fiebre para responder nada en absoluto, y, por otra parte, tenía una cosa brillante en la boca. El doctor cogió el objeto, lo examinó y meneó la cabeza. Se marchó un rato después, y entonces

entraron tía May y tío Roscoe. Le hicieron engullir una especie de medicamento que tenía un sabor espantoso.

Empezaba a ser de noche; fuera se preparaba una tormenta. Avis casi no podía hablar, y cuando cerraron el ojo de *gato* no tuvo fuerzas para pedirles, *por favor*, que dejaran la ventana abierta esta noche, porque no había luna y vendrían a buscarla, a ella.

Luego todo empezó a girar y girar; tía May se acercó a la cama y pareció aplanarse como una sombra o una de aquellas formas que ella esperaba, aunque haciendo un ruido de trueno que estallaba al exterior. Ahora Avis dormía, dormía profunda y dulcemente, a pesar de que oía los truenos; aunque, por lo demás, no eran verdaderos truenos. Nada era verdadero, excepto las formas. Sí, nada era real sino las voces, las formas y los colores...

... Entraban por el ojo de *serpiente*, que ya no estaba cerrado porque Avis lo había abierto y ella estaba allá arriba, más alto de lo que hubiera ascendido nunca hasta entonces; aunque así, sin cuerpo, era fácil, y pronto tendría uno nuevo, si bien las formas querían también el antiguo, puesto que se lo habían llevado igualmente. Además, todo esto le daba igual, porque no lo necesitaba para nada y ahora ellas iban a llevar su *uulnagr Yuggoth Farnomi ilyaa*...

Fue en este instante cuando la encontraron tía May y tío Roscoe y, de un tirón, la hicieron bajar de la ventana. Más tarde dijeron que Avis había gritado a todo pulmón; que de no ser así se habría marchado sin que ellos se dieran cuenta.

Después de todo esto, el doctor Clegg la condujo al hospital. Allá no había ojo de *tortuga* y la gente entraba a verla toda la noche. Los sueños cesaron.

Cuando se hubo restablecido lo suficiente para volver a casa, descubrió que la ventana también había desaparecido.

Tía May y tío Roscoe la habían condenado porque Avis era sonámbula. La muchacha no sabía qué era ser sonámbula, pero adivinaba que tenía algo que ver con su enfermedad y con los sueños, que ya no volvían.

Porque parecía que entonces los sueños habían desaparecido definitivamente. No había manera de hacerlos volver, y, por otra parte, ella no tenía tantísimas ganas de que volvieran. Actualmente se divertía mucho jugando con Marvin Mason, y pronto volvería a la escuela en cuanto empezase el semestre próximo.

Ahora, sin ojo de *búho* que mirar, dormía muy bien por las noches. Tía May y tío Roscoe estaban contentos, y el doctor Clegg decía que iba a ser un demonio de preciosidad...

Avis lo recordaba todavía como si hubiera sido ayer. U hoy. O mañana.

Recordaba cómo había crecido. Cuando Marvin Mason se enamoró de ella. Todo lo que experimentó la noche que tía May y tío Roscoe perecieron en el accidente de Leedsville. Triste momento aquél.

Otro mal momento todavía: cuando Marvin se marchó. Ahora estaba sirviendo en las colonias. Avis se había quedado sola en aquella casona grande, que actualmente le

pertenecía.

Reba venía todos los días para ocuparse de la casa, y el doctor Clegg pasaba de vez en cuando, incluso cuando hubo cumplido ya los veinte años y heredado oficialmente la finca.

No parecía aprobar la clase de vida que ella había decidido vivir y en diversas ocasiones le preguntó por qué no cerraba la casona y se iba a vivir en un pisito de la ciudad. Al médico le inquietaba ver que Avis no manifestaba el menor deseo de conservar las amistades que había hecho en el colegio. Y esto recordaba vivamente a la joven la solicitud que el doctor demostraba por ella cuando no era más que una niña.

Pero Avis ya no era una niña. E iba a ponerlo de manifiesto suprimiendo lo que había representado siempre, para ella, el símbolo del dominio de los mayores. Hizo abrir otra vez la alta ventana redonda de su dormitorio.

Era algo estúpido. Avis se dio cuenta en aquel mismo momento; pero, para ella, *aquello* revestía un significado particular, porque *aquello* restablecía en cierto modo el lazo con su niñez. Y en aquello se resumía su dicha: en la niñez y siempre en la niñez.

Ausente Marvin Mason, tía May y tío Roscoe difuntos, poca cosa quedaba con que poblar el presente. Entonces Avis subía a su cuarto y se hundía en los álbumes de recortes que había coleccionado durante su infancia. Había guardado también las muñecas y los viejos cuentos de hadas, que ahora hojeaba para ayudarse a pasar las largas tardes solitarias. Con tales diversiones, uno casi llega a perder la noción del tiempo. Los objetos que la rodeaban no habían cambiado. Ah, claro, Avis era mucho más alta, y la cama ya no tenía un aire tan impresionante, ¡ni la ventana estaba tan arriba!

Pero ambos estaban allí. Ambos esperaban a la niña en que se convirtió de nuevo cuando, al caer la noche, se enroscó como una pelotita y se escondió entre las sábanas; se escondió para fijar la mirada en el ojo de *buey*, aquel párpado que se abría contra el cielo. Avis aspiraba de todo corazón a soñar otra vez. Al principio no lo consiguió.

Al fin y al cabo era ya una mujer adulta, estaba prometida, iba a casarse y no era ningún personaje de *Peter Ibbetson*. Aquellos sueños de su infancia habían sido bastante estúpidos.

Quizá. Pero eran muy hermosos. Sí, incluso cuando estuvo tan enferma que faltó poco para que se cayera de la ventana. Hasta aquella vez había sido muy agradable soñar. Evidentemente, aquellas voces y aquellas formas no habían sido más que obsesiones de neurótica, como decía Freud. Esto lo sabían todos.

¿Y si todos se equivocaban?

Supongamos que todo aquello hubiera sido real. Supongamos que los sueños no sean, simplemente, manifestaciones del subconsciente provocadas por una indigestión o un aumento de colesterol. ¿Y si los sueños fuesen producidos, en

realidad, por impulsos electrónicos o radiaciones planetarias emitidas en la misma longitud de onda que tuviera la mente del durmiente?

El pensamiento es un impulso eléctrico. ¿Puede ser que el que sueña actúe como una especie de médium sumido en un estado de receptividad particular? Si el durmiente posee la rara facultad de actuar como catalizador, es posible que lo que ve aparecer no sean fantasmas, sino criaturas de otro mundo, o de otra dimensión. Se podría pensar que los sueños se alimentan de la sustancia misma del soñador, al igual que los espíritus se convierten en ectoplasmas absorbiendo la energía del médium.

Avis lo pensó y volvió a pensar, y cuando hubo desarrollado su teoría, se dijo que todo parecía perfectamente coherente. Aunque, a pesar de ello, no hablaría con nadie de su descubrimiento. El doctor Clegg se reiría en sus propias narices, o, peor aún, se contentaría con bajar la cabeza. Tampoco Marvin Mason habría estado de acuerdo. Nadie quería verla soñar. La trataban siempre como a una chiquilla.

Muy bien, se haría la chiquilla, una chiquilla que ahora podía hacer todo lo que quisiera. Y soñaría.

Muy poco tiempo después de haber tomado esta decisión vio retornar los sueños. Casi como si hubieran esperado que los aceptase plenamente por lo que eran.

Sí, retornaron, lentamente, poquito a poco. Avis observó que si se concentraba sobre el pasado, durante el día, si se esforzaba en recordar la infancia, facilitaba el proceso. Y por esta razón pasó cada día más y más tiempo en su cuarto, dejando los cuidados de la casa confiados a Reba. Si quería aire fresco, siempre podía mirar por la ventana. Estaba muy alta y era pequeña; pero bastaba que Avis se subiera a una silla para que pudiera ver el cielo y las nubes que lo escondían a trozos, mientras esperaba la llegada de la noche.

Entonces se acostaba en la gran cama y aguardaba al viento. El viento se acercaba suavemente, y las tinieblas se deslizaban dentro del cuarto; y pronto podía escuchar el cuchicheo de las voces apagadas.

Las voces fueron las primeras que regresaron; pero eran débiles, lejanas. Poco a poco ganaron en intensidad, y Avis pudo observar de nuevo las diferencias y reconocer las distintas entonaciones individuales.

Tímidamente, con muchas vacilaciones, las formas reaparecieron a su vez. Cada noche se hacían más claras. Avis Long (una chiquilla de grandes ojos redondos en una espaciosa cama bajo el ojo de *terciopelo*) las esperaba con impaciencia.

Ya no estaba sola. No tenía necesidad de ver amigos ni de hablar con aquel viejo imbécil de doctor Clegg. Ni por qué perder el tiempo hablando tonterías con Reba, ni de hacer melindres con motivo de las comidas. No tenía necesidad de vestirse para salir. De día, tenía la ventana; de noche, los sueños.

Así las cosas, un buen día se sintió singularmente débil y le sobrevino esta curiosa enfermedad. Pero no era esto lo que esperaba en cuanto a transformación física.

Su espíritu continuaba intacto, lo sabía. Poco importaba el número de veces que el doctor Clegg se había quejado de ella y hablado de llamar a un «especialista»; no

tenía miedo. Claro, sabía que la verdad era que querían que la examinase un psiquiatra. Aquel viejo chocho no se cansaba de soltar discursitos zalameros aludiendo a su «retirada de la realidad» y sus «mecanismos de fuga».

Clegg no sabía nada de sueños. Por lo demás, Avis no se lo habría explicado. El médico no había sabido imaginar nunca la riqueza, la plenitud, el sentimiento de conquista que procuraba el hábito de ponerse en contacto con otros mundos.

Actualmente Avis estaba al corriente de todo esto. Las voces y las formas que entraban por el ojo de *mochuelo* venían de otros mundos. Como una niña cándida, las había atraído por su propia simplicidad. Ahora, al esforzarse conscientemente en hallar otra vez su ingenuidad infantil, las veía retornar.

Llegaban de otros universos, de unos universos de belleza y esplendor. De momento Avis no podía ir a su encuentro más que en alas de los sueños; pero un día... un día, muy pronto, traspasaría la barrera.

Las voces cuchichearon señalando su cuerpo. Dijeron algo relacionado con un viaje, que hablaba de «cambio». Aquello no se podía expresar con palabras usuales; pero ella les tenía confianza y, después de todo, un cambio físico significaba poca cosa, si una se fijaba en el fin perseguido.

Pronto se habría restablecido y estaría fuerte. Bastante fuerte para decir sí. Y entonces vendrían a buscarla, cuando la luna lo permitiese. Hasta aquel momento, ella podía reforzar su determinación, su manera de soñar.

Avis Long estaba tendida en la inmensa cama, bien calentita, en las tinieblas, aquellas tinieblas que penetraban de manera visible por la ventana abierta. Las formas se insinuaban, se enroscaban en los lienzos, se alimentaban de la noche misma, crecían, palpitaban, lo envolvían todo.

Las formas la tranquilizaron con respecto a su cuerpo; pero a la joven la tenía sin cuidado y les dijo que no le daba importancia, porque creía que el cuerpo era accesorio y que sí, que consideraría aquello, de buena gana, como un cambio, con tal de poder partir, lo cual, sabía, dependía exclusivamente de ellas.

No es más allá de las estrellas, sino entre las estrellas, en medio de ellas, donde reside la esencia, tiniebla de las tinieblas, porque Yuggoth no es más que un símbolo; aunque no, esto no es cierto, no hay símbolos, porque todo es realidad, y sólo es la percepción lo limitado... porque... ch'yar ul'nyar shaggornith...

Nos cuesta trabajo hacernos comprender — pero yo te comprendo — tú no puedes resistirte — yo no quiero resistirme — tratarán de impedirte — nada podrá impedírmelo porque yo les pertenezco — sí, y tú perteneces — y es para muy pronto — sí, es para pronto — muy pronto — sí, sí, muy, muy pronto...

Marvin Mason no esperaba que le recibieran de este modo, ni pensarlo. Avis no había escrito, ni había venido a la estación, evidentemente..., pero la posibilidad de que estuviera enferma de gravedad no había cruzado por su mente.

El muchacho se había ido derechamente a casa de Avis, y le causó una trágica sorpresa el encontrar al doctor Clegg a la puerta.

El anciano médico tenía un semblante apenado, y la primera frase que pronunció contribuyó todavía a reforzar esta sensación. Estaban sentados cara a cara, abajo, en la biblioteca. Mason sentíase incómodo dentro del uniforme, y el anciano se mostraba demasiado repleto de vocabulario profesional.

—En fin, ¿qué hay, doctor?

—No sé. Una ligera fiebre crónica. Insomnio. Lo he comprobado todo: ni vestigio de tuberculosis o de infección maligna. Su mal no es... orgánico.

—¿Quiere decir que es el espíritu...?

El doctor Clegg se hundió profundamente en el sillón y bajó la cabeza.

—Le podría contar muchas cosas, Mason. Las teorías de la medicina psicosomática, los beneficios de la psiquiatría, la... Pero importa poco. Sería una hipocresía.

—He hablado con Avis, o, más bien, he tratado de hablarle. Ella no decía gran cosa; pero lo poco que ha explicado me ha trastornado profundamente. Y su conducta me ha inquietado más todavía. Usted adivinará adónde quiero ir a parar, imagino, si le digo que Avis lleva la vida de una niña de ocho años. La vida que llevaba a dicha edad.

Mason frunció el entrecejo.

—¡No me dirá que sube otra vez a sentarse en su cuarto y a mirar por la ventana!

El doctor Clegg hizo un signo afirmativo.

—Pues yo creía que la habían cerrado tiempo atrás, cuando se dieron cuenta de que Avis era sonámbula y que...

—La hizo abrir de nuevo meses atrás. Y Avis no sido nunca sonámbula.

—¿Qué quiere decir?

—Avis Long no ha paseado nunca en sueños. Me acuerdo muy bien de la noche en que la encontré sobre el marco de la ventana. No sobre la mesita, porque no la había. Estaba encaramada sobre la pieza de apoyo de la ventana abierta, con la mitad del cuerpo afuera, como un perrito que hubiera probado de saltar demasiado alto.

—Pero no había ninguna silla debajo, ninguna escalera. Ningún medio para llegar allá arriba. Sencillamente, ella estaba allí... y nada más.

El médico volvió la cara antes de continuar.

—No me pregunte qué significa esto. No podría, ni querría, explicarlo. Habría debido hablarle de las cosas que cuenta..., sus sueños y las presencias que vienen a verla. Las presencias que quieren llevársela.

—Mason, es usted quien debe intervenir. Honradamente, yo no puedo hacerla encerrar; por una razón muy sencilla: la reclusión no significa nada para los sueños. No se puede construir muralla alguna para protegerse de ellos.

—Pero usted puede rodearla de afecto, puede curarla. Usted es el único que puede cuidarla, que puede despertar su interés por la realidad. Ah, ya sé que esta perspectiva tiene el aire de un romanticismo exagerado y estúpido, tanto como la otra debe de parecer loca y abracadabrante.

—Y sin embargo, es así. Es lo que ocurre. En este preciso instante ella duerme en su cuarto y oye las voces..., lo sé muy bien. Pruebe, pues, de hacerle oír la de usted.

Mason salió del aposento y empezó a subir las escaleras.

—Pero ¿qué quiere decir eso de «no puedo casarme contigo»?

Mason contemplaba el cuerpo sumido en un revoltijo de sábanas. Probó de esquivar la mirada directa de los ojos curiosamente infantiles de Avis, como también evitaba mirar la negra, siniestra abertura de la ventana redonda.

—No puedo, y no hay más que hablar.

Hasta su voz parecía tener un acento infantil. Los tonos agudos, penetrantes, habrían podido salir muy bien de los labios de una niña, una niña fatigada, medio dormida, y ligeramente irritada de que la hubieran despertado con un sobresalto.

—Pero tus proyectos..., tus cartas...

—Lo siento. No puedo hablar. Sabes que no he estado bien. Sin duda el doctor Clegg te lo habrá dicho, abajo.

—Pero ahora vas mucho mejor —insistió Mason—. Dentro de pocos días volverás a estar en pie.

Avis meneó la cabeza. Una sonrisa —la sonrisa equívoca de una niña desobediente— levantó las comisuras de sus labios.

—No puedes comprenderlo, Marvin. No podrás comprenderlo nunca. Tú perteneces a... esto. —Un ademán indicó la estancia—. Yo pertenezco a otra parte.

Y la mano señalaba, inconscientemente, hacia la ventana.

Ahora Marvin alzó la mirada. No podía evitarlo; el agujero redondo y negro se abría sobre la nada. O sobre... algo. Fuera, el cielo estaba negro, sin luna. Un viento frío venía a rodar como una ola alrededor de la cama.

—Cerraré la ventana —dijo, procurando adoptar un tono sosegado y previsor.

—No.

—Niña, estás enferma; vas a resfriarte.

Incluso cuando acusaba, la voz de Avis parecía curiosamente aguda. La joven se sentó, muy erguida y se encaró con él.

—Tú estás celoso, Marvin. Tienes celos de mí. De ellas. No me dejarías soñar nunca. No me dejarías partir jamás. Y yo quiero irme. Ellas van a venir a buscarme.

—Yo sé por qué te ha enviado acá, el doctor Clegg. Quiere que me convenzas de que baje otra vez. Quiere encerrarme, como también quiere cerrar la ventana. Quiere que me esté aquí porque tiene miedo. Todos tenéis miedo de lo que hay allá... fuera.

—Pues todo eso no sirve de nada; no podrás detenerme. No podrás detenerlas.

—Cálmate, querida...

—Me da igual. ¿Crees que me preocupo de lo que hagan de mí, desde que sé que podré partir? No tengo miedo. Sé que no puedo partir tal como soy ahora. Sé que primero tienen que transformarme. Hay ciertos puntos que quieren guardar secretos por motivos que sólo ellas saben. Si te contara ciertas cosas, te aterrorizarías. En

cambio, yo no tengo miedo. Tú piensas que estoy enferma y loca... No digas lo contrario.

—Me siento bastante bien, bastante fuerte para verlas cara a cara y enfrentarme con su mundo. Eres tú el que está demasiado afectado para soportar todo esto.

Avis había terminado gritando, con un gemidito agudo de rabieta infantil.

—Mañana abandonamos esta casa, tú y yo —dijo Mason—. Nos vamos. Nos casaremos y seremos felices eternamente, como en los libros de cuentos de hadas. Lo que le pasa a usted, princesa, es que no ha crecido. Todas estas historias de duendes y de reinos exteriores...

Avis lanzó un chillido.

Mason simuló que no lo oía.

—Y para empezar voy a cerrar esta ventana.

Avis siguió chillando. Sus gritos se convirtieron en aullido estridente cuando Mason estiró el brazo y empujó el vidrio redondo sobre la negra abertura. El viento trató de oponerse a sus esfuerzos, pero él cerró la ventana y aseguró el pestillo.

De súbito, unas manos se le hundieron en la garganta, por detrás, mientras los gritos estallaban en sus oídos.

—Te mataré —gritó Avis.

Era el grito de una niña enfurecida. Pero no había nada de infantil ni de débil en la fuerza que movía aquellos dedos encarnizados. Mason se deshizo de ella, sin aliento.

Luego, repentinamente, el doctor Clegg apareció en la habitación. Brilló una jeringa hipodérmica y se hundió con un destello de plata.

Condujeron a la muchacha a la cama y la acostaron. Las blancas sábanas formaban como un aderezo alrededor del rostro cansado de la niña dormida.

Ahora la ventana estaba bien cerrada. Todo había quedado ya en orden cuando los dos hombres apagaron la luz y se retiraron de puntillas.

Mason suspiraba delante del fuego.

—Poco importa cómo, pero mañana me la llevo de aquí —se prometió—. Quizá haya sido demasiado repentino, todo esto... Volver a mitad de la noche y precipitarme a despertarla. No he sido muy delicado. Pero había algo en ella, algo en la atmósfera del cuarto, que me ha aterrorizado.

El doctor Clegg encendió la pipa.

—Lo sé —rubricó—. Es esto lo que me impide comprender lo que pasa. Hay mucho más que una simple alucinación.

—Voy a pasar la noche aquí —continuó Mason—, por si ocurriera algo.

—Avis dormirá —aseguró el médico—. Puede darlo por seguro.

—A pesar de todo, estaré más tranquilo si me quedo. Empiezo a tener una idea propia sobre todo eso que cuenta... Esos otros mundos, y los cambios que han de producirse en el cuerpo de ella antes del viaje... Esto tiene algo que ver con la

ventana, probablemente. Y se parece mucho a un deseo de suicidarse.

—¿Intuición de la muerte? Es posible. Hubiera debido prever esta posibilidad. Sueños premonitorios... Pensándolo bien, Mason, me quedaré con usted. Podríamos instalarnos bastante cómodamente aquí, ante la lumbre.

Se hizo el silencio.

Sería más de la medianoche cuando los dos hombres abandonaron sus respectivos puestos para acercarse al fuego.

Un ruido agudo se desarticuló en fragmentos estridentes. Ambos estuvieron en pie antes de que el eco argentino se apagase, y se precipitaron hacia las escaleras.

No intercambiaron ni una sola palabra. Arriba el ruido había cesado, y sólo el sordo golpear de sus pisadas en los escalones rompía el silencio. Cuando se pararon delante de la puerta de Avis Long pareció que el silencio se condensaba. Era un silencio total, perfecto, casi palpable.

La mano del médico fue en busca del pestillo y lo hizo girar. Sin resultado.

—¡Cerrada! —exclamó—. Se habrá levantado y habrá pasado el cerrojo.

Mason arrugó el ceño.

—¡La ventana...! ¿Cree que habrá podido...?

El doctor Clegg no respondió. Volvióse y lanzó el macizo hombro contra la puerta, poniendo de relieve los músculos del cuello. Las tablas crepitaron y cedieron. Mason pasó la mano y abrió desde el interior.

Entraron en el oscuro cuarto, el doctor Clegg delante, tanteando en busca del interruptor. La dura claridad eléctrica inundó la estancia.

Movidos por un terrible presentimiento, los dos hombres levantaron la vista instintivamente hacia la claraboya, el «ojo de buey», de lo alto de la pared.

El aire frío de la noche se desparramaba por la abertura desmenuzada cuyo cristal había volado a pedazos, como bajo el golpe de un puño gigante. Dispersos por todas partes, brillaban fragmentos de vidrio; pero no se veía rastro de proyectil alguno. No obstante, era evidente que el cristal lo habían roto desde el exterior.

—El viento —murmuró Mason con voz débil.

Pero al decirlo no se atrevió a mirar al doctor Clegg. No hacía viento; apenas una brisa muy leve, dulce y fresca que acariciaba las cortinas y hacía danzar las sombras en la pared. Unas sombras que oscilaban en silencio en torno a la cama grande del fondo de la habitación.

La brisa, el silencio y las sombras los envolvían cuando se acordaron por fin de mirar al lecho.

Reposando sobre la blanca almohada, el semblante de Avis estaba vuelto hacia ellos. El doctor Clegg dedujo lo que Mason había comprendido por instinto. Los ojos de Avis Long se habían cerrado para siempre.

Pero no fue esto lo que hizo estremecerse a Mason... no era la vista de la muerte lo que le arrancó un grito al doctor.

El pacífico rostro vuelto hacia ellos entre los velos de la muerte no tenía nada de

amedrentador. No, en la cara no había nada que hiciera temblar...

Sobre la blanca almohada, los rasgos de Avis Long manifestaban una serenidad perfecta.

Pero su cuerpo había... huido.

¡BIENVENIDO, FORASTERO!

Welcome, Stranger (1957)

Poco después de la salida del sol, Rel abandonó el módulo de mando Situado sobre una órbita circular de veinte kilómetros se encontraba justo fuera de la vista de la superficie del planeta, y allí continuaría hasta el crepúsculo.

A bordo de la navecilla, después del aturdimiento de los primeros instantes, Rel aspiraba a pleno pulmón el oxígeno de la atmósfera rarificada. Al descender hacia la superficie verde, respiró con mayor facilidad.

Todo marcharía muy bien, se repetía. No había nada que temer. En fin de cuentas era una misión corriente y maloliente, sin nada muy especial. Por otra parte, si se tratase de una misión importante, no le habrían elegido a él para llevarla a cabo. El programa era muy sencillo.

El planeta al que se acercaba había sido objeto durante años de una minuciosa observación. En el pasado, otros, más inteligentes y expertos que Rel, se habían posado ya aquí. Y volvieron con montones de datos, montones de libros y de cintas grabadas. Tales productos eran de factura bastante grosera, como podía esperarse procediendo de una civilización primitiva; pero con ello bastaba.

Estudiando dichos materiales, los colegas de Rel habían podido enterarse de lo que deseaban saber. Al parecer, en ese planeta no existía una cultura uniforme, y durante mucho tiempo Rel y sus superiores se preguntaron qué grupo predominaba, qué idioma había que estudiar y qué comportamiento convenía asimilar. Una investigación intensificada y unas exploraciones complementarias les proporcionaron a no tardar las respuestas apetecidas. Unos módulos de reconocimiento que habían sobrevolado en diversas ocasiones la superficie del planeta vinieron a corroborar sus conclusiones.

Los mamíferos del grupo más evolucionado —que se daban a sí mismos el nombre de hombres— habitaban una larga faja de tierra limitada en los dos costados por extensiones inmensas de agua. La faja en cuestión era conocida por el nombre de Estados Unidos de América del Norte. Su centro, el Midwest, estaba lleno de ciudades, era una zona de gran densidad de población.

En una de aquellas ciudades había de aterrizar Rel. Bah, una misión sin problemas... su Krala le ha descrito la situación con mucha lógica:

—Has recibido la formación adecuada. Conoces la lengua, el inglés. Has leído los libros. Has escuchado las grabaciones. Tu preparación ha sido completa. Por consiguiente, no has de encontrar ninguna dificultad en hacerte pasar por un hombre, durante una breve estancia.

—No hay el menor problema en lo tocante al aspecto exterior: te decoloraremos la piel, te pondremos una peluca hecha con cabellos para colocártela sobre el cráneo y

nos hemos procurado las prendas típicas que conviene llevar, comprendidos los pies... eso se llama zapatos, y te permitirá disimular las membranas. Parecerás un hombre, hablarás como un hombre, actuarás como un hombre.

—Lo demás no es sino simple cuestión de saber observar.

Lo cierto es que el Krala tenía razón. Cuando Rel se vio dentro del disfraz, no daba crédito a sus ojos.

—No hay nada sorprendente en todo esto —explicó el Krala—. Bien mirado, existen muchas similitudes entre nosotros y los habitantes de ese planeta... al igual que el planeta mismo, por su parte, se parece mucho al nuestro. Desde el punto de vista atmosférico y orgánico, la analogía es notable. La gravedad, prácticamente idéntica. Evidentemente, éstos son los motivos por los cuales nos ha interesado ese planeta. Aunque es pobre y no muy atractivo, quizá con el tiempo establezcamos ahí una colonia.

—De acuerdo, pasaré allá un día de observación. Pero ¿no deseas ningún dato en concreto? Podría evaluar la capacidad física y psíquica de aquellos mamíferos, probar de descubrir la naturaleza de las armas que posean...

El Krala se puso color naranja de regocijo.

—No vale la pena, no es ninguna misión de espionaje. Estamos perfectamente al corriente de su tecnología (muy rudimentaria por el momento). Hablan siempre de la energía en términos de implosión y explosión. En la esfera de las facultades mentales, también están muy retrasados.

—No, tranquilízate, la conquista del planeta por la fuerza no ofrecería la menor dificultad. Tu misión consiste simplemente en determinar si vale la pena conquistarlo o no.

—Pero tú has dicho que se ha comprobado que las condiciones eran ideales. Gravedad, temperatura y contenido de oxígeno son satisfactorios. No está mal de recursos naturales, alimento, agua, todo lo que nuestra raza necesita para conservar la vida. ¿Y no basta con ello?

El Krala se puso rosado de perplejidad.

—Bien —dijo—. Ahora voy a expresarme en términos cinéticos. Tú conoces nuestra política en materia de colonización: una conquista por la fuerza representa un gasto considerable de tiempo y de energía, y lo que se derrocha para someter y gobernar a los autóctonos suele resultar desproporcionado. Por esto hemos observado siempre los planetas examinando nuestras posibilidades de infiltrarnos en ellos. Si hemos comprobado que el modo de vida nos conviene, enviamos progresivamente nuestra gente allá. Los nuestros se mezclan insensiblemente con la población que haya, y al cabo de una generación gozamos de un dominio numérico completo. Hasta dicho momento no nos manifestamos. Nuestra gente suele estar, entonces, en los puestos clave, tan bien situada que es posible efectuar la conquista desde el interior. Cuantos menos esfuerzos nos cuesta la conquista, mayor es la energía vital preservada. Un detalle fundamental.

Rel escuchaba, amarilleando de comprensión a pesar del maquillaje.

—Entonces ¿debo observar, nada más, si el modo de vida de aquellos indígenas puede convenirnos?

—Exacto. Pasarás el día como un ser humano medio... o de un americano, cualquiera que sea su esfera. Claro, debes tener cuidado en no hacerte notar, antes al contrario, debes mezclarte con ellos. Come y bebe. Estudia atentamente todas y cada una de tus reacciones. Trata de determinar en la medida de lo posible cómo sería la vida de nuestros colonos ahí durante el tiempo que tendrían que pasar disfrazados. La decisión dependerá de ti exclusivamente.

Rel notó que se teñía de rojo; pero las últimas palabras del Krala le ensombrecieron inmediatamente.

—No hay por qué enrojarse —advirtió el Krala en tono seco—. Como te dije, esta decisión no tiene, en realidad, una gran importancia. Hay millares de mundos similares. Si tuviera una importancia vital, no te habríamos elegido a ti para esta misión. Tenemos montones de observadores más experimentados.

—Pero no podemos perder tiempo ni energías. Te hemos elegido a ti, precisamente, perfecta muestra media, porque tus reacciones corresponden a las del colono medio que nos proponemos enviar a ese planeta. Estamos dispuestos a guiarnos por tu opinión. Y ahora ve a ver tu Bezzter para los últimos preparativos.

Rel fue a casa de su Bezzter y quedaron resueltos los últimos detalles. El día elegido era uno durante el cual los mamíferos no trabajaban, sino que se reunían en zonas arboladas para solazarse. Así Rel podría circular con toda libertad sin haber de salir de los bosques, y al mismo tiempo tendría ocasiones bastantes para mezclarse con aquellos mamíferos sin correr demasiados riesgos.

—¿Y la navecilla? —protestó Rel—. Se fijarán en ella, como se fijaron en las anteriores. Algunos libros mencionan tales observaciones... ovnis, o ufos, ¿no es así como los llaman?

Le tranquilizaron al momento sobre este particular, En un día de fiesta, un domingo (según lo llamaban ellos) y a una hora tan temprana, el módulo de reconocimiento pasaría inadvertido. Nadie iba tan temprano a las zonas boscosas. En el curso de las misiones precedentes habían descubierto un lugar en el que Rel podría esconder la astronave por el tiempo que pasaría en los bosques.

Y así fue como Rel plantó el pie, a eso de las ocho la mañana, en el parque zoológico de Milwaukee (Wisconsin).

Se había fijado con grandísima atención en el emplazamiento del escondite y dirigido la astronave sobre el gran cercado. Eligiendo una zona central, había descendido muy suavemente sobre unas rocas, a mitad de camino entre la anfractuosidad y la barrera metálica.

El parque estaba desierto. Ni la menor silueta humana en ninguna dirección. Rel se dedicó unos elogios y empujó prestamente el pequeño transportador hacia la abertura de la cueva.

¡Oh, qué calma y qué sosiego reinaban aquí! Rel había de contenerse para no ponerse color naranja, bajo la decoloración, al pensar en los honores que le habrían dispensado si hubiesen esperado verle llegar. En lugar de pasar inadvertido, habría encontrado un comité de recepción y...

El comité de recepción le esperaba en la boca de la cueva. Era grande y blanco, tenía cuatro patas terminadas en unos garfios acerados, y unas fauces rojas, rodeadas de trituradores amarillos. Aquel ser se levantaba sobre las patas traseras y rugía.

Rel se puso negro de miedo. Instintivamente se parapetó detrás de la navecilla, cuidando de mantenerla entre él y la bestia. El monstruo blanco empezaba a dar zarpazos contra el módulo transportador..., pero esto no inquietaba ni poco ni mucho a Rel, porque el vehículo era indestructible. Así pues, lo hizo resbalar hacia el interior de la caverna, mientras la bestia se batía en retirada ante él. Pero ya dentro de la cueva, el módulo de reconocimiento no resultaba obstáculo suficiente. Al monstruo blanco le bastaba con rodearlo para saltar. Cosa que hizo lanzando rugidos.

Rel volvió la espalda y echó a correr. La enorme bestia le seguía con paso pesado. Rel corrió hacia los barrotes metálicos con el propósito de pasar al otro lado y escapar hacia la zona boscosa de más allá. La bestia le pisaba los talones. Rel sabía que ya levantaba las patas, dispuesta a clavar las uñas y desgarrar. Saltó hacia los barrotes... y el suelo se hundió bajo sus pies.

Rel no se había fijado en el foso. Cayó abajo con ruido sordo. Allá arriba, el monstruo blanco gruñía, pero no hacía ademán de seguirle. Lenta, penosamente, el astronauta se levantó y empezó a trepar por la reja.

Ahora los gruñidos venían de todas las anfractuosidades. Las entradas de cada una de ellas se poblaron súbitamente de otros monstruos: negros, grises, pardos (los mayores) levantados sobre dos patas y lanzando unos aullidos formidables. Rel llegó por fin a la punta de los barrotes y las lanzas metálicas le pincharon el pecho.

Estuvo a punto de volver a caer, pero consiguió pasar las piernas al otro lado. La parte baja de sus vestidos se desgarró en las puntas aceradas. Rel cayó sobre la hierba y se derrumbó, falto de respiración.

Por fin se alejó vacilando, hasta que los rugidos no fueron más que un murmullo lejano. Cruzaba el parque, y sus cuatro pulmones iban recobrando la actividad normal. Ahora se acercaba a una estrecha faja negra que corría entre dos zonas de césped. Quiso franquearla...

Con enorme ruido metálico, un ingenio mecánico enorme que corría sobre unas ruedas se precipitó sobre él. Faltó el grueso de un papel de fumar, nada más, para que el hocico brillante de la máquina le hundiera el pecho.

—¡Eh, tú! —gritó una voz grosera desde el interior—. ¿Tanto cuesta mirar donde andas? ¿Estás ciego o qué?

Rel halló la seguridad en el césped del otro lado, y echó a correr de nuevo. Llegó a una zona libre, poblada de hierba corta y se paró en la orilla. Imposible determinar

con qué propósito habían dispuesto aquel espacio. Lo mejor era probar de atravesarlo. Por otra parte, en pocos momentos le habían sucedido demasiadas cosas. Rel decidió tenderse un momento.

Cuánto rato había pasado estirado allí, no habría podido decirlo. El sol estaba ya alto cuando abrió los ojos de nuevo, despertado por unos gritos estridentes.

En esos instantes, un grupo bastante nutrido de mamíferos ocupaba el espacio libre que tenía delante. El caso es que parecían mucho menores de lo que había creído. Luego comprendió la causa: eran retoños, embriones que no habían llegado al estado adulto. Más de una docena de ellos corrían dando vueltas al terreno... unos cuantos se habían agrupado en un extremo, detrás de otro que manejaba un garrote, y otros aún se escalonaban de forma aparentemente arbitraria a mayor distancia todavía.

En el centro del terreno, uno de aquellos mamíferos jóvenes lanzaba violentamente un arma redonda en dirección al que empuñaba el garrote. Éste no se apartaba, no; al contrario, probaba de golpear el arma con el palo que tenía en las manos.

Los otros gritaban.

Rel concluyó que aquello había de ser una especie de juego.

Alguna que otra vez, el tipo del garrote conseguía golpear el proyectil y se ponía a correr furiosamente de un mamífero a otro dentro del terreno. Y entonces todos los demás aullaban de lo lindo.

Rel se acercó para observar mejor. Era en verdad una especie de juego, una actividad lúdica primitiva desprovista de significado, pero sin peligro. Exigía cierta medida de coordinación y destreza en lanzar el arma redonda, golpearla y correr. Los otros, en el terreno, se limitaban a coger el arma y tirarla a derecha e izquierda.

—¡Eh, señor..., apártese de ahí!

Uno de aquellos engendros estaba gritando, al parecer dirigiéndose a él. Rel sonrió para corresponder al cumplido, guiñó los ojos..., y recibió el proyectil en plena cara.

Sin duda había quedado aturdido horas enteras. Ahora el parque estaba lleno de criaturas dichosas y despreocupadas en un mundo de pesadilla. Porque aquello era una pesadilla... al menos para Rel.

Los mamíferos se hallaban por todas partes. Se lanzaban a la carrera por las estrechas fajas negras, junto a sus gruesas máquinas: los automóviles. Ahora lo recordaba. Le habían hablado de aquello. Aunque no le habían dicho nada de los vehículos de dos ruedas, más pequeños, pero más ruidosos y peligrosos, que se metían por entre los grandes, soltando unos rugidos semejantes a los de los animales de las cuevas.

Tampoco le habían hablado de aquellos otros vehículos de dos ruedas que circulaban sin ruido por los céspedes, propulsados por mamíferos jóvenes. Varias veces faltó poquísimo para que le derribaran.

En contraste, los vehículos de cuatro ruedas y propulsión femenina eran poco peligrosos. Se desplazaban a una velocidad extraordinariamente reducida. Sin embargo, llevaban dentro una cosa que metía mucho ruido, Rel consiguió echar un vistazo al origen de aquellos sonos: provenían de una especie de modelos reducidos de los indígenas, dotados de una faz singularmente congestionada. Aquellos modelos armaban un jaleo espantoso y, por lo general, despedían un olor acre, fétido. Rel no llegaba a comprender por qué los mamíferos adultos los miraban con tanto orgullo. Tampoco comprendía el motivo de que aquellos ejemplares, tanto machos como hembras, se contemplasen unos a otros con una expresión de ternura arrobada. Su aspecto no llegaba a ser repulsivo, es verdad, pero distaba mucho de poder aplaudirse. Como en los libros, vio que algunos machos aspiraban el hedor nauseabundo que exhalaban unos tubitos que tenían entre los labios. Aquello lo llamaban fumar.

La mayor parte de los machos y buen número de mujeres llevaban una especie de pantallitas delante de los ojos... para darse gusto. (Sobre este punto también estaba informado ya). Al parecer, aquellas paredes transparentes aumentaban su débil potencia visual.

Aquellos machos con tubos y aquellas hembras con pantallas ofendían profundamente el sentido estético de Rel, y cuando éste divisó al otro lado de un arbusto a un macho que dejaba el tubo para abrazar a una mujer con pantallas, le invadió una oleada de asco irresistible. ¡Por lo visto y por increíble que pueda parecer, aquellos dos se estaban ajuntando!

Rel se alejó. La tarde iba transcurriendo; le dolían las piernas y los palmeados pies sufrían bastante dentro de su estrecho alojamiento. El calor era insoportable y, además, Rel tenía los estómagos vacíos.

Buscaba un sitio libre. Allá al fondo, bajo los árboles, había mesas y bancos. Varios grupos de indígenas de ambos sexos se habían congregado allí, armando gran alboroto. Pero quedaba un asiento libre.

Rel se detuvo para observar la mesa de la izquierda donde unos mamíferos viejos y un grupo de otros más jóvenes estaban, clarísimamente, procediendo a alimentarse.

El macho más viejo levantó la cabeza y se fijó en él.

—¿Tiene hambre, acaso?

Rel identificó la palabra. Se relacionaba con la alimentación. Se sentía tentado... Además, después de todo, tenía el deber de mezclarse con ellos, ¿no? Y asintió.

—Entonces, venga acá con nosotros... Nos queda mucho. Mamuchka, dale un plato al señor.

Rel aceptó un plato de cartón que la hembra más anciana llenó de comida.

—¡Animo, coma! —le estimuló el macho viejo—. *Choucroute* y salchicha polaca. Dale también *Bratwurst*. ¿Le gusta el *Bratwurst*?

Rel cogió los utensilios que le ofrecían. Cuchillo y tenedor. Conocía su funcionamiento, lo había estudiado. El alimento quemaba.

—¿Usted se llama, señor...?

Rel entornó los ojos y deglutió antes de contestar. Había escogido un nombre... bueno, había sido el Krala quien se lo había elegido.

—John Smith —respondió.

—Schmidt, ¿eh? Yo soy Rudy Krauss.

Una manaza fuerte aprisionó la de Rel, la retuvo y se la estrujó dolorosamente.

—En la esquina de la Tercera y de Burleigh tenemos el domicilio. ¿Sabe dónde dan la vuelta los autobuses?

Rudy Krauss le devoraba con los ojos.

—¡Y ahora, una cerveza! —Estalló en una sonora carcajada—. Me siento en forma. Después de este día, bien merecemos un vaso. Ánimo, usted también.

Rel tenía sed. Bebió, tosió y volvió a beber. Rudy Krauss le llenaba otra vez el vaso. No paraba de hablar, y todo lo que Rel tenía que hacer, por lo visto, era opinar; opinar y beber. Opinar y beber.

El mundo empezaba a nublarse. Era casi de noche, pero aquella niebla venía de otra cosa. A los mamíferos jóvenes los llamaban *niños*, aprendió Rel, entre otras cosas. Butch y Jeanie insistían en que los acompañara a la llanura de los juegos (¿qué podía ser eso?) para que les empujara en los columpios.

—Claro que os empujaré, ¿eh? —exclamó Krauss—. ¡Vamos, antes de partir, vacíe! La cerveza se está acabando.

Rel bebió. Luego los niños le llevaron cerca de un bosque metálico; ellos se sentaron en unas barquillas suspendidas por cadenas y él empujó. Iban y venían. Butch rebotó contra los estómagos de Rel, y éste tuvo que sentarse. Al cabo de un rato, estaba sentado a su vez en una de aquellas barquillas, y los niños le empujaban. Cada vez más alto. Todo se nubló y se puso a girar.

Rel pensó que perdería la vida antes que terminase aquello.

Ahora la oscuridad era completa y la gente se marchaba. Rel se dirigió hacia las cuevas. Trepar por los barrotes fue un verdadero calvario. Se olvidó de la existencia del foso. Nueva caída. El monstruo blanco volvía a estar allí, esperándolo. Pero Rel consiguió esquivarle al fin, llegó a la navecilla y salió sin excesivas dificultades.

Y luego, como por milagro, estaba de regreso en el módulo de mando, bajo la mirada verdosa del Krala.

—¡Mírate! —le dijo éste con voz apagada—. ¡Arañazos, chichones y vestidos destrozados! ¿Qué ha pasado? ¿Has trabado una lucha física?

—No —contestó penosamente Rel—. Me he divertido de la misma manera que los hombres. Estábamos completamente equivocados respecto a ellos. Son unos *monstruos*. Se divierten criando animales espantosos. Dejan que sus hijos se tiren armas a la cara. Su comportamiento social y sexual es intolerable. Jamás lograremos aprender correctamente su lenguaje... Los ejemplares que me han dirigido la palabra se expresaban de una manera, completamente distinta a la que poseemos en las

grabaciones.

El Krala meditó unos instantes.

—Estas dificultades se pueden superar mediante una formación adecuada. Lo que me interesa son las bases de supervivencia. ¿Qué encontraremos como alimento y como bebida?

—Su bebida se llama cerveza. Es una cosa que hincha la cabeza y los estómagos y deforma la visión. El alimento se llama escabeche, *Bratwurst*, salchicha polaca, salami, *Knackwurst*, *choucroute* y...

Rel, de súbito, se había puesto transparente, y luego enfermo..., muy enfermo.

El Krala bajó la cabeza.

—Muy bien —murmuró—. Acabas de darme la respuesta. Es evidente que no podríamos adaptarnos.

A millares de años luz de allí, en la esquina Tercera Avenida-Burleigh, Rudy Krauss meditaba en la cama. «Había sido una merienda muy agradable —pensó—. Y aquel tipo joven, aquel Schmidt, tampoco estaba mal. Tenía cara de apreciar la cocina de Mamuchka y la buena cerveza».

Y una vez formados estos pensamientos, el salvador del planeta se tumbó de costado, eructó satisfecho y se durmió.

EL ESPÍRITU INDIO

The Indian Spirit Guide (1948)

Orlando Crown se dedicaba a cazar fantasmas.

Si usted es lector asiduo de revistas y suplementos dominicales, sin duda se acordará de su nombre. Orlando Crown, mago aficionado, ocultista en sus ratos libres y reventador profesional de apariciones. El hombre que ofreció un premio de 25 000 dólares a todo médium o nigromante que pudiese adoptar una prueba satisfactoria de vida de ultratumba. Sus artículos y sus conferencias son bien conocidos.

Así pues, al decidirme a escribir un libro sobre el espiritismo encontré muy natural emprender un pequeño viaje hasta San Diego para visitar a ese caballero.

—Enséñeme un fantasma —le dije.

Crown Soltó la carcajada. Echó atrás una frente espaciosa sobre la cual encanecían unos cabellos cortos y exclamó:

—Ni más ni menos, ¿eh? ¡El señor quiere que le enseñe un fantasma! Poco a poco, amigo...

Yo empecé despacio. Se lo expliqué todo: quién era, el objeto de mi visita y el tema de mi próximo libro. Él dejó de reír y empezó a mostrarse interesado.

—Y, naturalmente, deseo conseguir testimonios de primera mano, procedentes de un experto. He ahí la causa de que haya venido a verle.

—Naturalmente. No hay otra persona más cualificada. Supongo que hará constar la paternidad de las referencias...

He ahí el secreto, el indicador que buscaba. Siempre me pregunté cómo era que una persona tan cargada de trabajo como Orlando Crown podía echar sobre sus hombros un pasatiempo tan singular. La respuesta era: vanidad.

—¿La paternidad? Mire, si me honra sirviéndome de mentor, le dedicaré el libro.

Crown resplandecía. Se levantó y me tendió una mano fina, elegante, aristocrática.

—Vuelva mañana a las dos —murmuró—. Creo que tendré algo interesante para usted.

El descapotable de Crown viró hacia el sur, y el sol de la tarde dio de lleno en los ojos. Traqueteábamos por un camino de tierra endurecida que se parecía mucho a las hondonadas de Tobacco Road. Unas manchas de hierba enrojecida, como una lepra de la arena sucia, se retorcían bajo el calor, lejos del abrigo de las palmeras emblanquecidas que no atraían sino a los perros del distrito. Las casas sesteaban su vejez detrás de las rejas de hierro oxidado. En los pórticos, desconchados y roñosos, unas caricaturas de mujeres probaban en vano de abanicarse en las hamacas. Unos niños rubiotes espiaban, a la sombra de las ventanas de un verde indiferente. Unas

vaharadas calientes provocaban remolinos en el vuelo de miríadas de moscas, sin poder despejar el hedor de vegetación reseca, madera podrida, sudor e inmundicias que se mezclaba con los restos de comida, promesa de suciedades futuras.

—Ahí está —dijo Orlando Crown, señalando un edificio.

Este simple detalle me bastó para ver en él a un psicosenitivo. Yo no habría podido distinguir jamás aquella casucha de la de al lado. Era una construcción grande, de dos pisos, que en otro tiempo había estado pintada de amarillo. La sombra era espesa, y la puerta estaba cerrada. Como único signo de vida, un cubo de basura, vagamente azul, volcado en las escaleras. Según las letras pintadas antaño en sus flancos, se llamaba Speedy, pero cuando tropecé con aquello, le di, entre dientes, otro nombre.

En el momento en que subíamos al porche, creí ver una silueta que se movía detrás de una de las ventanas de la izquierda, pero también era posible que me equivocase. Orlando Crown tiró de la campanilla y, en el interior de la casa, respondió una protesta malsonante.

Una mexicana bajita de tez pardo negruzca abrió la puerta. Se estaba secando el sudor del bigote y se limpiaba la mano con un mechón de cabellos, mientras decía:

—¿Qué desean?

—Ver a la señora Hubbard. Estamos citados.

—Voy a avisarla. Esperen aquí.

Orlando Crown la siguió hasta el vestíbulo y yo anduve tras él. El pasillo estaba oscuro y era pequeño como un armario. Y como un armario, olía a moho y a naftalina. Unas puertas montaban la guardia a uno y otro lado. La muchacha desapareció por la de la derecha.

Nos instalamos en los asientos de bejuco. Mi silla se encontraba exactamente al lado de una mesa en la que se aglomeraban montones de revistas muy manoseadas ya. Cogí una al azar. Era un número de enero de *Film Fun*.

Orlando Crown me anunció con una media sonrisa:

—Esto promete resultar interesante. Ya sabe usted, hay, en líneas generales, dos tipos de médiums. El primero, es el charlatán al viejo estilo, el género ese de fachada impresionante, tapicerías oscuras, gong de cobre y música de órgano. El segundo grupo se distingue por una simplicidad que desarma. El truco del médium sin artificios. Viendo esta habitación, yo clasificaría a la señora Hubbard en la segunda categoría.

—¿Cómo la ha seleccionado?

—No había mucho en que escoger —respondió Crown, levantando los hombros—. Ya sabe usted, la mayoría de magos de esta parte del país me conocen, sea de vista, sea por mi nombre. Comprenda, huyen de mí como de la peste. En cambio, esta señora Hubbard es una recién llegada.

Crown sacó un cigarrillo y lo encendió. Hundido lo más cómodamente posible en mi asiento, yo miraba las fotos cómicas de los campeones de la mueca, tales como

Bruce Abbot, Jimmy Finlayson, Andy Clyde y Leon Errol.

El silencio tenía algo de opresivo; pero todavía se hizo más húmedo, más asfixiante. El vestíbulo vino a ser como un féretro grande. El tiempo pasaba, pero ¿qué es el tiempo cuando uno está dentro de un ataúd?

Crown apagó la colilla. En cuanto a mí... yo escuchaba el trabajo paciente de los gusanos dentro de las maderas. La puerta se abrió por fin y la muchacha nos invitó a levantarnos:

—Por aquí.

Al otro lado de la puerta, una especie de sala de recibir muy vulgar, que seguramente había servido de salón, cuando lo construyeron. Los muebles habituales, de roble recargado de adornos, parecían haber sido diseñados por un contemporáneo de la reina Ana (1665-1714). El papel pintado, más bien glauco, se escondía cuanto podía detrás de unos grandes cromos del Salvador meditando, levitando, agonizando.

El centro del aposento lo ocupaba un «comedor»: seis sillas alrededor de una mesa ovalada. La señora Hubbard estaba sentada en una de ellas, con los codos apoyados en la mesa.

Esto de señora Hubbard no cuadraba; comadre Hubbard habría sido una denominación más justa. Era una mujer corpulenta, dilatada, rubicunda, con los cuarenta bien cumplidos. En los brazos y los carrillos unos cuantos pelos como cerditas. Unos mezuquinos cabellos castaños recogidos en un moño sobre el alto cuello de un vestido negro. Había un no sé qué de trágico en aquellos ojos profundamente hundidos. Si había en el mundo una mujer que sufriera, era aquélla.

—Bien venidos.

Su voz era tan monumental como ella misma. Rebotaba por las paredes y venía a estallar en nuestros tímpanos.

—Es usted madrugador, señor Kinter.

Hice un signo afirmativo. Orlando había dado mi nombre como tapadera. Naturalmente.

—Y veo que se ha traído un amigo.

—Sí, creo que usted no tendrá inconveniente. Mire...

—Ya sé —la señora Hubbard sonrió dulcemente—. Siéntense, se lo ruego. Trataré de convencer al escéptico señor Orlando Crown de que realmente soy psicosenitiva.

Crown levantó las cejas. Iba a replicar cuando la joven mexicana abrió la puerta para introducir otras cuatro personas en la habitación. Nosotros nos volvimos para examinar a los recién llegados. Un hombre bajito, gordo y bermejo, con bigote; una imponente matrona apretada dentro de un estampado de Sores; una muchacha rubia, toda pálida detrás de las gafas, y una jamelga tordilla manoseando un collar de coral.

La señora Hubbard, imperturbable, les indicó los respectivos puestos a la mesa. Los cuatro se sentaron con la naturalidad y la confianza de antiguos iniciados. La mexicanita trajo una silla suplementaria y se eclipsó.

Nadie decía nada. Orlando Crown estudiaba a la señora Hubbard. Yo observaba a

Orlando Crown. La señora Hubbard parecía no prestar atención a nadie. En conjunto, aquello tenía un poco de hechizo de una novela de Agatha Christie.

Yo esperaba algo, no sé qué: que se cerraran las cortinas, murmullos dentro de la habitación oscurecida, golpes y gemidos, chirriar de tiza sobre la pizarra, algún espectro fosforescente que saliera de la boca de una mujer que ululara.

En vez de eso, reapareció la chica mexicana. Traía un cuaderno de papel, del modelo corriente de rayas azules, un paquete de sobres y un puñado de lápices amarillos. Objetos que pronto formaron desorden en el centro de la mesa.

Esperamos a que la muchacha se marchara de nuevo, columpiando sus orondas nalgas. El tipo bermejo que trituraba el mostacho, la matrona jugaba con el bolso, la chica de las gafas tosía y la dama canosa repasaba los corales como si fueran cuentas de rosario.

—Por favor, ¿quiere cada uno de ustedes coger un lápiz, una hoja y un sobre?

La señora Hubbard estaba a punto de empezar su número. Nosotros buscamos a tientas los accesorios requeridos.

—Dado que nuestro grupito es algo más importante que de costumbre y que, muy comprensiblemente, uno se siente como cohibido en presencia de extraños, pienso que lo mejor sería que formularsen las preguntas por escrito.

La señora Hubbard se pasó la mano por el moño y sonrió.

—Sugiero, pues, que, para empezar, cada uno de ustedes escriba una pregunta. Si tenemos tiempo, me complacerá mucho profundizar más en las preguntas con cada uno, en particular si alguno lo desea. Lo verdaderamente importante por el momento es que tengan confianza en mí. De lo contrario, no creerán en mis poderes y no podré ayudarles. Como hay algunos de ustedes que están presentes por primera vez, emplearé un procedimiento bastante espectacular para convencerles de mis percepciones extrasensoriales.

La voz profunda e inteligente manaba dulce, fluida y persuasiva, de la boca vulgar de aquella vieja matrona gorda y bañada en sudor.

—No me gusta demasiado la escenificación; no puedo ofrecerles ninguna sala tenebrosa, una mesa que gire, ni presencias fantasmales. No obstante, si cada uno de ustedes tiene la bondad de escribir una pregunta en una hoja, doblar ésta y meterla dentro de un sobre, acaso yo pueda poner de manifiesto un fenómeno psíquico interesante.

Hubo una pausa, un sentimiento colectivo de titubeo. La señora Hubbard no necesitaba ser vidente para observarlo.

—Por favor. Es muy sencillo. Yo les leeré las preguntas tal como ustedes las hayan escrito; pero sin abrir el sobre.

Sonrió y continuó diciendo:

—No hay superchería alguna. Pueden examinar ustedes el papel, los lápices y los sobres. No encontrarán papel carbón, ni cera, ni preparación ácida alguna que pueda hacer reaparecer lo que hayan escrito. No habrá que esperar. Les leeré las preguntas

enseguida, y abriré los sobres uno tras otro. Esto debería bastar para convencerles de los poderes que me asisten. Luego responderé a las preguntas. De modo, pues, que si quieren escribir..., si tienen la bondad, háganlo, y que sus preguntas sean sinceras; pregunten lo que les preocupe o lo que les interesa mayormente.

El tío bermejo garabateó algo sobre el papel rayado, que dobló cuidadosamente en cuatro pliegues. La matrona chupaba la punta de su lápiz juntando las cejas. Yo escondí la hoja para escribir: «Mi próximo libro, ¿será el testimonio de un fracaso?».

La señora Hubbard no podía leer, en modo alguno, lo que escribíamos. Se había levantado e ido a una mesita de juego en un rincón de la estancia. Se acercó la silla y se sentó, esperando que hubiéramos terminado de doblar y pegar, con gran ruido de bocas y papeles.

—¿Quieren venir a depositar los sobres personalmente, por favor? No deseo que sospechen que los he cambiado.

Nos pusimos en cola delante de su mesa antes de sentarnos de nuevo. Todos la observábamos atentamente cuando cogió los seis sobres para mezclarlos con precaución y depositarlos enseguida en un ángulo de la mesa.

Después los desplegó en abanico ante sus ojos y frunció el ceño. Nuestras sillas rechinaron un poco al volvernos hacia ella. La matrona encendió una lámpara situada detrás y acercó un cesto metálico.

Nada de pases magnéticos ni de juegos de manos, nada de hilo ni de vibrador, ni truco de otra especie. Todos teníamos la mirada fija en la señora Hubbard, y ella contemplaba los sobres.

Su frente se arrugó. La fuerte manó se estiró al azar y cogió uno de los sobres del centro del abanico. La mujer se lo apretó más arriba de los ojos, contra las arrugas, y cerró bien los párpados.

Luego se puso a hablar, y su voz venía de muy lejos, de muy lejos del interior de ella misma, de muy lejos del interior del sobre.

—¿Debo vender mi finca al sindicato, o conservarla como pensaba? —murmuró.

El tipo rojizo y con bigote saltó de su asiento como un diablo.

—¡Esto es! —aulló—. ¡Cáspita, es mi pregunta!

Orlando Crown no chistaba. Todos los demás se inclinaban, empujados por la excitación.

La señora Hubbard, siempre con los ojos cerrados, sonrió.

—Por favor, modere sus transportes. Así es más difícil concentrarse.

Luego abrió el sobre, miró distraídamente la hoja y la colocó en el cesto, aunque sin dejar de hablar ni por un instante.

—Según yo entiendo, señor Rogers, la propiedad de que usted habla consiste en un lote de siete fincas situado junto a San Juan Capistrano, por la parte sur, tocando a la 101 A, la autopista de la costa. El sindicato al cual se refiere, el...

Rogers abrió la boca y ella se interrumpió.

—Naturalmente, callaré los nombres, si usted lo prefiere. Pero ¿no es verdad que

tienen intención de construir un hotel en aquel lugar? ¿Y que le han ofrecido 58 000 dólares al contado, pero que usted quiere 65 000? Me parece que si usted rehusa la oferta actual, el jueves le ofrecerán 60 000. Y si aguanta firme, el lunes le darán lo que usted ha pedido.

Sin detenerse, su gordezuela mano cogió otro sobre y lo apretó contra la frente. Ojos cerrados y boca abierta.

—Mi próximo libro ¿será el testimonio de un fracaso?

¡Había leído mi pregunta sin abrir el sobre! Otra vez traté de perforar la mirada impenetrable de Orlando Crown. Probaba de entender cómo... Tenía que haber un resquicio, algún truco en alguna parte; pero el problema era demasiado difícil para mí. La buena mujer había leído mi pregunta sin verla.

Me quedé boquiabierto cuando vi que la señora Hubbard abría distraídamente el sobre y sacaba el papel doblado. Enseguida lo desdobló y quedó boquiabierto a su vez.

Una especie de mancha roja revoloteó sobre la mesa, una cosa atrevida y descarada, la foto de una muchacha medio desnuda, resaltando sobre un fondo escarlata.

Era la cubierta del número de *Film Fun* que yo había leído en el vestíbulo.

Orlando Crown se había levantado y cogido la cubierta aquella.

—Mi pregunta, creo —explicó.

Las palabras se agolpaban en los labios de la señora Hubbard. Cuando salieron por fin, se precipitaron en una cadencia agradable al oído:

—¿Cómo?... ¡So asqueroso, sucio, innoble, hediondo!

Estaba como clavada en su asiento. Los demás nos habíamos amontonado alrededor de la mesa, y Orlando Crown inició sus explicaciones.

—Vean, señores; es extraordinariamente sencillo. El sistema ese es viejo como el mundo. Mientras el público busca espejos, ojo electrónico, toda suerte de trucos perfeccionados, el pretendido vidente emplea el viejo sistema de «uno adelantado». Todo lo que necesita es un comparsa; en nuestro caso, el señor Rogers.

El tipo rubicundo, que había saltado como diablo escapando del encierro, parecía que iba a desplomarse, como al final de una carrera; pero el sutil señor Crown le sujetó el brazo con firmeza.

—Vean cómo se hace. El comparsa escribe su pregunta y la pone dentro del sobre, como los demás; pero hace una leve señal, una simple raya con la uña, aquí, en la solapa. El médium que la busca puede reconocerla a la primera mirada. Vean el sobre del cómplice de la nuestra.

Orlando Crown cogió uno de los sobres que todavía no habían sido abiertos.

—Es este sobre el que el médium abriría en último lugar. De modo que todo lo que la señora Hubbard tiene que hacer es decir primero la pregunta de Rogers, que tenía pactada de antemano. El comparsa salta y arma mucho ruido, diciendo que es su

pregunta, mientras la médium abre el sobre que tenía contra la frente. Evidentemente, ahora se trata de uno que contiene una pregunta verdadera. Ella la lee, fingiéndose distraída, y la deposita en el cesto. De modo que mientras la señora Hubbard respondía al señor Rogers con profusión de detalles, lo que hacía era leer la pregunta del señor Kinter, extraída del sobre que acababa de abrir. Luego, cogiendo otro sobre, iba a responder al señor Kinter, al mismo tiempo que leía la pregunta siguiente:

—Pero al enunciar la pregunta del señor Kinter, ha abierto mi sobre, y esto la ha perdido.

—¡Oh, so... persona innoble! —gruñó la médium—. ¿Qué espera de mí?

—De usted, nada en absoluto, a decir verdad, salvo la promesa de que dejará de explotar a personas que necesitan realmente la ayuda procedente de consejeros serios. Por lo demás, no creo que pueda seguir poniendo en juego mucho sus viejas trampas.

—¡Raza de...!

—¡Ande! ¡Cuidadito! Vigile su lenguaje. Ciertamente no tiene mucho aire de verdadera dama, señora Hubbard. Claro, a veces las apariencias engañan. Ténganlo bien presente, señoras y caballeros.

—En este momento, por ejemplo, la señora Hubbard no emplea precisamente el lenguaje de una dama. Y es que en realidad no tiene nada de ello. Ni siquiera...

La mano de Orlando Crown se posó en la cabeza de tía Hubbard, y volvió a subir con una peluca de moño castaño. Entonces vimos a un tipo grueso y calvo que arañaba la mesa con unos dedos regordetes y gritaba con una voz ronca que nos hizo escapar de la habitación.

Crown se volvió hacia el grupo en el instante en que llegábamos a la acera e hizo una leve inclinación de cabeza.

—Queridos amigos —dijo—, creo que nuestra sesioncita sobrenatural ha terminado.

—Caramba, yo nunca...

—¿Entonces, todo eso...?

Y se dispersaron por la calle parlotando y con los ojos todavía redondos por la estupefacción. Todos, excepto la anciana señora del collar de coral.

—Perdóneme —dijo, haciendo silbar el aire al inspirar—, yo... yo querría darle las gracias por lo que ha hecho allí dentro.

—No hay de qué.

Crown sonrió y abrió la portezuela.

—Ah, pero es que me ha hecho un favor inmenso. Esa horrible mujer..., digo, persona, me había convencido, prácticamente. Hacía ya varias semanas que venía a consultarla, y casi había conseguido alejarme definitivamente de la señora Prinn.

—¿La señora Prinn?

—Sí. Es una médium auténtica. Quiero decir que es de verdad, no una tramposa.

Crown me dedicó un guiño, pero la mirada que dirigió a la dama tenía un aire grave.

—Señora, si me permite decirlo, todos los médiums son unos tramposos.

—¡Oh, no! —exclamó la mujer, llevándose las manos a la boca—. Puede haber trucos como el que hemos visto, ¡pero en casa de la señora Prinn no! Ella no prueba nunca de engañarte con trucos. Se limita a llamar el espíritu del desaparecido. Tiene un espíritu que la guía, ya sabe usted.

Crown dirigió una mirada impaciente a su reloj de pulsera.

—Muy interesante —dijo—. Pero le aseguro que en mi larga carrera todavía no he encontrado ni un solo médium de verdad, ni una sola aparición auténtica, ni un solo guía espiritual.

—Debería conocer a Pequeña Hacha —dijo la dama—. Es un indio.

—¿Un guía espiritual indio? —pregunté—. ¿Sabe usted? Siempre me he preguntado por qué todos los médiums parecen recurrir a los servicios de los guías espirituales indios.

Crown tosió.

—Tenemos que irnos —dijo, volviéndose hacia la señora anciana—; regresamos a la ciudad. Si podemos acompañarla un trecho...

—Gracias.

La anciana adoptó un aire obediente y abrió la portezuela trasera del descapotable.

—Creo que, dadas las circunstancias, sería conveniente que me presentase: señora Celia Brewster.

Los dos hombres recitamos nuestras identidades. Crown añadió sus títulos, al mismo tiempo que arrancaba.

—¡No! —exclamó la señora Brewster—. ¡No me diga! Hubiera debido reconocerle, por las fotografías de los periódicos. ¡Orlando Crown! Pero ¿cómo?... ¡si todo el mundo le conoce!

El talón de Aquiles una vez más. Crown flotaba literalmente de placer.

—Sí. Hasta la señora Prinn nos ha hablado de usted.

—Bien no, supongo.

—Pues mire... —La anciana señora se puso a manosear nerviosamente el collar—. Naturalmente, como es una médium auténtica, algunas declaraciones de usted sobre el espiritismo le han extrañado mucho.

—Lo creo muy de veras —murmuré yo entre dientes.

—Pero si usted pudiera verla, sólo verla, estoy segura de que revisaría sus opiniones sobre experiencias trucadas —continuó la señora Brewster.

E hizo una pausa. Luego reanudó:

—Se me ocurre: ¿por qué no ir a verla? Sí, ¿por qué no hacer una visita a la señora Prinn a título de invitado personal?

—Querida señora... —empezó Crown.

—Sería un honor tan grande —repuso la estimada señora—. ¡Un honor tan grande tener a un notable experto en una de sus sesiones!

Había encontrado la expresión precisa una vez más.

—A decir verdad, esas cosas no me interesan mucho, pero Kinter busca información, y le he prometido ser su mentor... ¿Qué dice a eso, Kinter? ¿Le gustaría asistir a una de esas sesiones a la moda antigua, con mesas que giran, esqueletos, coro de trompetas y todo el santo estremecimiento?

Deseaba que contestase que sí. Y contesté que sí.

—Muy bien. Ah, por favor, no diga mi nombre a la señora Prinn. No la conozco, y ella, por su parte, no tendrá muchas ganas de toparse conmigo.

—Como quiera, señor Crown. Será una experiencia muy instructiva para ambos, estoy segura. Sé que quedará convencido de una vez y para siempre de la autenticidad de la comunicación con el más allá.

—O será usted la que quede convencida, de una vez y para siempre, que se trata de trampas —replicó Crown—. Guías espirituales indios, ¿eh? ¿El sachem Wahoo? ¿No es eso?

—Pequeña Hacha —corrigió la señora Brewster, con una sonrisa—. En los tiempos de su existencia terrena era un sioux oglalla. Se manifestó a la señora Prinn en 1934, siendo ella niña. Desde entonces le sirve de guía y le transmite mensajes de personas desaparecidas...

—A tanto el mensaje —atajó Crown—. A propósito, ¿a cuánto ascienden las estafas de que ha sido usted víctima?

—Digamos a varios miles de... Oh, se lo ruego, señor Crown, no diga esas cosas. ¿No puede reservarse la opinión para cuando haya visto a la señora Prinn?

—Perdone. Y diga, ¿para cuándo nos organizará esa visita?

—Mire usted, estoy citada para mañana a las nueve. ¿Les conviene?

—De acuerdo.

Crown paró el coche a la salida del viraje y abrió la portezuela.

—Nosotros paramos aquí, si a usted no le va mal. Supongamos que pasase a buscarla mañana a las ocho y media. ¿Dónde podría encontrarla?

La señora Brewster dio una dirección, y Crown mostró su conformidad.

—Entonces, hasta la vista —dijo ella, agitando los corales.

—Hasta la vista —gritó Crown.

Y, murmurando entre dientes, añadió:

—No trate de pescarme con un indio de madera.

La noche siguiente, Crown estaba de un humor brillante. Mientras íbamos a buscar a la señora Brewster me deleitó con historias de paneles trucados, de desplazamientos de objetos a distancia por medio de imanes y de hilos palpadores. No se calló ni cuando la señora Brewster se reunió con nosotros y nos condujo a los cuarteles de la médium.

—Usted me preguntaba a propósito del sachem Gran Fisgoneador...

—Pequeña Hacha —corrigió pacientemente la señora Brewster.

—En fin, como quiera que lo llamen. A este propósito, el señor Kinter se preguntaba la causa de que la mayoría de los médiums parecen echar mano de los guías espirituales indios.

—Es un hecho que me intriga y me desazona, en efecto —dije—. ¿Por qué importunar continuamente a esos desdichados indios?

La señora Brewster respiró profundamente, pero se calló cuando Crown respondió con una sonrisa despojada de malicia:

—Hace años, muchos años, cuando el espiritismo empezó a desarrollarse comercialmente por el continente, los médiums eligieron como personaje ideal al noble Piel Roja. En primer lugar, porque los europeos se habían encaprichado con las obras de Cooper, y luego porque las generaciones posteriores se dieron grandes atracones de los relatos subidos de color que se bordaron en torno a las hazañas de Buffalo Bill. Los indios eran un elemento exótico para los europeos; como lo son los hindúes para nosotros. ¿Y acaso no se describía a los indios como iluminadores o guías, en las novelas occidentales de la época?

—El motivo de tal elección es muy simple: si el sachem Mano Caliente puede orientarse en medio de los espacios inviolados del Waukegan, entonces, sin la menor duda, podrá enseñar el camino a través de los reinos del mundo de los espíritus. Además, cuando un guía indio se expresa por boca del médium, puede discurrir en jerga rara. Nadie entiende las lenguas indias. En consecuencia, el médium puede vociferar lo que le venga en gana; diga lo que diga, siempre sonará a cosa auténtica.

—Ya ve, pues, que es una vieja práctica de los espiritistas la de hacerse ayudar por un espíritu indio. Y nadie parece preguntarse cómo es que un indio bueno (y por indio bueno yo entiendo un indio muerto) pueda tener ganas de ir a columpiarse en torno de unas matronas maduras para ayudarlas a pasearse por la Ciudad Fantasma.

—Pues el guía de la señora Prinn no es una invención —interpuso dulcemente la señora Brewster—. Pequeña Hacha vivió realmente. Si leyera usted un poco de historia india, o las crónicas del pueblo sioux, encontraría su nombre. Murió en la batalla de Little Big Horn, ya sabe, en la carnicería de Custer. Y podrá darle detalles, pruebas absolutamente auténticas de...

—Lo que esa señora Prinn de ustedes ha leído en los manuales de la biblioteca municipal —completó Crown.

—Quisiera que se abstuviese de condenar de antemano a la señora Prinn —dijo la vieja señora, que sobaba los granos de coral con nerviosismo creciente—, porque sé que quedará agradablemente sorprendido.

—Yo creo que la sorprendida será ella —respondió Crown, con una sonrisa de mal agüero—, y no me parece que la sorpresa se le antoje singularmente agradable.

—No le he dicho el nombre de usted, pero aunque le reconociera, no tendría importancia. A la señora Prinn le encanta que pongan a prueba sus talentos de médium. ¡Si usted supiera lo que me ha contado de los que ya están en la otra parte!

—Desde el primer instante, y sin que yo abriese la boca, ya sabía todo lo referente

a mí. Me dijo cosas que yo no había revelado nunca a nadie... ¡Ah, lo de hoy va a ser una experiencia extraordinaria para una persona tan escéptica como usted, señor Crown!

—La escena empieza aquí, se diría —nos hizo observar él en el momento en que el coche se metía por la entrada de un edificio elegante.

Un portero cogió el volante y aparcó el descapotable, mientras nosotros nos dirigíamos hacia el vestíbulo inmenso, forrado de cromos. El ascensor nos subió al séptimo.

—¿Qué trae ahí? —murmuré yo, indicando la bolsita de cuero negro que Crown tenía en la mano.

—Ya lo verá —respondió—. Esto forma parte de la extraordinaria experiencia en la que vamos a participar. Yo creo que la señora Prinn se pondrá furiosa y Pequeña Hacha morirá de rabia.

El ascensor nos dejó delante de una puerta de roble claro, de aspecto moderno. La señora Brewster oprimió el timbre y se oyó un campanilleo. Era un carillón de los caros, de ocho tonos. Por sí solo, aquel sonido me dijo que la sesión formaría un vivo contraste con la otra, tan sórdida, de la víspera.

Esta impresión resultó acertada. Desde el preciso momento en que un criado con turbante abrió la puerta y nos suplicó que entrásemos, nos encontramos en un mundo extraño.

Sólo un mal decorador de Beverly Hills podía haber tenido el atrevimiento de decorar aquel saloncito.

Todo era negro. Unas tapicerías de terciopelo negro escondían las paredes. Los muebles, bajos, modernos, con paneles de ébano, estaban recubiertos de moaré negro, y unas fuliginosas alfombras de terciopelo escondían las negras baldosas del suelo. A intervalos, en las paredes, se abrían nichos que albergaban estatuas negras, evidentemente, que reconocí como procedentes en línea directa de una mitología primitiva... o de un revendedor oriental.

La luz, tamizada, iluminaba las siluetas de Kali, con todos sus brazos; de Bast, que hacía una mueca; y de un dios del trueno tibetano que hacía rodar unos ojos enloquecidos. Se percibía aromas de incienso y perfume. Se olía también el aroma del dinero y el engaño. Crown me guiñó el ojo en la oscuridad; pero la señora Brewster estaba sinceramente subyugada por aquella atmósfera. Acabábamos de sentarnos cuando el carillón sonó otra vez. El hindú abrió la puerta e introdujo en el saloncito a otros buscadores de misterios. Los recién llegados nos dirigieron unas miradas nerviosas, pero ni uno solo despegó los labios.

Kali levantaba sus múltiples brazos, Bast seguía con sus muecas y el diosecito tibetano no se cansaba de hacer rodar los dementes ojos. El incienso propagaba sus tortuosos efluvios a través de los velos de tinieblas.

¿Narcóticos? ¿Hipnosis? ¿Autosugestión? Acaso todo ello representaba algún determinado papel; pero yo olvidé enseguida el decorado de pacotilla, olvidé los

vapores de sudor, olvidé que allí no había ninguna manifestación sobrenatural.

Cerré los ojos, y la música llegó hasta mí, de repente, desde muy lejos. El gong sonó con fuerza, y me dirigí con los demás hacia un segundo salón, donde nos aguardaba la araña.

Estaba sentada detrás de la inmensa mesa octogonal, leñosa tela de araña tejida para cazar moscas desprevenidas. Allí estaba, envuelta en tinieblas, y cuando inclinó la cabeza vi en sus cabellos una raya blanca que trazaba una especie de signo de interrogación eterno.

Sus ojos eran lagos profundos y su voz parecía emanar de ellos más bien que de la boca. Sus manos hacían gestos de bienvenida extraños y sibilinos para invitarnos a ocupar nuestro sitio alrededor de la mesa. Ocho plazas, ocho personas.

Salí, por fin, de mi torpor, para observar a Crown. Le vi claramente inmunizado contra las atmósferas exóticas. Sus ojuelos recorrían la pieza, tomando nota de todo lo que veían. Se fijaban en las colgaduras, el candelabro, el profundo rincón del extremo de la sala, la gruesa moqueta que cubría el suelo, el alto techo con las vigas dispuestas como para apagar el débil resplandor vacilante de las velas.

Luego se volvió hacia la señora Prinn, examinó su vestido de terciopelo negro, advirtiéndole de paso las largas mangas hinchadas, la ancha falda y los pies calzados con unas zapatillas ligeras. Me dio un codazo en el instante en que todos se sentaban, y lo aprovechó para murmurar:

—¡No tendré más que para un solo bocado! Ella guarda todo un arsenal, puede usted adivinarlo perfectamente. Una trabajadora del misterio un poco anticuada que esconde entre las ropas accesorios suficientes para equipar una tribu india entera.

Yo opiné en el momento en que la señora Prinn nos echaba una ojeada y me senté al lado de Crown.

Hubo carraspeos, chirriar de sillas y de zapatos. Luego vino un largo minuto de silencio. Nada de órgano, ni de carillón, ni de gong. Sólo el movimiento silencioso de la sombra en una habitación que ya estaba fuera de este mundo.

La señora Prinn tomó asiento. Su vestido era de ébano; su piel, de mármol. Todos esperábamos las palabras de la estatua.

—Saludos. Hoy hay extraños entre nosotros.

La señora Brewster abrió la boca. Una mirada de la médium bastó para silenciarla.

—Pero no tiene importancia. Damos la bienvenida a los nuevos adeptos. Tampoco nos estorba la presencia de escépticos. No hay mayor bien para la Causa que la conversión de los que dudan de la Verdad.

—Veo que el caballero de la punta —y movió la cabeza en dirección a Crown— se ha tomado la libertad de traer una bolsa negra. Guiada por mis experiencias anteriores, presumo que tiene la idea de verificar alguna prueba.

La médium fijó la mirada en Crown, con una sonrisa descolorida.

—Oh, estoy desolada, señora Prinn. Quizá hubiera debido decírselo; estos

caballeros...

—No era preciso, señora Brewster. El hecho de que sean invitados de usted me basta. —La sonrisa ahora era menos pálida—. Si sus amigos escépticos desean controlar mi sesión, de la forma que sea, me sentiré muy dichosa ayudándoles a ello...

Crown dejó la bolsa sobre la mesa. Todo el mundo miraba, boquiabierto.

—¿Qué desea usted? —runroneó la señora Prinn—. ¿Quiere pegar papel en las puertas? ¿Sellarlas? ¿Sembrar el suelo de harina, tender cuerdas a través de la habitación, o acaso redes? Trátame como una victima voluntaria al pie del altar de la ciencia.

En el tono de su voz se notaba un leve dejo de mofa, y Crown respondió:

—Ninguna de tales complicaciones, se lo aseguro. He pensado, sencillamente, que sería interesante variar un poco el ritual acostumbrado..., la manera habitual de juntar las manos durante la sesión.

—¿Qué propone en su lugar?

—Esto.

Orlando Crown derramó una cascada de brazaletes plateados sobre la mesa.

—¡Unas esposas! —exclamó la señora Brewster—. ¡No iré, sin embargo, a ponerle unas esposas!

—No a ella solamente, sino a todos nosotros. Vean ustedes, he traído una docena de pares. Más de las necesarias.

—Pero...

—Está muy bien —dijo la señora Prinn—. Siempre acogemos favorablemente toda clase de pruebas. Supongo que nos las quiere ver en las muñecas inmediatamente. Si nadie se opone, pediré, pues, a Chardur que nos las coloque.

—Preferiría hacerlo yo mismo —murmuro Crown.

—Como quiera.

Orlando Crown era un hombre singularmente rápido colocando esposas. Dio la vuelta a la mesa, uniendo muñeca a muñeca, probando y verificando cada par de esposas y asegurándolas firmemente. Estábamos sentados, encadenados el uno al otro. Faltaba un solo eslabón.

—Y ahora, ¿quiere llamar a Chardur, por favor? —Crown se sentó—. Puede ponerme los brazaletes, cerrando el corro.

Chardur se presentó y ató a Crown en su puesto, entre la señora Brewster y yo.

—¿El sahib quiere que guarde la llave? —preguntó el hindú.

—¡Jamás de los jamases! El sahib te pide que le pongas la llave dentro de la boca.

—¿Dentro de la...?

—Esto es, amigo mío. Pónmela en la boca. Quiero saber dónde está cuando se apaguen las luces.

Orlando Crown sonrió de oreja a oreja, y la llave desapareció dentro de la sonrisa.

—Puede retirarse y cerrar la puerta, Chardur —dijo la señora Prinn—, pero antes

de salir apague las velas.

—Y a continuación —añadió Crown—, tenga la bondad de dejarse ver bien en el marco de la puerta, antes de salir. Por la redención de los escépticos.

Apagadas las velas, Chardur se retiró. Alrededor de la mesa, ocho personas atadas una a otra como prisioneros en la oscura bodega de un barco de esclavos.

Yo no sé qué parece el interior de un barco de esclavos; pero me imagino el aire lleno de gritos y gemidos, de respiraciones roncas, de chirridos del viento, la mar y las fuerzas exteriores.

Las fuerzas exteriores...

No nos encontrábamos a bordo de ningún barco, pero sí había fuerzas exteriores. Gritos. Gemidos. Un viento frío que silbaba y se arremolinaba. Y la voz de la señora Prinn en la lejanía. Una voz profunda en una oscuridad todavía más profunda.

—¿Me oyen?... ¿Me oyen? Yo les llamo..., les llamo... ¿Me oyen?...

Silencio.

—Trato de hacerme oír... Esperamos... Trato de abandonar... No es fácil combatir... Abandonar mi...

Silencio.

—Yo venir.

No era su voz. He oído imitadores, ventrílocuos, hombrones borrachos en los bares, pero jamás mujer alguna ha podido imitar bien el bajo profundo de un hombre.

Era una voz de hombre, gutural, que venía de más allá de las tinieblas.

—Camino difícil de hallar. Alguien contrario. Alguien malo.

Aquello hablaba como un indio. *Aquello* parecía indio. Y ahora... ¡*aquello* tenía el aire de ser un indio!

Una especie de aura se concentraba sobre la cabeza de la señora Prinn. *Aquello* no era fosforescente ni transparente, *aquello no* expandía el menor brillo; *aquello no* iluminaba ni el menor trocito de espacio de su entorno. Era, sencillamente, una blancura informe que se estructuraba poco a poco. Vi aparecer, como de un hoyo en las tinieblas, una cabeza y unos brazos de hombre..., sí, como de un hoyo que habría podido ser la boca de la señora Prinn.

¿Indio? No habría podido jurarlo, ni siquiera después de haber visto la trenza única sobre el cráneo afeitado y la pluma única y las mejillas pintadas o tatuadas.

—Mi Pequeña Hacha.

Esto lo esperaba, y hasta creía que tendría un aire más bien mediocre. Pero no. Había visto cómo aquella figura emergía de la nada, había oído su voz emergiendo de ninguna parte, o de otro mundo.

—Vengo prevenir. Malo aquí. Montón lleno. Enemigo.

La esposa de mi muñeca izquierda se puso en movimiento lentamente. Crown me obligaba a levantar el brazo.

—Yo lo veo. Un hombre gris hace maldades. Yo sé el nombre. Orlando Crown.

Alguien exhaló un profundo suspiro, y esta vez pude reconocer que había salido del pecho de la señora Prinn. Los otros tenían la respiración entrecortada. Presté oído, pero al mismo tiempo sentí que la muñeca de Crown levantaba la mía y la acercaba a su boca. De pronto comprendí el plan. Se había guardado la llave en la boca con este fin. Ahora intentaba libertarse las manos abriendo las esposas y saltar adelante para examinar al espíritu indio. Un tipo listo, ese Orlando Crown.

Mas, al parecer, Pequeña Hacha no compartía mis sentimientos con respecto al escéptico. La voz gutural sonó:

—Él no creer. Él no querer la verdad. Él querer hacer conflicto, jactancia y mentira. Los espíritus saben. Los espíritus detestan. Los espíritus me envían para avisar.

Con trampa o sin trampa, la señora Prinn estaba bien enterada de la personalidad de Crown. Bueno. Pero ¿cómo podía saber que...?

—¡Ahora se quita las esposas!

La voz gutural tenía un dejo de triunfó.

—Viene a mi encuentro. No deber hacerlo. ¡Quedarse atrás!

Crown se había apartado de la mesa. Unos movimientos en las tinieblas hicieron como un murmullo apagado. La sombra blanca giraba y se retorcía.

—Atrás. No. ¡Está prohibido!

Oí que Crown se quedaba sin aliento y supe que volvía a su puesto mientras la silueta pálida de Pequeña Hacha se lanzaba a perseguirle. La voz gutural sonaba casi en mis oídos.

—Los espíritus ordenan venganza.

Fueron las últimas palabras que entendí. Pero todavía se oyeron otros ruidos. Un aullido y luego otra cosa distinta, un alarido que, estoy seguro, no había retumbado desde hacía medio siglo sobre la faz de la tierra.

Sonó otro aullido, un estertor y luego unos gritos agudos en torno de la mesa. La sombra blanca se elevó de la cabeza de Crown. Yo quise cogerla, pero no hallé sino una ola glacial que me resbaló por los brazos y la espalda.

El aullido procedía de Crown, y los gritos agudos del resto de la mesa. En este momento, la señora Prinn pedía con una voz casi tranquila:

—Las luces, presto..., las luces.

La sombra aterradora se desvaneció en la nada. Hubo un instante de oscuridad total; luego Chardur entró en la habitación y accionó el interruptor.

Se lo he contado a ustedes de la manera que sucedió, o al menos de la manera que yo creo que sucedió *aquello*, allí, en la oscuridad turbada solamente por una silueta fantasmal, por una voz venida de fuera y el instante de locura final que quizá haya podido empañar todo recuerdo razonable.

Se lo he narrado a ustedes exactamente igual que lo expliqué a la policía, y nada de lo que los otros pudieron decir ha arrojado nueva luz sobre este asunto. La señora

Brewster no sabe ni más ni menos que yo. La señora Prinn no puede explicar nada.

La policía no quiere creer que la sesión no fuera trucada. Los policías no quieren creer en la existencia de un espíritu indio.

Pero no hay nada qué explique razonablemente lo que sucedió...; aquel ruido espantoso que yo tomé por un grito de guerra, y lo que vimos cuando las luces se encendieron de nuevo...

Sí, las luces se encendieron de nuevo, y yo vi a Orlando Crown sentado en su silla. Vi su cabeza chorreando sangre... y masa cerebral...

Es posible que existan espíritus indios, y es posible que no. Pero cuando vi la cabeza de Orlando Crown, muñón sangrante, creí por fin.

Porque a Orlando Crown lo habían escalpado.

LA VENGANZA DEL TCHEN LAM

The Tchen-Lam's Vengeance (1951)

Importa poco cómo llegué a Lasa. Básteles saber que no me había contentado con afeitarme la cabeza, aprenderme seis dialectos y estudiar el budismo tantra según la formulación del mismo dada por Padmasam Ghava, sino que había consagrado tres años a prepararme, y antes de llegar a la ciudad santa de los mil monasterios, había tomado, sucesivamente, la apariencia de un buriat, de un chakhar de sombrero redondo, de un khalka y de media docena más de tipos distintos. Había bebido té negro y leche de yak en centenares de yurtas, antes de llegar al templo siete veces sagrado que había constituido mi único fin. Porque los lamas son sutiles, crueles e implacables, y tienen ojos en todas partes.

Pero yo había triunfado por fin de todos los obstáculos y conducía mis tres camellos hacia el desierto de Gobi para una travesía interminable. A mi espalda, el fulgurante esplendor de la ciudad innombrable; delante de mí, las arenas malditas, el desierto impasible como una gran máscara oriental.

Mis fatigas se verían pronto recompensadas.

Porque el Loto de Lasa estaba en mi poder.

La esmeralda suprema, la joya mística de Gautama, estaba escondida en mi cinto. Valía cerca de medio millón de dólares... y mi vida.

Me faltaba todavía cruzar el desierto y llegar a la costa para estar a salvo. Arreé, pues, los camellos.

La primera semana no fue demasiado penosa. Me sostenía un sentimiento de triunfo que formaba como una protección contra las quemaduras del sol.

Luego vinieron la soledad, la sed y el agotamiento. Vagaba yo por el polvo eterno de un cementerio diabólico. Empezaba ya a ceder a mi imaginación.

Las montañas me encerraban en un círculo: se mofaban del cielo con sus cimas acuchilladas, como colmillos en la boca de un perro rabioso. A la hora del crepúsculo, el viento ladraba por la garganta negra de la noche, y su aliento enfermo me perseguía.

Durante el día la cosa no andaba mejor. Yo vacilaba en medio de un infierno de llamas color ocre, y el sol resplandecía como un ópalo en el dedo de un dios encolerizado. Ora las rocas eran duendes sombríos que danzaban a mi entorno, ora el polvo se levantaba formando un dragón de ámbar que me cerraba el paso. Dormí debajo de peñas erráticas, pálidas como huesos de gigante blanqueados por el sol; me apelotoné contra las ruinas ciclópeas de ciudades muertas desde hacía cinco milenios.

Luego ya no hubo ciudades, ni peñas erráticas, ni montañas. Nada que evocase la menor presencia humana. Los halcones habían dejado de darme escolta y las cucarachas habían cesado en sus procesiones nocturnas. Yo andaba bajo un cielo

fundido, y el sol, inmóvil, estallaba en silencio sobre la arena muda, inmensa y vacía.

Después vino la terrible sensación de abandono. En el mundo ya no existía nada que no fuera la doble tortura del sol y la arena, y yo en medio. La arena me quemaba los pies; yo andaba. El sol me quemaba la cabeza; yo andaba. Innumerables rayos de fuego me atravesaban el cuerpo; yo andaba y andaba.

El cuerpo se me había cubierto de llagas inmundas; la sangre se me había vuelto negra y manaba de la nariz y la boca; los pies se me habían hinchado en informes amasijos de sufrimiento; la piel de las mejillas se me había apergaminado como la carne de una momia expuesta al aire demasiado tiempo, y mi cabeza era una caldera de veneno en la que se rehogaba una sanies febril.

Pero tenía el Loto.

No me desahogaba en quejas ni en furores, ni en cantos o delirios. No pensaba en beber, ni en comer, ni en dormir. La expresión de la cara se me había petrificado. Me bamboleaba imperceptiblemente como un autómatas espantoso. Cuando los camellos morían, los abandonaba allí donde se habían desplomado, sin llevarme los sacos ni los odres. Cuando creía que iba a morir yo, me derrumbaba sobre mis propios pasos; pero siempre volvía a levantarme.

Sí, he ahí el caso. He ahí lo que esperaba de antemano. Estaba dispuesto a enfrentarme con este horror. Tenía el Loto. Lo tenía.

El desierto era como una sala inmensa y solitaria que tenía que atravesar, una sala de un millón y pico de kilómetros. Y me arrastraba pesadamente, solo en aquella habitación.

Un día percibí una presencia extraña. Así, sencillamente. Cuando entra alguien en una habitación, lo notas inmediatamente, aun en el caso de que la habitación tenga millón y medio de kilómetros. ¡Había entrado otra persona! Quizá estuviera a doscientos mil kilómetros, pero estaba allí, yo lo sabía.

Entonces conocí el miedo. A partir de aquel instante olvidé el sol, la fiebre y el cáncer de agotamiento que me roía el corazón. Un terror mucho más vivo se había apoderado de mí.

El tchen lam.

Los tchen lam son los guardianes del Loto. Son los ojos que velan sobre los templos de la ciudad prohibida, son las manos más inexorables de la tierra. Son los verdugos, y en la hora crepuscular del castigo se ponen en camino para su misión vengadora.

Todo el Tíbet teme a los tchen lam y sus espantosos poderes. Conocen el *Triple Secreto* y mandan sobre el viento, el agua y la arena del desierto. A los que han violado la ley se les ha marcado con el signo maldito en el misterio de los templos, y los tchen lam son los encargados de poner en obra la maldición.

Si habían descubierto mi hurto y se habían lanzado a perseguirme, jamás podría zafarme de ellos. Yo lo sabía, y esto era lo que me llenaba de espanto.

Los tchen lam son crueles.

Los mongoles khalkas le cuelgan a uno por la nariz en unos garfios de hierro y le atan pesos a las piernas. Los chakhars son menos inventivos: te atan bajo el sol en pleno desierto, te extirpan los párpados y te recubren de cucarachas. Los torgots destripan vivas a sus víctimas y las encierran dentro de un saco grande en compañía de perros salvajes. Los toyotes, no menos refinados, le amputan a uno los brazos y las piernas antes de arrojarle a una fosa llena de ratas. Pero los tchen lam son peores todavía. Me han contado lo que hicieron con un hombre aprehendido por haber profanado un templo. El cuerpo humano tiene centenares de huesos. Pues bien, el tchen lam se los quebró uno por uno, despacio, cuidando de conservarle vivo. Luego lo destripó y le arrancó los huesos uno a uno. El infeliz siguió viviendo hasta que sólo le quedaban dos costillas, el hueso ilíaco y la columna vertebral. Esto duró meses enteros.

Y ése no es más que uno de los castigos que aplican. Los tchen lam seguían las huellas de mi fuga. El día ascendía por fin como una lágrima enredada en los ojos de un moribundo. Yo me había enterrado en la tibieza de la arena, profundamente, para pasar la noche. Al alba, cuando quise levantarme, no pude moverme siquiera. Sentía la presencia del otro muy próxima, pero no podía moverme. Ni siquiera ante la espantosa idea de que se acercaba mi destino.

Tenía el cuerpo lleno de escalofríos, y la presencia se acercaba más y más. Al cabo de unas horas, la sentí sobre mí. Una sombra se recortó sobre la arena inmóvil. Volví la cabeza y descubrí un semblante amarillo. Entorné los ojos; era lo único que todavía podía hacer. La cara se acercó más. Unos labios delgados cuchicheaban en mi oído, una voz canturreó:

—¿Es americano?

Ensayé un signo afirmativo.

—Le buscaba.

Entorné los párpados una vez más.

—He oído hablar mucho de usted, y es el hombre a quien busco.

Yo no podía moverme. El rostro esbozó una sonrisa y se reanudó el cuchicheo.

—No es preciso morir, ya sabe.

Fui capaz de una sacudida de ironía.

—¿Por qué no? —conseguí gangosear.

—Porque nos iremos a América usted y yo y abriremos un salón de belleza.

Porque nos iremos a América usted y yo y abriremos un salón de belleza.

¡Ni la realidad, ni la ficción, ni el sueño habían inventado nunca palabras más locas!

Yo había robado el Loto de Lasa, los seres más crueles del mundo me perseguían por el desierto de Gobi, me derrumbaba de agotamiento... y un semblante amarillo se acercaba a mi oído para murmurar: «Porque nos iremos a América usted y yo y abriremos un salón de belleza».

No cabía la menor duda, me había vuelto loco. Helo ahí. Y me puse a reír, a reír, a

reír.

El hombre de cara de marfil viejo me acercó una taza de agua a los labios y mis carcajadas se estrangularon. Luego me pasó la mano por la desecada frente y me sostuvo con sus brazos. Recobré fuerzas suficientes para observar bien sus rasgos angulosos. Tenía la cabeza arrugada como un albaricoque podrido; los ojos eran lo único que parecían tener vida. El hombre había sufrido aún más que yo. Percibía que sólo una voluntad indomable lo sostenía sobre sus piernas. Los ojos se me clavaban con un fulgor más vivo todavía que el del sol, llenándome de una fuerza singular. Me levanté.

—¿Quién es usted? —inquirí en un soplo de voz—. ¿Un tchen lam?

El desconocido movió la cabeza lentamente.

—No. Yo me llamo Dagur, y vengo del Dekán. Pero la misión que iba a realizar en Lasa puede esperar. Me hablaron de usted y le he seguido a través del desierto.

—¿Le hablaron de mí? Entonces ya saben...

Él volvió a menear aquella cabeza arrugada y podrida.

—He adquirido mi saber de una manera extraña —dijo—. Pero sé que usted es el hombre que busco. Aventurero sin fronteras, saqueador de tumbas y ladrón de tesoros. Quiero llevarle conmigo a América para abrir un salón de belleza.

Ahora empezaba a habituarme, y ya no me desvanecí bajo el impacto de aquella declaración sibilina. Pero continuaba sintiéndome inquieto.

—¿Los ha visto, a los tchen lam?

—Viene uno en pos de nosotros; pisa nuestras huellas —respondió sosegadamente Dagur—. Quiere el Loto de Lasa que usted robó.

Me dejé caer al suelo otra vez.

—¿Qué haremos? —murmuré.

—Esperarlo, naturalmente. Y cuando esté aquí le devolveremos el Loto.

—¿Qué?

—Es mejor así. Nadie escapa de los tchen lam. Le seguirían a uno hasta más allá de los confines del universo. Tanto da que nos enfrentemos con el nuestro y le propongamos un trato.

—¿Un trato? A mí me matará; yo perderé la piedra...

—No se puede profanar el Loto de Lasa. Los sacerdotes creen que no se puede recobrar por la fuerza. Por este motivo, jamás osarán matarle a usted para recuperarlo. Sería un sacrilegio. Es preciso que usted lo devuelva por su libre voluntad.

—Pero esto vale medio millón —protesté—. Me pasé tres años preparando el asunto; he cruzado el infierno de este desierto. ¿Por qué habría de devolvérselo?

—Porque medio millón no es nada, no es más que una limosna comparado con la fortuna que ganaremos entre los dos, si vivimos; y porque, si no hacemos un trato, usted morirá aquí, en el desierto.

—¿Qué clase de trato quiere proponer?

—Mire, usted está débil, moribundo. Yo también. Pero el tchen lam es un hombre robusto; tiene un cuerpo habituado a sufrir los rigores del desierto. Por lo tanto, le propondré un trato de esta suerte: yo me apropiaré de su cuerpo a cambio de la piedra, y le daré el mío además. De este modo, entre ambos, usted y yo, tendremos fuerzas suficientes para llegar a la costa.

—Usted está loco —murmuré, pensando que quien debía de estarlo era yo—. No se puede trocar el cuerpo con el de otra persona.

—Yo soy Dagur. He estudiado en los lugares más secretos y he adquirido poderes mágicos. Por la sola potencia de concentración de mi cuerpo astral, puedo entrar en el organismo de otro y colocar a este otro en el mío, siempre que su espíritu no se oponga a ello. Según lo denominan ustedes, es una especie de hipnosis colectiva. De modo que, si el emisario está conforme, procederemos así.

—¿Usted tiene el poder de trocar todos los cuerpos? —repetí.

—Sí. Y es de esta manera como haremos fortuna.

Seguí tendido muchísimo tiempo. Sabía que deliraba. No había ningún Dagur, no había tratos tan locos. Estaba muriendo solo. Aquello no era la realidad. No podía existir nada tan fantástico. Y no obstante...

A lo lejos, a través de las vibraciones del calor, vi crecer la silueta que se acercaba con paso pesado, como un aparato mecánico, como sin respirar. Reconocí el gran sombrero amarillo, el gran cuello de nutria y la amplia túnica. ¡Un tchen lam!

La silueta se dirigía hacia nosotros, segura e implacablemente. Tomé nota detallada de sus rasgos, una máscara de marfil en la que se leía la crueldad y que tenía engarzados unos ojos de esmeralda.

Dagur no se estremeció. El otro se acercaba sin prisa. Mi compañero levantó la mano para saludarle.

—Queremos tratar —dijo.

El tchen lam volvió hacia mí una mirada de basilisco e hizo un movimiento de cabeza.

—Es éste —dijo en un inglés seco—. ¿Habla usted en su nombre?

—Sí.

—¿Qué proposición es ésa?

—Le dará el Loto a cambio del cuerpo de usted.

Yo esperaba que el tibetano mataría a Dagur. Su expresión no se modificó lo más mínimo, pero su mirada adquirió una viva intensidad.

—Reflexione —argumentó Dagur—. Usted puede continuar siguiéndole a través del desierto y esperar a que muera, es verdad, y luego coger la joya. Pero de esta manera es más simple, más rápido. Usted coge la piedra y da su cuerpo. Dispondrá de mi envoltura carnal para volver a Lasa. El tiempo es precioso, cada instante que el Loto pasa fuera de su relicario es una afrenta a los dioses. Dé usted su cuerpo y

tendrá la piedra ahora.

—Los ladrones han de ser castigados —objetó el tchen lam.

Pronunció las palabras con voz dulce, pero yo pensaba en mis huesos rotos y temblaba.

—La muerte natural no sería un castigo —insistió Dagur—. Quizá haya otros medios...

—Sí. Otros medios. —La voz del tibetano vibraba de tensión—. Sí, acepto la propuesta. Mis hermanos de Lasa pensarán que ha sido una ocurrencia genial, un juego indescriptible.

Dagur tenía el semblante alterado. Yo, también. Pero mi nuevo amigo insistió:

—Bien, pues. Trato hecho. Usted debe dejar que su voluntad se someta a la mía. Luego nuestros espíritus se mezclarán, y cada uno tomará posesión del cuerpo del otro. Concentraremos nuestra atención sobre el Loto. Démelo.

Yo le alargué la piedra. La centelleante piedra de llamas esmeraldinas brilló bajo la luz. El hindú se arrodilló y el monje amarillo hizo lo mismo, de cara a él. El Loto reposaba sobre la arena, entre los dos hombres, los cuales inclinaron la cabeza y clavaron la vista en ella.

Tendido en el suelo y temblando de fiebre, agonizando en medio del desierto, yo contemplaba a dos magos —o dos locos— que rubricaban un pacto impío y sellaban mi destino.

—Relájese —murmuró Dagur—. Tiene una voluntad demasiado fuerte, y debe someterse para ayudarme.

El tchen lam se sometió. De pronto los dos hombres se pusieron tiesos como marionetas. Arrodillados sobre la arena, cerrados los ojos. El Loto se iluminó con un fulgor repentino; luego los dos cuerpos fueron presa de espasmos.

Ahí lo tenía, la abominación de la Alta Asia. Yo no sabía si agonizaba o me había vuelto loco. Y después de haberlos visto a los dos derrumbarse y retorcerse, les vi abrir los ojos de nuevo y sentarse.

La voz de tono agudo del lama salla de la garganta vibrante de Dagur.

Era increíble, pero era la misma evidencia.

Yo estaba demasiado débil y demasiado enfermo para comprender plenamente lo que acababa de presenciar. La prueba concreta del viejo mito occidental. La metempsicosis. La más antigua, más inmemorial de todas las creencias, se había realizado ante mis ojos enfebrecidos.

—Ahora ya soy bastante fuerte para alcanzar la costa con mi amigo —anunció Dagur, levantándose y desperezándose—. Pero usted, su envoltura desecada, ¿será bastante fuerte para llevarle hasta Lasa?

La cara agrietada se levantó, y yo experimenté una emoción extraña al ver en ella la mirada de fuego del tchen lam.

—Será la voluntad y no el cuerpo lo que me llevará allá. Pero ahora cumplamos la segunda parte del trato. Deme la piedra sagrada. No, no, usted; démela.

Me señalaba a mí. Yo cogí la joya en silencio y se la tendí. Una mano descarnada la cogió.

—Trato es trato —dijo gravemente el tchen lam—. Pero yo juré igualmente a mis hermanos que usted conocería nuestra venganza. Nunca nadie, desde la noche de los tiempos, fuese khan o fuese mendigo, se nos ha escapado una vez sellado su destino.

—Usted no puede hacerle ningún mal —le recordó Dagur—. Lo ha jurado.

—Lo sé. Pero, no obstante, mi venganza personal le alcanzará sin que yo levante la mano sobre él. A pesar de todo, sufrirá por mis manos, tal como juré. Si he aceptado el trato ha sido sólo por eso, porque sé que cumpliré mi venganza contra todo y contra todos. Soy un tchen lam, y los tchen lam son los mayores brujos de todo el Oriente.

Dicho esto, levantó la esmeralda y sus ojos contemplaron el fulgor de la joya mezclado de profundidades marinas. Un escalofrío siniestro me recorrió el espinazo.

—Los mayores brujos de todo el Oriente —repitió.

—Los mayores locos de todo el Oriente —silbó Dagur.

No vi descender la brillante centella del puñal, pero el tchen lam se derrumbó y quedó inmóvil. Dagur se levantó, limpió la hoja y se embolsó el Loto.

—El mayor brujo de todos soy yo —dijo—. Poseo su cuerpo, he salvado nuestras vidas, y el Loto sigue perteneciéndonos.

—Pero usted me había dicho que no podía...

—No pude decir otra cosa; de lo contrario, cuando nuestras almas se fundieron, él habría conocido mi pensamiento. En cambio, ahora estamos libres y ya no pesará ninguna maldición sobre usted. El tchen lam ha muerto, aunque yo habite su cuerpo. Y nosotros llegaremos a la costa y haremos fortuna con un salón de belleza.

En este momento sentí que el espíritu me abandonaba. Era más de lo que podía soportar. La pesadilla del desierto concluía en un horror inexplicable. Perdí el conocimiento. Sin duda Dagur me llevó a hombros. Cómo nos alimentamos, cómo se las arregló para atravesar el desierto, cómo me conservó la vida..., no lo sé. No sabría contestar a esas preguntas. Desperté unas semanas después en el hospital de Cantón. Dagur estaba a mi lado, y me puso una fortuna en las manos. Había vendido el Loto.

Eramos ricos, y yo recobraba las fuerzas. La pesadilla había terminado. Pero Dagur habitaba el cuerpo del tibetano y faltó poco para que yo me desvaneciera otra vez ante la abominable evidencia, ante la presencia rememorativa de la funesta realidad que quería olvidar. Porque me iba restableciendo y éramos ricos.

Dagur sonrió.

—De pie antes de una semana —dijo—. Después emprendemos la travesía para América. Gracias al dinero, todo está en orden para mi entrada como inmigrante. Y haremos fortuna.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Pues, caramba, como le dije ya. Nos vamos a América y abriremos un salón de

belleza.

El enigma me ponía enfermo.

—Aclaremos bien las cosas —empecé, incorporándome—. ¿Quién es usted y cómo oyó hablar de mí?

Dagur sonrió. Es decir, la sonrisa recorrió el semblante del tchen lam.

—Yo soy Dagur, como le dije. Nací en la India. Mi padre era rajput, y el Gobierno británico lo exilió. Mi padre estudió los ritos misteriosos de los templos. Yo crecí entre sacerdotes y aprendí muchas cosas: levitación, hipnotismo y otros fenómenos que la ciencia occidental se obstina en calificar de mágicos. El sakhyati, árbol de la ciencia cuya rama principal la constituyen las enseñanzas yogui. Alcancé el grado de maestro. Uno de los poderes que adquirí de ese modo es el de transferir los cuerpos.

Yo había conocido fakires con anterioridad, y también místicos, y hasta charlatanes que pasaban la maroma, pero no osaba burlarme de Dagur, pues lo había visto actuar en el desierto y en aquel momento lo tenía ante mí bajo el aspecto del tchen lam. Los ojos de Dagur detrás de la máscara espantosa del tibetano. Dagur era, de verdad, un mago.

—Yo salí para Lasa detrás de usted —prosiguió—. Yo también quería apropiarme el Loto. Es probable que siguiera el mismo itinerario, porque oía hablar de un peregrino khalka solitario, de un viajero buriat y también de un chakhar. Pero en cada lugar habían visto pasar sólo a un hombre. Un hombre solo. Por esto deduje que alguien viajaba disfrazado. Y primero se me ocurrió darle alcance para matarle. Luego, con el transcurso de los días, empecé a valorar su prudencia. Cuando la idea que me iba formando se hizo más clara, vi en usted a un aliado vivo más bien que a un rival muerto. Por consiguiente, dejé que robase el Loto y le seguí hacia el desierto. Lo demás ya lo sabe.

—Usted me ha salvado la vida —murmuré.

—No tiene importancia.

Dagur levantó la mano con gesto evasivo.

—Pero ¿qué es esa historia de un salón de belleza?

—Muy simple. En la India soy un hombre de Dios, puedo hacer trucos de magia y cometer rapiñas menudas. Pero yo quiero mi antigua herencia. Mi padre, el rajput, vivió antaño en un palacio. Son aquellas riquezas lo que quiero. Y jamás podría recobrarlas mediante latrocinios de poca envergadura. Nunca me haría rico malgastando mis poderes con los imbéciles. En cambio en América, con la ayuda de usted...

—Un salón de belleza —me repetía yo.

—Estudí la civilización occidental, según la llaman ustedes. Una civilización decadente, un universo de mujeres fundado sobre apariencias engañosas y sobre la mentira. El salón de belleza es un símbolo del fraude occidental, una máscara que encubre una decadencia corrompida.

—¡Al diablo esa filosofía escolar de usted! —corté yo—. ¡Hechos!

—Pues bien, ahí los tiene. Todos los años, la mujer americana gasta miles de millones de dólares (sí, sí, miles de millones) en cuidados de belleza. Se hace dar masajes, se hace rizar, sobar, sudar, batir, manicurar en busca de la juventud perdida. Miles y miles de mujeres ricas gastan así grandes fortunas tratando de recobrar los encantos perdidos. Pero ¿lo consiguen?

—Pues no. O sea, supongo que no. Aunque siguen yendo allá, y pagando.

—Precisamente. ¿Y no cree usted que un número mucho mayor todavía pagaría sumas más elevadas aún si los remedios fueran eficaces, si sus cuerpos deformados se transformasen en siluetas jóvenes y nuevamente atractivas?

—Ah, claro.

—Pues ahí es donde intervenimos nosotros. Oh, sí, yo podría iniciar una carrera de vidente, de swami, o de gran sacerdote de un culto nuevo. Mis conocimientos encontrarían así campo donde ejercitarse. Pero no me basta con eso. Quiero ser rico, y pronto, y amasaré grandes riquezas rejuveneciendo damas ancianas.

—Pero ¿cómo? ¿Recetándoles ciertos remedios, o ejercicios de yoga? ¿Posee usted filtros, o secretos de rejuvenecimiento?

Dagur volvió a sonreír, arrugando aquella horrible faz amarilla.

—No, es mucho más sencillo. Usted ha visto mi secreto en el desierto. Si el sujeto consiente, puedo hipnotizarlo y cambiarle de cuerpo...

Yo me incorporé en la cama.

—Sí, cambiarle de cuerpo. En lugar de encerrar a esas viejas estúpidas en corsés estrechos y reclamarles honorarios exorbitantes, les traeré el verdadero milagro en el que no han dejado nunca de soñar: un cuerpo joven y esbelto.

—¿Cómo? ¿Esas viejas encontrarían otra persona dispuesta a quedarse con sus armatostes gastados? ¿De dónde vendrían esos cuerpos jóvenes y esbeltos?

Dagur esbozó una sonrisa preñada de significados ocultos.

—Vamos, amigo mío. Le escogí a usted porque es mucho más perspicaz de lo que aparenta ahora. Usted mismo es un bribón de cuidado, tengo motivos sobrados para creerlo. La respuesta a la pregunta que me dirige me parece de una evidencia más que singular.

Casi me quedé sin aliento.

—¿Quiere decir que obligaremos a mujeres jóvenes a que acepten ese intercambio monstruoso?

—¿Forzarlas? No; se lo dije antes. Yo no puedo forzar a nadie a una hipnosis sin un consentimiento mental. Pero en un salón de belleza hay aparatos, ¿no? Para secar el cabello, por ejemplo, y sujetadores de metal que ponen en la cabeza, me parece.

—Sí.

—Y en las clases de ciencias de los niños occidentales, ¿no hay aparatos en los que el sujeto mira luces u objetos de color hasta que la voluntad le abandona?

—Claro que sí.

—Sencillamente, nosotros vamos a combinar las dos cosas. Colocaremos las pinzas en dos mujeres. La joven abandona toda voluntad, y la vieja, igualmente. Ambas se sumergen en un sueño muy profundo. Yo me concentro. Sus cuerpos astrales son dóciles. El intercambio se efectúa, y la operación ha terminado. ¿Sencillo?

—Fantástico —respondí—. No lo conseguiremos nunca.
Pero lo conseguimos.

La última semana de lecho la pasé haciendo planes; lo pusimos todo a punto. Teníamos dinero suficiente para ponerlo todo en marcha. Alquilar un salón muy distinguido, una publicidad discreta y una atmósfera de refinamiento como en todos los salones de belleza. Llegarían las primeras curiosas; luego, después de haber encontrado las chicas necesarias, realizaríamos el primer experimento. Si salía bien, la noticia se propagaría como reguero de pólvora. Podríamos pedir diez, veinte, cincuenta mil dólares por un auténtico rejuvenecimiento.

Claro, habría dificultades. Un antiguo amigo mío, cuyo nombre silenciaré, se encargaría por mi cuenta del problema de las chicas. Por este lado, ningún obstáculo. Pero el punto delicado lo constituiría el dar un aspecto de verosimilitud al cambio profundo.

Dagur y yo estructuramos el plan con gran prudencia.

Había que hacerlo pasar por hindú. Claro, tenía la piel amarilla; pero el hecho no revestía gran importancia; para los americanos, todos los orientales que emplean procedimientos «nuevos» son hindúes. Dagur sería un hindú que habría descubierto un procedimiento nuevo de rejuvenecimiento de las células por medio de aceites secretos y de fórmulas sólo conocidas de los devi-dasi que viven al pie de las montañas sagradas. O sea, la charlatanería habitual. Tendríamos las mujeres, las someteríamos a un tratamiento corriente, convencional, y las iríamos persuadiendo de que los aceites y los perfumes facilitan el rejuvenecimiento. Después prepararíamos el gran instante: las instalaríamos bajo los cascos y empezariamos el verdadero trabajo.

Y ahí es donde intervendría el toque sutil. Una vieja matrona se resistiría a creer que durmiéndose bajo un secador de cabello pudiera despertar una hora más tarde dentro de un cuerpo totalmente nuevo. Si era castaña, por ejemplo, y despertaba rubia platino, costaría doblemente el persuadirla. Por encima de todo, yo alimentaba la convicción secreta de que la mayoría de aquellas damas viejas no tenían lo que se dice plena confianza en el feliz resultado de los tratamientos a que se sometían, sino que, simplemente, deseaban que las mimasen y regalaran. Un cambio real en sus cuerpos, y tan tremendo, acaso les desagradara más que gustarles, a menos que lo preparásemos todo de manera conveniente.

¡Pues bien, yo había descubierto la manera de resolver el asunto! Para empezar, no trocaríamos los cuerpos con el de la primera muchacha joven y agradable que

pudiéramos encontrar. Durante el tratamiento preliminar estudiaríamos los casos, uno por uno. Procuraríamos representarnos a qué podía parecerse una viuda de edad incierta veinte años atrás. ¿Tenía el cabello castaño, negro, rojo o rubio ceniza? ¿Lo tenía liso u ondulado? ¿Qué estatura y qué peso le correspondían? El color de sus ojos, el estado de su dentadura..., en fin, trataríamos de recoger todas las informaciones posibles.

Luego buscaríamos la joven correspondiente a esta imagen para llenar el contrato. Quizá no pudiéramos hallar la copia exacta. Entonces podríamos practicar unos cuantos ajustes. Cirugía plástica de la nariz, por ejemplo. Quitar un poco de belleza, o añadirlo, según los casos. De este modo, el plan resistiría cualquier prueba.

—¡Ya está! ¡Ya tengo el toque final! —exclamé el último día—. Esas damas quedarán internadas durante todo el tratamiento, sin dejar que se miren en un espejo en toda la semana. Durante los preliminares, no cesaremos de insistirles en que rejuvenecen progresivamente (sugestión hipnótica), que pierden cinco años cada día. Por supuesto, no podrán comprobarlo. Una pequeña dosis de estupefaciente podría hacer milagros en este punto. Luego se las conduce a la fase final, se efectúa la transferencia y el juego ha concluido. Totalmente convencidas. Jóvenes, guapas y satisfechas. ¡Vaya, si es un trabajo humanitario, Dagur! ¡Seremos los bienhechores de la humanidad!

Dagur sonrió. Su mirada de lobo no me inquietaba en absoluto. Sabía que pensaba en las muchachas jóvenes a quienes nuestros manejos no harían un bien tan grande. Secuestrarlas, obligarlas a entrar en los cuerpos viejos y consumidos, y luego saldarles la cuenta de una vez y para siempre...

Mas ¿por qué mirarlo así? Millares de chicas desaparecen todos los años y sufren hados más funestos. Sin duda. De todos modos, ¿por qué hacerse mala sangre? Esa idea valía millones. Sí, millones.

Y henos aquí cruzando el mar. Llegamos a Nueva York y establecimos los contactos que necesitábamos. Todo fue fácil, y yo me sentía muchísimo más a gusto, después de la agotadora experiencia vivida en aquel país de pesadilla.

Ya no había que temer a ningún tchen lam, el desierto ya había terminado. Estaba sentado en mi lujoso estudio. Llamar al amiguito ese para lo de las muchachas; alquilar un piso de despachos magníficos; discutir con secretarias de voz dulce sobre publicidad y salarios..., aquello sería una mina.

Dagur lucía un turbante y su sonrisa demostraba satisfacción. Pronto inauguraríamos el local. A mí me dejaba estupefacto la íntima, profunda fullería de las profesiones «bellas». Nos aseguramos el concurso de charlatanes clandestinos que podrían perorar a placer sobre inyecciones hormonales y la función regeneradora de las glándulas, a fin de procurarnos una atmósfera científica de la mejor ley.

No había ni la menor nota discordante. Nuestra primera cliente era una mujer riquísima, cuyo nombre no mencionaré, porque todavía se la ve por ahí. Por aquellos días, lo único que se veía de ella eran las caderas. Un tipo de matrona ultrasólido. El

no va más del matriarcado.

Pusimos nuestro plan en obra por primera vez. La cosa marchó como sobre ruedas. Ningún problema en descubrir cómo era la señora en 1947. Habíamos decidido que un rejuvenecimiento de veinte años sería bastante espectacular y no despertaría demasiadas sospechas o incredulidades. Reunimos todos los datos precisos, y yo me ocupé de la muchacha *ad hoc*.

Mi ayudante la trajo y nosotros la encerramos en unas habitaciones especiales de los sótanos. No la maltratamos, la encerramos nada más. Entretanto, el equipo iba a trabajar en nuestra cliente, a preparar el ambiente. Llegó por fin la última tarde, y le tocó a Dagur el turno de actuar. O flotas o te hundes. Doble o nada. Dagur había de llevar a buen término su función; de lo contrario, estábamos perdidos.

Introducimos a la anciana, atontada y medio drogada, en la sala de transferencias, que habíamos equipado de manera especial. Dagur pronunció un discurso impresionante, una verdadera obra maestra. Sé lo que afirmo: lo había escrito yo. La cliente era crédula, estaba más que deseosa de que hiciéramos lo que considerásemos preciso con ella.

Dagur la instaló en el sillón en menos de cinco minutos. Luego hicimos subir a la muchacha. Estaba bastante irritada. Dagur le puso una inyección de morfina y la situó bajo el casco. Yo no había visto todavía aquellos aparatos. Dagur manipuló unos botones y al cabo de unos instantes los ojos de la muchacha se cerraron.

Dagur apagó las bombillas; sólo una vela siguió alumbrando detrás de una esfera de cristal. Entonces él cerró los ojos a su vez y se meció un poco adelante y atrás. Yo estaba sentado, inmóvil, un poco más allá. Tanto la anciana como la joven tenían los rasgos convulsos, como si estuvieran sufriendo terribles pesadillas.

El silencio era tan denso que casi se palpaba. A través de ese silencio sentí pasar algo. Miré el rostro de Dagur y me acordé del tchen lam y de su maldición, que no se cumpliría jamás. Me estremecí. Quizá fracasáramos... Acaso fuera ésa la maldición. Empecé a sudar. Las tres figuras silenciosas parecían inmóviles en las tinieblas. Las luces se encendieron de nuevo. Dagur abrió los ojos con aire cansado y dio unas palmadas. Las dos mujeres se movieron. Hice salir a la vieja y la encerré en la habitación vecina. Luego regresamos allá. La morenita joven se desperezaba pausadamente.

Ahora o nunca. ¿Y si no había pasado nada? ¿Y si, a la postre, era la misma muchacha de antes?

La joven habló.

Y entonces lo supe. Incluso antes de que Dagur trajera el espejo y la mujer se quedara sin habla de gozo incrédulo supe que lo habíamos conseguido.

Pasé a la habitación en la que, temblorosa, medio loca, la muchacha despertaba estupefacta en un cuerpo que no era el suyo. Me inspiró cierta compasión. Su nuevo estado parecía hacerla sufrir. Entonces hice lo que tenía que hacer.

Volví a tiempo para escuchar a nuestra cliente, perfectamente rejuvenecida, arrullando de placer. Vi su mano sobre el cheque. Veinticinco mil.

En aquel momento maniobré muy inteligentemente. Hablé a Dagur de restricciones bancarias y de las leyes que aplican a los extranjeros. Y dije que depositaría el dinero a mi nombre. Y luego lo pondríamos todo en aquella cuenta.

Por cierto que hubimos de poner mucho. La mujer, cuando estuvo en su casa, contó la historia a sus amigas. Y su silueta «regenerada» hablaba más elocuentemente que ella misma. Tuvimos una marea de clientes.

No las aceptamos todas. El riesgo era demasiado grande. Sólo algunas cada semana, aquéllas para las cuales no había de sernos excesivamente difícil encontrar réplicas jóvenes. Nuestros precios subían y subían. En seis meses nos habíamos embolsado allá por los cuatrocientos mil dólares de beneficio limpio. Sin el menor contratiempo, sin el menor tropiezo.

Era el éxito. El éxito con la empresa más insensata. Yo hubiera debido ser el hombre más feliz del mundo. Pero no lo era.

No, la conciencia no me atormentaba. Imagino que no debía de haber tenido nunca ni rastro de conciencia. Ciertamente sufría ciertas náuseas, alguna que otra vez, cuando tenía que liquidar los viejos derribos. Pero ahora esto se había convertido ya en una tarea rutinaria. Lo mismo que desviar un avión o saldar biberones viejos.

Tampoco sentía escrúpulos por la manera de proporcionarnos las muchachas. No soy marcadamente sentimental. Pero había otras cosas que me fastidiaban, detalles mucho más insignificantes.

Dicen que el desierto le marca a uno para toda la vida. Era esto, sin duda. Había pasado tres años en Oriente preparando mi negocio. Había penetrado en la ciudad más temible del mundo y había desafiado insolentemente a unos diablos en su cubil. Había estado a punto de morir en el peor infierno del universo. Todo ello quizá hubiera ejercido una influencia extraña en mi espíritu.

En mitad de la noche, me despertaba pensando en la maldición del tchen lam. ¿Locura? Ah, indudablemente. Aquel hombre había muerto.

Pero es que, de todos modos..., no estaba *completamente* muerto. Lo que había perecido era el cuerpo de Dagur y el espíritu del tchen lam. Pero el cuerpo de este último seguía viviendo, y yo lo veía todas las mañanas cuando los ojos de Dagur se posaban en mí.

El salón de belleza ultramoderno, el personal gorjeante, toda aquella instalación era una máscara lamentable de la brujería más abyecta, de los abominables misterios de la Alta Asia. Yo me bañaba en la atmósfera de gestión tecnocrática del siglo xx, pero encontraba una mirada extraña en el cuerpo de un sacerdote mongol que me había arrojado una maldición terrible. Yo asistía a la alquimia más increíble, a la transferencia de almas. Esto acabó por obsesionarme.

Cada día pensaba más y más en el Tíbet; soñaba en mujeres cojas, escrofulosas, cubiertas de telas de brocado, en torgots con capa verde, en mendigos enfermos por

las calles de Lasa. Dirigía un salón de belleza, pero soñaba miserias, demencias, enfermedades y podredumbre. Los tibetanos son una raza inmunda, y yo recordaba las caras picadas de viruelas, las cabezas escrofulosas.

Mirando la cabeza de Dagur, vi en ella signos horribles.

Un día leí un suelto de un periódico. Hablaba de la muerte de un viejo comerciante de chucherías en Cantón. Me acordé del Loto de Lasa y me estremecí. ¿Habrían reanudado la persecución los tchen lam? En caso afirmativo, ¿cómo no sabían adónde me había ido? ¿Por qué no me habían seguido, portadores de la venganza que me había jurado el temible sacerdote?

Quizá me hubieran seguido. Quizá viniesen por mí ahora. Por la noche hube de escabullirme hacia mi apartamento echando miradas furtivas por encima del hombro, sin perder de vista a las personas que se presentaban en la recepción del salón de belleza.

Pero no los vi. No había sino Dagur y su detestable faz, como una máscara de marfil viejo, el semblante del hombre que me había maldecido, el rostro de un miembro de la secta más cruel del mundo.

Cuando disminuyeron mis temores a propósito de los tchen lam lanzados en mi búsqueda, mi odio se dirigió hacia Dagur y su cara impenetrable. Aquel cuerpo, de siniestra presencia, no me gustaba en absoluto; tampoco me gustaba la inteligencia que lo habitaba. Demasiado ocupados en ganar dinero, no nos habíamos peleado nunca abiertamente; pero me pregunto si él me detestaba tanto como yo era capaz de odiarle.

Fuera del salón, apenas nos veíamos; sólo cuando no había nada que hacer ni que prever. Yo no podía soportar su cara amarilla, que me recordaba acontecimientos funestos y aquella maldición implacable. Si no hubiese habido nada más, habría podido olvidar, no pensar sino en mí, en el hombre de negocios que prosperaba. Pero la faz de aquel hombre me obsesionaba. Sería preciso que me desembarazase de ella. Dagur era taimado, yo lo sabía. Era un espíritu peligroso y lleno de astucia; había desafiado a los dueños de Asia. Pero al escogerme para asociado suyo había reconocido implícitamente que yo le igualaba, si no le superaba.

Le superaba, indiscutiblemente: el dinero estaba depositado a mi nombre.

Todo esto se me ocurrió un poco más tarde. Podría retirar el dinero y deshacerme del rostro del tchen lam de un golpe rápido..., una puñalada al corazón de Dagur. Quizá pudiera encargarse de ello el compañero que cuidaba de lo de las chicas, quizá lo hiciera yo mismo... No. Actualmente Dagur era célebre a causa de nuestras actividades. Su desaparición repentina daría lugar a rumores. Por el contrario, si el negocio se hundía... Seiscientos mil dólares eran bastante para mí. Ya no necesitaba a Dagur. No tenía que hacer más que barrenar el navío y dejar al hindú al descubierto. Él cargaría con la responsabilidad. En mi calidad de simple asociado, sin complicidad en la transferencia propiamente dicha, yo estaría a cubierto. Y el dinero estaba

depositado a mi nombre...

Entonces, por fin, ya no vería más la cabeza del tchen lam, no me atormentaría más a propósito de aquella maldición ridícula. ¿Cómo me dejaba obsesionar por la frustrada amenaza de un salvaje? Muerto, no podía hacerme nada, aun cuando su cuerpo vivía con Dagur. No podía...

Pero de noche, en sueños, me daba sudores fríos. Era necesario poner fin a semejante situación.

Dagur lo puso por mí. Creo que debí subestimar la sabiduría de Oriente, la sabiduría de las serpientes sin edad. Él, por su parte, debía tenerlo todo previsto; porque en su espíritu no hay quiebra alguna. Yo no sospeché nunca el cepto. Un día Dagur me llamó para hablar en serio.

Nos reunimos en la sala de transferencias. Allí estábamos bien aislados, en una atmósfera sosegada. Nos sentamos. Dagur empezó diciéndome que pensaba abandonar el trabajo.

Ajá, me dije yo. Quiere el dinero.

Pero el hindú no habló de dinero ni por un momento. Dijo simplemente cuánto le disgustaba aquella bribonada. Ahora que éramos ricos los dos, valía más retirarnos. Habló como un amigo, como un hermano. Habló hasta que se hizo de noche y la habitación estuvo sumida en la oscuridad. Entonces encendió una vela, y vi su cara amarilla. La cara de marfil que yo no había cesado de odiar y temer. Aquella visión me crispaba más y más, cara evocadora de días increíbles; pero no podía abstenerme de mirarla. De mirar los ojos de Dagur en medio de aquella máscara. De mirar mientras él hablaba sin descanso, con una voz que parecía el murmullo del viento sobre la arena. Los ojos se le dilataron, y vi que el rostro se separaba. Venía hacia mí a través de un desierto ardiente. Aquella faz volvía a perseguirme a través del Gobi. Yo no me resistía. Había quedado prisionero de la llama de la vela, a través de la bola de cristal, de la voz que runruneaba y de los ojos clavados en mí. Yo me había extraviado en los ojos de Dagur.

Ahora aquel rostro era grande como un desierto. Yo andaba perdido por aquel rostro. Yo estaba perdido. El tchen lam me envolvía y yo no podía resistirme. Notaba que me estaba hundiendo en la inconsciencia. Sentía que me apartaba de mí mismo.

Mí mismo. ¿Quién era «mí mismo»? Un lobo negro, una niebla líquida que se disipaba, que escapaba de mi cuerpo hacia aquel rostro. Dispersarme porque todo mi ser estaba concentrado en aquel rostro. Hundirme en el resplandor de la esfera, el murmullo y el rostro. Yo me disolvía en las tinieblas. Yo fluía, fluía...

Una risa sofocada me despertó, me devolvió el sentido. Abrí los ojos, sorprendido de que los tuviera cerrados. Dagur me miraba y reía. Encendió las luces sin dejar de reír. Sí, Dagur estallaba en carcajadas. ¡No! Era yo quien reía.

Pero ¿cómo?... Yo estaba sentado aquí, y la risa venía de mi cara, en el otro extremo de la pieza.

De súbito comprendí. Dagur me había manejado exactamente igual como hacía con las mujeres. Me había colocado en un estado de receptividad, me había hipnotizado discretamente y cambiado de cuerpo. Cambiado de cuerpo... El cuerpo que robó al tchen lam acababa de dármelo a mí, y me *había robado* el mío.

Dagur reía. No pude por menos de temblar bajo aquellas carcajadas.

—Yo conozco sus pensamientos, amigo. Sé qué intenciones abrigaba respecto a mí. Pero le he ganado por mano, como usted diría. ¿Que el dinero está a su nombre? ¡Bueno, su nombre es el mío, ahora! Yo soy usted. Estaba escrito que esto sucedería así; pero usted no lo sabía, claro.

Me levanté. Es decir..., se levantó mi cuerpo, el cuerpo del tchen lam. Era incapaz de pensar, de escuchar, de sentir. Busqué un espejo. Hundí la mirada hacia aquella silueta magra, chupada. Miré la faz aborrecida que me daba temor y espanto, la faz que era la mía, ahora, y para siempre.

Y estallé en una carcajada incontrolable. Una semana mirando aquella cara y me volvería completamente loco. ¿Era ésta la venganza del tchen lam?

—Ahora voy a dejarle —dijo Dagur—. No se puede hacer nada por usted. Estoy muy satisfecho de su colaboración. Le doy las gracias por el dinero, y se las doy por desembarazarme de un cuerpo que ya empezaba a no gustarme, por motivos evidentes. Los tibetanos son bastante sucios, ¿verdad?

¿Qué quería decir?

—Sí —continuó Dagur, abriendo la puerta—. Estaba escrito en los astros, amigo mío. Al darle ese cuerpo, yo cumplo, sin querer, la venganza del tchen lam. Se habría creído imposible que pudiera realizar su amenaza, pero debo reconocer que lo ha conseguido. Sí, usted sufrirá por sus manos.

Dagur desapareció. Yo permanecí en la semioscuridad, la cabeza dominada por el vértigo. Aquello era tan brutal, tan demente... Era el remate de una pesadilla inenarrable.

Pero el colmo de la abominación había de venir aún.

«Usted sufrirá por sus manos», había dicho Dagur. ¿Los sucios tibetanos? ¿Dichoso por desembarazarse del cuerpo del tchen lam? ¿Cómo podría perjudicarme este cuerpo si era yo el que estaba dentro?

Entonces miré las extrañas uñas amarillas que ahora me pertenecían a mí, y todo resultó horriblemente claro. Yo iba a sufrir por las manos del tchen lam. Sí, con toda exactitud. Porque al mirar aquellas manos comprendí la verdad. Comprendí la venganza del tchen lam.

¡Yo estaba dentro del cuerpo del tchen lam! ¡Y el tchen lam tenía la lepra!

Pero luego hemos sabido que por cien francos se puede curar un leproso. ¡Gracias, *monsieur* Rauol Follereau!

Screwiest thing yon wrote, Bob, and crooked too (La cosa más demente que escribiste, Bob, y retorcida, además).

CUESTIONES DE PRINCIPIO

The Old College Try (1963)

La cabeza del gobernador Raymond era como un nido de abejas. Las sentía zumban en las sienes. Sin abrir los ojos, tendió la mano.

El yorlo, acurrucado al pie de su cama desde hacía una hora, probablemente, puso un vaso de aspergina entre sus dedos temblorosos. El gobernador lo vació de un tirón y poco a poco sus manos dejaron de agitarse. El zumbido se perdió entre los repliegues de su cerebro y al fin pudo abrir los ojos.

El pequeño yorlo de piel azul le sonrió diciendo, con pronunciación bastante deficiente:

—Buenos días, gobernador.

Y entregó a Raymond la ropa interior, acompañada de una profunda reverencia. Raymond se preguntó cuánto rato prolongaría todavía el yorlo sus corvetas si supiera que era el último día. El nuevo gobernador llegaría y Raymond regresaría pronto a su casa..., a Vega, al mundo civilizado. No le disgustaría encontrar un mundo normal, un mundo en que la hierba tenía un tono rosado tranquilizador y en el que los pájaros gruñían dulcemente a todas horas del día.

No obstante, añoraría Yorla, hasta echaría de menos a los yorlos. En sus cinco años de residencia aquí, el gobernador Raymond les había tomado un apego singular.

Conteniendo un poco el aliento, Raymond se abrochó su uniforme.

—¡Barco ha llegado! —exclamó otro yorlo que acababa de entrar precipitadamente. Y, como siempre, sin llamar.

El recién llegado sonrió a Raymond.

—Trae un palot.

Un «palot», así llamaban los yorlos a los seres humanos. Debía de referirse al nuevo gobernador.

—Ve a decirle que voy enseguida —ordenó Raymond.

El mensajero desapareció, y el otro yorlo procedió sucesivamente a afeitarse a Raymond, a limpiarle los zapatos y servirle otro vaso de aspergina.

Raymond bajó a saludar al nuevo gobernador.

Lo encontró en medio de la habitación, cabeza abajo.

—Salud —dijo el recién llegado, sin moverse de su posición invertida—. Usted es Raymond, sin duda ¿no? Yo soy Philippe.

—Encantado de verle —respondió Raymond, preguntándose si había de estrecharle el pie.

—Le ruego perdone esta presentación fuera de norma; trato de activar la circulación. Los largos viajes y los efectos de la descompresión siempre fastidian un poco.

Raymond hizo un gesto de asentimiento y examinó con la mirada al recién venido. Philippe cabeza abajo o Philippe horizontal era siempre un joven notablemente hermoso y dotado de una musculatura poco corriente. En su sonrisa resplandecía una vitalidad desbordante.

Philippe volvió a ponerse en pie. Purpúreo el rostro, le tendió la mano. El apretón fue tan cordial como la voz.

—Me alegro de verle —dijo—. A propósito, el capitán Rand le envía sus excusas. Hemos tenido un pequeño contratiempo al aterrizar; algo ha funcionado mal en el gravitrón auxiliar. Yo no entiendo bien las consecuencias técnicas, pero creo que, dadas las circunstancias, la reparación durará una semana y hasta entonces no podrá partir.

—¿Una semana?

Philippe levantó los hombros.

—Ya sé lo que piensa —dijo—. Pero desde un punto de vista puramente egoísta, me alegro de este retraso. En una semana usted podrá ponerme al corriente de la situación.

Raymond se volvió hacia el yorlo, que esperaba, y le hizo un signo.

—¡Dos asperginas, pero con brío!

El yorlo hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero Philippe declinó la invitación.

—Para mí, nada, gracias. No pruebo esas cosas.

—Haría bien acostumbrándose —dijo Raymond—. El país es bastante malsano.

—No pasará nada. Me han puesto las vacunas más modernas, antes de partir. Por otra parte, nunca estuve enfermo.

Se interrumpió un instante aguardando a que el yorlo hubiese desaparecido. Luego continuó, bajando la voz:

—¡Vaya criaturas raras! ¿No le parece?

—Se habituará. Son unos criados excelentes. Yo tengo a veinte. Te bañan, te visten, te cepillan los dientes si lo deseas. Les divierte de verdad el servir a un palot. Es el nombre que nos dan, ya sabe. Así se cansan menos que trabajando como unos esclavos en las minas. Si usted los trata debidamente, serán leales y fieles. Una vez habituado a su cutis azul y a su acento, una vez que haya aprendido sus costumbres...

Philippe se sentó, haciendo crujir las articulaciones.

—Sus costumbres... ¿Sabe cómo me han recibido al bajar de la astronave? Han corrido hacia mí blandiendo sus jabalinas. En cada punta había una cabeza.

—Querían honrarle. Yo les había dicho que vendría un gobernador nuevo. Ellos han enviado una delegación a darle la bienvenida y han sacado sus trofeos para el desfile.

—¿Trofeos? ¿Quiere decir que son cazadores de cabezas?

—No, propiamente hablando. Dan gran importancia a las cabezas y las conservan como cosa preciosa, pero no se matan entre ellos para aumentar sus colecciones.

—Entonces, ¿de dónde proceden las cabezas?

—Pues bien, como usted sabe, la mayoría de yorlos trabajan en las minas. El trabajo es duro y no muy agradable que digamos, pero nuestras mercaderías les gustan mucho. Hasta el punto de que cuando sus jefes firmaron un acuerdo con la Interplán fijaron un cupo. Todo yorlo que se contrate para las minas está obligado a proporcionar una cantidad determinada de mineral. Si alguno no rinde el mínimo establecido o recurre a engaños, sus compañeros le cortan la cabeza pura y simplemente.

—Será preciso que piense algo para civilizarlos.

—¿Quiere decir que yo, en tanto que gobernador, habría tenido que hacer algo? Philippe se puso colorado, pero no se retractó. Raymond suspiró.

—Probablemente yo me dije lo mismo cinco años atrás, cuando llegué aquí. Después aprendí no pocas cosas. Ellos tienen sus leyes particulares. Recuerde que Interplán nos ha enviado para administrar. No hemos de tratar de imponer nuestros conceptos o nuestras costumbres en este planeta. Por otra parte, el sistema funciona aceptablemente. Nosotros deseamos el mineral. Los yorlos se encargan de suministrárnoslo. Ellos eliminan a sus holgazanes, a los que no son buenos para nada, a los que consideran delincuentes.

—¡Pero no tienen derecho! En nombre del humanitarismo más elemental...

Raymond suspiró de nuevo.

—Los yorlos no son humanos, son humanoides. No lo olvide.

Un yorlo entró y se inclinó.

—Es la tarde, gobernador.

Philippe miró a Raymond, que asintió vagamente.

—Exacto. Es ya la tarde. Tendrá usted que habituarse; las jornadas son más cortas aquí.

Luego se volvió hacia el yorlo con aire interrogativo.

—Esta tarde usted viene a Tolga. Nosotros celebramos kudu en su honor.

—Nos invitan a la ciudad indígena para una fiestecita —explicó Raymond.

—¿Ustedes vienen allá?

—Iremos.

—¡Uuiú! —gritó el yorlo, sonriendo gozoso—. ¡Mucho placer!

La fiesta quizá fuese muy divertida, según los conceptos yorlos, y quizá también lo fuera para Raymond, pero a Philippe el kudu no le entusiasmó demasiado.

Sentado en medio del calor sofocante de la noche, miró a los bailarines con una sonrisa forzada en los labios. El ritmo de los tambores le martilleaba el cráneo. Habían tenido ya la comida, con aquellos guisos nauseabundos que se vio obligado a probar. Raymond no parecía apurarse mucho, mas lo cierto es que despachaba los platos mediante grandes refuerzos de aspergina.

A Philippe no le gustaba nada aquel tipo de fiestas. Aquella gente era salvaje; ninguna argumentación podía cambiar esta realidad. Bailaban en medio de un gran

círculo de lanzas clavadas en la arena, y cada lanza ostentaba en la punta el cráneo de un yorlo con su mueca horrible.

Ahora los bailarines se habían separado en dos grupos: los varones y las hembras. Dos filas situadas cara a cara. Los tambores aceleraron su ritmo. Las filas avanzaron una hacia otra, se mezclaron y los tambores llegaron a un ritmo frenético. El baile ya no era tal baile, sino una orgía de masas. ¡Recanastos, si estaban...!

—¡Raymond! —murmuró Philippe—. ¿Ha visto? No los dejaré que...

—Le he dicho ya que ellos tienen sus costumbres propias. Eso lo hacen en honor nuestro.

—¡Qué horror!

Philippe se levantó bruscamente.

—Es natural —replicó Raymond, guiñando un ojo—. Pero ¿adónde va?

—Me vuelvo a casa. Creo que no estoy hecho para esa clase de fiestas.

Y se fue. El gobernador antiguo no pudo alcanzarle antes de llegar al edificio del Gobierno.

—Regrese —jadeaba Raymond—. No puede marcharse así. Si se va, los ofende gravemente.

—¿Los ofendo? ¿Y qué se figuraba usted? ¿Querría acaso que volviera allá y me revolcase con ellos?

—¿Qué teme? Escuche, amigo, voy a explicarle unos asuntillos...

—No quiero saberlos. Ya escuché sus explicaciones. Y mucho me temo que los informes de la compañía son exactos. Interplán me ha dado consignas precisas para regularizar la situación.

—¿La situación? ¿Qué situación?

Philippe titubeó unos instantes e inspiró profundamente.

—Lamento haberlo mencionado, pero quizá sea mejor que usted sepa qué puede esperar. Están al corriente de sus manejos, Raymond. Saben cómo guía su barco, y no les parece mejor de lo que me parece a mí. Usted reina sobre los indígenas como los administradores coloniales de la era prehistórica, como en tiempos del período terrestre.

—En cinco años no ha hecho el menor esfuerzo por civilizarlos, ni la menor tentativa de reforma, ni el más leve ensayo por darles un gobierno adecuado, un modo de vida evolucionado. En lugar de darles ejemplo, usted ha descendido a su nivel.

—Espere un poquitín...

—¡No esperaré! A partir de mañana asumiré el cargo. Oficialmente. Usted continuará aquí hasta que el capitán Rand haya terminado las reparaciones; pero a partir de este instante, mando yo.

—La cosa no es tan simple. Yo conozco a los yorlos y los comprendo. No se les puede cambiar de la noche a la mañana.

Raymond hizo una pausa y clavó en el sustituto unos ojos inflamados.

—Ellos tienen derecho a vivir su vida tal como la entienden. Tienen derecho a su libertad.

—Libertad no es libertinaje.

—Usted no lo entiende.

—¡Ah que sí! Lo entiendo demasiado bien. Administración y aspergina hacen mala pareja. Le aconsejo que ee vaya a la cama y duerma.

Philippe giró sobre sus talones y emprendió por el pasillo que conducía a su cuarto.

No se hallaba irritado, no. Había tenido una explicación con el gobernador antiguo y ahora no le quedaba otra cosa más que ocuparse de los yorlos. Empezaría mañana. Ante todo y sobre todo había que poner fin a la caza de cabezas. No habría más cabezas en la punta de las lanzas.

Mañana.

Raymond tuvo una sorpresa bastante agradable al ver que Philippe se reunía con él para el desayuno. Y la tuvo mayor todavía al verle de humor concillante.

—No quisiera que hubiese ningún malentendido —dijo Philippe—. Sé tan bien como usted que sería una idiotez pisotear los sentimientos de los indígenas. La solución al problema radica en un enfoque psicológico. El secreto está en canalizar su agresividad.

—¿Eh? —Raymond frunció el entrecejo.

—Usted me ha explicado que los yorlos sólo cogen las cabezas de los perezosos, los incapaces y los improductivos. De ahí deduzco que van constantemente en busca de los que infringen las consignas.

—Exacto. Todo yorlo tiene el ojo puesto en las actividades de sus congéneres. Es una especie de espionaje en cadena, podríamos decir.

—En otras palabras, navegan en corso para descubrir posibles víctimas.

—Así es, poco más o menos.

Philippe hizo un gesto de asentimiento.

—Pues bien, si yo consigo procurarles un sustituto inofensivo para sus ardores combativos, en poco tiempo lograré que se comporten como todo el mundo.

—¿Cómo piensa hacerlo?

Philippe sonrió otra vez.

—Ya lo verá usted.

Raymond esperó tres días y lo vio.

Para ser completamente exactos, la cosa sucedió tres noches después, cuando Philippe fue a buscarle a su despacho y le invitó a bajar a la «tolga». El calor era singularmente intenso y Raymond decidió hacerse llevar en litera por cuatro yorlos.

No lograba comprender de dónde sacaba su energía el joven, pero allí estaba, moviéndose como un diablo hermoso, realizando los últimos preparativos en el gran claro que quedaba enfrente de las chozas. No cesaba de subir y bajar del ring...

Ring.

—Un segundo —murmuró Raymond—. ¿No me dirá que ha preparado un combate de boxeo?

—¡Precisamente! —exclamó Philippe, que resplandecía—. Lo he discutido con la gente del poblado y han puesto cara de entusiasmo. Han prestado su concurso para instalar el ring, y las hembras han confeccionado guantes de litán. En cuanto he explicado las reglas, me han salido un sinfín de candidatos. He entrenado a los dos que hemos escogido, y pienso que nos proporcionarán un espectáculo de primera. Vea usted, ya llegan.

Los pequeños humanoides de piel azul se habían apiñado alrededor del improvisado ring. Acurrucados por el suelo, miraban impacientes a los dos protagonistas, que se situaban ya en sus rincones respectivos. Philippe, vistiendo camiseta y calzón corto, trepó entre las lianas de polga que hacían el oficio de cuerdas. Se veía claro que se había reservado el papel de árbitro; alrededor de su cuello danzaba un silbato colgado de un cordón. Habló unos momentos con los dos contrincantes, los cuales, pequeños boxeadores azules, opinaban y sonreían alternativamente.

Sonó un redoble de tambor, y Philippe se adelantó hasta el centro del ring, levantando la mano para pedir silencio. Recordó rápidamente las reglas del combate y las virtudes viriles del noble deporte. Dijo que sería un combate leal, ejemplo de los más bellos principios de la deportividad. Y al volver a sonar el tambor...

Rataplán.

Philippe retrocedió.

Los dos yorlos salieron disparados de sus rincones respectivos.

La turba gritó.

Los yorlos intercambiaron unos golpes sabios.

La turba aulló.

El más alto pegó a su adversario por debajo de la cintura.

Philippe corrió allá precipitadamente.

El yorlo bajo disparó un golpe con la rodilla que alcanzó a su adversario en el mentón.

Philippe sopló en el silbato.

Los yorlos no le hacían caso alguno. ¿Quizá era que no oían el silbato, con los rugidos de la turba? El caso es que se trabaron en el cuerpo a cuerpo. Se golpeaban en el bajo vientre. Se habían quitado los guantes.

Philippe gesticulaba como un loco, probando de separarlos.

Los yorlos bajaban la cabeza y pegaban más fuerte todavía. Luego se cayeron al suelo. El más bajo acabó por montar sobre el otro, cogió a su adversario por la garganta y apretó.

—¡Pare! —gritaba Philippe—. ¡Va a matarle!

El yorlo bajito hizo que sí, sonriendo. Soltó una mano y hundió los dedos en los ojos de su víctima.

Entonces Raymond trepó al ring. Ayudó a Philippe a separar al yorlo bajo del cuerpo derrumbado del otro, y se dirigió a la turba para calmarla e invitar a todos a que volvieran a sus casas.

Luego él y Philippe tomaron el camino de la Administración en la oscuridad.

—No comprendo —no cesaba de repetir Philippe—. No lo entiendo. Y sin embargo, yo les había proporcionado un medio lógico de sublimación.

—Quizá no desearan sublimarse —dijo Raymond—. Quizá no lo supieran.

—Pero los principios de psicología...

—Se aplican a los humanos, y no precisamente a los yorlos —concluyó Raymond.

—Todavía no me doy por vencido. Sé que mi idea es buena. El deporte es el mejor sustituto de la lucha de verdad. ¡Remedio seguro, siempre!

Cuando entraron en el despacho, Raymond se volvió hacia él.

—¿No puede darse cuenta de que los yorlos no saben qué es un sustituto? Y, además, ¿por qué habrían de aficionarse a un sustituto si pueden tener el original?

—El original —murmuró Philippe—. ¡Pues claro! ¡He ahí la solución! Nadie quiere un sustituto cuando puede disponer del original. Pero si el original se hace inaccesible, entonces quizá aprendan a cooperar.

—Si se le ocurre otra de sus ideas locas, le aconsejo que la olvide.

Philippe meneó la cabeza.

—No es una idea loca, es, sencillamente, buen sentido. Usted me ha prestado un gran servicio esta tarde, Raymond. No pienso olvidarlo.

El gobernador nuevo se volvió y se dirigió a su cuarto, mientras Raymond andaba en busca de aspergina.

Dos horas después, Raymond se acostaba, por fin. Se sentía agradablemente fatigado, ligeramente eufórico y de una feliz inconsciencia ante el ligero resplandor rojizo y los gritos ahogados que entraban por la ventana.

Hasta que llegó un yorlo corriendo y le obligó a despegar los párpados y levantarse...

—¿Qué pasa?

—Preciso venir —jadeó el yorlo—. Venir a la tolga, aprisa.

—¿Por qué?

Los ojos rayados de venas azules rodaban dementes.

—El otro gobernador está allí. ¡Quema las cabezas!

—¡Recanastos!

Raymond se levantó, acercó los pies a los zapatos que el yorlo le alargaba. Luego revolvió el fondo de un cajón en busca del desintegrador, que no utilizaba nunca. Sentía el contacto pesado y frío del arma, mientras seguía al yorlo por el sendero que llevaba a la tolga.

El fulgor rojizo había aumentado hasta convertirse en una hoguera y los gritos crecían en potencia cuando Raymond llegó al claro.

¡El yorlo había dicho la verdad!

Philippe había esperado que todo el poblado durmiera, antes de arrastrarse de choza en choza. Entonces había recogido todas las lanzas, reunido las cabezas y las había amontonado todas, como melones maduros, en un extremo del claro. Y les había pegado fuego.

La hoguera crepitaba furiosamente, pero su estrépito no llegaba ni a la mitad del producido por los mismos yorlos.

Philippe se había plantado delante del fuego, desintegrador en mano, haciéndoles frente con aire de desafío. Los yorlos formaban una masa compacta y aullaban, agitando las lanzas.

La pared humana avanzaba lentamente.

—¡Atrás! —gritó Philippe—. Yo no les quiero ningún mal. Es por su bien, ¿comprenden? El cortar cabezas es muy feo. Matar es muy feo.

Raymond oyó vagamente las palabras a través del tumulto. Dudaba que los yorlos las hubieran oído ni comprendido, y aun en caso de que hubieran podido oírlas, para ellos no habrían significado nada. Los yorlos continuaban acercándose más y más.

Una lanza silbó junto a la cabeza de Philippe.

Éste no se movió, y miró fijamente al yorlo que había arrojado el arma. Miró intensamente al humanoide pequeño, azul y desarmado, y apretó el gatillo del arma.

Se oyó un leve crepitar y el relámpago argentino del arco energético. El yorlo se derrumbó, ennegreciéndose y arrugándose antes de derrumbarse al suelo.

Un aullido de rabia ascendió de la muchedumbre, un centenar de brazos se levantaron y un centenar de lanzas se apuntaron... Y se inmovilizaron.

Se detuvieron cuando el montón de cráneos se puso bruscamente a silbar y luego desapareció en una nube negra.

Raymond había apagado el fuego.

Todo el mundo le siguió con la mirada cuando salió al frente y cogió a Philippe por el brazo. Todos vieron cómo arrancaba el desintegrador de manos de Philippe y lo echaba en medio del fuego moribundo. Todos vieron cómo arrojaba su propia arma al suelo.

Después levantó los brazos.

—Estoy sinceramente desolado. Se ha cometido un error, pero no se repetirá nunca más. Les pedimos que vuelvan a sus casas en paz.

En silencio, se llevó a Philippe hacia la oscuridad.

Era ya la tarde del día siguiente cuando Philippe reapareció en el despacho. Raymond levantó unos ojos interrogativos.

—¿Ha empezado a preparar las maletas? —preguntó de paso.

—¡Si no me voy! ¿Por qué habría de marcharme?

—Ha ofendido mortalmente a los yorlos. Ha violado el gran tabú. Ha matado a uno de sus jefes.

—Era un caso de legítima defensa —respondió Philippe—. Lo que hice, había

que hacerlo.

—Según la manera de ver de usted, sí. Pero los yorlos...

—¡Mírele!

Philippe dirigía el índice hacia el rincón. Un doméstico yorlo estaba acurrucado allí, el rostro color azul ceniza, los ojos desorbitados de terror bajo la mirada de Philippe.

—¿No lo ve? Ahora me tiene miedo. Todos me tienen miedo, después de anoche. En el primer instante no me di cuenta; pero hice lo único que había que hacer.

—Al poner fin al fetichismo de las cabezas, al destruir sus trofeos, demostré que un humano es más poderoso que toda su cultura bárbara.

—Pero ahora le odian...

—¡Tonterías! Anoche ya me odiaban, y estoy casi seguro de que cuando nos fuimos se reunieron y rezaron por mi muerte. No tengo la pretensión de comprender sus supersticiones, pero apostaría que esperaban que sus dioses me aniquilarían con un relámpago de fuego. Y cuando bajé al poblado esta mañana se han quedado condenadamente desconcertados por verme vivo todavía.

—¿Ha vuelto al poblado?

Philippe miró con negligencia al yorlo, que se acurrucaba todo lo posible en su rincón.

—Es el efecto que produzco en ellos. Nadie se atreve a levantar la mano contra mí, ni a dirigirme la palabra siquiera. Los he llamado y les he expuesto la ley. A partir de este momento se terminó el cortar cabezas. Las minas serán explotadas eficazmente sobre la base de mis directrices y bajo pena de sanciones.

Raymond se rascó la cabeza.

—¿Y es usted el que me reprochaba mi colonialismo? Tenía entendido que usted no quería criados, ni quería dar órdenes.

—No —respondió Philippe—. De ningún modo por una cuestión de comodidad personal. Pero en este caso es diferente. Se trata de una cuestión de principios. Para implantar la civilización y el orden hay que dar directrices y hacerlas respetar.

Raymond suspiró.

—¿Y los deportes? —preguntó insidiosamente—. Supongo que bajo el nuevo régimen no tienen ninguna importancia.

—Si la emprende por el sarcasmo —atajó Philippe, muy risueño— no malgaste la saliva. Se da el caso de que no tengo intención de abandonar el programa. Los indígenas necesitarán derivados para su agresividad. Como dije, desaparecidos los antiguos, se volverán más fácilmente hacia los nuevos. Por los demás, ya están ocupados.

—¿Ya?

—Sí. He dado instrucciones al poblado. Están arreglando un campo de fútbol.

—¿De fútbol?

—Claro que sí. En realidad hubiera debido ocurrírseme enseguida, en lugar de

aquel grotesco combate de boxeo. El fútbol es un deporte natural. Exige espíritu de equipo y permite una actividad simbólica de un número mayor a la vez. Es la sublimación ideal, un deporte masculino y además una gran ocasión de desahogo para los espectadores. Voy a organizar los equipos y dirigir los entrenamientos. A su manera, esa gente es lo bastante inteligente. Unos cursos teóricos, un poco de ejercicio sobre el terreno ¡y usted verá! Creo que mañana habremos terminado los preparativos.

—Dispéñeme, pero creo que está cometiendo un error. No puedo dejarle actuar sin ponerle en guardia.

—No es necesario —replicó Philippe, riendo—. Sé que usted no estará aquí para ver el resultado. La astronave marcha dentro de tres días. ¡Bien, no le retengo! Supongo que desea continuar preparando su equipaje.

Raymond no tenía ganas, ni mucho menos; pero, a pesar de todo, lo preparó. Los dos días que siguieron no vio a Philippe. Tampoco observó el menor signo de organización o preparación de los equipos.

Raymond no hizo nada por visitar la tolga ni ir a ver el terreno de juego que se encontraba detrás.

Empaquetó sus cosas y bebió una cantidad inverosímil de aspergina.

La noche anterior a su partida, Raymond se sintió de pronto muy viejo y muy fatigado. Y se repantigó en su sillón, con las manos cruzadas sobre el vientre repleto.

En esta posición le encontró el yorlo.

—Buenas noches, gobernador. ¿Viene ahora?

—¿Ir? ¿Adónde?

—Ver el juego.

—¿El juego? ¿Quiere decir que ya juegan al fútbol?

—Zí. Futbol se juga ahoa, fin su honó.

—Muy bien. Un segundo nada más.

Raymond se levantó, combatiendo la fatiga y el vértigo que le causaba la aspergina. No tenía muchas ganas de salir de casa, pero era su última noche y los yorlos habrían sufrido una decepción. Eran unos niños grandes. Siempre querían hacerle participar de sus placeres. ¿Sería quizá una buena idea hacer acto de presencia? ¿Que manifestase su apoyo a lo que *había que* estimular? Si Philippe había podido organizar en tres días un partido de fútbol, merecía un estímulo.

Los yorlos habían desparramado gasolina por todo alrededor del terreno, que quedaba iluminado, pues, por las llamas. Los tambores redoblaban gozosamente y el público de piel azul estallaba en locas manifestaciones de entusiasmo al ver a las pequeñas *majorettes* que danzaban blandiendo sus lanzas en una versión yorla de fiesta pueblerina.

Los dos equipos estaban ya sobre el terreno, trabados en una rebatiña furiosa. No había ni sombra de reserva en sus apasionadas jugadas, como tampoco había el más leve vestigio de contención en las manifestaciones de los espectadores.

Raymond suspiró. Philippe tenía razón, y él había andado equivocado. Allí, ante sus propios ojos, veía la prueba más palmaria. Una vez entronizado el juego sustituyendo a la realidad, los yorlos se avenían a él exactamente como los humanos. A partir de hoy todo sería más fácil. En cinco años, Philippe los haría trabajar en las minas, a todos, y pagar los impuestos. Iban a convertirse en un pueblo civilizado. Con sus prisiones, sus orfanatos, sus asilos y todo.

Vaya, él no habría creído jamás que los hechos pudieran discurrir por este cauce.

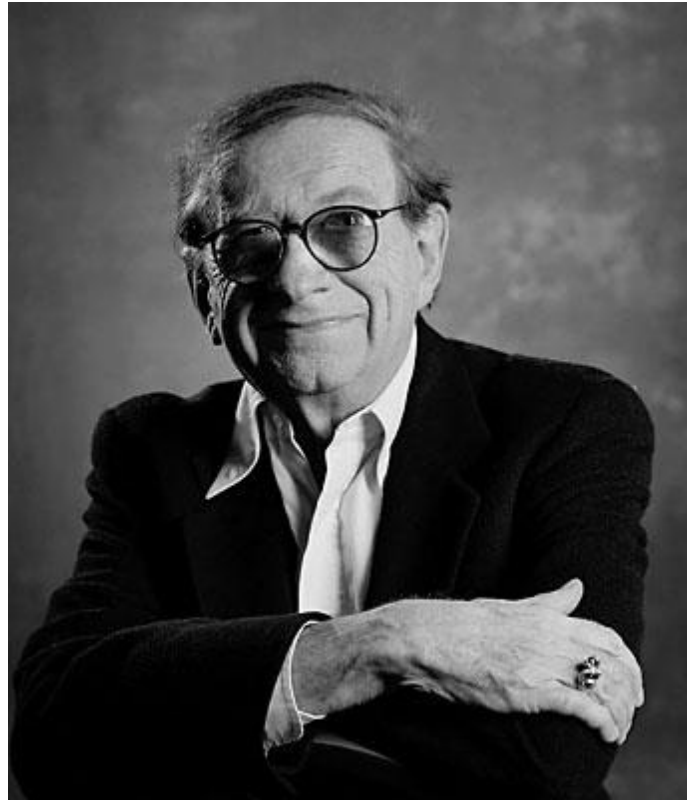
Uno de los jugadores se disponía a golpear la pelota. Raymond trató de localizar a Philippe sobre el terreno. Debía de actuar de arbitro.

Raymond abrió bien los ojos bajo la luz de los fuegos, pero fue incapaz de localizarle. Todo lo que podía ver era la pelota que volaba por encima de las puertas. Y a la turba exaltada.

La turba deliraba de gozo, y Raymond desanduvo el sendero que conducía al edificio administrativo. Suspiró.

Estaba fatigado, pero era preciso deshacer el equipaje. Era preciso escribir un informe a Interplán para explicar que, bien sopesado todo, era él quien había juzgado con acierto y Philippe el que andaba equivocado. Tendría que explicar que el progreso no había llegado todavía a Yorla. Que los yorlos no entendían nada de sublimación y no comprendían la necesidad de pelearse por cosas sin interés. Jugaban al fútbol, es cierto. Pero solamente por un trofeo muy real, como el que acababa de ver planear por encima de los palos.

Era la cabeza de Philippe.



ROBERT BLOCH, (5 de abril de 1917, Chicago, Illinois - 23 de septiembre de 1994, Los Ángeles). Fue un novelista, cuentista y guionista estadounidense de literatura fantástica y ciencia-ficción.

De ascendencia judía, escribió cientos de cuentos y alrededor de 20 novelas, la mayor parte dentro del género negro, de terror y de ciencia-ficción. Al principio de su carrera publicó ampliamente en las llamadas revistas pulp como *Weird Tales*. Escribió además numerosos guiones cinematográficos.

Recibió los premios Hugo, Bram Stoker y el Mundial de Fantasía. Durante un tiempo fue presidente de la asociación de escritores Mystery Writers of America.

Bloch asimismo elaboró fanzines de ciencia-ficción, e incluso trabajó durante un tiempo en el teatro de variedades.

Una de sus primeras amistades literarias fue su maestro H. P. Lovecraft, con el que mantuvo una larga correspondencia. Bloch escribió gran número de relatos pertenecientes a los Mitos de Cthulhu. De hecho, se inventó dos libros frecuentemente citados en los relatos del ciclo de los Mitos: *De Vermis Mysteriis* y *Cultes des Goules*.

Llegó a aparecer transfigurado en uno de los personajes («Robert Blake») del relato de Lovecraft *The Haunter of the Dark* (*El morador de las tinieblas*), que está dedicado a Bloch. En esta historia, Lovecraft mata al personaje que representa a Bloch. Éste, como contrapartida, hizo lo propio en *The Shambler from the Stars* (*El*

vampiro estelar), en el que el personaje inspirado en Lovecraft tiene una muerte horrible. Bloch más tarde escribiría un tercer relato, *The Shadow From the Steeple* (*La sombra que huyó del chapitel*, como continuación de *El morador de las tinieblas*).

La celebridad de Robert Bloch se debe principalmente a su autoría de *Psycho* (*Psicosis*), novela adaptada fielmente por Joseph Stefano para el filme del mismo título dirigido por Alfred Hitchcock en 1960. Su guión propio más conocido es el que escribió para la película *The Night Walker* (*Amor entre sombras*, 1964), del director William Castle. Bloch escribió asimismo guiones para la serie *Star Trek*, y trabajó para varias series de televisión, como la presentada por el actor de cine de terror Boris Karloff, titulada *Thriller*.